

Selecta

Mile Bluett

AMOR AMOR 4

EL DESEO
de
UNA FLOR

El deseo de una flor

Amor, amor 4

Mile Bluett

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*A mis queridas lectoras y amigas
que comparten conmigo este mundo de letras,
sueños y amor*

El amor todo lo espera.
Corintios 13

Prefacio

Amor:

Tal vez no nos conocimos como lo hacen los enamorados, no compartimos sonrisas ni discretas miradas para luego sumergirnos en un abismo de miel producto de la alegría de nuestros corazones. No. Nuestro comienzo no fue paulatino ni tranquilo; ni siquiera hubo cortejo. No sé de qué forma, pero encontramos el camino de encadenarnos para siempre. Fuiste la ola y yo, la roca. Tú, llena de ímpetu y yo, irrompible; pero te estrellaste tantas veces contra mi coraza que lograste resquebrajarla. No concibo mi vida lejos de ti. Toma mi alma; yo velaré por la tuya mientras me quede aliento.

Amor

Capítulo 1

Londres, Inglaterra

Julio de 1863

¿Existe un camino para llegar al corazón? El verdadero amor nunca deja de ser. No pasa, se transforma, pero no se extingue; solo crece y se magnifica hasta desbordarse del pecho y deslumbrarnos con su inmensidad.

Jørgen Johansen se reflejó con una expresión impertérrita en los ojos negros de su gran amigo, el duque de San Sebastián, e intercambiaron un gesto cómplice. De no haberlo atosigado con la cantaleta y de no haber tenido negocios con el duque de Whitestone, quien se casaba en ese momento, no habría estado allí, en Primrose Hall, de invitado en su boda.

La boca del nórdico estaba apretada en una mueca torcida; tenía una ceja ligeramente levantada, y su mirada sonreía con ironía y orgullo. No se inquietaba por estar entre tanto aristócrata, por sus negocios solía codearse con ellos. Fue así como llegó al duque de San Sebastián. Tomó un sorbo de licor y pasó la vista por los invitados. Era uno de los pocos que no estaban emparentados con la nobleza, pero la falta de linaje no le hacía trastabillar la seguridad. Era lo suficientemente alto y ancho de hombros como para lucir regio y causar la admiración de hombres y mujeres por igual. Vestía impecable, había contratado al más estirado de los ayudas de cámara que habían optado por el puesto.

Estaba acostumbrado a no ser invisible, pero no pasar desapercibido tenía sus consecuencias. Las damas caían derretidas ante su presencia y se imaginaban que era un conde al que no habían tenido la oportunidad de conocer. Cuando averiguaban que no había título de por medio, ya no querían retractarse y, de todos modos, intentaban lograr un acercamiento, lo que terminaba por convertirse en una aventura que los dejaba satisfechos a ambos con la más absoluta discreción.

Era serio, hermético y frío, pero eso jamás había dejado descontenta a una dama. Los caballeros le tenían cierto recelo. Había un halo de misterio sobre qué devastaba a una mujer cuando él se cansaba de disfrutar de sus favores. Él era indolente con el tema y trataba de ignorar la curiosidad que despertaba.

Era la primera vez que pisaba la propiedad, aunque llevaba tiempo conociendo al dueño. Se dedicó a admirar el buen gusto del espacio; los mármoles blancos brillaban de tan lustrosos y combinaban con la alfombra azul con hilos dorados. Todo el mobiliario era exquisito, a pesar de

que se rumoraba que su propietario había redecorado el interior dotándolo de más sobriedad que de antaño. Para él, ese sitio era en extremo lujoso y no imaginaba cómo pudo haberlo sido todavía más en el pasado. Tan solo la escalinata que conducía a los pisos nobles se le antojaba como una obra de arte por los finos detalles en oro que la adornaban. Era una de las edificaciones que no pertenecían a la familia real y se reconocía como un palacio. Estaba situada en pleno corazón de Mayfair y su exterior era uno de los más admirables que había contemplado, con la piedra color mármol blanco de la fachada y con la vista de las abundantes primulas amarillas y de otras tantas flores que lo embellecían.

El duque de San Sebastián, elegantemente vestido de negro, a juego con sus ojos oscuros, tenía un aire enigmático, mientras bebía una copa de *brandy* y no dejaba de conspirar cerca de su oreja. Su amigo español no era nada sutil en su intención de querer emparentar con él. El vínculo que los uniría sería su hermana. Lo atendió, para no perder un detalle de su apasionado discurso, alabando las virtudes de la señorita Morell y, aunque Jørgen no tenía intenciones de amarrarse mediante el matrimonio, por respeto trató de mostrarse interesado.

—Es ella, tal y como te lo advertí. Su belleza es incalculable y su alma está repleta de bondades que no pueden más que hacerte feliz —expresó su excelencia Hugo Buenaventura, duque de San Sebastián y marqués de Morell de Santa Ana, con una amplia sonrisa en el rostro para referirse a su hermana. Margarita Morell y Sequeira conversaba animadamente con la recién casada y sus demás primas, todas preciosas gemas de la estirpe Morell.

—Parece una señorita dulce —dijo para complacerlo, sin siquiera reparar en la alegría del rostro femenino, su acento y los rasgos que la distinguían.

—¡Qué poco efusivo! ¿No te satisfacen su hermosura, su gracia? ¿Exiges más? —Hugo sí que era efusivo en todo lo que hacía, hasta en buscarle un pretendiente a su hermana.

—Es preciosa —dijo poniéndole más atención—, es solo que no sé hasta qué punto yo sea conveniente para una dama que tiene expectativas diferentes a la vida que yo puedo ofrecerle. ¿Has indagado si, en su lista de condiciones para un futuro esposo, ha considerado a un hombre siquiera parecido a mí? De tierras lejanas, solitario y que la apartará de su familia por el tipo de vida que lleva.

—No creo que lo digas por falta de confianza en tus propios atributos. ¡Suelta de una vez las piedritas que traes atoradas en tu garganta!

—Te lo diré sin más rodeos: es preciosa y sí complace mis ojos, pero no creo que seamos compatibles.

—Y yo, que la conozco, afirmo que podrían ser el uno para el otro. ¿No has oído que las diferencias le dan sabor a una relación?

—Tampoco quiero que mi vida se convierta en una mezcla imposible del agua y el aceite. Se ve alegre, soñadora, llena de ilusiones; no quiero amargarle la existencia o aburrirla. No tengo vocación ni paciencia para tratar a una chica como ella. Las mujeres con alma sensible que han pasado por mi lado me han culpado de arruinarles la vida. ¿Cómo se te ocurre la incomprensible

idea de querer emparejarme con tu única hermana? ¿En verdad la aprecias?

—¡Hombre de poca fe! Sí lo veo a futuro, y son el uno para el otro. Es bonita; ¿qué varón no quiere una esposa a la que no se cansa de admirar? Es alegre, amorosa y fiel; todos necesitamos contar con una persona así, que nos levante el ánimo cuando las cosas no salen bien. Si buscas una compañera con tu misma amargura, terminarás por darte un tiro cuando comprendas que tu vida es un asco, Jørg. Margarita es tu porvenir y tu presente.

—Recuerda que no estamos haciendo negocios en este momento. Usemos la lógica y no me manipules para salirte con la tuya, valiente amigo.

—Solo me preocupo por ti; ya necesitas casarte. No sabes de lo que te estás perdiendo. Necesitas una esposa e hijos.

—¿Y para eso sacrificarás a tu candorosa hermana? —Rio por lo bajo.

—Pero si el trato es favorable para ella también. Nuestro padre murió hace muchos años; me siento en la responsabilidad de concertarle un buen compromiso. Ha llegado la hora y no lo puedo seguir dilatando. Solo hay dos hombres en cuyas manos podría dejar mi joya más valiosa: mi hermano del alma, don Carlos Enrique del Alba...

—Tu amigo de La Habana. —Hugo asintió ante la frase.

—Y el otro, por supuesto, eres tú. Carlos Enrique ya está casado.

—Eso me deja como el único prospecto. ¿Estás seguro de presentarnos?

—Tienes la última palabra. —Le lanzó el desafío.

—Adelante, no tardemos más. —El duque ya le había clavado la espinita hablándole maravillas de la muchacha. De pronto sintió deseos de conocerla, no perdía nada.

—Espera un poco. Debemos elegir el instante perfecto. —Rio al saberse vencedor, había logrado que el pez se interesara por la carnada.

—¿Estás convencido de que le agradará la idea?

—La conozco como a la palma de mi mano.

Jørgen Johansen era un hombre de altura considerable, con los rasgos propios de su ascendencia escandinava: una piel sedosa y blanquísima, labios sonrosados y jugosos como los pétalos de una rosa, cabellera dorada y rebelde que permanecía aplacada por olorosas pomadas. Sus ojos eran muy claros y francos, podrían develar los secretos más ocultos de su alma si se lo propusiera. En cambio, prefería entornarlos cuando amenazaban con dejar entrever lo más profundo de sus sentimientos y solía arrugar el entrecejo para dar una apariencia fría y hermética, más propia del importante hombre de negocios que era.

Hugo, el duque de San Sebastián, lo conocía bien. Mantenían relaciones comerciales desde hacía más de diez años; primero, en nombre de su tutor y, luego, en el propio cuando hubo heredado los títulos y las fortunas. Con el tiempo su excelencia le tomó gran aprecio a Jørgen y supo que, a pesar de su apariencia imponente y de su mordacidad para cerrar un trato, era un hombre de importantes valores en el que podía confiar. Por sus cualidades, se había atrevido a considerarlo como futuro cuñado y le había hecho la propuesta de presentarle a su hermana

Margarita para que, si le resultaba apropiada, tuvieran un acercamiento con la intención de que iniciaran un cortejo que los condujera al matrimonio.

—¿Me repites su edad? —preguntó Jørgen más motivado, sin quitarle la vista de encima a la señorita de piel marfil y cabello oscuro, que no dejaba de reír con las jóvenes damas de su familia.

—Veinticinco años.

—¿Cómo es posible que con sus encantos continúe soltera? —desconfió.

—La única Morell que me falta por casar. No ha sido fácil tener bajo mi responsabilidad a cuatro mujeres con encanto, nombre y riqueza. Mi ardua tarea consistió en espantar como moscas a los libidinosos que venían tras su hermosura o a los tunantes que solo pretendían llenarse los bolsillos con tan jugosas dotes.

—En verdad son muy lindas, con el debido respeto. No envidio tu misión, pero ¿por qué has dejado para el final a tu propia hermana?

—No estaba listo para verla partir. Los pretendientes han sido muchos, pero no he permitido que se le acerquen. Margarita tampoco sintió especial inclinación por ninguno, y le prometí que le daría la oportunidad de elegir. Uno se casa una vez en la vida, y deseo que Margarita haga un buen matrimonio.

—¿Y ella?

—¿A qué te refieres?

—¿Qué desea tu dulce flor?

—Acabáramos —murmuró sonriendo—. Ya veo que no te es indiferente.

—Huyo de los matrimonios arreglados, se me hace algo obsoleto. Si cerramos el trato, quiero que me acepte por propia voluntad.

—En ese caso te pregunto: ¿por qué sigues soltero? Tienes todo para que una dama se interese en pescarte como futuro marido. Fortuna, edad y tampoco eres feo —murmuró abriendo los ojos y dejando escapar unas discretas carcajadas. Jørgen no solo no era feo, era un hombre muy atractivo que se acercaba a los treinta y siete años. Lucía una barba impecable y dorada que combinaba con sus ojos azules celestes. Hugo no entendía por qué las dulces mieles del matrimonio no lo habían atrapado.

—No todos somos como tú, que vemos el casarse como una meta en la vida. Considero, por el contrario, que te desposaste muy joven. —Lo estudió con frialdad.

—Estoy irremediabilmente enamorado y no me arrepiento de haberlo hecho.

—Tal vez por eso se te ha ocurrido la idea de emparejarme con tu hermana. Tienes una familia de tradición tanto en América como en España y ahora en Londres, con el enlace al que hemos sido invitados tu suegra, la marquesa viuda de Morell de Santa Ana; tu esposa, la duquesa de San Sebastián; tus cuñados, los duques de Whitestone; tus parientes lejanos, los condes de Huntington.

—Sé que hay muchos títulos rimbombantes en la familia, pero estoy seguro de que no te amedrentan.

—Me sorprende que no quieras casarla con alguien de tu círculo —carraspeó. Jørgen se había ganado a pulso el respeto de los aristócratas con los que hacía negocios. Eso no solo le había abierto puertas de los salones más importantes en Londres, en Barcelona, en Estocolmo, en París, en Copenhague, en Roma; sino también lo había ayudado a que su empresa ganara prestigio. Y a pesar de tener tratos con ellos, nunca había ambicionado establecer lazos con la nobleza, ni de Inglaterra ni de España; tampoco lo predisponía.

—Dije que quería un buen matrimonio para Margarita. —Lo invitó a caminar—. Vamos, ha llegado el momento; la florecita se ha quedado, por fin, a solas. No querrás que los presente ante todo el jardín Morell, no te la acabarías; mis mujeres son veloces de mente y captan cualquier suspicacia en el aire.

—Estás empezando a predisponerme contra tu familia —bromeó.

A Jørgen le gustaban los retos y la proposición de Hugo Buenaventura; en eso se convirtió para él. Sonrió con los ojos, adoraba hacerlo. Por las ventanas de su alma, se escapaba la malicia con la que veía el mundo, y acercarse a aquella jovencita le causó una especial diversión. Era tierna, tanto que se le antojó pensar que era una delicada avechilla y que él era un gato que se relamía sus bigotes ante el festín. Caminó orondo, henchido de su propio ego, seguro de la reacción que causaría en la señorita Morell, la misma que solía causar en las demás féminas.

Hugo, con paso formal, se acercó a su hermana y esta lo recibió con cariño; se notaba que sus lazos eran muy estrechos y que Margarita lo admiraba más allá del amor fraterno. La joven pasó su mirada sobre el portentoso varón y la regresó al duque, expectante de sus palabras.

—Quiero presentarte a alguien —introdujo el duque mirándola con afecto—. ¿Recuerdas que te he hablado, en varias ocasiones, del señor Jørgen Johansen, quien tiene la constructora de barcos que nos dota de naves para la naviera que tengo con otros socios y para la más recientemente empresa que he iniciado con el duque de Whitestone?

—Sí, claro, ¿cómo no recordarlo? En estos días lo has mencionado con ahínco —dijo amena, pero era obvio que había notado sus intenciones cada vez que se lo había nombrado, aunque ella no se había visto particularmente interesada en sus planteamientos.

—Hoy tengo la dicha de presentártelo. Señor Johansen, la señorita Margarita Morell. Sobra decir que es mi orgullo y que es grato para mí que por fin se conozcan. Margarita, el señor Jørgen Johansen, quien no es solo mi socio, sino mi muy estimado amigo.

Los ojos de ambos se encontraron por unos segundos. Él se sobrecogió de inmediato ante la dulzura de su rostro; sus labios, curvados en una sonrisa, eran un tarro de miel del que se le antojaba beber. Aunque su cara no reflejaba cuán conmovido había quedado con la señorita, se sintió agradecido con su amigo porque tenía razón: tal vez sí existía la mujer capaz de conducirlo al matrimonio, una que «contrarrestara la amargura de su alma» —en palabras del duque—. No solía obsesionarse con ninguna dama, pero esta tierna criatura le había causado una muy buena

impresión; no le molestaría que lo esperara cada atardecer, cuando volviera a su morada.

—Mucho gusto, señor. —El sonido melodioso de su voz clara terminó de flecharlo. No era tímida, aunque se mostraba educada. Digna hermana del duque.

—El placer es todo mío. —Él habló y ella notó su marcado acento nórdico.

—¿No es inglés? —preguntó al tiempo que entrecerraba los ojos y detallaba sus rasgos.

—No, aunque radico en Londres hace tanto tiempo que he olvidado mis raíces.

—¿Dónde nació?

—En un lugar de Escandinavia.

—Descendiente vikingo. Ahora entiendo su afición por los barcos. ¿En qué sitio específicamente? ¿Suecia, Dinamarca, Noruega?

—Hermanita, el señor Johansen pensará que lo estás sometiendo a un interrogatorio —intervino Hugo. Sabía que para Jørgen era tabú hablar de su pasado.

—Mi infancia muy temprana la pasé en las costas de Noruega; mi adolescencia, en Suecia, hasta que por mis estudios mi tutor consideró prudente que viniera a Inglaterra. Nunca más regresé —contestó con la voz firme.

—¿Y usted está a favor de la alianza de Noruega con Suecia, luego de independizarse de Dinamarca? —preguntó Margarita y los dos caballeros se quedaron sorprendidos del giro que había tomado la conversación.

—Margarita, por favor, no son temas para tratar en estos momentos —pidió Hugo.

—Llama mi atención; estoy muy al tanto de los movimientos de las monarquías —se justificó la joven.

—Mi amigo me advirtió que las Morell son de cuidado; no pensé que me interrogaran sobre política. Señorita Morell, verá, ahora radico en esta parte del mundo y mi interés está centrado en mis negocios. Los problemas de identidad y soberanía de los escandinavos son extensos y complicados: prefiero mantenerme al margen.

—Ya veo, un hombre sin patria. Imagino que se ha dedicado al negocio de la mar por eso: se evita conflicto de intereses.

—¿Margarita, por el amor de Dios! ¿Qué pensará mi amigo? Discúlpala, Jørgen. Mi prudente hermana no siempre dice lo que piensa sin antes meditar si vale la pena que salga de su boca —mencionó apretando los dientes.

—No te agites, estimado duque. Pensé que me aburriría la charla, pero veo que la señorita puede hacerla interesante. ¿Es usted una de esas polillas que se sumen en la lectura para estar al corriente de todo? ¿Así aprendió sobre nuestras disyuntivas políticas? Veo que ni en una fiesta deja sus libros de lado —apuntó mientras señalaba el envoltorio de libros anudados con una cinta rosa que Margarita traía bajo el brazo.

—¿No te disgusta su comportamiento? —le preguntó Hugo sorprendido.

—¿Por qué habría de molestarme la curiosidad de una niña? —inquirió divertido, sin darle importancia, pero advirtió, con disimulo, los ojos de ella abrirse desmesuradamente ante su

comentario. Y sin que Margarita se lo esperara, le dio un golpe bajo—. Me encantaría una recomendación de lectura basada en esos ejemplares que carga tan celosamente.

—¿Le gustan los libros? No tiene cara de lector —murmuró estupefacta y más al verlo estirar la mano para tomar las novelas románticas, algo picantes, que tenía. Maldijo a su prima, la duquesa de Whitestone, quien escribía bajo seudónimo y le había obsequiado esos libros precisamente minutos atrás.

—¿No sabía que podía leer los rostros? ¿Semblante de qué tengo? Si me puede iluminar con su talento, se lo agradeceré.

—¿Está seguro de que desea que le responda?

—Insisto.

—Creo que la presentación se ha extendido demasiado; hablemos de la lectura de rostros en otra ocasión. Vamos, Johansen, quiero presentarte a otros de mis familiares —insistió el duque, preocupado por que su hermana espantara al pretendiente después de tan arduo esfuerzo para convencerlo.

—Enseguida, pero dame unos minutos para que la señorita me enseñe los textos. No siempre se tiene la oportunidad de que una dama comparta su forma de adquirir cultura con un caballero. — Seguía con la mano extendida—. ¿Quién es el autor?

—W. Lovelace —dijo a punto de atragantarse y de despellejar vivos a Hugo y a Grace, la duquesa de Whitestone.

—En otro momento será —acotó Hugo, que conocía perfectamente el seudónimo de su cuñada y los temas de los que versaban sus escritos. Su esposa, ávida lectora de su hermana, lo había ilustrado de detalles—. Mi suegra, la marquesa viuda de Morell de Santa Ana, está mirando en nuestra dirección. No me perdonará si no hago los honores y los presento de una vez.

Jorgen se quedó mirando a la flor, que parecía una palomita temblorosa, cuando escapó del magnetismo de sus ojos de gato.

Capítulo 2

Madrid, España

Tras los eventos de las nuevas nupcias de su prima, lady Whitestone, el viaje de retorno y la partida de regreso a La Habana de algunos de sus familiares que vivían en la isla de Cuba, Margarita Morell volvió a instalarse con su madre, doña Alma Sequeira viuda de Morell, en el palacio Morell en Madrid, residencia oficial de los duques de San Sebastián. Respiró de alivio al sentirse de vuelta en su hogar, aunque echaría de menos los verdes paisajes ingleses. El palacio estaba ubicado en la calle San Bernardo y databa del siglo XVIII, en el que había sido construido, aunque le habían hecho una actualización reciente, en cuanto su hermano hubo tomado posesión de él. Tenía un jardín trasero lleno de diversas flores y arbustos y, en la parte delantera, imperaba el verde pasto con numerosos pinos que bordeaban un ancho camino de piedra que rodeaba una fuente para luego terminar en la entrada principal.

Dentro, la luminosidad era atrapada por los innumerables ventanales, que en verano se abrían a dos hojas. La luz se proyectaba en las paredes color marfil y también rebotaba sobre las molduras blancas adornadas con ribetes de color dorado. El duque lo habría querido más sobrio, pero las mujeres no le habían permitido modificar ese aspecto. Los suelos de mármol producían diversas figuras geométricas en tonos blancos, verdes y salmón, y en algunas habitaciones eran resguardados por alfombras de color rojo amarronado.

Tras descansar fue directo al jardín, quería oler de cerca su árbol preferido, el de naranjas agrias. Como los pétalos ya habían caído, para dar paso a los frutos, cogió una hoja verde del suelo, la dobló por la mitad y respiró el ácido y dulzón olor cítrico. Tomó asiento junto a una fuente de aguas claras y se contentó al ver a su sobrino mayor, Diego, correr con la nana detrás.

Esperaba que, de un momento a otro, el duque, su esposa y sus hijos partieran a otra de sus propiedades para poner orden a sus asuntos; ya lo habían mencionado. Desde donde estaba pudo escuchar que, en el corredor más cercano, su madre le hacía reclamos a su hermano Hugo. Se puso de pie como impulsada por un resorte y de puntillas se acercó enfilando las orejas en la dirección de las voces, pero cuidándose de que no la descubrieran. Sabía qué le atormentaba a su progenitora. Por eso, cuando su madre presionó a Hugo con el asunto del casorio, abrió bien los ojos y los oídos para captar cualquier situación que la pusiera sobre alarma.

—Tu hermana necesita que te ocupes de buscarle un esposo antes de irte. No debes dejar ese

asunto por la paz. —Desde donde estaba podía verlos. Arrugó el entrecejo al comprender que la discusión versaba sobre su persona y continuó pegada al hilo de la conversación.

—Aún hay tiempo para ello —apuntó el duque sin darle importancia al rostro de pesar de la señora.

—Ya tiene veinticinco años; harás que se quede para vestir santos.

—Mi hermana es feliz y tiene tantos pretendientes a sus puertas que podría escoger, no tiene por qué apresurarse.

—Pero Margarita los ha rechazado a todos, y tú lo permites.

—Cada vez que un garañón libidinoso aparece ante mi puerta, tras las carnes de mi única hermana, y ella lo planta, doy gracias a Dios. Aún no conozco al hombre que quiero para cuñado. Quizás uno, el señor Johansen, pero a ella no pareció agradaarle.

—Ha tenido interesados para nada despreciables, con título y fortuna.

—Pero no le han parecido lo suficientemente agradables a la vista. Quiero que haga un matrimonio por amor.

—Te exijo que procures un compromiso para ella. Ya le has dado la posibilidad de escoger. Debe sentar cabeza y dejar de ser tan exigente, o se quedará sola.

—En ese caso, será su decisión y me hará más fácil mi tarea de cuidarla.

—Estás ciego.

—¿Qué me quiere decir, madre?

Doña Alma no sabía cómo darle a entender a su hijo, sin que quedara poseso de la ira, que las amistades de Margarita la estaban incitando por los malos pasos de la banalidad y los placeres mundanos. Su mejor amiga habría causado la ruina de su familia si sus padres no habrían recurrido a arreglar un matrimonio apresurado con el mismo libertino con que la habían sorprendido in fraganti en una situación comprometedora. Temía que su hija le siguiera los pasos. Y claro que había un caballero que era de su agrado, uno de costumbres algo disipadas que aún no había tenido la decencia de intentar un acercamiento a la familia. Sucedió que Hugo se la pasaba con la cabeza metida en sus asuntos y no había notado que la oveja se le estaba escapando del redil. Su confianza en Margarita era extralimitada.

—No me gustan las amistades de Margarita —le advirtió la señora.

—Mi hermana es la flor más sensata del jardín, no tiene de qué preocuparse. Además, la tiene a usted; es la carabina más capacitada.

Doña Alma suspiró; él le dejó un beso en la mano y continuó con sus planes.

Margarita terminaba por embaucarlo y él, como el más complaciente de los hermanos, caía en sus redes. Ella tenía la vida que siempre había querido; había regresado a la ciudad que amaba, donde las amistades que la propia duquesa le había presentado le hacían el día a día más ameno. Sus compromisos sociales no cesaban, y cada minuto se adentraba más en su papel: ser la hermana de uno de los hombres más poderosos de Europa.

María Teresa, la duquesa de San Sebastián, había escuchado la conversación entre su esposo y

su suegra. Era la mejor amiga de Margarita desde siempre. La niñez la habían pasado juntas en La Habana, en el palacete de los marqueses de Morell de Santa Ana, padres de María Teresa y sus hermanas: Úrsula y Altagracia. Por cuestiones familiares y de herencia, doña Alma, la viuda del primo de su padre, don Héctor Morell, había llegado a ese hogar con sus hijos. Cuando fueron creciendo, las muchachas partieron juntas hacia España por problemas de salud de María Teresa. Margarita había sido designada para hacerle compañía. Tenían la misma edad y eran inseparables; habían sido educadas por doña Prudencia Benavides, viuda de García de Lisón, la abuela de la primera. Y sus amistades habían sido bastante licenciosas.

María Teresa había recobrado el rumbo cuando se hubo enamorado de Hugo, tras el regreso a la isla y el accidentado matrimonio. Habían regresado a España como matrimonio, y la hermana y madre del duque los habían acompañado. Margarita no tardó en recuperar las amistades que había dejado y en hacer nuevas.

A pesar de también ser joven, de tener ideas bastante abiertas para una mujer de su posición y de haber luchado siempre por sus convicciones contra costumbres y prejuicios, la duquesa no podía cruzarse de brazos ante el comportamiento de su amiga. Decidió tomar partido por doña Alma en contra de su Margarita, segura de que hacía lo mejor para ella.

—Esposo mío, tu madre tiene razón.

—¿De qué hablas?

—Deberías buscar esposo para Margarita.

—¿Insinúas que debo acordar un matrimonio para mi hermana? Me sorprenden tus ideas apegadas a las buenas costumbres. Jamás permitiste que sellaran tu destino en un matrimonio arreglado.

—No es eso, es solo que...

—Lo he intentado.

—¿Cómo? Si ningún pretendiente te ha parecido adecuado.

—Ella los ha hecho a un lado por su propia voluntad. Ninguno ha estado a su altura. No la casaré con alguien que no la merezca.

—Y diste brincos de felicidad cada vez que despachaba a uno. Nadie te parece adecuado para Margarita. Hiciste lo mismo con mis hermanas Úrsula y Altagracia cuando quedaron bajo tu cuidado.

—Ambas están bien casadas y aman a sus esposos.

—Porque se opusieron a tu férreo control.

—El duque de Whitestone me parece un buen partido.

—No lo consideraste al principio, tardaste en aceptarlo. Altagracia no te dio opción.

—Grace, te recuerdo que tu hermana prefiere que la llamen a la inglesa y admito que me gusta.

—Con Úrsula todavía te ofuscaste más.

—Jamás pensé que se casaría. Úrsula quería ser monja, luego cambió de interés y vino a interesarse en un hombre con un origen complicado. Así y todo, lo acepté sin reparos.

—Recuerdo que al inicio te confabulaste con mi madre para hacerla desistir de su compromiso con el señor Villavicencio.

—¡Oh, por Dios! Me quieres hacer quedar como un ogro.

—Solo digo que debes casar a Margarita y dejar de ser tan exigente a la hora de evaluar a sus pretendientes. Jamás ninguno te resultará idóneo con la vara que los mides.

—En eso te equivocas. Estuve en conversaciones con mi amigo, el señor Jørgen Johansen; es un partido que interesaría a más de una. Margarita se comportó insolente con él después de que me hubo tocado labrar arduamente el camino para hacer que el hombre diera su brazo a torcer. Es otro que se aferra a la soltería.

—Ese es el punto. Es Margarita quien debe escoger; no tú, amor. Es difícil que los dos vean como idóneo a la misma persona.

—Mi amigo Jørgen es de buen ver, como dirían las señoras. No la estoy obligando a desposarse con un viejo decrepito podrido en oro.

—Y le pareció atractivo; me consta. Todas las Morell nos quedamos boquiabiertas cuando apareció semejante prospecto.

—¿Te atreves a incluirte?

—Solo reconozco que es agradable a la vista y que Margarita lo notó. Así como yo jamás miraría a otro hombre, Margarita tampoco.

—Expícate antes de que reviente. ¿Quieres decir que le dio su palabra de amor a alguien más?

—Apunta a otros intereses. —Prefirió mencionar y no afirmar que tenía sus sentimientos comprometidos con otro caballero; solo Hugo no lo había notado.

—¿Lo rechaza por el hecho de que no es noble? ¿Crees que rebajo a mi hermana al círculo burgués y que eso justifica que me haya hecho el desplante de no comportarse delante de mi amigo?

—Reconozco que el señor Johansen es atractivo, pero a la vez es espeluznante.

—¡Acabáramos!

—Demasiado alto, serio, frío. Su mirada es gélida al punto de congelar. Es como esos cofres herméticos cuyo contenido no conocerás jamás.

—Eres dura. Jørgen es buena persona. No se abre con todos; es cierto. Tuvo un pasado difícil. Pero yo, que lo conozco, puedo asegurarte que jamás me arrepentiría de que desposara a Margarita.

—Eso espero, porque me dolería mucho que utilizaras a tu hermana como parte de un tratado comercial.

—No tiene título, pero ¡qué importa! Es inmensamente rico, tiene más que muchos aristócratas que solo presumen de su linaje y no tienen el ingenio para sortear el progreso.

—Lo has elegido por su dinero.

—No, pensé que le simpatizaría. Es inteligente, culto, agraciado físicamente y con talento y agallas para los negocios, lo que me garantiza que mi hermana y su descendencia no pasarán

privaciones a su lado. ¡Cúlpage por querer un buen futuro para ella!

—Proviene de otra cultura.

—Whitestone también y no le pusiste reparos.

—Porque Altagracia, Grace, lo eligió. ¿Ves la diferencia? Debes oír lo que sea que Margarita tenga que decirte.

—Habla, mujer, porque te conozco, y cuando te ofuscas es porque algo me estás ocultando.

—¿Para qué?, ¿para que te prendas como la flama y no escuches a otro que a ti mismo?

—Es grave, ¿verdad? ¡Suéltalo! Entre nosotros no hay secretos, que no existan ahora porque andas alcahueteando a mi hermana.

—Hay un caballero que le ha caído en gracia a Margarita, pero jamás te lo dirá porque conoce de tus altos estándares.

—¿Se ha atrevido a permitir que le hagan la corte a mis espaldas?

—Odio que olvides que un día nos enamoramos y tampoco fuimos tan tradicionales.

—Dime quién demonios es.

—Mientras no te comportes como el duque de San Sebastián, olvídale, ¡jamás! ¡Óyelo bien; jamás traicionaría a mi amiga!

—Cancela los preparativos de nuestro viaje; nos quedaremos un tiempo.

Hugo la dejó renuente a destapar la identidad del caballero. Con los labios rojos apretados y con la tez ligeramente ruborizada por el coraje, abandonó la habitación. En pocos minutos estuvo parado frente a su hermana y comenzó a coaccionarla para que revelara la identidad del susodicho.

—¿Quién te ha hablado del asunto? —preguntó Margarita.

—Solo dame su nombre —exigió el duque.

—¡No! Juraste que no te entrometerías.

—Te presenté a Jørgen Johansen, un excelente pretendiente; no te gustó, y no te presioné a desposarlo. Simplemente, confié en tu sensatez para hacer una buena elección.

—En el corazón no se manda, Hugo. No es que tu amigo me agradase o no, ni siquiera evalué la posibilidad de aceptar los cumplidos inexistentes de ese caballero; mis aspiraciones ya estaban en otro lado.

—¿Y lo dices sin nada de recato?

—No erijas una pared entre nosotros. Me hiciste tu cómplice cuando te enamoraste de María Teresa. ¿Ahora te dignas a pararte ante mí con tus exigencias? ¿Es que eres el único con derecho a amar?

—¿Me quieres decir que lo quieres?

—No apresures las cosas; nadie ha hablado de matrimonio.

—Un caballero decente lo haría de estar interesado en una señorita de cuna noble, como tú.

—Es pronto aún. Fuimos presentados hace mucho en un baile, pero hasta hace poco volvimos a

reencontrarnos y comenzamos un acercamiento.

—¿Acercamiento? Sé más explícita. Solo espero que el ladino no te haya corrompido.

—¡Por supuesto que no! ¡Me ofendes! Tan solo hemos conversado en varias ocasiones, y no ha negado su interés por mí. Quiso buscarte; le pedí que esperara. Temía que reaccionaras como lo estás haciendo, como alguien sin sesos que se deja llevar por sus instintos.

—Obviaré tus ofensas porque con tus revelaciones ya tengo bastante. Ese caballero tiene diez días para ofrecerme sus respetos y aclararme sus propósitos.

—No te atrevas a presionar; apenas nos estamos conociendo.

—¡Y tienen «conversaciones»! —alegó con ironía—. No estoy dispuesto a que dicha situación desencadene rumores que terminen por comprometer tu reputación. Margarita Morell y Sequeira, el caballero tiene diez días para acudir ante mí y aclarar este enredo; o de lo contrario, te llevaré conmigo a cada sitio al que viaje y te vigilaré de cerca para que no termines por arruinar la vida.

—Él vendrá —se atrevió a decir—. Si no lo ha hecho antes es porque temía que reaccionaras tal y como lo estás haciendo; pero no tengo dudas de que te presentará sus respetos.

—¿Su nombre?

—No comas ansias.

Capítulo 3

Cuando el pretendiente en cuestión apareció ante la puerta de los Morell, Margarita no dejaba de temblar. Sentía una mezcla de emociones: miedo, alegría, entusiasmo. Aguardó en un salón con su madre y su cuñada mientras los caballeros llegaban a un entendimiento. María Teresa intentó darle ánimos y doña Alma se contentó con rezar en silencio el rosario.

El recién llegado se acercó a pedir la mano de Margarita siguiendo las reglas y el protocolo. Hugo se reunió con él en su despacho como si de un asunto de negocios se tratara. Lo miró con atención y respiró para sosegar. Cualquiera habría imaginado menos a ese caballero. Tenía título, era de buen ver; su familia era de rancio abolengo, y todo indicaba que podría concertar un buen matrimonio con su hermana. Escuchó lo que tenía que exponerle el interesado.

Sin siquiera preguntarle a Margarita su opinión sobre el asunto, el duque tomó una determinación y se la comunicó al visitante *ipso facto*. Se despidieron con una escueta mirada y continuó con sus obligaciones.

Margarita supo el resultado de los labios de su enamorado antes que este abandonara el lugar, bajo la estricta vigilancia de doña Alma.

La muchacha sintió un palpito en el corazón, un dolor desgarrador que le arrebató todas las ilusiones que había albergado sobre el encuentro. Ofuscada, no dudó en enfrentar a su hermano.

—¿Por qué lo has rechazado? —No lo podía entender.

—Pensé que no sería de tu agrado, solo he seguido el patrón de corazones destrozados que sueles dejar a tu paso. —Fue sarcástico para evitar responder, no quería enfrentarla ni romperle el alma, y lo veía venir.

—¿Estás jugando, hermano? Exigiste verlo porque sabías que ambos estamos interesados en un acercamiento. Con él es diferente.

—¿Por qué?

—Me agrada —admitió.

—¿Qué tanto lo conoces o han conversado? —inquirió furibundo.

—Lo usual. Es de nuestro círculo.

—¡Habla!

—Lo suficiente para saber que lo quiero, que deseo estar a su lado para siempre.

—No te conviene.

—Dame una razón.

—Su familia está arruinada y solo te pretende por la jugosa dote que tengo para ti.

—¿Eres mezquino! ¿Aseguras que un caballero no me puede querer por mis propias virtudes?

—No es eso. Eres un ángel de Dios. Hermana, eres dulce, preciosa y maravillosa; harías feliz a un buen hombre. No dudo de tus cualidades, pero él no te dará dicha a ti. Juan Mendoza, heredero del condado de su padre, era el soltero más codiciado de España hasta que su padre perdió todo; están a instantes de hacer pública su ruina. ¿Por qué hasta ahora se ha dignado a interesarse en tu mano?

—Lo quiero; es lo único que sé.

—No permitiré que ese tarambana te use para sus propósitos. Claro que pretende desposarte. Eres rica y hermosa; no le será difícil yacer a tu lado.

—Eres un cretino. ¿Por qué no me podría amar?

—Es un libertino, estuvo a punto de arruinar a la hija de los Domínguez. Si no los hubieran descubierto a tiempo, la habría convencido de huir porque el padre de la señorita rechazó su unión por idénticas razones a las mías. Por supuesto que, una vez deshonrada, se tendrían que haber casado, pero el señor Domínguez fue más rápido que ese oportunista, que solo pretendía meter la mano en sus ricas arcas.

—Lo dudo; son patrañas. Algo así hubiera sido un escándalo, habría llegado a mis oídos. Juan nunca pretendió a la señorita Domínguez.

—Se manejó con suma discreción.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Investigué. ¿Acaso me crees tan imbécil como para no hacerlo, más al saber de quién se trataba? El señor Domínguez es dueño de uno de los bancos de más prestigio en Madrid. ¿Cómo pudo suponer Mendoza que se burlaría de él? Con su olfato para descubrir las segundas intenciones, destapó el estado financiero del conde de la Vega. Le prohibió a Mendoza volverse a aproximar a su familia. No se dejó impresionar por el título. Cuando me acerqué al señor Domínguez discretamente, no dudó en darme detalles de las deudas tan grandes que tienen los Mendoza; están desesperados.

—¡Mientes! ¿Cómo pudo interesarse por otra señorita? Sé que me quiere a mí. Ni siquiera sabías de quién se trataba.

—Me conoces, Margarita; eso no es un obstáculo para mí. Antes de recibirlo ya sabía quién era, de qué pie cojeaba y la respuesta que le daría.

—¿Te odio! No haces más que arruinarme la vida. Crees que todo es una carrera, un reto. No debiste entrometerte. Ni siquiera le diste la oportunidad de explicarse, lo juzgas injustamente.

—Debes creerme, aunque sea difícil. Solo te queda renunciar.

—¿Renunciar? ¿Acaso lo hiciste cuando tu suegro se interpuso en tu romance? ¡Eres un hipócrita!

—¿Te advierto que no quiero verte en compañía de ese caballero!

—¡No te soporto! Ahora tienes el poder y pretendes subyugarnos a todos.

—¿De qué hablas? Nuestra madre es feliz, mi esposa y mis hijos también. Solo intento protegerte y me duele que lleguemos a este punto de inflexión. Sabes que te adoro; solo no quiero que te lleves una desilusión.

—¡No tienes derecho a entrometerte! Menos a juzgar quién es idóneo o no para mí. ¡Hipócrita! ¡Mil veces hipócrita! —murmuró y se derrumbó a llorar sobre una silla.

—Solo tú osas enfrentarte a mí con ese imperdonable vocabulario. ¡Te exijo respeto!

—Perdóneme, excelencia. Olvidé por completo que la arrogancia de sus títulos no me permite decirle a mi hermano cuán nefasto se ha vuelto.

—¡Compórtate como la dama que eres! No permitas que la frustración haga que salgan palabras que no quieres decir. Sabes que te adoro.

—Me limitas y no tienes derecho.

—¡Tal vez, al fijar una dote tan jugosa para ti, me he equivocado! ¡He traído la desgracia a la puerta! ¡Ahora no estaríamos en este dilema! No doy mi consentimiento pero, si te quieres casar, adelante. —Ella secó las lágrimas de golpe, se puso de pie con la esperanza que inundaba su pecho—. Pondré mis condiciones: si te ama, que se case contigo sin dote.

—Me ofendes —arremetió con las lágrimas que de nuevo le ardían sobre las mejillas—. Ningún caballero aceptará ese ultraje.

—¿Estás dispuesta a desperdiciar tu dote en salvar la fortuna de Mendoza?

—Sabes que la dote es sagrada y es para bien de las damas si algún día enviudan o caen en desgracia. ¿Cómo puedes negármela? No lo hiciste ni con Úrsula ni con Grace.

—Es mi última palabra.

Lo miró desafiante, con furia, y él entendió que no se daría por vencida, que le daría guerra. Hugo no supo si tendría valor para enfrentarla. La amaba demasiado, solo quería su felicidad.

Capítulo 4

Margarita escuchó los pasos de la duquesa: entró para consolarla. Llevaba una semana encerrada entre sollozos y lamentos. María Teresa le acarició los oscuros cabellos y le tomó las manos entre las suyas. Margarita había crecido en una familia bendecida por el amor; sus padres se habían casado enamorados, y ella quería acceder al matrimonio de igual forma. Cuando, con el paso de los años, descubrió que su progenitor incluso había renunciado al título de marqués de Morell de Santa Ana, al desafiar a su familia con tal de casarse con doña Alma, aquel sentimiento que había llevado a sus padres a enfrentarse al mundo se convirtió en la fuerza más poderosa que regiría sus días.

—¿Qué puedo hacer por ti? —le preguntó su cuñada. Eran amigas desde niñas y no podían ocultar sus emociones de la otra; con una mirada se podían leer los rostros.

—Hugo es un desgraciado, pero sé que lo amas con locura, así que no puedo pedirte que tomes partido por mí. Sé que no moverías un dedo en su contra.

—Tampoco permitiría que te lastimara.

—¿Estás de acuerdo con él, como mi madre? ¿También crees que el señor Juan Mendoza me engaña?

—No lo sé con exactitud; Hugo lo afirma con tanto ímpetu que me deja preocupada.

—Entiendo que creas en tu esposo, pero yo creo en Juan.

—Margarita, tu hermano es un buen hombre, jamás actuaría cegado por el poder. Por eso considero que debes tomarte el tiempo para analizar la situación.

—Estuve a tu lado, mejor dicho, al de ambos cuando tuvieron sus vicisitudes. Los apoyé cuando nadie creía en el amor que se profesaban y que sigue firme hasta el día hoy. Estuve a punto de sacrificar todo por ustedes. Solo pido un poco de fe.

—Hugo es pragmático, no se espera en la fe; él ve hechos y resultados.

—Es un calculador.

—Es un hombre de negocios.

—Pero mi matrimonio no es un trato que deba cerrar con el destino. ¡No! ¡Me niego a ser una pieza más en su ajedrez! De seguro quería casarme con el señor Johansen, así aseguraba tener de su lado un pez gordo.

—¡No! Lo vio como una opción pero, al notar que no fue de tu agrado, cejó el tema. Ni siquiera

lo ha mencionado más. Creyó que te gustaría y que era un candidato de peso. No te quería casar con un vejestorio solo por su dinero; el señor Johansen no es para nada despreciable.

—Tal vez no en su apariencia. Es muy atractivo, pero no me gusta su aura. Es muy gélido; no sé explicarlo. No me da confianza.

—Hugo asegura que es un hombre de valores bien cimentados.

—Ni Hugo ni tú dejaron que les arreglaran la vida con un matrimonio, lucharon con uñas y dientes por su felicidad. Yo haré lo mismo y, si eres mi amiga, debes ayudarme.

—Hugo asegura que tu felicidad es lejos de Mendoza.

—¿Y tú qué piensas? Quiero saber lo que opinas, no lo que tu marido te ha sugerido.

—Creo que tienes derecho a elegir y a equivocarte, si se diera el caso, así como a aprender de tus errores. Deseo lo mejor para ti. No sé si Mendoza lo sea o no, pero reconozco que la decisión es solo tuya.

—Ayúdame a verlo. Juan y yo debemos hablar.

—¡Por Dios, no! ¡No me pongas en esa disyuntiva! Pretendes que vaya en contra de los designios de Hugo.

—Te recuerdo que en el pasado estuve a punto de quedarme solterona con tal de que ustedes no renunciaran a su amor.

—No quiero que seamos injustos contigo. A lo mejor es verdad que está en la ruina pero, si te quiere, todo puede arreglarse. ¿Estás dispuesta a desposarlo aunque su situación económica no sea a la que estás acostumbrada?

—¿Cuándo eso ha sido lo más importante para mí?

—De acuerdo. Prepara una nota para el pretendiente en apuros; yo la llevaré a sus manos — resolvió la joven duquesa mientras se acomodaba un mechón rubio que intentó salirse de su peinado.

—¿Harías eso por mí?

—Estuviste a punto de quedar solterona por mi causa; sería una terrible amiga si no te sirviera de Cupido. Es mi turno de corresponderte.

—Gracias —murmuró con el aliento contenido.

—A prisa, aprovechemos que Hugo ha salido y no pondrá reparos. Tranquila, Margarita, mi bien. Verás que todo se solucionará.

La señorita Morell sintió las mariposas revolotear en su estómago cuando vio aparecer a la duquesa y supo que la ayuda había sido más osada de lo pactado; también se atrevió a traer una misiva con la contestación. Margarita se estremeció cuando el suave papel se deslizó entre las yemas de sus dedos. Observó que su amiga quiso retirarse para dejarla leer a solas y la retuvo por el brazo.

—Aguarda.

—Prefiero no escuchar. Hugo es bastante convincente, usa tantas técnicas que a veces tengo que rendirme. Sabes que me basta su mirada para que me derrita.

—Solo quédate a mi lado, María Teresa —dijo mientras sus ojos volaban sobre las letras y sus labios se abrían como una flor para sonreír de tanta emoción—. Quiere verme mañana mismo, y tú tienes que ayudarme.

—¡Margarita! Es muy arriesgado.

—Sabes que debemos hablar. Necesito aclarar mis dudas, no puedo seguir con esta agonía en el pecho. Requiere mirarlo a los ojos cuando niegue las acusaciones de mi hermano. Solo así sabré si dice la verdad.

—De acuerdo. Mañana, cuando Hugo salga a sus obligaciones.

Capítulo 5

A Margarita le dolía en el alma lo que estaba a punto de hacer, más por María Teresa. Odiaba tener que implicarla, pero no tenía otra salida. Estaba dispuesta a sacrificar todo por amor. Se levantó temprano y salió de su cuarto a desayunar con la familia.

—Cariño, me alegra que nos acompañes —dijo aliviada doña Alma. Había sufrido cada día que su hija había permanecido en el encierro tras su renuencia a aceptar las disposiciones de su hermano mayor.

—¿Y el señor duque? —pronunció con desdén.

—¡Oh! Salió muy temprano —respondió doña Alma—, tenía asuntos urgentes que atender, pero estará de regreso para el almuerzo. Si nos acompañas a la mesa, estará complacido de que hayas decidido dejar tus aposentos.

—¿No está? —preguntó María Teresa—. No se despidió de mí. Lo hacía en su despacho por esa costumbre rara, que no ha perdido, de levantarse temprano y enterrarse en sus asuntos, incluso sin probar bocado.

—No quiso despertarte —aclaró su suegra—. Dejó razones con la servidumbre; tampoco lo vi irse.

—Debe ser algo de cierta gravedad; no suele abandonar el palacio sin avisarme. Le habría dado gusto saber que su hermana nos acompañaría a la mesa.

—¡De hacer su voluntad, más bien! ¡Al menos soy libre de caminar por los pabellones de este inmenso lugar! —murmuró con pesar Margarita.

—Hija, comamos en paz, no retomemos el tema —pidió doña Alma y la miró con piedad.

—Tiene razón, madre. Sé que nada de lo que diga logrará indisponerla en contra de su excelencia.

—Tu hermano —la corrigió.

—No, ha levantado una muralla entre los dos —asumió con soberbia—. ¿Le dijo que está dispuesto a quitarme la dote?

—Hablemos de cosas bonitas —pidió la madre.

—Tiene razón. Quiero tener un desayuno agradable a su lado.

—¿Qué te parece si, después de comer, paseamos un rato por el jardín? Hace un día soleado —ofreció doña Alma.

—Madre, tengo otros planes.

—¿Me lo podrías compartir?

—María Teresa me ha pedido que la acompañe de compras.

—¿De compras, nuera querida? —En casa de los Morell, los tratamientos se dejaban fuera en las conversaciones familiares—. Últimamente has preferido que alguien las haga por ti, más con los pequeños revoloteando a todas horas.

—Lo hago para que Margarita salga un rato de estas paredes viciadas —alegó la duquesa.

—No estaría mal para que te distraigas un rato, hija, pero tu hermano no quiere que pongas un pie fuera de la propiedad.

—Voy acompañada; usted podría ir con nosotras.

—¿Olvidas que tengo compromisos?

—Lo siento, madre —fingió con pesadumbre. Odiaba mentir, más a las personas a las que amaba. Lo habían premeditado. María Teresa y ella calcularon el momento idóneo.

—No puedo darte el permiso hasta que tu hermano autorice que puedes salir —insistió doña Alma.

—En ese caso, su consentimiento sale sobrando, madre; quien lo dará será Hugo. ¡No entiendo cómo deja que me avasalle!

—Tranquila, no te exaltes. Come, Margarita; tu desayuno está intacto en tu plato. —Se angustió y elevó los ojos al cielo.

—Usted no tiene por qué verse implicada, doña Alma. Soy yo la que he convidado a Margarita porque me parecen excesivas las medidas de mi esposo

—María Teresa, no la secundes. Mira que mi hijo y tú tienen un matrimonio muy bien llevado. No des motivos para que tu esposo tenga qué reclamarte.

—Me niego a que mi cuñada permanezca encerrada un minuto más —dijo la duquesa—, bajo las órdenes de quien sea. Margarita es madura, sensata y ya ha entendido los argumentos por los que Hugo considera poco idóneo al pretendiente. Su desconsuelo es mayúsculo y más lo será si no tiene un aliciente. Iremos de compras, también a la iglesia, daremos un paseo. Todo con tal de sacarla de ese estado de contemplación. Y si su excelencia tiene reclamos, me atenderé a las consecuencias.

Tras el desayuno y con la desaprobación de doña Alma, Margarita y su cuñada se subieron a un carruaje con sus galas para los paseos matutinos. La joven Morell temblaba, aún no creía que su amiga moviera un dedo en contra de las disposiciones de Hugo; siempre había sido rebelde y había defendido sus convicciones con ahínco, pero jamás en un asunto tan delicado. Respiró hondo y le apretó la mano por encima del guante de encaje blanco.

—¿Estás segura de lo que estás haciendo? Me duele en el alma dar motivos para indisponerte con tu esposo. Cuando sepa que me has apoyado... —Necesitaba su ayuda, mas no al punto de

causarle un perjuicio.

—Concentrémonos en seguir el plan. Debemos llegar rápido a la Puerta del Sol para que puedan encontrarse y aclarar todos sus malentendidos. Estoy segura de que tu madre mandará un mensajero para darle cuentas a Hugo de nuestro escape. Tu hermano es rápido a la hora de ajustar cuentas. No podemos tardarnos.

—Siempre estaré en deuda contigo.

—Te noto nerviosa. Tranquila, Margarita. Pronto lo verás y podrás pedirle que te aclare tus dudas. Saldremos de la incertidumbre de lo que en realidad pasa con la familia Mendoza y de si ese asunto con la señorita Domínguez es solo un rumor sin fundamentos. Espero en Dios que sí.

—Es que yo no necesito sus respuestas, confío en él —dijo y sus ojos se llenaron de lágrimas que no atrevieron a desbordarse. María Teresa la miró al rostro y vio más allá de lo obvio: sospechó que su abatimiento no provenía de las razones que había supuesto. Margarita bajó aún más la voz para protegerse del cochero, aunque el ruido de los cascos y la separación del hombre parecían suficientes para poder conversar con cierta privacidad—. Juan no tiene nada que aclararme; no nos hemos citado para hablar y sí para desposarnos. Yo iba a buscar el momento en que te descuidaras para huir de tu lado. Pretendemos vernos en la iglesia de San Pedro el Real, casarnos e irnos lejos.

—¡No! ¡Por Dios! No puedes actuar a escondidas.

—¿Quién lo dice?

—No nos tomes como modelo. Nuestra situación fue diferente; yo conocía a Hugo de toda la vida.

—Mi hermano no siempre tuvo una reputación intachable, también tuvo sus deslices.

—Tienes razón. Tal vez tuve suerte, pero no quiero que te arriesgues.

—Juan me quiere y deseo ser su esposa.

—No basta con desearlo, tienes que amarlo. De acuerdo, veo que estás decidida, pero no entrarás sola a la iglesia.

—¡No! Tienes que dejarme en la Puerta del Sol. No puedo involucrarte más. Dile a mi hermano que te he engañado. ¡Sálvate!

—Te llevaré y me cercioraré de que se unan en santo matrimonio. Luego, regresaremos al palacio y juntas enfrentaremos a tu hermano. Estarán unidos por la ley de Dios, y no le quedará más remedio que aceptarlo. Sé que ayudará a los Mendoza a salir adelante; Hugo tiene los medios, no puede negártelo.

—No regresaré contigo —murmuró decidida—. No hasta que nuestro matrimonio sea consumado. De lo contrario, mi hermano se valdrá de su poder para anular el vínculo.

—En ese caso, te acompañaré hasta que la boda haya concluido. Contraer nupcias es uno de los momentos más significativos de nuestras vidas, y no me parece justo que lo hagas sin ningún miembro de la familia. Además, necesitarás testigos que avalen la legitimidad del acto. ¡Qué mejor que la palabra de la duquesa de San Sebastián! ¿No te parece? Y ahora sonríe, mujer. Vas a

tu boda, no a un velorio.

Las lágrimas de Margarita se escurrieron y una sonrisa de complicidad se esbozó en su rostro. Se lanzó hacia el costado y sorprendió a María Teresa con un efusivo abrazo que la otra le correspondió. Siempre habían sorteado juntas la adversidad; en esta ocasión no sería diferente.

La duquesa le ordenó al cochero cambiar de rumbo hacia la iglesia, en busca del flamante novio. El viaje se extendió unas calles más hasta llegar al punto de reunión. Se bajaron con ayuda de un paje e indicaron al conductor aguardar a discreción a unos metros. Y una al lado de la otra, se introdujeron al recinto luego de admirar su torre mudéjar. Iban retrasadas, lo que significaba que Mendoza ya debía estar allí.

—¿Cómo convencieron al sacerdote de saltar todos los trámites y los plazos correspondientes?

—Es amigo de Juan.

El corazón de Margarita palpitaba sin control dentro de su pecho; las mejillas se le habían tintado por la emoción. Siguió lo pactado con el caballero y aguardó su aparición durante un rato, hasta que los cascos de unos caballos la pusieron sobre aviso.

—Ha de ser él —le dijo a la duquesa.

—Qué bueno. Su tardanza ya empezaba a ponerme nerviosa. ¿Estás convencida de desposarlo? Una vez que el cura los case, no podrás dar marcha atrás.

—Estoy segura.

La figura alta y sofisticada de un caballero vestido de negro se coló por la puerta principal; los rayos del sol a sus espaldas le añadieron dramatismo. Sus pasos firmes y largos dotaron su andar de una elegancia que se adquiría en la cuna, pero que se perfeccionaba con años de atención a las más finas maneras. Margarita palideció al verlo y su acompañante arrugó el entrecejo, dispuesta a reclamarle su intromisión, pero ninguna se atrevió a mencionar palabra antes que el duque de San Sebastián despegara sus labios carmesíes y escupiera su fuego. El primer reproche fue para su esposa.

—¿Y tú cómo es posible que hayas contribuido a pisotear nuestro buen nombre, el que te he dado para cuidar y no para enlodarlo? No solo me desobedeciste como esposa y estuviste a punto de sumir nuestro apellido en el escándalo. Jamás te perdonaré que, con tus impulsos y tus actos poco premeditados, pusieras en riesgo el porvenir de mi hermana. Si dije que Mendoza no era bueno para ella, tenía mis razones.

—No te permito que me hables así —se defendió María Teresa.

—¿Y yo debo, entonces, pasar por alto tus traiciones? Desde que nos desposamos, supe que no te doblegarías ante nadie y así te amé; pero pensé que eras sensata y que, si escogías una batalla, era porque sabías que era justa. Han actuado como dos jóvenes inconsecuentes y no lo toleraré; ambas tienen edad suficiente para ser más juiciosas. Por favor, esposa mía, sube al carruaje; tengo que hablar con Margarita.

—¡No! —se rehusó tomándole la mano a su cuñada.

—¿Qué esperas, Margarita? —reclamó Hugo.

—¿Cómo supiste dónde encontrarme? —contestó la interpelada con otra interrogante.

—Ordené que no salieras del palacio y, no contenta con vulnerar sus límites, también pones a mi esposa en mi contra. Cuéntame tus planes; tal vez ganes otro cómplice.

—No caeré en tus provocaciones ni en tus juegos —lo desafió.

—¡De inmediato, las dos al carruaje! ¡Las escoltaré de regreso a la protección de nuestro hogar, de donde nunca debieron haber salido! —El duque no se andaba con medias tintas.

—No me moveré de este sitio, déjenme. Ustedes pueden irse; yo me las arreglaré sola —resistió Margarita.

—¿Quieres esperar? Esperemos —expuso Hugo armándose de paciencia, y los minutos comenzaron a transcurrir.

Margarita y María Teresa, desoyendo sus argumentos, indagaron con el sacerdote, quien confirmó que la hora fijada con el señor Mendoza había pasado. El medio día transcurrió hasta la hora más ardiente del sol, en que las damas —exhaustas— desfilaron hacia el carruaje. El duque las siguió. Margarita iba con el alma en vilo, sintiéndose desgraciada por haber sido abandonada a su suerte por quien creía capaz de mover cielo y tierra para cumplirle sus promesas. Se hizo mil conjeturas sobre el motivo de su ausencia y no pudo aceptar que le había fallado por libre voluntad.

—Es tu culpa. Nadie me quita de la mente que eres responsable de mi fracaso —acusó a Hugo y contra él disparó todo su resentimiento.

—¿Responsable de qué? —la encaró el duque.

—No disimules, bien sabes que nos habíamos citado para desposarnos. Has saboteado nuestro intento de estar unidos. No hemos huido como dos insensatos. ¡Íbanos a casarnos!

—Siento tu decepción, pero no me culpes de tus propias faltas.

Margarita se puso a llorar totalmente avergonzada, Juan no solo la había defraudado, la había abandonado en medio de un conflicto familiar que amenazaba con anularla. Acababa de lesionar todos sus vínculos de afecto: su madre, su hermano, su amiga.

—Vamos —la instó María Teresa obligándola a reponerse ante la cara de enojo de Hugo.

—Sácame de aquí; no quiero permanecer ni un instante más en este lugar.

Se fueron calladas. El duque tuvo que comprar el silencio de quienes se percataron de la situación —el sacerdote y el sacristán— para salvar el honor de la familia. Luego, de regreso, escoltó a las damas. María Teresa intentó consolarla y Margarita no se lo permitió. Su orgullo estaba hecho trizas; se sentía por los suelos. Respiró hondo para tratar de liberarse del dolor. No podía sumergirse en un abismo de desesperación, debía confiar en la palabra de su amado. Estaba segura de que Hugo había movido los hilos para apartarlos. Lo vio bajarse del caballo y marchar delante de ellas, una actitud que distaba de su usual caballería, pero imaginó que estaba tan

ofuscado que había olvidado sus maneras.

Lo peor fue pisar los escalones de la entrada principal del palacio y encontrar a su madre en lo alto de la escalinata. Hugo tuvo el primer contacto con ella; se veía angustiada, pero empeoró después que él le compartió unas palabras. El corazón de Margarita languideció, se llenó de vergüenza al pensar que su hermano la pusiera al corriente de lo sucedido. El semblante de doña Alma estaba pálido y horrorizado. Hubiera preferido encontrarla en los pisos nobles. No le quedaban fuerzas para soportar sus reclamos; de seguro se iba a sentir muy defraudada.

Levantó el semblante para enfrentarla, debía encarar la situación, y cuál fue su sorpresa cuando la buena mujer abrió sus brazos y le permitió refugiarse en su pecho. Le besó las sienes mientras ella solo podía llorar. Ni siquiera pidió perdón por huir a casarse con un hombre sin su bendición, se dejó acompañar por su madre hasta su dormitorio. Depositó su bolso de mano sobre un mueble y comenzó a despojarse de sus joyas; ordenaría que le preparasen un baño que la liberara de sus tensiones. Pero doña Alma seguía ahí, como si todo lo que tuviera por decirle le hubiera ocasionado un nudo en la garganta. Odió admitir que se sentía funesta por causarle a su madre un tormento así; más que la viera derrotada, entre la duda y la certeza. Ya había comenzado a dudar de Juan, empezó a apreciar detalles de su liviandad que antes le habían pasado desapercibidos. «¿Y si Hugo tiene razón? ¿Y si solo quería desposarme por mi herencia? ¡No! ¡No puede ser! No puedo desconfiar de sus intenciones. Me dio tantas muestras de sus sentimientos», pensó. Se llevó las manos al pecho y ya no pudo de tanto dolor.

—Hable, madre. Regáñeme, no se guarde nada —pidió avergonzada.

—Hija, tengo malas noticias que darte. El caballero iba a tu encuentro y sufrió un accidente. Cayó de la montura.

—¿De qué hablas, madre? ¿Cómo lo sabe? —Aquellas palabras fueron las últimas que esperaba.

—Hugo se enteró de sus planes, intentó evitar la boda y fue a su encuentro. Se hizo de unas palabras con él y este no quiso renunciar a ti. Tu hermano le dijo que no contara con la dote, pero a Mendoza no le importó y galopó a la iglesia dispuesto a casarse contigo. Hugo trató de defender tu honor, lo amenazó, lo persiguió con sus hombres, y en la huida el hijo del conde tuvo el accidente.

—¡Tengo que verlo! ¡Sabía que no me había fallado! —exclamó llorando y secándose las abundantes lágrimas que se escurrían de sus ojos.

—¡No puedes ir, hija! ¡No puedes presentarte a esa casa! ¿Con qué pretexto?

—Íbamos a casarnos.

—Ni siquiera estaban comprometidos. No tienes excusa para aparecerte. Te ordeno sosegar, quedarte aquí y no salir de tus aposentos.

—Necesito saber cómo está.

—Hija... Juan Mendoza no sobrevivió —murmuró con los labios temblorosos, compadecida.

—¿Qué dice, madre? Eso no puede ser cierto. Tengo que ir a verlo, de inmediato.

—¡Ya no está, ya no está! ¡Se fue, mi amor! Hugo me acaba de poner al tanto. Él lo vio, mandó el cuerpo con sus hombres.

—¡Madre, no le creo! ¡No puedo! ¡Mi hermano estuvo conmigo en la iglesia, aguardó a mi lado firme como una roca!

—No pudo darte la terrible noticia, no se sentía capaz de causarte esa pena.

Margarita salió corriendo, con el alma despedazada por la noticia. Sentía que su vida había dado un giro enorme y había salido de su eje. De pronto la carcomió la zozobra, la sospecha. No se detuvo hasta estrellarse contra el pecho de titán de su hermano y golpearlo en repetidas ocasiones.

—¡Di la verdad! ¡Tú lo mataste! Con tal de salirte con la tuya, lo enfrentaste y acabaste con su vida.

—¡Ganas no me faltaron, pero no soy un asesino! —se defendió—. Simplemente, quise impedir la boda.

—¿Por qué te quedaste callado a mi lado en la iglesia? ¿Por qué si sabías que no iba a llegar?

—Sufrí cada minuto ocultando la verdad, pero no podía causarte tanto dolor, no tenía palabras para comunicártelo.

—¿Tú, sin palabras?

—Eres importante para mí, y sé que no lo manejé de la forma adecuada.

—¡Tengo que verlo! ¡Necesito verlo!

—Si haces eso, te pondrás en entredicho, te arruinarás y arrastrarás contigo nuestro apellido. ¡No puedo permitirlo!

—¡Pero, Hugo!

—¡Lo lamento!

—¡Júrame que no lo mataste!

—Te lo prometo. ¿Me crees capaz?

—¡No! ¡Tienes razón!

—¡Lo siento! —le dijo. Le tomó el rostro entre las manos y sus dedos se empaparon con sus lágrimas—. Era un buen hombre y sí te quería. ¡Tenías razón en todo! ¡Yo estoy equivocado!

—Hugo, no... No reconozcas tu error cuando ya no hay una salida para Juan y para mí. Eso me quebraría todavía más, me daría ilusiones cuando la esperanza ya está muerta.

—Haré hasta lo imposible para compensarte, yo erré. Indirectamente me siento culpable de tu sufrimiento, lo perseguí hasta que su caballo se desbocó. Hermana, perdóname. Estoy en deuda contigo, estoy a tus pies.

—¡Calla! ¡Por favor, haz silencio! ¡Todo esto tiene que ser una cruel broma del destino!

Se abrazaron hasta que Margarita comprendió que el abrazo de su hermano no la reconfortaba;

al contrario, sintió sus brazos alrededor de su cuerpo como lava ardiente. Se separó de golpe, lo miró con odio y se retiró para llorar su enorme pena en la soledad de su habitación.

Capítulo 6

En los días sucesivos todo se vio apresurado. El conde de la Vega acudió al palacio y compartió unas últimas palabras con la familia Morell. Margarita se asombró de que no lanzara acusaciones en contra de su hermano; simplemente se encerraron en su despacho a dialogar por horas. Tras irse, Margarita retuvo al conde, necesitaba oír de sus labios que Juan había muerto. Lo detuvo y el caballero afectado se volvió para atenderla, pero las palabras de la señorita se quedaron atoradas en su garganta, y solo pudo articular: «Lo siento».

El conde hizo una seña con la cabeza; fue suficiente para confirmarle a Margarita el deceso de su primogénito. Sin mediar más palabras, sin dar cuenta del secreto de una relación que se extinguió en sus albores. El rencor contra su hermano se instauró en su pecho con mucha fuerza. Había dudado de Juan —quien al final había obrado correctamente— mientras que Hugo se había equivocado y, por su arrogancia e impulsividad, había ocasionado una catástrofe.

María Teresa se le acercó con la piedad reflejada en la mirada, suspiró con un nudo en la garganta. Margarita notó su desconcierto y exigió que le soltara lo que fuera que la estaba angustiando.

—Hugo me ha comunicado que no puedes permanecer aquí.

—¿De qué estás hablando?

—Te enviaré a Londres. Dice que, tras lo ocurrido, necesitas alejarte.

—¿Con Grace? ¿Quiere que esté fuera una temporada?

—Con la abuela Prudencia. Habla con él; a tu hermano se le han metido ideas en la cabeza que no creo que te hagan feliz.

Cuando Margarita supo lo que el duque pretendía, su rencor se exacerbó en su pecho. Lo encaró en su despacho. Su excelencia ya la estaba esperando y tenía el semblante que ponía cuando iba a tocar un tema serio; hizo un gesto de fastidio al verla con un traje de dos piezas de color negro por la pérdida de su enamorado.

—María Teresa está preocupada. ¿Qué estás tramando? —indagó Margarita.

—Soy culpable —murmuró al tiempo que bajaba los párpados para luego levantarlos con fuerza y clavarle las pupilas, muy oscuras.

—¡Por supuesto que lo eres! —lo desafió—. De no haber sido tan testarudo, ahora Juan estaría vivo.

—Te he pedido perdón de mil maneras. —Tragó en seco. En verdad estaba arrepentido y Margarita pudo comprobarlo; su hermano no solía mentir.

—Tu arrepentimiento no va a devolvérmelo.

—Cargo sobre mis hombros la responsabilidad de tu corazón roto, pero te juro que ya tengo la forma de componerlo.

—Eso no será posible; no puedes revivirlo —aceptó anegada en lágrimas, lo que aumentó la culpa del caballero.

—He tratado de evitar el escándalo; incluso la familia Mendoza se ha esforzado para evitar los rumores en torno al accidente a caballo. Pero es urgente que te alejes de esta nebulosa de duelo, antes que se destape el avispero. Nosotros le haremos frente.

—¿Es cierto lo que dice tu esposa? Pretendes echarme de tu vida.

—¡No! Solo quiero que no continúes sumida en este ambiente de dolor, donde todo te lo recuerda a él.

—¡No pretendo irme a ninguna parte, menos sin acudir a su tumba a llorar su muerte! —gritó.

—Y no podrás —expuso con firmeza—. Ni siquiera la culpa hará que me convenzas de semejante negligencia. No eres su viuda, no tienes nada que llorar. Levantarías demasiadas suspicacias.

—¿Y qué pretendes?, ¿que olvide que murió por mi causa en plena flor de su juventud?

—Haré todo lo posible por componer tu corazón. —Se le acercó y le levantó el mentón con una mano—. Ya no puedes seguir aquí, te marcharás a Londres; ya he ordenado que te preparen el equipaje.

—¿De qué estás hablando? ¿Sin siquiera consultármelo? Hugo, te desconozco; jamás me trataste con prepotencia. Somos hermanos y hemos tenido una relación hermosa; parece que hubieras reencarnado el difunto marqués de Morell de Santa Ana.

—No te aprovecharás de mi culpa para seguir haciendo lo que estimes conveniente. No te gobiernas y estás bajo mi cuidado. Nuestro antiguo protector, el marqués, me dejó a cargo de la familia, y no le fallaré a su memoria. Cuidaré de ti por encima de tus decisiones.

—¡Eres indolente!

—Fui permisivo contigo; de haberte vigilado más, no habrías cometido tantos deslices. ¡Siento que has crecido rodeada de pésimos ejemplos!

—¿Te refieres a Grace, a Úrsula, a María Teresa?

—Y un servidor —admitió.

—En eso concuerdo; fuiste el peor de todos.

—Solo espero que ese hombre no te haya mancillado.

—¡No! Te juro que no. —Intentó apaciguarlo.

—No puedes seguir aquí cometiendo faltas. Si me hubieras obedecido, Mendoza no habría dado

rienda suelta a un plan descabellado que lo llevó a la muerte.

—No debías entrometerte.

—Cambia tus ropas. No te atrevas a volver a vestir de luto por ese hombre. No eres su viuda; ni siquiera pidió tu mano honorablemente. Haré contigo lo que no hice con ninguna de las Morell: he concertado un matrimonio para ti.

—¿De qué hablas?

—Te casarás con un hombre de bien, pero antes debo sacarte a tiempo de Madrid. Mañana mismo partimos a Londres y no me despegaré de tu lado hasta que te encuentre un esposo digno y que estén desposados.

—¡No!

—Te daré a elegir de una lista de pretendientes. En mi última estancia en Londres, la condesa de Huntington me dio una larga charla de por qué ya debes disfrutar de las mieles del matrimonio. En mala hora no seguí sus consejos —dijo para referirse a la prima de doña Prudencia, una noble inglesa con quien estaban emparentados por lazos políticos—. Sé que tiene un hijo y es soltero; podría ser una opción. No quito de la lista a mi amigo, el señor Johansen; aunque no lo admitió, sé que quedó impresionado contigo.

—¿Te escuchas? Los hombres deberían tocar a tu puerta para pedir mi mano, no al revés. ¿Piensas comprarme un marido?

—Pienso librarme de un dolor de cabeza —concluyó y ella hizo una mueca de fastidio por cómo la había definido—. En menos de un mes, terminarás casada y yo me quitaré una contrariedad de encima.

—¡Qué amable! Ahora resulta que soy una carga.

—Más bien, una pesadilla.

—¿Así pretendes sanar mi corazón?

—No te estoy imponiendo a un hombre, solo te estoy exigiendo que elijas uno de una maldita vez y dejes de jugar.

—Solo quiero a Juan —admitió casi sin voz por el dolor.

—Él, desgraciadamente, ya no está disponible —recordó aporreando ambas palmas de sus manos contra la superficie de caoba, atestada de hojas de cuentas de su escritorio—. Si mal no recuerdo, María Teresa me confirmó que mi amigo, el nórdico, no te fue indiferente. Solo que tus sentimientos ya estaban comprometidos. A falta de Mendoza, elige de una vez; mientras más lejos sea, será mejor. Te ayudará a olvidar su fantasma.

—¿Jørgen Johansen? Ese hombre y yo no tenemos nada en común.

—¿Y el heredero natural de los condes de Huntington?

—Ni siquiera lo conozco.

—Es uno de los solteros más cotizados de Londres y tenemos influencia en los Huntington. No seas necia.

—¿En serio me atormentarás con eso en medio de mi dolor?

—A Jørgen le gustaste cuando te conoció en la boda de los duques de Whitestone. Miles de señoritas harían hasta lo indecible por que mi amigo se arrastrase a sus pies. Él aceptó desposarte solo si tú estabas de acuerdo, hasta que fuiste descortés con él en la recepción.

Margarita se volvió de espaldas, odiaba cuando Hugo se volvía insistente. Lo veía venir. Se estaba encaprichando con el asunto y, si no le ponía freno, terminaría siendo la señora de Johansen. Ese hombre era de buen ver y parecía educado, pero había algo oscuro y frío en su mirada que la inquietaba.

—Para, por favor —suplicó agobiada.

—Salvo que descubra tu desliz, te tomará en cuenta.

—Lo dices como si hubiera pecado.

—¿Huir a escondidas de tu familia para desposar a un caballero no te parece lo suficientemente grave?

—¡Basta!

—Johansen tiene un genio de los mil demonios. Si descubre tu aventura con Mendoza y tu negativa a aceptar el compromiso, será el primero en oponerse a la unión, así que no lo arruines. Tampoco quiero obligarte, pero creo que es tu mejor opción. Sabes cómo son los respetables miembros de la sociedad madrileña; no faltará quien hable de más, y tu escape y los planes de desposarte sin mi autorización quedarán al descubierto. A nadie le importará si el intento fue frustrado; te lapidarán junto con el infeliz de Mendoza. Tienes la obligación de salvarte, se lo debes a la memoria de nuestro padre.

—Casi que lo tienes decidido. Me inquietas. —Suspiró preocupada—. Dame tiempo; no puedo tomar una decisión en apenas unos minutos. Menos ahora, que mi cabeza es un hervidero.

—Solo esta noche.

—Al menos déjame llorarlo en paz.

—Si tienes que llorar por ese infeliz, hazlo, pero sin que nadie te vea. No nos humilles con tu vergüenza.

Capítulo 7

Septiembre de 1863

Los Morell eran muy unidos. La duquesa de Whitestone —Altagracia Morell en su nombre de soltera— y su abuela doña Prudencia —o también conocida como la viuda de García de Lisón— eran parte de tan selecto círculo. La familia, ante todo. Solían ayudarse y ser herméticos en los peores momentos. No fue necesario que Hugo fuera explícito, Margarita menos, pero ambas damas recibieron a la «oveja descarriada» con los brazos abiertos y trataron de protegerla del férreo acecho de la mirada de reproche del duque de San Sebastián. La acunaron en sus brazos para que llorara su pena a puertas cerradas. Margarita era muy amiga de la duquesa, al igual que de sus hermanas Úrsula y María Teresa.

—Tranquila, pequeña, ya pasará —le susurró doña Prudencia—. Pero ¿cómo se te ocurre desafiar a tu hermano?

—¿Acaso no lo hicieron Úrsula y Grace en su momento? —se defendió la recién llegada.

—Pero tú eres su hermana y, aunque las quiere a todas por igual, es diferente.

—Hugo es cruel conmigo, más desde que heredó los títulos —se quejó Margarita.

—Tampoco seas injusta —lo defendió Grace—. Solo ha querido cuidarte.

—El caso es que ese caballero ya no está para reparar tu honor —murmuró la señora.

—No hay honor corrompido —insistió Margarita.

—Lo hay. Hace más daño un rumor que una verdad escondida —dijo la duquesa convencida—.

¿Por qué no aceptas la propuesta de tu hermano? El señor Johansen me agrada.

—Solo a ti.

—Tal vez porque lo he tratado más. El león no es tan fiero como lo pintan, más bien es melancólico.

—¡No! No deseo desposarlo.

—¿Y el futuro conde de Huntington? Lo he tratado pocas veces, pero solo escucho alabanzas de él. Sus hermanas lo adoran; la condesa lo idolatra.

—Un caballero en toda la extensión de la palabra y, además, buen mozo. —Doña Prudencia apoyó la sugerencia—. Su madre arde en deseos de casarlo. Solo que es escurridizo, difícil de pescar, pero no por andar en malos pasos; es muy serio y responsable de sus compromisos. Podríamos urdir un plan.

—¡No! ¿Acaso no lo entienden? No deseo casarme. Con un inglés, menos. Somos incompatibles, muy fríos para mí. El señor Johansen, peor; su mirada me congela la sangre. Quiero regresar a La Habana. Mi mundo era Madrid; sin Mendoza ya no podría aguantarlo. La Habana es mi mejor opción.

—¿Insinúas que deseas vivir con la marquesa viuda de Morell de Santa Ana, o sea, mi madre? —insinuó Grace—. En verdad estás desesperada. Ni María Teresa ni yo pudimos aguantarla; Úrsula sí porque es un ángel de Dios. Pero, así y todo, tuvo que enfrentarla para poder liberarse de su severo control; de lo contrario, ahora estaría casada con algún insípido tan soporífero como un té de tila.

—Creo que necesitas descansar y olvidar los arreglos matrimoniales. ¡Descansa, mi niña! —le pidió doña Prudencia y se retiraron para darle su espacio.

La vida en Londres era agitada, más en Primrose Hall. El duque de Whitestone tenía demasiados compromisos adquiridos de su ascendencia noble y, encima, se había vuelto un entusiasta de los negocios. Hugo y él compartían la misma pasión. Solían concertar almuerzos, bailes o cualquier tipo de reuniones que los ayudaran a expandir horizontes y crear alianzas. En muchas ocasiones las damas no estaban excluidas, y Margarita ya no podía seguir excusándose.

Esa noche había una cena. Estaba sentada delante de su tocador y admiraba su reflejo en el espejo. Su rostro tenía una mezcla entre lo ufano y lo dulce, difícil de explicar. Parecía una persona feliz, pero solo era una huella de lo que había sido en el pasado. Sus ojos oscuros eran enmarcados por sus espesas pestañas y cejas. Llevaba el cabello en un recogido de trenzas, con pequeños bucles que caían en la parte inferior de la cabeza. Al tener el rostro descubierto, sus aretes se destacaban como punto central; había elegido unos diamantes negros que resaltaban su mirada.

Grace pasó a buscarla a su habitación para tratar de animarla. No le pasaba desapercibida su nula capacidad para concentrarse en la próxima reunión.

—Vengo a levantarte ese rostro triste —le dijo de manera confidencial.

—Estoy bien —alegó por inercia. No quería preocuparla.

—Unas perlas te quedarán mejor —decidió al tiempo que abría el cofrecito de las joyas y sacaba unos pendientes de dicho material. Hizo un gesto ante la elección del color del vestido de su prima, el malva. No le pasaba desapercibido que se rebelaba contra la imposición de Hugo y quería demostrar su luto, aunque mínimamente. No lo hacía para burlarse de su hermano; se lo dictaba su corazón.

—¿Hugo te envió a revisar mi atuendo?

—El rosa te queda mejor, va más con tu tono de piel.

—Ya veo que no responderás. Me pongo las perlas, pero no cambiaré mi vestido. Al fin y al cabo, es un color inocente.

—Una vez mi esposo, cuando me hacía la corte, tuvo un detalle conmigo. Echaba de menos a mi familia, mi casa, mi tierra. Me regaló un perfume que me trajo de vuelta a mi hogar.

—¿Lo sigues usando? Siempre hueles tan delicioso.

—Violeta, como María Teresa, mi querida hermana, y vainilla, como esos postres deliciosos que llenaban de aroma el piso de abajo de nuestra casa. Aún extraño el calor.

—Se añora.

—Mi abuela me contó que, cuando las llevó a María Teresa y a ti a vivir a Madrid, al palacete Morell de Santa Ana, siendo unas muchachitas, te costó mucho dejar de extrañar. Me dijo que echabas de menos el naranjo agrio del patio de nuestro hogar en La Habana, que te producía una nostalgia grande; a tal punto que te metías a la cocina a hurtadillas a tomar una naranja y le raspabas la cáscara para aspirar su fresco aroma.

—Ese olorcito me recordaba a mi madre, porque solía tomar los azahares y hacer unos ramilletes pequeños para perfumar mi baño. Luego, en Madrid, continué la costumbre.

—Pues a mi adorable esposo se le ocurrió mandar a preparar esta belleza para ti. Todos colaboramos con la idea, incluso Hugo. El perfume de Neroli —dijo mientras mostraba un frasco de cristal que había permanecido oculto.

Margarita lo tomó entre sus manos y lo destapó, lo acercó a su nariz y olió el exquisito aroma de flor de naranjo agrio. Sintió nostalgia, pero después, calma.

—Gracias a todos. Whitestone es increíble. Agradécele por sus atenciones; es un gran anfitrión. Me da felicidad que hayan formado una familia. ¿Cómo va tu embarazo?

—Las náuseas son una pesadilla, pero pienso en mi bebé y las soporto con buena actitud. Este niño que está por venir y mi pequeño marqués son mi vida —dijo para referirse a Evan, su hijo de su primer matrimonio con el fallecido marqués de Emerald. Grace había pasado por mucho hasta lograr encontrar estabilidad. Primero, había sido marquesa en primeras nupcias; después, había enviudado y la vida la premió con el duque de Whitestone, quien no podía ser mejor esposo. La duquesa tomó el frasco y untó sus dedos con el líquido y le colocó unas gotas a su prima tras las orejas—. Solo un poco así, cuando un caballero pase por tu lado, sentirá el sutil aroma fresco y vibrante del Neroli. ¿Sabes por qué ese perfume tuvo tanto éxito en España? La antigua duquesa de Bracciano y princesa de Nerola, Marie-Anne de la Trémoille, una noble francesa que tuvo mucha influencia en la corte española de Felipe V, lo puso de moda. Solía perfumar sus sábanas y su baño con el aroma de los azahares de naranjo agrio. Una dama muy influyente, como las que me inspiran para mis historias.

—¿Y por qué tan interesada en que huela a flores justo ahora?

—Deseo que, cuando salgas, los caballeros te noten y se queden prendados de ti. Los años pasan y ya debes casarte.

—Ya no veo el matrimonio en mi futuro.

—Lo sé, mi niña, pero no quiero que pasen los años y que te preguntes por qué renunciaste a la oportunidad de tener hijos mientras ves crecer a tus sobrinos. Debes tener descendencia para el

mañana.

—Me basta con los niños de la familia.

—Necesitas los propios y un marido; un hombre también puede darte momentos satisfactorios. No quiero que te prives de nada. Aquí no están Úrsula ni María Teresa; es mi responsabilidad mirarte de frente y decirte que sí te duele la pérdida de ese caballero y te dolerá siempre. Pero tienes que poner buen semblante y luchar por ellos.

—¿Por quién?

—Por tus hijos. Créeme cuando te lo digo: nada se compara con la dicha de ser madre.

—No todas tienen ese instinto; por ejemplo, las monjas deciden no tenerlos, ni esposo.

—No es tu caso. Eres maternal; he visto cómo tratas a Diego o a Evan.

Margarita terminó de entender la insistencia de su prima cuando llegaron todos los invitados. El señor Johansen, por supuesto, no podía faltar. La miró con discreción desde su sitio, a la par que fingía poco interés en su presencia y mucho en la charla que compartía con el duque de San Sebastián. Pero no la engañaba. Sentía sus ojos como dos dagas de hielo afiladas que la hacían temblar. ¿Por qué le afectaba tanto su presencia? El pecho le subía y le bajaba a un ritmo diferente, como si ella fuera una gacela y aquel hombretón fuera un tigre dispuesto a darle caza. Cerró los párpados y buscó el lugar más alejado de Johansen. Suplicó por que Hugo no se pusiera insistente y no la ofreciera como un manjar.

La condesa de Huntington la sacó de sus contemplaciones con un ameno saludo.

—Hermosa señorita Morell, ha regresado a Londres demasiado pronto. Nos alegra tanto su visita.

—Lady Huntington, también es grato para mí verla.

—¿Ya tuvo la oportunidad de ser presentada a mi hijo?

—No, no lo he conocido aún, ni siquiera sabía que tendríamos el honor de recibir su visita.

—Mi hijo es un caballero muy ocupado, pero lo instamos para que aceptara la invitación del duque de Whitestone. No podía seguir inmerso en sus obligaciones; también hay que pasar tiempo con la familia.

—Tiene razón.

—Es una lástima que lady Arlene Haddon esté de paseo en el continente con sus tías maternas —dijo para referirse a la hijastra de la duquesa de Whitestone, la hija del difunto marqués de Emerald, quien había sido el primer esposo de Grace—. Se han dado cita en este almuerzo varios de los solteros más distinguidos de Londres. Todos están en mi lista.

—¿En su lista?

—Me he tomado la tarea de buscar un pretendiente a la altura de la señorita. Ya está en edad de casarse.

—Cierto —emitió entre dientes. Si la condesa ya estaba contando los días de soltería de la bella lady Arlene Haddon, quien era jovencísima, con temor a que quedara sin esposo para siempre si no se apresuraba, ¿qué podía resultar para ella, que tenía una edad en la que la mayoría

de sus conocidas ya habían contraído nupcias hacía varios años?

—Mi hijo es el candidato perfecto: tiene un título de cortesía menor, pero será conde por derecho propio el día que su padre vaya a los brazos del señor. —Margarita supo lo que hacía la condesa; quería impresionarla con las virtudes de su hijo.

—Lo que espero que no suceda hasta que pasen muchísimos años que le permitan a su esposo vivir una larga y feliz vida —dijo apiadándose del conde de Huntington.

El duque de Whitestone se les acercó con Leonard, el vizconde Summerfield y capitán de la Royal Navy, y se lo presentó con todos los honores. Margarita ya había escuchado hablar de él; era un hombre de cabello color caoba y de pómulos ligeramente bronceados por su continua exposición al sol. Su madre, la condesa, se mantenía estoica a su lado, como toda una dama inglesa, pero en sus ojos se leía el orgullo que le producía su benjamín, quien se había unido —a su pesar, a los quince años— a la Marina y había dedicado, desde entonces, su aliento entero a cumplir con su deber.

Fue cortés a pesar de su educación militar; Margarita fue escueta en sus palabras, pero amable. Sabía que aquel hombre no acostumbraba a permanecer mucho tiempo con la familia, y el que estuviera presente solo podía significar que sus padres le habían hecho una petición especial. Hubiera puesto los ojos en blanco de haber estado bien visto. «¿No les bastan a los condes todas las guerras pasadas entre españoles e ingleses? ¿De veras quieren tomarme como nuera? Ni en mil años», suspiró.

Hugo se les acercó con el señor Johansen, y las presentaciones continuaron. La condesa intentaba atarse al valor de la modestia, pero no lo conseguía fielmente; de seguro conocía el interés del duque de San Sebastián por lograr un acercamiento entre su amigo escandinavo y su hermana.

—El vizconde Summerfield no solo es capitán de la Marina, sino también es ingeniero y tiene amplia experiencia en el diseño de barcos con fines de guerra. Por eso, quería presentarlos. Señor Johansen, ya le he hablado de usted y de su versatilidad para construir barcos. La Royal Navy no debe perder de vista a la Five Oceans; es una constructora naval con astilleros en Kent y, también, en Noruega, de donde es originario su dueño. Se dedica a ensamblar buques de pasajeros y de cargas comerciales para atravesar, principalmente, el Atlántico, aunque también construye barcos de transporte fluvial.

—Es un gusto conocerlo, milord —dijo Jørgen sin dejar de estudiar al sujeto, para tratar de desentrañar sus intenciones con Margarita. No lo disimuló, menos al abrir la boca y sentenciar las posibilidades de negocio a futuro—. Me especializo en barcos para trasladar pasajeros y mercancía, no tengo nada que ver con la Armada.

—Por supuesto que he escuchado de la Five Oceans, y es más de mi interés si lo recomienda el duque de Whitestone. Usted y yo deberíamos reunirnos antes de que salga de Londres. ¿Le parece?

—Excelente idea —aceptó Johansen.

Margarita no había abierto la boca. Había estado fastidiada y algo incómoda, por la presencia

del nórdico, y con deseos de regresar al lado de su prima. Summerfield solo era un trámite que estaba acostumbrada a sortear; le sería fácil despacharlo a pesar de su encanto y su alcurnia. A Johansen no, porque le producía efectos desconcertantes en su cuerpo. Y aunque Hugo le había advertido que se comportara, no soportó más la mirada maleducada de Johansen sobre el vizconde, que no pudo ser menos amable, como si el capitán viniera a resquebrajar su seguridad.

—¿Y tienen incursiones mar adentro muy seguidas, vizconde Summerfield? —preguntó Margarita de pronto, lo que sorprendió a los presentes, que se habían esforzado en vano por llamar su atención.

—Sí —dijo el vizconde, deslumbrado por la pregunta. Sus ojos sonreían.

—Le ha tocado una época más sosegada, digo, hace años las batallas eran cruentas y despiadadas; ahora puede gozar de la paz británica.

—Está bien informada. Mi última incursión bélica fue contra instalaciones en tierra, las del Báltico y el mar Negro, hace unos años.

—Muy joven sería usted.

—Entré a la Royal Navy a los quince años.

—Admiro su devoción a una causa.

—Ahora estoy más dedicado a la ingeniería naval, aunque a veces me tocan misiones para frenar a piratas o barcos que trafican con esclavos. Me sorprende su interés y conocimiento acerca de la Marina. —Una señorita, por lo general, no se interesaba en esos temas.

—Es una virtud de la señorita Morell —intervino Jørgen divertido porque, en la boda de los duques de Whitestone, ya se había topado con los peculiares intereses de Margarita; iban más lejos de los contenidos sobre los que solía abordar una señorita casadera.

—Milord, agradezca que los tiempos son menos beligerante para su labor.

Hugo palideció. Margarita iba a comenzar a dar sus opiniones y estas siempre originaban una discusión. La miró con insistencia para exigirle que guardara silencio de inmediato. Asumía que lo hacía para fastidiarlo y para espantar a los pretendientes; era su recurso más explotado.

—Efectivamente, señorita Morell. Ahora no estoy al frente de grandes batallas, pero la vida en ultramar es dura.

—Más para los marineros; un caballero de su posición de seguro goza de ciertas indulgencias. He escuchado que, en la Royal Navy, usan métodos poco convencionales para obtener tripulantes y que, incluso, los castigan con latigazos. A usted dudo que, con tanto abolengo, le pongan un dedo encima —sugirió Margarita y Johansen curvó los labios con disimulo. Ni siquiera iba a tener que esforzarse en ahuyentar al aristócrata; la señorita ya lo estaba despachando. La condesa hizo una expresión de horror contenido. Se estaba arrepintiendo de colaborar para buscarle esposo a la señorita Morell, más al haber sugerido a su hijo; lo estaba dejando en ridículo públicamente.

Margarita había abierto la boca solo para hacer sentir a Jørgen Johansen en desventaja delante del vizconde, pero los calores internos que la sofocaban —ante la presencia del nórdico— habían torcido el rumbo de la conversación. Ese hombre hacía que sus mejillas se tintaran de rosa y que

unos ardores insoportables le subieran por las costillas, tanto que le molestaba su prepotencia. Había surtido efecto al principio; después, resultó confuso, aunque el vizconde se veía inmutable.

—Tiempos antiguos y difíciles. La guerra es muy cruel. Ya no se usan esos métodos. —El capitán se salió por la tangente.

—¿Se justifica? —inquirió Margarita ante la risa sardónica de los ojos de Johansen, cuyos labios permanecían sellados en una línea.

—Claro que no.

—Su excelencia, me sorprenden las palabras que salen de la boca de su dulce flor —murmuró la condesa casi sin aire, ya no podía más. Contrariada miró al duque de San Sebastián para darle a entender que hiciera algo o que lo haría ella en su lugar.

Hugo estuvo a punto de tomar a su hermana del brazo, alejarla de allí y darle un castigo ejemplar, pero sacó fuerzas de sus remordimientos. Johansen no pudo reprimir más su sonrisa.

—Jamás permitiría tales atrocidades bajo mi mando —emitió el vizconde para poner a salvo su honor.

—Entonces, me quedo tranquila. Espero que no sea muy duro con los piratas a los que persigue. —Margarita añadió una broma que pareció divertir a lord Summerfield.

—Si a la dama le place, los trataré con guantes de seda, pero los obligaré a cumplir con la ley —reafirmó el capitán sin darle mayor importancia.

—Señorita Morell, dejemos a los caballeros hablar de sus asuntos —dijo la condesa y la invitó a caminar.

Margarita agradeció apartarse de los hombres y librarse de los intentos de su hermana y de la condesa por conducirla al altar. Sentía la atención de Johansen perseguirla; ni siquiera la miraba, pero su instinto le decía que los sentidos de ese varón estaban pendientes de sus movimientos.

Como un castigo que comenzaba a tomar forma, cuando pasaron al comedor, a Margarita le tocó sentarse con el señor Johansen, de un lado, y con el vizconde Summerfield, del otro. Suspiró y le lanzó una mirada asesina a su prima. ¿Cómo se había atrevido? Se sintió más cómoda cuando notó que el primero, a pesar de causarle una fuerte impresión y erizarle los vellos de la nuca, ni siquiera le dirigió la palabra. El capitán, en cambio, fue más educado, pero no dio muestras de galanteos ni propició situaciones que la hicieran sentirse perturbada.

Hizo un esfuerzo por terminar los alimentos. No acababa de acostumbrarse, menos a la forma que tenían de guisar la carne de res, sus vísceras y los pescados; extrañaba la sazón de su cultura. Apuró a la boca los pequeños bocados de los innumerables platillos y trató de masticarlos y conducirlos a su tubo digestivo sin pena ni gloria. Por suerte, solo lo padecía en las reuniones. En la intimidad familiar, se decantaban por los guisos de su tierra; incluso el duque de Whitestone era ferviente defensor de esos platos.

Tras el postre, volvieron a dividirse en grupos. Damas, de un lado; caballeros, por otro.

Interrumpida, en ocasiones, para la presentación de algunos de los caballeros asistentes. Hasta que finalmente pudo escapar a la terraza. Se dejó caer en el amplio banco de mármol mientras tiritaba de frío. No le importaba con tal de tener unos minutos para sí misma.

Capítulo 8

Inspiró fuerte luego de un rato sentada en el amplio banco. Pensó que de seguro ya la echaban en falta, o quizás no; rogaba por la segunda opción. Reflexionó. Hugo no jugaba cuando le decía que no descansaría hasta casarla; se notaba su empeño. A pesar de guardarle rencor, agradecía que no le impusiera un caballero y la obligara a acudir al altar. Él deseaba que ella eligiera, aunque con «una pistola apuntándole», pero su mente no gozaba de la claridad suficiente; de hecho, se hacía mil preguntas. No era el momento. Habría preferido tomar un vapor y viajar a La Habana, pasar una temporada por aquellas tierras para aclarar sus ideas, para volver a sentirse Margarita y no encontrarse tan perdida. Se quitó los pendientes de perlas y los guardó dentro de un fino pañuelo de encaje que había introducido en un escondite de su vestido, previo a haber sacado los de diamante negro y reemplazarlos.

—Los detalles sobre la operación de la Royal Navy ¿los ha aprendido leyendo a W. Lovelace?

—Una voz de tonos bajos, con acento nórdico y bien impostada la hizo trepidar. Levantó el rostro para recorrer la enorme estatura de Jørgen Johansen; la luna iluminaba su nivea piel enmarcada por sus cabellos, que salpicaban su semblante como oro líquido.

—¿Usted? —manifestó ignorando deliberadamente su pregunta.

—¿Esperaba a alguien más?

—¡Me ofende! No suelo tener citas clandestinas. No debemos estar aquí a solas. Por favor, no se acerque.

—No hay nada que temer. —No frenó sus pasos y tuvo el atrevimiento de pedirle sentarse en el mismo banco—. ¿Puedo?

—Solo un minuto. No le tengo miedo, pero es inapropiado. No deseo contrariar a mi hermano.

—El duque me dijo dónde encontrarla; cuento con su autorización.

—Debí imaginarlo —admitió arrugando el entrecejo, lo que la hacía verse más interesante—, pero es mejor que se retire, o me voy.

—Su excelencia solo quiere que hablemos un rato, sin interferencias.

—¿Aunque para ello arriesgue mi reputación?

—Ha sido usted escurridiza; no ha sido fácil encontrar el modo de que coincidamos.

—Lo escucho —sostuvo clavándole sus dos luceros negros.

—Sus ojos brillan más que los diamantes que penden de sus orejas. —Margarita se encogió

ante el cumplido, pero no dijo una palabra al respecto—. No los llevaba durante la cena.

Ella se sorprendió por que lo hubiere notado. Percibió cómo un cúmulo de sensaciones la rebosaba a la altura del estómago, quería exigirle a su cuerpo que dejara de reaccionar. Jamás se había sentido tan abatida ante la figura de un hombre, y ese ponía su alma a tiritar.

—¿Tiene algo más que debatir que mi preferencia sobre el uso de joyas?

—Perdóneme. Creo que no tuvimos una buena primera vez cuando fuimos presentados. Me gustaría tener una nueva oportunidad.

—¿Por qué? No fue usted quien lo arruinó. —Comenzó a ceder ante su intención, aunque tenía sus reservas.

—¿Sabe qué? Olvídelo —soltó en un arranque de dignidad, cansado de su talante, y su voz sonó hiriente—. Es usted bonita, pero no preciso su compañía.

—¿Cómo se atreve? Usted fue quien se aproximó.

—He cambiado de parecer: me retiro —decidió con la sangre que le hervía por dentro—. No necesito los desplantes de una mujer que se comporta como una chiquilla malcriada. Si quisiera esposa, ya la tendría. Caí en la red que me tendió mi amigo ante su urgencia de encontrar esposo para su encantadora y cándida hermana, que no es lo uno ni lo otro, solo una criatura caprichosa que terminará sola. Más si cree que no hay hombre, en la faz de la tierra, capaz de merecerla. Con su permiso. —Se puso de pie, enojado como jamás lo había estado.

—Saca conclusiones de mi persona y no me conoce.

—Ya no tengo interés en hacerlo.

—Me ahorrará la molestia.

—No tiene derecho a jugar con el corazón de mi amigo. Él solo quiere procurarle un futuro y usted tira sus oportunidades al fuego. Si accedí a conocerla ha sido para ser solidario con la preocupación de su excelencia, pero mi tiempo no lo desperdicio.

—No tiene por qué exasperarse y, menos, perder los estribos ante mi rechazo. —Habló, mientras lo detenía por el brazo antes que desapareciera, y lo soltó de prisa, como si quemara. No lo dejaría partir sin cantarle sus cuatro verdades—. Un caballero se mantendría en su sitio y aceptaría su derrota con moderación.

—¿Mi derrota? —Rio sarcásticamente—. No me cree un caballero; es eso. Preferiría un lord.

—¡No! ¡No es el título, es usted! ¿Qué pensó?, ¿que porque mi hermano lo ha designado para cortejarme, yo lo elegiría con los ojos cerrados? —Lo miró con aires de superioridad, como un docente que le da una lección a un discípulo muy indisciplinado—. Aprenda a lidiar con su frustración; no se puede tener todo en la vida. No tiene derecho a ofenderme. No lo quiero y punto; asúmalo con dignidad.

—Se equivoca, majadera. Siempre obtengo lo que quiero.

Sin darle tiempo a reaccionar, Jørgen la tomó del talle y la elevó del suelo hasta que sus torsos chocaron estrepitosamente. Era eso o bajar a su altura, por la diferencia notable entre sus tamaños. Sus rostros quedaron muy cercanos; sus alientos se mezclaron. Ella temblaba como una avecilla,

dentro de sus fuertes brazos, y luchaba contra su alma, perturbada por la cercanía del varón.

—No se atreva a besarme —le susurró y el aire que salía de su boca acarició los labios rosados de Jørgen, tan próximos que podía sentir su almizclado aroma.

—No pretendo hacerlo; aunque no lo crea, soy un caballero. Solo quiero que me mire a los ojos y admita que le soy completamente indiferente, nada apetecible, nada deseable. Júreme, por lo más sagrado que tenga, que su cuerpo es un témpano de hielo justo ahora mismo. Tal vez soy un presuntuoso, pero reconozco cuando llamo la atención de una mujer.

—Eso no es justo. Usted llama la atención de cualquier dama, pero no quiere decir que solo me dejaré conducir al altar por su belleza rara. —Margarita acostumbraba a ser osada, pero jamás había conocido a un hombre que la superara. Podía sentir el calor de sus fuertes manos sosteniéndola, y sus ojos desprendían un halo misterioso que la seducía y la invitaba a pecar.

—¿Reconoce que le parezco atractivo mientras la tengo tan cerca?

—¡Suélteme!

—Estoy dispuesto a bajarla, a disculparme y a dejarla en paz para siempre si usted acepta que tiembla entre mis brazos y no por temor.

—¡Ni en sus más absurdos sueños! —se defendió para que la liberara de una vez.

Y mientras más se ofuscaban el uno con el otro, el duque de San Sebastián apareció por las amplias puertas de la terraza, acompañado de la condesa. Carraspeó contrariado para avisar de su presencia a los «tórtolos», atrapados en plena acción, a la par que lady Huntington se llevaba las manos al pecho y formaba un círculo con los labios.

—Creo que ya ha encontrado esposo para su hermana y, si no me equivoco, es el pretendiente que tenía en la mira —murmuró la dama, aún asombrada. Cuando se las ingenió para conducir a su excelencia a las puertas de la terraza, por donde había visto que se había perdido Margarita y, momentos después, el señor Johansen, jamás pensó que le iba a salir tan bien. Logró librar a su hijo de la señorita, con quien definitivamente, después de oírla desplegar su arte de la «buena conversación» en sociedad, no quería casarlo—. Me retiro, para que lo arreglen entre caballeros, y me llevo a la señorita para que hablen con tranquilidad. No creo que lo rete a duelo. Veo muy aplacada su bravura española, excelencia. Otra Morell que logra un buen matrimonio gracias a mi arte para unir a dos almas gemelas.

Lady Huntington tomó a Margarita, quien —entre ruborizada y enojada— se rehusó a ser arrastrada lejos mientras se discutía su destino.

—No me casaré —refutó.

—Por favor, Margarita, te tenía entre sus brazos —dijo avergonzado el hermano.

—Es un malentendido —confirmó.

—Y usted, señor Johansen, ¿qué tiene que alegar? —interrumpió la condesa.

—La señorita tiene razón —admitió el rubio.

—¿Pretende librarse de su obligación? —La dama de más edad creó cizaña.

—¡No! —profirió Jørgen al tiempo que miraba con inquina a la dama.

—Debe retarlo a duelo, duque, si se atreve a no cumplir. Usted tiene la misión de rescatar a su hermana y su apellido del deshonor —presionó la condesa.

—¿Qué tienes que decir, Johansen? Eres mi amigo. ¿Por qué diablos pusiste tus manos sobre mi hermana? Te di autorización para hacerla tu esposa, no para mancillarla —objetó el duque de San Sebastián.

—Jamás te irrespetaría, amigo mío. Solicito la mano de la señorita Morell —se aventuró a decir ante la mirada azorada de Margarita, que jamás creyó que tras sus reclamos él terminaría por proponerle matrimonio.

—¡Exijo que la tomes cuanto antes!

—Me casaré y aceptaré todas las condiciones —asumió el nórdico—. Mañana temprano arreglaremos el asunto. Ahora, si me disculpan, debo retirarme; mis ideas están a punto de colapsar. Parece que he conseguido una esposa. Condesa de Huntington, señorita, excelencia. —Hizo una reverencia y marchó con paso enérgico, y dejó a los otros tres boquiabiertos.

—¡Alto! —habló Margarita. Jørgen se detuvo—. Ni usted ni mi hermano decidirán mi futuro.

—¡Niña tonta! —se quejó la condesa.

—¡Margarita, a tus aposentos! ¡El baile ha terminado para ti! ¡Johansen, sígueme! Nos reuniremos en el estudio del duque de Whitestone. Debemos finiquitar este asunto.

Capítulo 9

Jørgen paseó lentamente por el estudio, que amablemente el duque de Whitestone le había cedido a Hugo y a él para tratar «el asunto». Estaba solo esperando por el otro y quiso organizar sus ideas. Mientras los invitados seguían disfrutando de la recepción, algunos disimulaban una verdad que había sido descubierta en pleno acto. El señor Johansen había sido atrapado en una situación muy comprometedora con la señorita Morell. La condesa le había dado tanta cuerda a Hugo como si de un reloj se tratara. Y los duques de Whitestone, familiares de la señorita —cuyo honor pendía de un hilo— y dueños del techo donde había ocurrido el acto infame, también estaban sobresaltados.

Grace, la duquesa, le suplicó a la condesa que mantuviera la boca cerrada y que no celebrara antes de tiempo haber conseguido esposo para su prima. Johansen había observado a cada persona involucrada y se preguntaba por qué había sido tan negligente. Jamás se había dejado poner un lazo al cuello por ninguna de las familias que habían querido atraparlo para conducirlo al matrimonio con alguna de sus hijas solteras. Un descuido. Había cometido un descuido y culpaba de su debilidad a los ojos brillantes que lo desafiaron, a los labios voluptuosos y rojos que había tenido casi rozando los suyos y a la astucia de la mujercita española que quería apartarlo de su cuerpo a toda costa. Aquella señorita, que había crecido en la isla al otro lado del mar, donde seguro había aprendido trucos de hechicería para meter al hombre más testarudo por el hueco de una aguja. Una treta. Pensó que era una treta para conducirlo a la locura y al deseo insano de apoderarse de esa boca caprichosa y de aquel cuerpo escurridizo que temblaba cuando se le acercaba más de lo apropiado.

Quiso escabullirse, pero su amigo no se lo permitió. Jørgen se conocía: había desarrollado, desde muy pequeño, la habilidad para disimular sus emociones. Le había valido para sobrevivir, al inicio, durante su cruda infancia; después, lo había vuelto un feroz negociante. Por eso había querido, en primera instancia, salir corriendo para estar lejos del embrujo de la fémica; así podría haber pensado con claridad. Pero el duque de San Sebastián no lo iba a dejar abandonar Primrose Hall sin garantizar, más que por meras palabras dichas al calor del momento, que el honor de su única hermana iba a estar protegido.

Hugo llegó poco después y lo invitó a tomar asiento en una de las sillas del escritorio. Su excelencia se sentó a la cabeza y lo miró de forma intrigante. Él mismo sirvió dos copas de

brandy y le extendió una, lo que alargó el silencio.

Jørgen dio un trago abundante y tampoco bajó la mirada; se observaron largo rato como dos fieras que se miden antes de enfrentarse en una batalla final. Jørgen quebró el aire con su voz.

—Es innecesaria esta encerrona. Ya he dicho que me casaré —admitió el escandinavo.

—Y te he escuchado, pero eso no calma mi ira. ¿Por qué exponerla? Es mi hermana. —Hugo estaba realmente enfadado y ni siquiera la promesa de matrimonio lograba sosegarlo.

—Fue un malentendido.

—Uno que podría arriesgar nuestra amistad.

—Jamás te había visto tan iracundo. Vamos a casarnos; ¿no es lo que querías?

—No como un remedio ante una deshonra. ¿No se supone que a ella le eras indiferente? Le hablé de ti en varias ocasiones, y no dio muestras de su simpatía.

—La conoces más que yo; como has dicho, es tu hermana.

—Aún no puedo recuperarme de esa chispa en sus ojos mientras te miraba. ¿Cómo has osado corromperla? Cualquier cosa podría pasar dentro del dormitorio de ambos, una vez casados, pero no es algo que querría presenciar. ¡Jamás!

Jørgen se quedó pensando en la flama que había visto encenderse en los ojos de Margarita cuando la había alzado y sus respiraciones se habían entrelazado. Cerró los ojos brevemente y el recuerdo lo invadió por completo.

—Sé que no la conozco lo suficiente y que he huido de los matrimonios, más de los arreglados; pero, si es la única forma para retenerla en mi vida y poder continuar mirándola sin que te parezca indecente, deberé casarme cuanto antes, por el amor de Dios.

—¿Crees que puedes amarla? Es pronto para afirmarlo, pero es lo único que necesito saber para dejarla en tus manos. La prefiero corrompida y a salvo que al lado de la persona incorrecta.

—¿Ahora te parezco la persona incorrecta?, porque hasta ayer jurabas que solo había dos hombres a quienes podías confiarles su suerte, y el único disponible era yo.

—¡Jørg, Jørg! ¡No quise decir eso, y aún no respondes mi pregunta!

—Solo puedo decirte que, si osas apartarla de mi lado, igualmente no te perdonaría. No sé si la ame algún día, pero deseo descubrirlo con tantas ansias que me quita el aliento. Ella termina por hacerme reaccionar de forma opuesta a mi deseo y logra desquiciarme.

—No sabes en lo que te estás metiendo. Cómo explicarte el matrimonio... Las mujeres tienen la mitad de ángel y la otra de... demonio.

Sonrieron con picardía y, luego, tomaron a la par el resto del licor.

—¿Hermanos? —preguntó Jørg.

—Más que feliz de ser tu hermano; sabes que siempre lo quise. Desde que te conocí, no sé, supe que, si existía mujer en la faz de la tierra capaz de conquistarte, esa sería mi flor. Porque Margarita no solo es muy linda, sino también muy astuta, valiente y llena de energía. ¿Cómo decirlo? Tiene las ideas muy claras y eso, amigo mío, es exactamente lo que necesitas.

—No solo gano un hermano, sino también un Cupido en mi vida.

—Solo faltaba que se conocieran para ver si se agradaban. Y esa forma en que se miraron, mientras cometían ese acto indecente en la terraza —añadió al tiempo que achicaba los ojos—, me confirma que la flama es el preludio a una hoguera que arderá con la fuerza suficiente para sostener los pilares del matrimonio. Ahora, ¿estás preparado para quemarte? Las llamas pueden ser despiadadas, pero eso no significa que morirás calcinado. Tendrás que demostrar de qué estás hecho y tener paciencia; Margarita no te la pondrá fácil. ¿Estás listo para iniciar el cortejo?

—Pensé que ya nos habíamos saltado ese paso.

—Eso te pasa por meter en tu lecho a mujeres que solo quieren tu cuerpo. Te deja inexperto frente a la inocencia.

—¿Me darás clases sobre féminas? —Le lanzó una mirada altiva que escondía una sonrisa mordaz—. Podría sorprenderte con mis habilidades.

—No te atrevas ni a mencionarlas. Ahora serás mi cuñado y no quiero que mi mente se llene de imágenes inapropiadas. Solo te pido ser recatado con mi flor.

—Nuestra flor —lo corrigió—. También será mi flor.

—Tendrás que prepararte con creces para conquistar su corazón, y ella es bastante tenaz. Creo que el acuerdo está cerrado; solo faltará cerrar detalles de la dote y otros trámites del casorio. ¡Enhorabuena, querido Jørg!

Hugo volvió a llenar las copas y le propuso un brindis. Jørgen se perdió en el líquido ámbar, alzó su copa y bebió, aún perturbado por las emociones que le generaban el trato, pero bajo ninguna circunstancia dejaría entrever su resquemor.

Capítulo 10

*O*ctubre de 1863

Con el rostro adusto, el duque de San Sebastián entregó a su hermana a su futuro esposo, luego de un mes de estancia en la residencia de los duques de Whitestone, donde el señor Johansen se había encerrado con él durante horas a establecer las pautas del contrato matrimonial. Ambos eran hombres ávidos para los negocios y no perdieron la ocasión de afianzar los lazos que los unirían, también con William, el duque de Whitestone.

Margarita se sintió como una pieza más de un tablero de ajedrez; su enlace nupcial sellaba los negocios presentes y futuros entre su hermano, duque de Whitestone y dueño de una de las constructoras de barcos más poderosas del mundo. No le pasaba desapercibido, sentía la presión recorrerle su carne trémula como si fuera conducida al paredón por su propia familia. Su madre no la había defendido; ni siquiera María Teresa había puesto objeciones cuando Hugo la hubo arrastrado a Londres. Todos asumían lo que era correcto para su porvenir y ella ya no tenía nada que perder. Por un minuto pensó que, si ya no podía amar a Mendoza, podría representar esa farsa, aceptar que arreglasen un matrimonio para ella.

No había invitados más que su prima Grace con su esposo; la abuela de esta, doña Prudencia, que también vivía con ellos y quien la había educado durante varios años. Por parte del novio, nadie había asistido. Era una ceremonia sencilla a pesar de que quienes contraían nupcias tenían fortunas cuantiosas. Se notaba que corrían las prisas y que nadie había puesto ninguna objeción; ni siquiera la abuela Prudencia había exigido que se respetara el tiempo de los seis meses mínimos de compromiso para no dar de qué hablar.

El día señalado llegó y el sitio para hacerlo realidad en tan corto tiempo, tras apresuradas gestiones, fue una incógnita para Margarita. Jamás creyó que su boda sería un acto planeado con tiempo limitado y, menos, arreglado. Su padre, don Héctor Morell, un fiel defensor del amor, debía estar observando desde el cielo, asombrado por el triste desenlace al que Hugo la había conducido.

Finalmente, decidió atravesar la puerta principal del edificio marrón. Desde el exterior, la arquitectura parecía no poseer mayor encanto pero, al dar un paso adentro, su opinión cambió. El

eco de las voces resonaba en el techo abovedado y soportado por arcos y columnas de la iglesia de St. Stephen Walbrook. La iluminación que entraba por los amplios ventanales hubiese sido perfecta, como escenario de una sagrada unión, si los lazos que los unían hubiesen sido de afecto. Las bancas estaban desocupadas a pesar de la decoración impecable para el evento que acontecía.

Margarita lucía un recatado vestido blanco con detalles en perla, y un delicado velo le cubría el rostro en señal de su pureza. Estaba nerviosa, necesitaba a su madre, pero ni siquiera su presencia fue considerada prudente por su hermano. Solo habían viajado ellos dos; el resto de la familia había quedado en Madrid. Él le aseguraba que quería ayudarla a sanar sus heridas, pero Margarita se sentía como la última cláusula de un contrato, como el elemento que terminaba por sellarlo, y aquello le oprimía el pecho hasta casi asfixiarla. Tuvo que tomar una gran bocanada de aire para recomponerse. Por suerte, el velo de encaje le cubría el rostro, e intentó disimular su desconuelo entre los escasos asistentes. Caminó con paso ceremonial hacia el altar, con las piernas temblorosas y la frente en alto, aunque su corazón estaba derruido y la moral la tenía por los suelos.

Con elegancia, la esperaba su fugaz prometido. ¿Por qué ese caballero había aceptado un arreglo tan precipitado? Recordó cómo su propio temperamento los había puesto en una situación comprometedor y cómo él había respondido satisfactoriamente y salvado su honor. Era un punto a su favor; otro habría corrido en la dirección opuesta, sin importarle su vergüenza. Era un hombre honorable. Hugo le había asegurado a Margarita que Johansen desconocía de su infortunio, porque de saberlo se hubiera rehusado a desposarla.

El novio lucía gallardo: vestía impecable de negro, con un frac que destacaba su esbelta y musculosa figura. Su cabellera dorada y sus ojos celestes parecían brillar, al igual que la blancura de su piel, que se tornaba sonrosada hacia sus labios y sus mejillas, lo que le confería una apariencia magnánima, saludable y llena de energía. La voz del hombre la estremeció al compartir su agrado por la esposa que había ganado. Su hermano tenía razón: Jørgen deseaba ese matrimonio. Pero eso no la consolaba; se sentía como un adorno defectuoso que sería entregado a quien, tal vez, lo podría reparar.

No hubo recepción; a nadie le importaba celebrar, ni siquiera un brindis. Grace y doña Prudencia la abrazaron con cariño y la dotaron de consejos que desoyó en ese momento; no podía concentrarse. «Siento vergüenza. ¿Acaso es correcto avergonzarme por los sentimientos que me despertó mi enamorado muerto? ¡Muerto!», se repitió mil veces para no olvidar todo lo que Mendoza había arriesgado por ella: su propia vida.

Se le hacía extraño que un hombre tan importante y con tantas relaciones —como su futuro esposo— no estuviera interesado en gritar a los cuatro vientos que emparentaba con tan distinguidos exponentes de la nobleza británica y española; pero era perfecto para ella. No habría soportado una ceremonia rimbombante ni una celebración fastuosa, solo quería que aquella representación terminara y quedarse a solas.

Ni siquiera abandonó la iglesia de la mano de su cónyuge; él sonreía con los ojos, como si le

diera satisfacción lo que había ganado con aquel convenio. Se despidieron de la familia y se dejó guiar por su hermano hasta el carruaje; la ayudó a subir y la dejó con un beso en la frente.

—Esto es lo mejor que puedo hacer por ti. Te he conseguido un marido atractivo, muy rico y digno. Espero que te llene de dicha, te dé hijos y que algún día puedas perdonarme. Solo quiero recobrar tu confianza cuando consideres que he obrado como un buen hermano. Los duques de Whitestone estarán cerca de ti, te cuidarán, pero estate tranquila; Jørgen será un esposo afable, y yo no partiré de inmediato, esperaré a que estés acostumbrada a él.

El señor Johansen ocupó su sitio a su lado, en el landó tirado por cuatro corceles; no podía contrarrestar su frialdad ni aunque se esforzara en ser caballeroso. Ella permaneció en silencio y él decidió respetarlo. Desde el incidente en la terraza, no habían compartido palabra. Escuchó que los hombres que guardaban las espaldas de su nuevo esposo se alistaron para seguirlos. Los caballos iniciaron la marcha y Margarita se perdió en el ruido que producían sus cascos, lo que la conducía al abismo de recordar a Mendoza y su trágico final. Una lágrima amenazó con escaparse de uno de sus ojos, y respiró fuerte para retenerla; temió que su esposo se percatara de ello, pero él parecía absorto en sus propios pensamientos.

Llegaron a las afueras de Greenwich, donde el señor Johansen tenía su residencia. Aún el carruaje negro tirado por los caballos Cleveland Bay no había arribado, pero se detuvieron a la distancia para observarla, con el séquito de escoltas detrás. El señor Johansen quería mostrarle con orgullo su residencia. No estaba lejos de la ciudad, pero permanecía rodeada de terrenos lo suficientemente solitarios para que el ambiente dejara de parecer citadino. Un alto muro color ocre, que terminaba rematado por un estilizado enrejado negro, envolvía la propiedad y alejaba a los intrusos. La neblina inundaba la mansión y sus alrededores; Margarita sintió un escalofrío al contemplarla. Había creído que su nuevo esposo vivía inmerso en la vorágine de edificaciones del centro de Londres, no en aquel sitio tan solo y enigmático. De pronto se sintió como una persona sin hogar, completamente arrasada por una sensación de desesperanza. No quería vivir allí, ni siquiera deseaba darle el beneficio de la duda. Su exterior no era acogedor y temía que no le gustaría lo que vería al entrar. Un relámpago plateado surcó el cielo y se escuchó su ruido ensordecedor, lo que terminó por sugestionarla.

La ayudó a bajar del carruaje y la invitó a pasar. Un número amplio de sirvientes aguardaban enfilados para darle la bienvenida a su señora. Tras dar los primeros pasos, percibió que los criados permanecían serios, salvo por alguna que otra comedida sonrisa de los más jóvenes que terminaba por lucir tímida o forzada. El ama de llaves y el mayordomo vestían de negro estricto y resaltaban ante los demás empleados, que estaban uniformados de gris con gorros, delantales, guantes y otros accesorios blancos, en dependencia de la función.

El eco de los sonidos o de las voces fue lo primero que percibió en el interior y logró asustarla. La pulcritud llegaba a límites inquietantes. El diseño arquitectónico venía repleto de esculturas en

las columnas de mármol y en los muebles torneados de madera oscura, en los que destacaban motivos de ángeles, demonios o animales que, lejos de armonizar, solo trasmitían oscuridad. La tapicería de los asientos era de un rojo tan oscuro que parecía negro; las cortinas eran de un color similar, solo un tono más bajo. Margarita se sentía acechada por los ojos de las figuras y hubiera cerrado los propios de no haber necesitado fijarse dónde colocaba cada pie para caminar. Las ventanas de madera y cristal estaban muy limpias, pero apenas si dejaban pasar la luz; luego supo que se debía a que se empañaban constantemente por el clima circundante.

El sitio donde iba a vivir, del que sería dueña y señora, no le trasmitía la luz y la armonía que pensaba encontrar, pero era enorme; así que tendría a su cargo una vivienda equiparada a la de las otras Morell. La mansión era descomunal y tenía distintas construcciones aledañas que debían cumplir diversas funciones, como establos, graneros, etcétera. Quedaba muy cerca de la zona más urbana de Greenwich. La espalda de la mansión Hidden House daba al bosque, donde podía ver a las liebres saltar y a algunas aves preparándose para el invierno.

Sintió un escalofrío recorrerle el cuerpo en cuanto se adentró en la morada. Era un sitio dotado de una elegancia inquietante, donde cada ornato cumplía una función que distaba de solo alegrar a la vista. Las alfombras y las maderas también eran de colores oscuros; las paredes, de un color gris que ni siquiera insinuaba aburrimiento. El sitio era lóbrego y le provocó deseos de huir. Muy alejado de la descripción previa a la boda que le había hecho Hugo del lugar. Estaba dudando, en realidad, de la cordura de su hermano.

Se notaba que la casa estaba llena de corrientes de aire; ya estaban en otoño y la frialdad dentro le calaba los huesos. Sería complicado adaptarse cuando llegara el inminente invierno. Para alguien sensible a las bajas temperaturas del clima, supuso el primer problema que le encontró a la propiedad que debía ser su hogar. El segundo fue la oscuridad. El palacio en Madrid —donde había residido sus últimos años— o el palacete de La Habana —donde había vivido gran parte de su niñez— destacaban por su luminosidad y por las oportunidades que brindaban sus arquitecturas para que el radiante sol se colara de forma inclemente. En Hidden House, el aire se metería con dificultad. Se sentía asfixiada; fue una terrible primera impresión.

—¿Sucedo algo, señora Johansen? —Era demasiado correcto y modulaba la voz para parecer amable, pero seguía sintiéndose incómoda ante su presencia y, más por cómo la nombraba, creía que la estaba reclamando como parte de sus propiedades.

—No. —Fue parca, como si con ahorrar sus palabras salvara al mundo.

—¿Le agrada la casa? —No hubo respuesta—. Si tiene algo que reprochar, puede hacer los cambios que considere pertinentes. Quiero que esté cómoda en su nuevo hogar.

Su sugerencia le llamó la atención; los nobles ingleses no solían darles tal poder a sus esposas. Recordó que Jørgen Johansen no era ni lo uno ni lo otro. Tragó en seco. Descubrió que no conocía nada del escandinavo vestido a la moda inglesa y con maneras londinenses que había desposado. Aunque hubiera querido mimetizarse con las costumbres británicas, consciente o inconscientemente, Jørgen no podía ocultar sus raíces; lo delataban su acento, su físico. Solo había

podido emular e, incluso, ganarles a los ingleses en cuanto a la frialdad de su carácter. Se corrigió de inmediato al recordar que su hermano le había comentado que su amigo tenía un genio de los mil demonios. Solo había tenido una pequeña muestra de su temperamento en la terraza, cuando su acción desmedida los había llevado hasta el altar. Pidió al cielo jamás volver a toparse con él.

Jørgen la dejó en manos de su nueva doncella, Kathy, y le dio instrucciones para prepararla para la noche de bodas. Margarita palideció, recordó los libros de su prima Grace y pensó en lo que ocurriría a continuación. Kathy tenía un rostro agradable. Su boca era chiquita, tanto que casi parecía un círculo, y tenía unos ojos azules enormes, que le daban una apariencia dulce. Se alegró de contar con su apoyo; al menos era una presencia que le permitía confiar y eran cercanas en edad.

Cuando conoció su nueva habitación, se sorprendió. Era la más iluminada de la casa y tenía una amplia ventana que daba al jardín; permanecía cerrada, pero ya se encargaría de abrir, al menos, las cortinas. Recorrió con la vista la estancia y no encontró nada que delatara la presencia de un hombre. Solo vio dos baúles inmensos y completamente cerrados al lado de su equipaje.

—¿Estos aposentos son del señor? —preguntó a la doncella.

—No, son para usted. El señor Johansen ocupa los próximos —aclaró mientras señalaba la puerta que daba a la estancia contigua. Eso explicaba por qué no había ninguna prenda masculina o artículo que hiciera referencia a que también estaban ocupados por un varón.

—¿Esos cofres? —indagó.

—Son su ajuar —contestó la doncella sorprendida de su desconocimiento, pero no hizo ningún comentario al respecto.

Margarita se quedó pensando en las prendas que había cosido desde que había estado en edad casadera, las que no había traído desde Madrid porque había viajado con el firme propósito de no casarse. Demás estaba decir que su ajuar estaba incompleto; la falta de un compromiso sólido no le había dado la oportunidad de terminarlo. Su boda no había sido como la había soñado.

—Ábrelos —instó a Kathy.

La muchacha obedeció y abrió el primer baúl. Margarita descubrió que la ropa que había confeccionado en sus años de soltería estaba ahí; de seguro su hermano las había traído a escondidas y la recomendación debió haber venido de su madre. La reconfortaba, pero aún le había faltado elaborar otras tantas prendas para su vestuario y para su nueva vida de señora. No se lamentó por las circunstancias; las prisas no le habían permitido más.

Kathy abrió el otro baúl. Desde su sitio, Margarita, divisó hermosas telas de seda, algodón y encajes que conformaban las distintas piezas que veía por primera vez: sábanas, fundas de almohadas y cojines, mantas, manteles, servilletas, camisones, batas, finísima ropa interior. Suspiró porque, al menos, las prisas hubieran permitido que se casara con un ajuar decente, aunque no lo hubiera podido arreglar en persona.

—¿Y esto? —interrogó a la doncella.

—Su hermano lo hizo traer.

Margarita tragó en seco. Él quería congraciarse con ella, pero necesitaba más que lujosos regalos para recobrar su confianza.

—Necesito cambiarme —dijo.

—Su esposo me indicó que preparara un baño para usted y le trajera la cena. ¿Tiene algún atuendo en especial que quiera vestir ahora?

—Lo que sea apropiado para una noche de bodas —respondió sin interés—. ¿Le dijo mi esposo cuando vendría?

—Me dio instrucciones para usted y me pidió que se las transmitiera cuando estuviera lista para ir a la cama.

Se dejó consentir por la calidez del agua, que fue reconfortante para el cúmulo de tensiones que torturaban su cuerpo. Cuando tuvo ante sí la comida, se sintió provocada por el aroma; detestaba la carne roja y más cuando desprendía ese olor característico de los guisos ingleses. Lo intentó, pero no pudo tragar bocado; no le apetecía y hasta la fruta a la que dio un mordisco se le quedó atorada en el trayecto hacia el estómago. Desistió y aguardó por las indicaciones que la doncella tenía para sí; se escandalizó ante las peticiones del señor. No se atrevió a llevarle la contraria, aún recordaba que «su genio era complicado».

Cuando Jørgen apareció, Margarita estaba como él lo había ordenado: de pie, al lado de la cama, con un camisón de algodón y una bata de seda y encajes, con el cabello suelto y recién cepillado. Mantenía la mirada gacha, pero también lo observó largamente, más allá de las pocas veces en que habían coincidido. Era guapísimo; no podía negarlo, a su pesar. Era un hombre de enorme tamaño, gallardo y con una mirada enigmática; venía en mangas de camisa, con los pantalones en su lugar y los elegantes zapatos lustrados. Ella quiso alejar los pensamientos que la invadieron. Más allá de querer o no aquel matrimonio, reconocía que él podía despertar el deseo de una joven mujer; pero Hugo se equivocaba si creía que, con comprarle un marido, hasta cierto punto satisfactorio, iba a sanar su corazón hecho pedazos. Eran muy diferentes. Juan era alegre, galante y avisado. De Jørgen no podía dar muchos datos; su personalidad seguía siendo un enigma para ella, y tan solo podía agregar que era de buen ver, serio y volátil si se lo provocaba.

Capítulo 11

Jørgen Johansen se apoderó de la habitación con su fuerte presencia. Su esposa virgen estaba como lo había pedido: aguardando parada cerca del lecho. Notó que la mujer quería colarse bajo las sedosas sábanas y cubrirse entera, pero él no lo permitió. Necesitaba conocerla y podría examinarla mejor si no se escurría entre mantas y almohadas. No iría a la cama con una desconocida, también tenía su código de honor.

Se acercó con una copa de vino en la mano y, a la par que bebía, se deleitó en sus rasgos. Era la primera vez que la observaba sin toda la indumentaria de la moda femenina y el exceso de artilugios que no le dejaban formarse una idea real de su silueta. Lo complació ver sus curvas debajo de la bata y no sentirse estafado con lo que había obtenido. Acarició el largo de su espalda, por debajo del cabello y por encima de la fina tela, a la par que la retiraba y se admiraba de su sedosidad, así como de su recato. La vio sonrojarse ante su cercanía al quedar solo con el camisón. Jørgen se relamía los labios, embebidos de alcohol, ante el banquete que se daría; de seguro pensaba que para algo tendría que valer aquel matrimonio arreglado.

La examinó a detalle. Volvía a dar gracias al cielo por que la chica le resultara agradable; si hubiera sido diferente, en ese instante hubiera estado dándose cabezazos contra la pared por haberse amarrado a ella para toda la vida. Era enemigo del matrimonio, pero el astuto duque español que tenía por amigo le había hecho una encerrona. Aún recordaba sus movimientos certeros para dejarlo sin derecho a réplica. Se habría negado, pero su excelencia había sido muy sagaz al tomar ventaja y presentársela en el momento justo en que más susceptible se sentía. De seguro la había instruido para llevarle la contraria durante la recepción, consciente de su debilidad por poseer lo que se le hacía inaccesible. Más cuando era una criatura tan cautivadora; simplemente no pudo resistirse ante la idea de convertirse en su esposo.

—Todavía no sé cómo me dejé engatusar por su excelencia. Creí que mis años de soltería no llegarían jamás a su fin —pensó en voz alta, demostrando su lado menos amable. Margarita quedó sorprendida ante su revelación.

—Siento que se haya tenido que casar en contra de su voluntad. Estoy ofendida, tampoco quería este matrimonio. Mi hermano suele ser algo insistente cuando una idea se le mete entre ceja y ceja —dijo resuelta a rechazarlo. Ya había advertido que su recién adquirido marido tenía el rostro tan bello como un arcángel, pero ni eso ni sus esperanzas rotas la iban a amarrar a quien se lamentaba

por haberla desposado. Su soberbia le hizo un enorme agujero en el pecho, pero su orgullo pesaba más. No negaba que su queja la hizo sentirse rechazada, y aquello la desconcertó; había entrado a aquel matrimonio creyendo que Johansen había pedido, de cierta forma, su mano.

—No le he indicado que hable —espetó el escandinavo.

—Respéteme. No le permito que use ese tono conmigo.

—Lo mismo digo. No fue muy afable cuando la conocí, pero al menos conversaba. Después, cuando fijamos el compromiso, me obligó a convivir con el silencio. Tuve mis dudas, pero su hermano me garantizó que usted estaba de acuerdo con nuestra unión. Ahora es diferente: es mi esposa y me debe obediencia, así que hablará cuando sea necesario hacerlo. Cuando usted intuya que saldrán ofensas de su linda boca, será mejor que lo piense dos veces y solo las profiera si son absolutamente necesarias. No he dicho que me arrepiento de desposarla, es solo que nunca pensé que algún día me casaría —enfaticó con tono helado.

—No pretendo ser su esposa en realidad —soltó sin saber por qué; era un mecanismo de defensa. Lo último que esperó del señor fueron sus palabras.

—Entonces, ¿por qué ha seguido cada una de mis recomendaciones? ¿Qué hace casi desnuda en mis aposentos?

—Mi hermano suele ser convincente —dijo para disimular lo avergonzada que se sentía—. Y en cuanto a los aposentos, pensé que eran los míos.

—Son una extensión de mis habitaciones. Su área, por decirlo de alguna forma, donde la visitaré cuando tengamos que cumplir con nuestras obligaciones maritales.

—No lo sé, señor Johansen, ya no estoy tan segura de esta boda.

—¿No me considera a su altura?

—No es eso, no me malinterprete. Estoy un poco confundida; todo fue muy precipitado.

—Primero, su hermano me autoriza a hablar con usted a solas; luego, aparece con un testigo de peso para no dejarme más opción que conducirla al matrimonio.

—Le recuerdo que, en palabras de Hugo, la condesa de Huntington fue quien presionó para que saliera a la terraza y no le dio alternativa.

—Acepte que me tendió una trampa; que es la hermana caprichosa de un hombre muy poderoso acostumbrada a salirse con la suya, y que ahora, que la pretensión se le ha hecho realidad, se ha arrepentido.

—Usted delira. Se confabuló con mi hermano. Si no quería ser cazado, ¿por qué siguió las recomendaciones de un caballero de quedar a solas con su hermana en una situación que podía volverse comprometedoras? Y no me mire con ojos de cordero apaleado. Es un hombre de negocios muy avisado: no se habría dejado atrapar de no haberlo deseado. Recuerdo exactamente sus palabras cuando me desafió; me dijo que siempre obtenía lo que quería. Niegue que no ardía en deseos de casarse conmigo.

—¿Y usted me escogió libremente o para tapar su pecado? —La soberbia podía leerse en su rostro—. Sé que le buscaban esposo, aunque ninguno le parecía apropiado a su hermano. Me

aclaró que le dio la oportunidad de escoger y que usted aceptó mi propuesta, porque ya no eran viables las intenciones del hijo de un conde de solicitar su mano. ¿Niega que estuvo a punto de considerar las atenciones de dicho señor?

—¡Por Dios! ¿De qué habla?

—Tras fijar el pacto matrimonial, me di a la tarea de investigarla.

—¿Habla en serio?

—Su hermano puede ser mi amigo y un ser excepcional a quien aprecio, pero de usted no conocía nada, no podía fiarme de la recomendación de Hugo solamente. Lo siento, pero suelo ser precavido y metódico, más si se trata de unir mi vida hasta la muerte con una señorita que se dedica a leer a W. Lovelace. ¿Creyó que me tomaba el pelo?

—Por supuesto que no. Jamás le he mentado, solo omití detalles acerca de los libros.

—¿Niega que los ha leído?

—Prefiero no responder. ¿Desaprueba usted dichas lecturas?

—No es asunto que desee discutir en este momento; estamos aquí para otros fines. ¿Tiene sentimientos por el caballero que la pretendió?

—No toleraré sus palabras.

—Cuando confronté a Hugo con mis averiguaciones, me aseguró que las pretensiones del hombre fueron infructuosas y que usted terminó por considerarme como candidato. Me complacería oírlo de sus labios. Ya es bastante molesto haberme dejado atrapar pero, por alguien cuyo corazón está comprometido, sería más vergonzoso.

—Lo elegí porque me tomó en sus brazos en una cena con demasiados testigos, lo hice por salvar mi honor.

—Estábamos a solas en una terraza bastante oscura.

—Lo que lo hace más arriesgado. Y ahora pienso que lo hizo a propósito para dejarme sin alternativas. ¿Y usted por qué me eligió? Según mi hermano, había un jardín lleno de rosas inglesas ansiosas por convertirse en esposas suyas.

—Usted es la única flor que deseo —admitió.

—Tal vez es la única que no podrá tener —dijo sollozando e intentó recuperar su bata para cubrirse y salir huyendo.

—¿Está insinuando que se arrepiente?

—Aún estamos a tiempo, no hemos consumado el sagrado matrimonio. Desista de mí.

—No tiene escapatoria. Su hermano traería a sus guardias y los dejaría apostados fuera de mi propiedad para asegurarse de que termine lo que empecé. Querrá cerciorarse, antes de regresar a España, de que el trabajo está hecho y de que usted ha sido desvirgada.

—¿Pretende que me entregue a usted? Ni siquiera me hizo la corte —le reclamó con altivez.

—No quiere consumar el matrimonio, pero me ha permitido verla en camisón.

—Creí que podría. Aún podemos dar marcha atrás, no hemos empezado nada.

—¿Cómo cree que termine su reputación después de encerrarse conmigo en mis habitaciones?

—Libéreme, se lo ruego. Ambos saldremos ganando.

—¿Me quiere enemistar con el duque? ¿Sabe cuántos negocios tenemos que podrían verse perjudicados? Incluso, si lo lograra, usted podría quedarse para vestir a sus santos. Ningún caballero querrá desposarla mientras le quede la duda de lo que ocurrió en la intimidad de nuestro hogar.

—Le rogaré a mi hermano que deshaga esta absurda unión.

—Lo dice como si yo fuera el ser más repugnante sobre la tierra.

—Presiento que así me verá usted si seguimos adelante con esta farsa. No puedo hacerlo feliz, prefiero quedarme solterona a vivir en esta casa de espanto siendo la esposa del señor de las tinieblas.

—¿Cómo dijo? —indagó petrificado por cómo se había referido a su casa y a su persona.

—Ahora mismo me marchó. Hugo tendrá que mover sus influencias para deshacer el vínculo. Siento haberle hecho perder su valioso tiempo.

—Se está tardando, Flor —dijo en voz baja y escondiendo que cada una de sus palabras habían sido dagas envenenadas directas a su orgullo. Jamás una dama lo había rechazado. No solo se arrepentía de desposarla, se lamentaba por ser tan ingenuo y dejarse convencer por su amigo de aceptar a una mujer que no lo quería—. El coche la esperará en la puerta en cuanto disponga que es la hora de irse de mi vida para siempre. Me encantará verlo, también quiero recuperar mi libertad.

—Me lo agradecerá a futuro.

Ella, con lágrimas en los ojos, terminó de cubrir con su bata su parcial desnudez. Con paso enérgico desfiló hacia sus pertenencias, con el afán de vestirse más apropiadamente para salir huyendo del fiasco que suponía su noche de bodas. Él la retuvo.

—Si ambos concordamos en lo mismo, quien abandonará la alcoba seré yo. No tiene que irse a altas horas de la noche. Mañana mismo la llevaré con su excelencia —espetó con ironía. Jamás se había sentido tan humillado por una dama—. Y le suplicará por que deshaga este ridículo enlace. Ahora buscaré a mi amante. Reconozco que como mujer tiene atributos que no me son indiferentes y necesito satisfacer mi hombría; con usted no puedo, o me condenaré para siempre, y ya no podremos librarnos del suplicio que significa estar casados.

—¿Cómo se atreve a sostenerlo en mi cara? Es usted un ser infame.

—Y usted, un verdadero incordio.

Capítulo 12

Margarita lo vio traspasar las puertas que separaban sus habitaciones y se llevó las manos al pecho. Se sentía ansiosa por lo sucedido. Si él no hubiera tenido la descortesía de insinuar y proferir, con cada una de sus letras, que solo había accedido a desposarla porque el duque lo había terminado de convencer con su implacable labia, tal vez la noche habría sido diferente. Reconocía que, además del corazón roto, el encuentro con su flamante esposo le había dejado el orgullo hecho trizas. Lo único que le quedaba. Estaba acostumbrada al asedio de las miradas de los caballeros, a las propuestas de cortejo y a rechazar; nunca un hombre la había tratado con tanta dureza y le había hecho sentir que no estaba dispuesto a sucumbir ante su embrujo, tan seductor como el canto de una sirena.

Solo tenía cabeza para pensar qué palabras usaría para explicarle su decisión a su hermano. Y buscando las apropiadas, intentó quedarse dormida, pero solo concilió el sueño por un par de horas. Despertó sobresaltada, recordó la pesadilla que estaba viviendo y se lamentó de su suerte. Las insinuaciones de su esposo sobre irse a buscar a su amante la habían sobresaltado. La discusión le había aportado un dato: el señor Johansen tenía una querida. Frunció el entrecejo. ¿Por qué le había dado tanta información? Su comportamiento se le hacía inmoral, y renegaba de estar casada con un sujeto así.

La curiosidad la hizo saltar de puntillas del lecho y caminar hasta la puerta de madera que unía ambas habitaciones o, como él había sugerido, que separaba sus aposentos en áreas para el marido y para la mujer. Pegó la oreja e intentó escuchar si alguien dormía del otro lado, pero no pudo percibir nada. Acercó la mano al picaporte y este cedió ante su presión; un leve crujir la alertó, y continuó abriendo la puerta intentando hacer menos ruido. Coló la cabeza por la apertura, pero la oscuridad de la noche no le permitió saciar su inquietud, así que se atrevió a dar varios pasos hacia donde divisó la silueta de la cama.

Jørgen estaba allí. Margarita se llevó las manos al pecho al descubrir que su marido no había cumplido sus amenazas. Lo observó dormitando, completamente en silencio, mientras su respiración ralentizada le hacía subir y bajar el pecho. Su rostro se veía apacible mientras estaba en reposo. Sus fuertes brazos se aferraban a una almohada y sus largas extremidades inferiores se desperdigaban por encima del colchón. Supuso que estaría helado; por descuido o decisión, estaba destapado. Tomó una manta que permanecía hacia los pies y lo cubrió hasta los hombros,

sin dejar de observar por unos minutos lo diferente que lucía en reposo, totalmente entregado a los brazos de Morfeo. Así relajado, el león parecía manso. Luego, se regresó a su área y pasó el cerrojo de la puerta de su lado para evitar visitas poco deseadas.

Capítulo 13

Jørgen se despertó más temprano que de costumbre, pidió que prepararan un carruaje y que este estuviera listo para quien lo necesitase en la propiedad sin dar más explicaciones. Se sentó a desayunar, en el sitio principal de la imponente mesa de cedro, y preguntó por su esposa. El mayordomo dio a entender que seguía durmiendo.

—¿A estas horas? —inquirió imperturbable.

—Su doncella fue temprano para avisarle de los horarios de las comidas y refiere que la encontró dormida como un recién nacido. ¿Desea que la despierte?

—No, déjenla descansar.

—¿Saldrá usted a sus obligaciones?

—Aún no lo sé.

—¿Necesita que disponga alguna cosa? —preguntó, sin salir de su asombro, el señor Ripley. No estaba acostumbrado a servir a recién casados y dudaba si la conducta de la señora era la esperada. Era un hombre delgado y alto, con una nariz prominente, ojos juntos. Siempre estaba solícito en las demandas de su señor, era educado, y su tono de voz nunca era exaltado, ni siquiera cuando los sirvientes se equivocaban en el momento para él más sagrado: a la hora de servir los alimentos.

—¿Puede cancelar el almuerzo de mañana?

—¿El que tiene con lady Genevieve Bradbury y su tutor? Milady no lo tomará muy bien.

—De acuerdo, no lo cancele. Buscaré la forma de cumplir con mis compromisos.

Aporreó la mesa abruptamente y se levantó a medio desayunar ante la cara impávida de su mayordomo, que conocía el genio de su señor, pero también que era difícil llevarlo al extremo. Solía tener paciencia y, para que estuviera de mal humor, tenían que habérsela colmado con creces.

Jørgen subió a los pisos nobles y caminó, por los enormes pabellones de su morada, hasta llegar al pasillo que conducía a las habitaciones. Se detuvo ante la puerta de sus aposentos y se introdujo de largo hasta la otra, que lo separaba de su esposa; accionó el picaporte y lo encontró cerrado. Con paso enérgico salió y se dirigió hasta la puerta principal del área de Margarita, que daba al

pasillo. Presionó el cerrojo y este cedió ante su empuje, pero no se atrevió a abrir. Pegó la frente sobre la madera e inspiró fuerte. Se preguntó qué sería lo mejor: dejarla ir o aferrarse a un matrimonio con una desconocida que lo detestaba. Porque para él Margarita eso: una mujer hermosa que sonreía y le provocaba un palpito en el corazón, a la que le había bastado ver una vez para aferrarse a la idea de que la quería en su día a día, pero de quien no sabía nada. El duque le había dado gato por liebre y ya ajustarían cuentas. Le había dicho que era dulce y mansa, y esa mujer era un demonio.

Decidió dejarla marchar; pensó que, de seguro, en cuanto abriera los ojos, ella iba a mantenerse firme en su posición. Se sentía un completo inepto: había tenido a aquella fémica que le había despertado el deseo y no había tenido la habilidad suficiente para conquistarla y hacerla suya. ¿Y cómo era posible que de su boca hubieran brotado esas afiladas palabras? «Todavía no sé cómo me he dejé engatusar por su excelencia», se quejó.

La puerta se abrió sin señal de previo aviso, y casi se va de bruces hacia delante. Se quedó frente a frente a la doncella, que salió y cerró la puerta tras de sí. Se sintió como un tonto cuando la muchacha lo observó sorprendida por su presencia.

—¿Desea entrar, señor?

—¿Ya despertó mi esposa?

—Sí, pero sigue en la cama. Me ha dicho que se siente indispuesta y que la excuse con usted, pero que no cree que se pueda levantar.

—¿Indispuesta? —inquirió sin entender nada. Ayer le había asegurado que se iría a la mañana siguiente y ni siquiera había abandonado el lecho.

—No tiene buen semblante.

—¿Considera que necesita un doctor? —preguntó más desconcertado que lleno de preocupación.

—No. Su problema es otro; creo que necesita descansar.

—Atiéndala para que se recupere, dele todo lo que pida y manténgame al tanto. Si sale de su dormitorio, avísame con urgencia.

—¿Adónde le mando el mensajero?

—Estaré en la propiedad.

—¿No saldrá hoy a sus asuntos?

—Estaré pendiente de la salud de mi esposa.

Tomó asiento en un amplio asiento del salón, que utilizaba para pensar; estaba muy reflexivo. Solía ser frío, a la hora de elegir un camino, y sentía que estaba fallando. Se debatía entre si debía devolver a su esposa, quien había amenazado con abandonarlo, o esperar a que recapacitara.

El día transcurrió muy lento; la noche llegó de todas formas. Por la doncella supo que su esposa había ingerido sus alimentos en su habitación; que se había levantado, dado un baño y cambiado

de ropas; que había abierto la cortina con vista al jardín porque necesitaba luz y aire, y que se había lamentado del pésimo estado del paisajismo. También se enteró de que Margarita se había pasado la tarde leyendo.

Envió un requerimiento con Kathy para que lo acompañara a cenar. Cuando lo plantó con una excusa y lo dejó solo a la mesa, dedujo que se había casado con la mujer más complicada del mundo. No entendía su comportamiento y desconocía cómo contentarla. Los sirvientes no demostraron en sus expresiones ninguna alteración, pero a Jørgen no le pasaba desapercibido que su inusual primer día de casados era extraño para todos. Agradeció por no recibir visitas que hicieran preguntas insistentes, sabía que al siguiente día sería muy diferente.

Aún no tenía idea de cómo lo enfrentaría. Su lógica le decía que llevara a Margarita con Hugo, que se la devolviera intacta y rompiera el trato al que lo había llevado el duque. Su instinto, en cambio, lo presionaba para vulnerar la puerta, tomar a esa señorita caprichosa y hacerle el amor hasta obligarla a gritar su nombre henchida de placer. Así podrían solucionar sus diferencias y él, quitarse la huella que el rechazo había dejado en su ego. Pero no hizo ni lo uno ni lo otro. Abandonó su cena y se refugió en su lecho, con los ojos abiertos como dos platos, mientras el insomnio lo abrigó en sus brazos durante la madrugada.

Cuando el alba lo sorprendió, se sintió vulnerable; nada le había causado tanta zozobra. Donde debía alojarse el afecto hacia su nueva y recién adquirida esposa, se coló el resentimiento. No soportaba lo que le hacía sentir; esa mujercita lograba ponerlo de los nervios, crisparlo y sacarlo del rígido control de sí mismo que siempre había tenido. Su cordura lo empujaba a apartarla de su vida, pero se quedó paralizado ante esa decisión. No podía echarla. Se durmió mientras el sol salía; ya no podía más, estaba muy extenuado.

Hacia el mediodía su ayuda de cámara, Olson, se acercó temeroso al lecho e intentó despertarlo. Jørgen abrió un ojo y lo vio poniendo todo su empeño en reactivar la roca de su cuerpo.

—Señor, disculpe por despertarlo. Imagino que es el efecto de su matrimonio. —Disimuló su risa. Jørgen le lanzó una mirada furibunda mientras trataba de desperezarse—. Ya es mediodía. ¿Recuerda que tiene invitados para el almuerzo?

—¿Mi esposa? —preguntó aún adormilado y temiendo que Margarita hubiera desaparecido aprovechando su estado—. ¿Dónde está?

—También despertó tarde —emitió con picardía.

—¿Por qué la risita? —preguntó huraño.

—Perdone, señor Johansen.

—Póngame al tanto de la mañana de mi esposa.

—Desayunó en su habitación. Kathy le informó sobre el almuerzo con el señor Mattson y lady Genevieve Bradbury, y ya se está preparando para acompañarlos.

Jørgen suspiró, no lo esperaba, ni siquiera que aún permaneciera en su residencia. Ordenó que dispusieran todo para asearse y vestirse para la ocasión. Eligió un traje gris topo, una camisa blanca, y se acomodó el cabello de modo impecable; pero, aunque intentó tener mejor semblante con sus afeites y pomadas de olor, no podía disimular las ojeras azuladas, resultado de la mala noche.

Abandonó su habitación antes que se le hiciera tarde, odiaba la impuntualidad. El señor Ripley, con una amplia sonrisa, le informó que todo estaba listo para recibir a los invitados y quiso apabullarlo con los detalles de la recepción.

—¿Y mi esposa?

—En la sala contigua al comedor —murmuró y, después, emitió una risita que a Jørgen le pareció petulante.

—Dígale que me encuentre en el salón de recibir. Y esos pormenores ya no los verá conmigo; ahora le corresponden a la señora. —El señor Ripley asintió aliviado de que le pasara el estandarte a la dama; era difícil tratar con él.

Jamás solía sentirse ansioso, ni siquiera cuando había vendido su primer barco para cabotaje o cuando había logrado cerrar un trato para un pedido grande de naves con una compañía trasatlántica. Tener a esa mujer en su casa le hacía trastabillar su confianza. Carraspeó. No sabía qué le diría después de la desafortunada conversación de su noche de bodas pero, cuando la vio entrar al salón, olvidó todos sus resquemores. Lucía más hermosa de lo que recordaba. Su piel clara, en contraste con su cabello, y sus ojos oscuros, así como sus labios tintados, la volvían inolvidable. Estaba seguro: pondría de su parte para convencerla, quería que se quedara a su lado costare lo que costare.

—Señora Johansen, es un gusto tenerla aquí —le dijo con seguridad, clavándole la mirada en sus ojos casi negros.

—No me llame así cuando estemos a solas. Ambos sabemos que aún no...

—Es solo un detalle que ambos podemos resolver. Estoy en la mejor disposición —murmuró mientras se le acercaba. Sintió arder el deseo por ella en su pecho. Las imágenes de su cuerpo — solo cubierto por un camisón— lo obnubilaron. Se perdió en la voluptuosidad de sus labios y sus movimientos mientras hablaba.

—Me ha dicho Kathy que hoy viene lady Genevieve Bradbury, quien lo amadrinó desde que usted llegó a Inglaterra.

—Así es. Lady Genevieve Bradbury me encaminó en mis estudios y formación hasta convertirme en un hombre de negocios. Es como si fuera una tía, una madre o una abuela, aunque en verdad no lo es. La dama es algo irritante, pero uno termina acostumbrándose. Sus intenciones son genuinas y ha hecho mucho por mí: no queda más que soportarla.

—Con esa introducción me hace temerle. Espero que, cuando me presente, no sea igual de

efusivo al hablar de mis virtudes.

—No se preocupe; con usted me quedo sin palabras. —Suspiró; su vocecita indiferente había comenzado a hostigarlo muy temprano.

—¿Eso debe darme tranquilidad?

—Sinceramente, no lo sé —murmuró y le clavó la vista en sus ojos—. Usted dígamelo.

—¿Quién más viene?

—El señor Mattson, mi tutor desde la más temprana edad, tiene una personalidad completamente opuesta a la de lady Genevieve Bradbury, así que la comida no será insufrible. Son mi familia en Londres, y no pude seguir dilatando el presentarlos, o me despellejarían vivo.

—Señor Johansen, usted tiene una peculiar manera de referirse a sus seres queridos.

—Lamento si mis palabras no tienen el nivel de dulzura al que están acostumbrados sus oídos.

—Suena como si tuviera una antigua inquina contra el mundo.

—Se equivoca. Lo que crispera mis nervios es más reciente, no excede de veinticuatro horas.

—En ese caso debe deshacerse del problema o resignarse a lidiar con él.

—Estoy pensando seriamente echar ese problema de mi vida. Podría ser la solución, pero odio rendirme justo cuando la situación parece más difícil.

—¿Y sus familiares verdaderos? —preguntó ignorando, a propósito, su indirecta.

—¿Por qué le interesa conocerlos?

—Estamos casados. Es lo más natural del mundo.

—Viven muy lejos.

—No creo que más que los míos, y ha tenido el gusto de conocer a casi todos.

—Su madre y sus primas son encantadoras; su hermano es un buen hombre. No tengo la dicha de contar con su suerte.

—Usted es como un libro que guarda un secreto en cada página. ¿Nunca dejará de sorprenderme?

—Desearía que no. ¿Y usted cómo se siente? ¿Está bien?, ¿tiene ánimos para recibirlos?

—Cumplamos con el compromiso —se limitó a decir.

—Me alegra que haya decidido quedarse.

Como respuesta solo recibió una mirada de asombro ante la confesión. Los visitantes llegaron al unísono y evitaron que siguieran conversando.

Capítulo 14

Margarita se preparó para recibir a la familia de Jørgen en el salón previo al comedor. Había dado un repaso al área donde almorzarían y se había percatado de que era enorme, como la mayoría de las habitaciones de la mansión. La mesa era rectangular y monumental; podría haber sentado a un regimiento. Era de ébano, con fuertes patas con figuras de animales inquietantes que serpenteaban hasta la superficie lisa; permanecía cubierta de un impoluto mantel blanco de textura exquisita. La vajilla de porcelana y plata era lo más luminoso de todo el salón. Suspiró y suplicó por que no sirvieran un brebaje extraño hecho de ojos de sapo. Las sillas tenían idénticos motivos que los de la mesa. Trató de contener un suspiro. Si había llamado a Johansen «el señor de las tinieblas», eso la convertía en «la señora de las tinieblas» también. Languideció de tener que recibir a los invitados en ese ambiente cargado de tanta oscuridad. Extrañó, más que nunca, las piñas que decoraban los muebles de caoba que vestían el comedor del palacete de La Habana, donde había crecido, o la luminosa mesa del palacio de su hermano.

Aún no entendía por qué no había salido corriendo. Extrañaba a los suyos, su entorno, su vida antes de aquella boda apresurada. Tal vez porque sentía que no le quedaba nada y que tampoco estaba dispuesta a continuar conviviendo bajo el mismo techo que Hugo, quien le había causado tan funesto mal. Menos deseaba regresar a Madrid y recorrer los sitios que había frecuentado con Mendoza. Quería evadir los recuerdos y ahí se sentía lo más lejos posible.

Los ojos de Jørgen la inquietaban; era como un león cuya mirada iridiscente la atravesaba sin clemencia, incluso cuando intentaba ser amable. Trató de disimularlo ante los recién llegados. La primera visita que recibían como esposos. El señor Mattson, el mencionado tutor, escandinavo, con un acento aún más marcado que el de Johansen, le pareció un hombre reservado y culto, cercano a los sesenta años. Era alto y vestía impecable, más hacia lo sobrio que hacia lo elegante. Sus ojos azules resaltaban en su rostro límpido y escasamente surcado por un par de arrugas. Su cara tenía una peculiaridad: brindaba confianza. Parecía un padre o un amigo afectuoso con quien se podía tratar los problemas más angustiantes sin temor a un reproche.

Lady Bradbury, en verdad, era lo opuesto: elegante hasta rozar lo sofisticado, similar en edad al señor Mattson, pero con una fuerte presencia —con la que había irrumpido en la morada—. Su aura de ama y señora se hacía notar. Vestía un recatado vestido marrón de seda y encaje que se extendía hasta el cuello; lucía imponente, como si se hubiera preparado para un evento muy

importante. Margarita descubriría, después, que siempre lucía igual de impactante; la distinción era su sello más característico. Sus joyas eran discretas, pero de incalculable valor, y sus maneras resaltaban por lo refinadas. Era delgada, activa, con ojos ámbares brillantes como la luz y de piel sedosa. No estaba feliz, pero se esforzaba por disimularlo; era un volcán a punto de escupir lava. La dama, quien era parte de la nobleza y estaba emparentada con las familias poseedoras de los más antiguos títulos británicos, se notaba contrariada. Como ya le habían advertido de su difícil carácter, no le dio importancia.

Para sorpresa de Margarita, el duque de San Sebastián era el tercer invitado, dato que todos habían evitado mencionar. Margarita sintió un alivio inmenso al tener a su hermano cerca; su sola presencia aminoró el rencor por su responsabilidad en la pérdida de su añorado Mendoza. Hugo solía causar ese efecto calmante en ella, incluso estando enojados. No se detuvo hasta abrazarlo, antes que lo presentaran a los otros invitados. Su hermano correspondió a su efusiva muestra de afecto, que exaltó a lady Genevieve Bradbury, lo que hizo que tuviera una pésima primera impresión de ella.

—No sabía que te daría tanta dicha verme —dijo Hugo emocionado. Habían pasado por tantos conflictos que su afecto le devolvía un soplo de tranquilidad.

—Nadie me mencionó que vendrías. Es grato ver a alguien de la familia. —El duque supuso que era eso; su pequeña hermana echaba de menos a los Morell.

—¿Cómo te ha tratado Jørgen, pequeña? No me digas que la estás pasando mal —indagó porque la conocía y notaba que no estaba plena de dicha, como había supuesto.

El mundo de Jørgen se detuvo hasta que escuchó la respuesta de su esposa.

—Solo los echo de menos. Supongo que terminaré por acostumbrarme a estar lejos de los míos.

Lady Genevieve Bradbury no pudo seguir tolerando aquel despliegue de intimidad fraterna que irrespetaba al resto: con cara de pocos amigos, se plantó ante los hermanos y demandó el turno de la palabra.

—Podrían hablar de sus asuntos cuando no estemos presentes. Nos dejan en segundo plano y no es educado.

—Milady, discúlpenos. La encantadora señora Johansen, mi hermana, siempre termina por encandilarme con su presencia. No la he visto desde la ceremonia; solo quería constatar que, al dejarla en manos de mi querido amigo, he tomado la mejor decisión —explicó Hugo intentando calmarla. También había sido advertido por Jørgen sobre quién era la dama y sus particularidades de personalidad. Al señor Mattson ya lo conocía de pasadas reuniones de negocios—. Ahora somos todo oído para usted. ¿Podría dispensarnos por nuestra falta de cortesía?

—Muchacho insolente, precisamente es lo que no pretendo. Nadie me avisó que esta boda se celebraría y estoy muy desconcertada. Pensé que mi protegido pediría mi beneplácito para evaluar y aceptar o no a la prometida. ¡Y he tenido que enterarme, por un escueto mensaje en un frío papel, que la ha desposado! Me ha invitado a este almuerzo para intentar remediar su falta de consideración hacia mi persona.

—¿Cómo se atreve? —manifestó Hugo, disgustado por las recriminaciones de la señora; no le iba permitir su petulancia y menos con Margarita.

—Lady Genevieve Bradbury tiene todo el derecho de reclamar —intervino Jørgen—; no me he comportado a la altura. Es cierto que debí ser más respetuoso y compartirle acerca de mis planes, pero no quise importunarla.

—¿No quisiste importunarme, mi querido Jørg? Estoy gravemente ofendida. —La mujer se derritió ante sus consideraciones; Margarita observó estupefacta el afecto que le prodigaba y no podía disimular—. Espero que hayas elegido bien. Tienes tantas virtudes, podías darte el gusto de escoger.

—Tranquila, milady. No necesité pedir sus consejos porque los conozco de memoria —trató de calmarla Johansen.

La señora le hizo una seña disimulada para retirarse unos pasos a hablarle en susurros. Margarita abrió los ojos atónita. La mujer acababa de regañarla por «hacerlos a un lado de la conversación» y ella cometía una falta aún más cuestionable.

—Querido Jørg, háblame de sus cualidades para que mi corazón se aplaque. ¿Es obediente, dulce, dócil, modesta?

—Es maravillosa —respondió el aludido y le lanzó una mirada condescendiente.

—¿Qué idioma habla, además del natal y el inglés, con ese terrible acento?

—Tengo entendido que habla francés.

—¿Borda, canta, dibuja, toca algún instrumento?

—La he visto danzar increíblemente, lo demás aún tengo que descubrirlo —dijo al recordar cuándo la había conocido, en la boda de los duques de Whitestone—. Su hermano es un experto pianista; supongo que tiene talento en la música también.

—¡Imagino los «talentos» que te motivaron a seleccionarla! —dijo afligida, como si hubiera sido víctima de una infame traición.

—La conocerá y verá que es perfecta.

—Sigo apesadumbrada.

—Tendré que esforzarme para ganar su perdón. Por eso he convocado este almuerzo. Quiero que ambas familias se conozcan y darle a cada uno el lugar que le pertenece. Me alegra que estén todos aquí.

Margarita se sorprendió por el comportamiento afectuoso del señor Johansen con la dama; usualmente era huraño y gélido. Que tuviera a esa odiosa mujer en tan alta estima le hacía abrir ojos y oídos y enfilarlos en su dirección para descubrir el secreto que había utilizado para convertir al león en un tierno cachorro. Esperaba que la familia real de su nuevo esposo fuera más agradable.

—No sé cómo podrás ganar mi perdón —siguió lady Genevieve Bradbury—. El matrimonio ya no puede deshacerse; incluso lo has consumado para mi perdición. —La recién casada se ofuscó ante la impertinencia pero, solo por no darle el gusto a Johansen, no lo demostró.

Y aunque la señora susurraba y Jørgen usaba un tono moderado, todos escucharon perfectamente. Hugo tenía las mejillas como dos brasas al rojo vivo, y sus labios carmesíes brillaban por la presión arterial por los cielos. La actitud de la dama lo había hecho ponerse más irritado que un percance en sus negocios, sobre todo después de osar reprenderlo.

—Milady, exijo respeto para mi hermana aquí presente —pidió Hugo enfurecido y tratando de mantener la compostura, pero sin lograr morderse la lengua un minuto más.

—Muchacho, ¿no sabe con quién habla? —preguntó la dama, volviéndose al duque.

—Por supuesto que lo sé, lady Genevieve Bradbury. No suelo ir azotando palabras sin conocer a mi interlocutor. —Se le acercó—. Me tomo el trabajo de estar bien informado.

—¿Quién es este hombre tan arrogante que tienes por cuñado, querido Jørg? —indagó la dama con desidia. Nadie que no fuera su protegido lograba captar su atención.

—Su excelencia es Hugo Buenaventura Morell y Sequeira, duque de San Sebastián y marqués de Morell de Santa Ana, ambos títulos de Castilla, con grandeza de España incluida.

La dama quedó impresionada por la respuesta. Abrió los ojos desmesuradamente y se rehusó a ser puesta en su lugar por ninguno de los presentes.

—¿Y ahora te alías con los españoles, Jørg? ¿Olvidas todas las rencillas que hemos compartido? —Salió por la tangente para no dar su brazo a torcer.

—Milady, sea cortés con mi cuñado y más con mi esposa. No me obligue a tomar medidas. —Moduló la voz hasta abandonar el tono suave que usaba para dirigirse a ella y permitir que emergiera toda la gravedad de su voz—. Entiendo que le molestó que no le consultara sobre mis intenciones de contraer nupcias, pero jamás he permitido que absolutamente nadie opine sobre mis asuntos, menos en algo tan personal.

—De haber sabido que deseabas casarte y emparentar con la nobleza, te habría encontrado una dama inglesa de mi propio círculo —insistió lady Genevieve Bradbury.

—Ninguna logró echarme el lazo al cuello, solo la hermosa señora Johansen. Exijo para ella el trato que se merece o, de lo contrario, conocerá mi lado más detestable. —Jørgen la defendió ante la cara de complacencia de Margarita y de Hugo. Lady Genevieve Bradbury apretó la boca como si hubiera dado una mordida a un marañón, lo que hizo feliz a la joven esposa—. Y usted, señor Mattson, ha estado muy callado. ¿No tiene nada que opinar?

—Es encantadora tu esposa, Jørg. Me agrada. Para mantener la compostura ante lady Genevieve Bradbury, debe tener el don de la paciencia, y eso es admirable. Lo mismo digo del duque. Bienvenidos a la familia y, por favor, perdonen el malentendido. Lady Genevieve Bradbury seguramente lo lamenta. —La aludida solo elevó más su nariz, pero no puso objeciones.

—Pasemos al comedor. Podemos empezar de nuevo a presentarlos y cambiar las impresiones que nos hemos llevado. Ahora somos familia y deseo que convivamos un rato con amabilidad y armonía. ¿Puede apoyarnos, lady Genevieve Bradbury? —pidió Jørgen.

La señora lo miró largamente y, luego, puso cara de compungida; una lagrimilla se le asomó a uno de los ojos.

—Jamás pensé que te casarías, pero ya estás en edad de tener descendencia. Espero que Dios les dé muchos hijos. Muero por ver a varios pequeños Johansen corriendo por los corredores. Me disculpo si no fui cortés; el casamiento me tomó por sorpresa.

Margarita sonrió levemente, convencida de las palabras de arrepentimiento de la señora hasta que, en el camino hacia el comedor y a escondidas de Jørgen, lady Genevieve Bradbury le lanzó una péfida mirada para luego sonreírle a su protegido como si fuera la más inocente paloma. Los ojos de Margarita se abrieron como platos ante el descaró de la dama; luego, los achicó con suspicacia. La mantendría vigilada; era una arpía que diría lo que fuera para tener a Jørgen comiendo de su mano.

Ya en la mesa, mientras servían las entradas, no se aguantó el deseo de poner a lady Genevieve Bradbury en su lugar. Ella era la señora Johansen —aunque no tuviera carácter de definitivo— y esa dama, con ínfulas de grandeza, no iba a venir a menospreciarla en su propia residencia. ¡Faltaba más!

—Me es grato conocer a su tutor y a lady Genevieve Bradbury, esposo mío. —Jørgen levantó el rostro en dirección a Margarita al escucharla dirigirse a su persona con esas palabras. Sus ojos felinos se veían más azules cuando clavaba la atención fijamente—. También me será grato tratar a su familia de origen. ¿Viven fuera de Inglaterra?

El aire se rasgó con aquella pregunta. Ya Hugo le había advertido a su hermana que, si deseaba saber más acerca de su esposo, debía preguntarle a él en persona, pero no se refería a exponerlo delante de otros. A Margarita no le importó, lo hizo a propósito. El duque le lanzó una mirada mordaz para exigirle abortar el tema. Eso jamás la había detenido.

—Sí —contestó Jørgen y apuró su copa de vino para dar un largo sorbo. No solía perturbarse con facilidad y notó que la pregunta no era inocente así que, bien protegido con su armadura, le sostuvo la mirada y le exigió que disparara.

—Imagino que por eso no vinieron a la ceremonia. ¿Cuándo tendré el gusto de conocerlos? —insistió la recién casada.

La cara de Hugo era una mezcla de furia y advertencia. Estaba a punto de ordenarle guardar silencio, pero no le correspondía. Margarita tenía el don de la osadía y la habilidad de utilizar las palabras para sacar de quicio a su oponente.

—Señora Johansen —intervino lady Genevieve Bradbury—, definitivamente no le gusta ser prudente, y eso es una pésima cualidad para una dama.

—¿Soy imprudente por preguntarle a mi esposo por sus padres, en *mi* casa? —Hizo énfasis.

La dama estuvo a punto de entornar los ojos para aniquilarla, pero no vendría una jovencita a darle clases de astucia. La miró con fingida dulzura y contestó:

—Reflexione usted al respecto.

Margarita desarrugó su entrecejo, decidida a demostrarle que estaba a su altura; también relajó

el rostro y enfocó a Johansen.

—¿Qué opina usted, esposo mío? ¿Me he metido en un terreno escabroso?

—Podrán hablarlo después, cuando estén solos —se apuró a decir el tutor—. No es algo fuera de lo normal, pero tal vez angustie un poco al señor Johansen, y el propósito de este almuerzo es convivir y pasar un rato feliz. ¿No le parece, señora Johansen?

—Discúlpenme si he tocado un tema delicado y privado. Creí erróneamente que estaba en todo mi derecho —sostuvo Margarita.

—Derecho tiene, señora —le dijo Johansen—. No hay tal secreto. Mis padres y yo estamos distanciados; no se espere de verlos en nuestras vidas ni de compartir con nosotros. Espero que no le suponga una dificultad.

—Pues no se hable más del asunto —pidió Hugo—. Más bien díganos, señor Mattson, ¿cómo era Johansen de niño? ¿Era muy travieso? Quiero hacerme una idea de cómo serán mis sobrinos.

Era el tema favorito del señor Mattson, y lady Genevieve Bradbury adoraba escuchar las historias. Hugo ya lo sabía; su amigo se lo había contado. No dudó en sacar ese as bajo la manga para aligerar el ambiente.

El almuerzo fue largo e insoportable para Margarita. Por un lado, el desfile de carnes de insufrible olor; por otro, la afilada lengua de lady Genevieve Bradbury. Solo la animó escuchar los sabios consejos para un matrimonio duradero del señor Mattson, que era todo prudencia. Hubiera deseado que Jørgen se las hubiera arreglado para evitar que los caballeros marcharan a un salón a conversar de sus temas, a beber un buen *brandy* y a disfrutar del costoso tabaco que se cultivaba en las plantaciones Morell. Pero no tuvo tal consideración, le tocó compartir un instante a solas con lady Genevieve Bradbury.

Se reunieron en un saloncito dispuesto con un estilizado piano negro de cola, cuyas patas tenían un peculiar detalle esculpido en la madera; fuertes tallos y espinas se enroscaban en ascenso para culminar en rosas abiertas tan reales y oscuras que eran desconcertantes.

—¿Me deleitará con una pieza musical? —preguntó la dama.

Margarita quitó los ojos del instrumento. Estaba tan confundida y perdida, dentro de sí misma, por los acontecimientos que por un minuto se olvidó de su compañía.

—No soy tan talentosa como mi hermano, pero puedo deleitarla un rato si le place.

La dama le hizo una indicación para comunicarle que tocara. Margarita estiró sus dedos y caminó hasta el instrumento; acarició la madera muy lisa; descubrió las teclas y, como seducida por la música que aún no habían producido sus manos, se dejó vencer por aquella melodía que Hugo solía tocar. Nocturno Op. 9: No. 2, de Chopin. Cuando escuchó el interludio musical, su mente comenzó a despejarse de su presente inmediato. Sus ojos se cargaron de lágrimas y se pudo transportar a La Habana, paseando en calesa con sus primas, mientras creían que la vida se limitaba a sus risas, a los vestidos importados de París, a las flores del hermoso jardín —que

parecía un laberinto—, y a todo lo que ya no regresaría.

En la actualidad se desconocía por completo. Había dejado de ser dulce e ingenua, y la luz que aún quedaba dentro de su alma se iba apagando lentamente, mientras más tiempo permanecía atrapada en aquella mansión de tinieblas; con aquel señor oscuro que la miraba al centro de los ojos como si pretendiera apoderarse de su risa, de su buena voluntad, de la escasa ternura que aún le quedaba, de la totalidad de su alma.

Ante las notas arrebatadas al piano, Hugo no pudo resistirse y pidió permiso para acercarse en la dirección del sonido. Los otros dos caballeros lo siguieron. Jørgen se quedó recostado a una de las columnas mientras descubría que su esposa escondía una pasión que aún no había podido conocer. La vio moverse ágilmente, por minutos, sobre las teclas y otros; ser más delicada en su toque que el pétalo de una flor, hasta que la pieza —exquisitamente interpretada— llegó a su fin. Le siguió un espacio de silencio absoluto, hasta que lady Genevieve Bradbury, gratamente sorprendida, prorrumpió en aplausos y suspiró, también, con una lágrima en los ojos, agradecida por que la esposa de su protegido pudiera dar tan estupendo espectáculo.

Hugo sonreía como no lo había hecho desde que se hubo embarcado en la difícil tarea de casar a su hermana de la forma que nunca había pensado hacerlo: en contra de su voluntad. El señor Mattson se alzó de hombros, convencido de que no lo sorprendía; Margarita le había parecido perfecta para Johansen, el que aún no salía de su estupor y no le quitaba la vista de encima a la mujer que, con un delicado pañuelo de encajes, trataba de enjugarse la humedad que había quedado sobre sus negros ojos.

Cuando llegó la hora de la despedida, Hugo se quedó para el final.

—¿Cuándo partes a España? —le preguntó Margarita a su hermano.

—Cuando me cerciore de que estarás bien —agregó protector—. Has mejorado tanto en el piano. ¡Ufff! —bufó—, me dejaste sin aliento. Me hiciste desear tomar un caballo y recorrer los campos de las haciendas, caminar por las calles de La Habana.

—¿Algún día regresaremos?

—Deberíamos hacerlo. Tengo una deuda pendiente con mis esclavos, no se me quita de la cabeza que debo liberarlos. No importa cuán bien sean tratados; la libertad es irremplazable.

—¡Hazlo! ¡Pero no tardes!

—Debemos volver y llevar a nuestros hijos para que conozcan dónde crecimos; esa hermosa isla en medio del mar no nos ha soltado por completo. Así que debes apurarte en tener descendencia; de los cuatro, solo faltas tú.

—Pensé que me odiabas por desafiar tus mandamientos de jefe de la familia.

—Yo creí que me detestabas por comportarme como un autoritario hermano mayor. Espero que entiendas que las decisiones que tomé fueron difíciles y que mi único impulso ha sido velar por tu bienestar. ¿Me has perdonado?

—Sinceramente no lo sé; el tiempo lo dirá. Hugo, estoy indecisa.

—¿A qué te refieres?

—No sé si el casarme con el señor Johansen ha sido una decisión sabia.

—¿Estás arrepentida? ¿Te ha tratado mal?

—No.

—¿No lo quieres? ¿Es eso?

—Ni siquiera lo conozco. Es como un baúl de hierro forjado, hermético; cuando logro quebrar la cerradura, siempre hay otro cofre cerrado en su interior.

—No has podido describir mejor a mi amigo, pero es un gran ser humano. La vida no le ha dejado otro remedio que protegerse con sus corazas. Noté cómo lo observabas durante el almuerzo, sé que no te es indiferente. Una dama jamás miraría así a un hombre que no ha tocado, de cierta forma, su corazón.

—No rebatiré tus suposiciones.

—Si no lo haces es porque te has quedado sin argumentos. Jamás te das por vencida tan fácil en una discusión.

—¿Conoces sus secretos?, ¿su pasado?, ¿su verdadera familia? ¿Por qué solo me ha presentado a su tutor y a esa dama tan petulante?

—Les tiene afecto; lo cuidaron mientras crecía.

—No has contestado a todas mis interrogantes.

—Tendrás que preguntarle a él y tener paciencia; te lo responderá cuando te tenga la suficiente confianza.

—Entonces, ¿conoces las respuestas?

—Jamás te dejaría en manos de un completo extraño.

Capítulo 15

Aquella noche Margarita no supo qué pensar. Abandonó la cama en camisola y, llevando una manta con ella, se sentó en una butaca cercana a la mesa del área de su dormitorio, que usaba para leer y tomar el desayuno. En la mano tenía un libro cerrado, que aferró contra su pecho sin la intención de abrirlo. Era su historia preferida de W. Lovelace, la de un amor imposible que había logrado vencer contra las adversidades. Su vida distaba de las novelas que leía. El anhelo de enamorarse había muerto en su corazón junto con Mendoza.

Las palabras de su hermano, sobre la forma en que había mirado a Jørgen, le daban vueltas. Jamás lo admitiría en voz alta pero, aunque le inquietaba sentirlo, aquel hombre hacía que sus latidos se precipitaran de un modo diferente. Dudó de si debía quitar el cerrojo y dejar que su esposo entrara para exigirle cumplir con sus obligaciones, pero no pudo. Se sentía nefasta por traicionar la memoria de Mendoza.

Se quiso meter a la cama, tras apagar la última vela, y quedar iluminada solo por el fuego que crepitaba en el hogar, pero no lo logró y volvió a su butaca. Se cubrió hasta el cuello con la manta y se aferró más al libro, sentía frío. Recostó la cabeza hacia atrás e intentó cerrar los ojos. Quedarse en la propiedad de Johansen traía consecuencias implícitas: tendría que convertirse en su esposa de verdad. Pensó que, tal vez, Hugo tenía razón y que se había convertido en un ratón que no quería escapar de la madriguera del gato, por más que la desconcertase. ¿Qué pasaría si esa noche la reclamaba?

Sus temores se hicieron realidad. Jørgen apareció por la puerta principal sin darle oportunidad de cerrar. Venía en mangas de camisa, con la pechera ligeramente abierta y con un candelabro en la mano que colocó sobre la chimenea.

—¿La he despertado? —preguntó.

—No podía dormir.

Él observó un sillón enorme y mullido, frente a donde descansaba Margarita, y esperó en vano a que ella le ofreciera sentarse.

—Supongo que el que se haya quedado significa que ha recapitado en cuanto a nuestro matrimonio.

—Tal vez —murmuró y tembló al alzar el cuello para poder hacer contacto con sus ojos.

¿Y si venía a consumir el acto? No se sentía lista, quizá nunca lo estaría.

—Acérquese a la luz. Venga —le pidió.

Ella dejó las mantas que la tapaban, buscó su bata y se cubrió con ella. Se acercó a su esposo y se colocó delante de él. Alzó la cabeza hasta encontrar sus ojos claros, que reflejaban las llamaradas naranjas.

—¿Por qué no me ha devuelto? ¿No es suficiente todo lo que lo he avergonzado?

—Si es su estrategia para que me canse, no lo conseguirá. No me siento amenazado por su lengua intrépida.

—¿Es masoquista?

—No hable. —La tomó por la barbilla y se inclinó para depositar sus labios sobre los suyos; se quedó unos segundos disfrutando ese contacto. Un tímido roce; ninguno se atrevió a abrir la boca ni a aventurarse a perderse en las mieles del otro. Y rozándola con su aliento, muy cerca le susurró:

—¿Qué siente?

—Una dama no habla de sus sentimientos —murmuró temblando.

—Usted aplica la etiqueta solo cuando las circunstancias están a su favor. Dígame: ¿qué siente?

—Por favor, no me lo pida.

—¿Ni siquiera puede responderle a su marido?

—No me considero su esposa en toda regla.

—Es un pormenor que podemos resolver; he venido dispuesto a finiquitarlo.

—¿Ahora? —Ella trepidó como un gorrión entre sus manos.

—Si me da permiso. Seré delicado.

—Si damos ese paso, nuestra situación sería irrevocable.

—Hablemos con la verdad y el corazón. Escucharé todo lo que tenga que decirme, sin hipocresías ni hostilidades. Empezaré yo. —Su mirada cambió; se volvió translúcida, como si hubiera decidido quitar la cortina que impedía asomarse a lo profundo de su alma. Su voz era ronca y sincera—. No quiero que se vaya si también es su deseo quedarse. Dígame, mujer: ¿quiere que este matrimonio se consume para que no tenga pretextos para abandonarme?

—Sigo pensando que lo mejor es la anulación —titubeó.

—Pensé que había cambiado de opinión y por eso no había huido al alba.

—Lamento haberle dado falsas esperanzas.

—Inténtelo al menos. Ya me estaba haciendo la ilusión de tenerla, de que me esperara en las tardes cuando llegara extenuado de mis obligaciones.

—¿Qué pasó con sus padres? ¿Por qué se han alejado? —De pronto necesitaba saberlo todo de él.

—Tenemos diferencias irreconciliables.

—Lo dice con rencor.

—Lamento estar lleno de resentimientos; es el lado que menos me gusta mostrar, pero debo aceptarlo.

—¿No conoce el perdón? ¿Cómo puedo unir mi vida a alguien así? ¿Y qué tan irreconciliables son esas diferencias? ¿Es por eso que se vino a Londres?

—Olvide a mis padres, solo míreme a mí.

—Lo intento. Al parecer no me queda otra opción que continuar a su lado. Mi hermano ha concertado este matrimonio para mí, y parece que tendré que conformarme con mi destino. —No lo dijo en voz alta, pero se sentía perdida. Si daba por concluido el vínculo, no sabría qué sería de sí. Madrid era un escenario que solo podría pisar con marido. Hugo se negaba a llevarla de vuelta siendo soltera; sería peor con un matrimonio malogrado. Su madre no permitiría que fuera más lejos, a La Habana; ya bastante sufría por la distancia.

Margarita lo miró a los ojos y, sin perder la atención sobre el fuego que se reflejaba en la mirada de Jørgen, deslizó la bata por sus hombros, mientras la prenda hacía un suave recorrido hasta la alfombra de piel, donde sus pies desnudos rozaban los elegantes zapatos negros de él. Se quedó apenas cubierta por el delicado camisón, que había sido traído para ser admirado durante sus primeras noches como casados.

Jørgen no pudo resistirse. Tragó la saliva que se depositó en el interior de sus mejillas, la tomó en brazos y la acercó a la cama, donde la sentó con suavidad. Jamás había escuchado una aceptación tan disconforme, pero estaba a punto de volverse loco; esa mujer llevaba dos noches en su casa y continuaba intacta. «Es mi esposa», se dijo para convencerse de que tenía derechos. Le acarició las mejillas y un mechón oscuro se escapó hasta rozarle la mano. Con ternura le trenzó el abundante cabello para que le permitiera observar sus atributos. Comenzó a desvestirse con premura, sin dejar de observar su reacción. Primero, los zapatos; luego, la camisa y, por último, los pantalones. Ella nunca levantó la vista, ni siquiera por la curiosidad de admirarlo en ropa interior; él lo interpretó como recato. Enterró su cabeza en su cuello para aspirar hasta la última gota de ese olor a azahar que lo tenía al borde del límite de sus deseos.

—Quiero hacerla mía, mi preciosa flor. Solo si usted también lo desea.

—Hágalo, selle nuestro vínculo para siempre. Conviértame en la señora Johansen —dijo y se tumbó sobre el suave colchón.

—¿Está segura?

—He decidido quedarme para siempre. Ojalá podamos entendernos; intentaré poner de mi parte.

—Me esforzaré por hacerla feliz. Le enseñaré cómo hace la corte un Johansen. Primero lo primero. ¿Me da permiso para poner las manos sobre su cuerpo?

—Creo que eso ya lo está haciendo. —Él se sorprendió al ver sus dedos, sobre la tela, aprisionando los turgentes senos con los que había soñado hacía un par de días—. Tómeme, hágame en verdad su mujer.

Las palabras de Margarita lo enloquecieron, hicieron que su hombría —que ya había despertado— ardiera y que diera un respingo dentro de los pantaloncillos, que le llegaban hasta las pantorrillas. Tomó la camisola de su esposa; le desató el lazo sobre su pecho, y bajó la prenda,

más allá de sus hombros, hasta dejar al descubierto el nacimiento de sus senos. Se deleitó en su blancura; los recorrió a besos, con delicadeza; quería amarla con suavidad. Luego, cogió el borde de la falda de la camisola y la subió hasta sus caderas. Acarició sus piernas esbeltas, por encima de la suave tela de sus calzones, e intentó hacer una incursión a través de la abertura de la entrepierna, por la que quería explorar. Ella no se lo permitió por recato. Él deseaba recorrer su piel sin tanto exceso de tela, así que sujetó la cinturilla de su calzón y comenzó a bajarlo.

Sus cuerpos estaban tibios. Ella temblaba y él estaba a punto de hacerlo por primera vez en su vida. Había dejado toda su arrogancia afuera de la habitación, normalmente no lograba arrancarla de su anatomía. No entendía qué le pasaba con Margarita pero, mientras más lo desafiaba, más la deseaba. Terminó de desnudarse y se acomodó entre las piernas, que la mujer abrió para él. Ardía en deseos de poseerla, pero era virgen y no quería ser abrupto y que su urgencia deviniera en una experiencia dolorosa que terminara por alejarlos.

Llevó sus labios a los de ella con la intención de probar la suavidad de su lengua; solo de imaginárselo, su hombría creció todavía más. Los muslos de la mujer ya estaban cruzados a su espalda, aunque su virilidad —que frotaba contra su pelvis— aún no había rozado la incorrupta abertura. Excitado, sin ver otra salida para sacar el camisón ni por arriba ni por abajo, lo rasgó a lo largo, negado a despegarse de su flor ni por un segundo. En ese instante sus bocas hicieron contacto y solo se topó con sus labios sellados.

—Ábrala para mí —le suplicó al tiempo que la acariciaba con su aliento. Pero ella giró la cara hacia un lado, renegando de ese contacto tan íntimo, y él se quedó padeciendo una sed funesta. Intentó volverle el rostro y apoderarse de su voluptuosa boca, pero Margarita no se lo permitió, y aquello lo hizo salir de su frenesí por poseerla. La observó detenidamente y notó lo que su propia fogosidad le había hecho pasar por alto. No era el recato lo que la mantenía pasible esperando que la tomara; ella no lo deseaba. No compartían el mismo apetito.

Jamás había sido golpeado tan duramente por el rechazo en la intimidad; su ego se sintió herido. Su erección seguía latiendo, pero no podía hacerla suya así.

—Quiero besarla —pidió.

—¿Por qué?

—Es lo más natural del mundo, más en estos casos. —La miró pleno, aún sin el filtro de sus pupilas, lo que le permitió ver dentro de su alma.

—¿Eso lo incluye el contrato? ¿Es necesario para que quede completado el trámite que nos unirá como esposos?

—¿De qué habla, mujer? ¿Le parezco el tipo de hombre que se conforma con un matrimonio arreglado?

—Tome lo que desee de mí. Al fin y al cabo, le pertenezco.

Jørgen abandonó su cuerpo con la rabia que le hacía hervir la sangre. Había cometido dos errores. Uno, aceptar el pacto de desposar a la hermana de su mejor amigo; y el segundo, haberla mirado dos veces. En la primera, no había sido vulnerable; en la segunda, había visto su alma,

como si su cuerpo se hubiera vuelto transparente y dejado expuesta la esencia de su ser. Lo que reverberaba en su interior era tan intenso que lo había seducido y, como resultado, no lograba sacársela de la cabeza. Margarita no lo amaba y eso solo podía tener una explicación, una que le helaba la sangre; su corazón no podía entregarse a sus cuidados porque ya tenía dueño. ¿Lo tenía el día que se habían conocido? ¿Por eso su irreverencia? La historia del heredero español que había pedido su mano lo azotó en pleno rostro. Temió darse cuenta de que no conocía toda la verdad.

—Dígame su secreto. ¿Por qué no me puede querer?

—No es su culpa, lo siento. —Intentó calmarlo acariciándole el rostro, a punto de sincerarse con él. Tal vez así se convencía de que la anulación era el único camino. Respiró fuerte antes de proseguir.

¿Cómo le diría a ese hombre que estaba poniendo de su parte, aunque su alma estaba rota? ¿Cómo enfrentarlo y rebelarle que la muerte de Mendoza, en plena juventud, la tenía en deuda, la amarraba a una culpa que la dejaba indefensa? Había muerto por ella, y se sentía perversa si se entregaba a la pasión con cualquier otro, aunque fuera su legítimo esposo.

Jørgen no pidió más explicaciones. Quedó reflexivo, con la mirada perdida. Ella volvió a tomarlo del rostro para que sus ojos se encontraran.

—Suélteme —le pidió el hombre en un susurro.

Él se irguió cuan largo era, sin ropas, con su erección renuente a abandonarlo, y atravesó la separación de ambas habitaciones y dejó a su paso la puerta abierta. Margarita ni siquiera reparó en la gallardía o desnudez del varón; tomó las sábanas para cubrir su cuerpo y lloró hasta quedarse dormida.

A media madrugada se despertó con un sobresalto. Se levantó en medio de la oscuridad; la flama se había extinguido, y tiritaba de frío. Se acercó a la puerta entre las dos habitaciones, lo suficiente para intentar escuchar si estaba en su cama. Ningún sonido calmó su curiosidad. Se coló en los aposentos de su marido; aún la torturaba su amenaza de correr a los brazos de alguna amante. Pero lo vio profundamente dormido. Volvió a su dormitorio e intentó conciliar el sueño.

Capítulo 16

Margarita despertó temprano. Temerosa observó la puerta que los separaba y la vio cerrada. Indagó por su esposo con su doncella, y aquella le confirmó que había salido a sus obligaciones antes de lo usual. Se dejó ayudar a prepararse para abandonar su habitación. No sabía qué medidas tomaría Johansen, pero quería salir de su encierro y estirar las piernas.

—Su esposo me indicó que le dijera que el carruaje la iba a esperar en la puerta y me pidió obedecer cualquier orden que viniera de sus labios por extraña que me pareciera.

Asumió que Jørgen estaba convencido de que se iría, como había jurado.

—Iré a la casa de mi prima, la duquesa de Whitestone. Que el cochero se aliste.

—¿Desayunará en la habitación?

—Lo siento, no tengo apetito. Debo salir.

Observó sus pertenencias desperdigadas por el dormitorio. No pidió que hicieran su equipaje, solo quería correr de allí.

El carruaje la sacó de su mansión retirada y, tras un largo rato de andar, la condujo por las peculiares calles de Mayfair. Primrose Hall lucía majestuosa. Grace tuvo la amabilidad de recibirla, aunque no había notificado su visita antes. La abrazó con un sobresalto, no era para menos. Margarita no acostumbraba a romper el protocolo tan seguido y, desde su matrimonio, no la veía tranquila. Se resguardaron en un salón privado que la duquesa tenía para su uso exclusivo, allí podían hablar en confianza en su idioma natal.

—¿Mi hermano? —inquirió.

—No se encuentra, tardará unos días. Sabes que es inquieto y aprovecha su estancia para expandir sus negocios.

—Tal vez lo más correcto sería que lo recibiera en mi nueva casa. Ahora, que también vivo en Londres.

—Podrás hacerlo en otras visitas. El señor Johansen y tú están recién casados; mi primo no querrá irrumpir en su privacidad.

—Estoy desesperada, he acudido a ti a pedirte consejo.

—¿No te ha tratado bien?

—Quiero dejarlo.

—¡Jesús, María y José! ¿Por qué?

—Es muy corto el tiempo que ha transcurrido desde el funesto accidente de Mendoza. Me siento mal de sucumbir ante los encantos de Jørgen.

—¿Encantos?

—Tampoco soy ciega, sé reconocer a un hombre hermoso.

—Y el señor Johansen lo es —afirmó la duquesa—. Tu lugar es al lado del hombre que te ha desposado ante los ojos de Dios. Piensa eso. El difunto Mendoza solo fue un pretendiente aunque duela decirlo; ningún lazo legítimo los unió. Sé que te lastima, pero debes seguir viviendo.

—Perdió la vida.

—Te entiendo, pero te quiero y me preocupas. Cuando me hablaste de Mendoza en mi casamiento, no creí que era tan importante. Pienso que querías huir con él solo por desafiar a tu hermano.

—¡No!

—Analízalo, Margarita. Hugo afirma que Mendoza no era de fiar, que su familia dependía de un arreglo matrimonial que era sustancioso y que tú lo sabías. Tu hermano te dio pruebas.

—Hugo se arrepintió de esa acusación al final.

—Tal vez lo hizo para no seguir hiriéndote.

—El señor Johansen está dispuesto a otorgarme la anulación, me ha dado la libertad de abandonarlo en el momento que lo decida.

—¿Anulación? ¿Sobre la base de qué argumentos?

—El matrimonio no ha sido consumado —admitió avergonzada.

—¡Margarita! ¡Tu hermano jamás lo permitirá; quedarías arruinada para siempre! ¿Olvidas que la condesa de Huntington los encontró en esa situación incómoda en la terraza?

—No sucedió nada.

—Te encontraron en sus brazos; es suficiente. La dama es la prima de mi abuela, pero sé que a veces le cuesta cerrar la boca, sobre todo cuando no tiene intereses propios.

—Estoy decidida a dejarlo. Quería pedirte que hables con Hugo, que intercedas por mí —murmuró apenas sin voz.

—No lo haré, quiero el bien para ti. Sería como lanzarte a los perros. ¿Sabes el futuro que tendrías que enfrentar después de esto?

—Lo abandonaré.

—No te atreverías. —Abrió los ojos sorprendida—. ¿O sí?

—Tengo que hacerlo. Me siento atrapada entre este hombre, su mundo y mi dolor. Yo solo quiero llorar a Juan en paz.

Las lágrimas brotaron de sus ojos ya sin poderlas contener; se sentía más frágil que nunca. Grace terminó por abrazarla y consolar su pena.

—Cálmate, por favor. Estás tomando una decisión a la ligera, no puedes deshacer así tu

matrimonio. El señor Johansen es un buen esposo, te ve con ojos de amor.

—No. Él es frío, hermético como un maldito libro cerrado.

—Esto no debería tener que decírtelo, solo espero que lo tomes en cuenta y decidas lo correcto; porque tal vez, el día que te arrepientas, pueda ser demasiado tarde. Es verdad que Johansen es callado, serio y algo misterioso, sí, pero no todos somos iguales. Pueden utilizar el tiempo que tienen para conocerse. Tu hermano te adora y es un hombre sensato e inteligente, no te habría dejado en manos de un rufián. Mi esposo es conocedor de la fauna masculina de Londres, y créeme que de inmediato dio el visto bueno cuando Hugo le compartió la idea. Si hubiera algo oscuro en su pasado, mi William lo habría puesto sobre la mesa y alertado a Hugo.

—Entonces, ¿debo lanzarme al vacío en los brazos de un hombre que me llena de intriga?

—Busca la manera de conocerlo, gánate su confianza; quizás así pueda abrir su coraza. Pero hazlo pronto si deseas conservarlo; el señor Johansen no es indiferente para otras damas. Ni siquiera importa que no tenga un título; lo desean.

—¿Me estás queriendo decir que tiene admiradoras?

—Mi esposo me dejó saber que más de un invitado se mostró interesado en incluirlo en sus círculos; él tiene mucho dinero. Los nobles detestan a los burgueses, pero se sienten atraídos por sus arcas. Y sabes que Johansen tiene otros atributos.

—¿Cómo podría afectarme eso?

—Un soltero de su posición es un pez gordo en altamar a quien un padre urgido podría intentar pescar para una hija casadera.

—Si lo dices es porque sabes más. Dime quién.

—¿Para qué? De todas formas, no lo quieres.

—Ya me has despertado la curiosidad.

—Tu esposo te respeta. Eso da igual. No quiero predisponerte contra nadie. Regresa a casa y no echés por la borda esta nueva oportunidad que te da Dios de volver a ser feliz. Mendoza ya no está; nada lo traerá de vuelta, y es lamentable. Pero tú, querida prima, estás viva.

Capítulo 17

Margarita arribó a la mansión y caminó apresurada hasta encerrarse en su cuarto. La doncella la recibió preocupada por las horas de ausencia.

—Gracias a Dios ya está de vuelta. Se acerca la hora en que el señor viene a comer, y moría de la angustia de no poder darle razones de su paradero. ¿La ayudo a cambiarse y ponerse presentable? —No hubo respuesta. Kathy notó que la joven señora estaba distraída—. El mayordomo y el ama de llaves igual desean tener una reunión con usted; desde su llegada no han podido presentarle cómo funciona el manejo de la casa. Solicitan saber si continúan con lo dispuesto o introducen algún cambio.

—¿Qué opina el señor al respecto?

—Ha pedido que sigan, al pie de la letra, las recomendaciones de la dueña de casa.

—Por el momento, que continúen como hasta la fecha.

—¿Quiere decirles en persona?

—No es necesario. ¿Podrías disponer un baño para mí?

—¿Cree que dará el tiempo? La hora de la comida está próxima.

—No pretendo asistir al comedor. Me siento indispuesta.

—Lo digo porque no desayunó.

—Tráigame un té y alguna fruta; será suficiente.

La doncella siguió, al pie de la letra, todas sus recomendaciones y, cuando preparó el baño, Margarita se sumergió en el agua caliente. A falta de flores de azahar, le vertió unas gotas de su perfume de Nerolí; necesitaba refugiarse en un aroma familiar, uno que le hiciera sentirse en casa. Estaba parcialmente cubierta por un ligero camisón que usaba para esos fines. El algodón se transparentaba hacia sus senos y dejaba que se dibujaran sus areolas a través de la tela. Y mientras reposaba envuelta por la calidez de las aguas, sintiendo la piel fresca y relajada, la puerta de su habitación se abrió de golpe. Su esposo se coló dentro con una corriente de aire helado, traía cara de pocos amigos. Se acercó a la bañera, sin importarle disimular su frustración, la tomó por el brazo y la obligó a ponerse de pie.

—¿Qué hace? —manifestó mientras intentaba cubrirse con sus manos. Su camisón se escurría, pero su cuerpo, a pesar de la frialdad, comenzaba a calentarse por dentro. Un dolor desconocido, a la altura del estómago, la sacudió y la puso en alerta.

—Me han avisado que está indispuesta y que no puede acompañarme al comedor.

—Así es —mencionó a duras penas. Sentía una presión extraña alrededor de su garganta. Sus hormonas habían decidido lanzar un coctel de sensaciones que le recorrían por diversas áreas de su anatomía y le hacían notar cuán vulnerable se sentía ante la presencia y la voz de ese hombre.

—Ordené que el carruaje estuviera listo por si alguna florecita caprichosa decidía salirse para siempre de mi vida, pero aquí sigue.

—¿Pretende echarme?

—No tolero los juegos, no tengo paciencia. ¡Sus majaderías se terminan hoy! ¡Elija! ¿Se queda bajo mis términos, o le devuelvo su soltería?

—Eso implicaría que mi dignidad se vea afectada. —A pesar de sus sofocos internos y de sus piernas tambaleantes, su piel estaba completamente erizada y sus dientes comenzaron a castañear por la temperatura de la habitación. Ya no sabía si, además del frío otoñal, el temor a perder el techo y a sufrir todos los males enumerados por su prima también la llenaban de tensión.

—Vístase —pronunció más sereno y la soltó—. La espero en el comedor, señora Johansen. Desde hoy respetará los horarios de la casa y sus obligaciones.

El hombre no pudo evitar llevarse a la nariz la mano con que la había sostenido y oler el dulce aroma. La miró largamente, sin dejar entrever qué le producía tener a la vista las curvas de Margarita, tan solo cubiertas por la ligera camisola.

—Iré en cuanto luzca un atuendo más apropiado.

—¿Se baña usted con ropa?

—¿Acaso no lo hace igual?

—Sería una pérdida de tiempo. Es poco práctico, dificulta el aseo, la hace trabajar de más.

—Es «práctico», sirve para cubrir las partes pudendas cuando un desquiciado osa interrumpir en los aposentos de una dama.

—No creo que esté muy cubierta —mencionó mientras se fijaba en sus atributos, que se realizaban en su silueta mojada. Ella instintivamente tomó una bata de seda para cubrirse—. Mandaré a la doncella para que la ayude. Y recuerde: no volveré a tolerar su retraso.

Margarita suspiró cuando lo vio desaparecer por la puerta. La doncella llegó con prisa y la ayudó a prepararse para acompañar al esposo; tardó más de lo que hubiera querido. La indumentaria femenina llevaba tiempo y esfuerzo para quedar como debía. Cuando llegó al comedor, su esposo la esperaba en la sala previa. Con el gesto adusto, la invitó a pasar a la mesa. Tras invitarla a tomar asiento, se colocó a la cabecera y la miró de reojo mientras el servicio comenzaba su desfile habitual. No compartieron palabras, solo miradas.

Esa noche fue de quietud. El señor no solicitó entrar a sus aposentos y agradeció que tomara distancia. Ella se retiró a dormir temprano y él estuvo hasta medianoche encerrado en su estudio, ocupado de sus asuntos y acompañado de una botella de *brandy* hasta que también se durmió.

Margarita se despertó temprano y apuró a su doncella para llegar puntual al comedor; él estaba allí, como cada mañana. Al final, Jørgen salió a sus obligaciones y ella decidió acercarse al mayordomo y al ama de llaves con la intención de escuchar sus peticiones y de encargarse de sus asuntos; no quería volver a hacer enojar a su esposo. Asumió que ya no tenía lugar para residir más que el espacio que Jørgen Johansen le ofrecía.

—Señor Ripley, mi esposo desea que me ocupe de mis responsabilidades. ¿Sería tan amable de darme un recorrido por la mansión? No puedo determinar qué deseo cambiar o cómo tomar las riendas si me sigo sintiendo una extraña.

—Señora, con muchísimo gusto —le indicó con educación y con el rostro ameno que usaba para dirigirse a la mayoría de las personas. Margarita notó el alivio, bien disimulado, del mayordomo; al parecer, el servicio percibía la tensión en el ambiente, por más que los recién casados se esforzaran por ocultarlo.

Justo cuando iba a comenzar a caminar, uno de los sirvientes se acercó al señor Ripley para entregarle la correspondencia. Era un paquete grueso de cartas, y el rostro de la señora brilló al imaginar que alguna de esas cartas podría ser para ella.

—¡Cuánto correo! ¿Me permite revisarlo? —preguntó entusiasmada. Hacía días no tenía un motivo verdadero para sonreír. Moría por leer unas palabras de su madre, sin importar que se hubiera aliado con Hugo en el pasado.

—Perdone la imprudencia del sirviente; debió esperar a que pudiera atenderlo. Terminando nuestro recorrido, escoraré las cartas y le haré llegar lo que le corresponda.

—¿Me está diciendo que no puedo inspeccionar la correspondencia?

—Será tedioso. Hay documentos de negocios para el señor Johansen que no deben quitarle el aliento.

—Es extraño que lo manden aquí y no a su oficina.

—Allá recibe otro tanto.

—Deme las cartas —insistió estirando la mano—. Deseo saber ahora si mi madre me ha escrito.

—Entienda usted; sigo las órdenes del señor Johansen, y él es muy reservado con sus asuntos.

El recuerdo de la mención de la amante por parte de Jørgen obnubiló su juicio. Le lanzó una mirada incriminatoria al mayordomo, y este sudó frío cuando no le quedó más remedio que entregarle las misivas. Margarita leyó los remitentes uno a uno. Había de diversas partes del mundo y parecían ser lo mencionado por el señor Ripley. Para ella nada. Hubiera disfrutado unas letras de su cuñada María Teresa. Antes de devolverlas al intranquilo mayordomo, una en particular llamó su atención. Venía sin referencias de quién enviaba, solo un sello desconocido; pero, por lo deteriorado del sobre, intuyó que había hecho un largo recorrido.

—¿De quién será esta?

—Eso, mi señora, no lo podremos saber hasta que el señor la abra. No debe ser nada importante.

—De acuerdo, sigamos con lo que nos atañe. La mansión tiene un estilo que no logro definir.

—Sufrió tres remodelaciones y sus dueños le añadieron todos estos ornatos que tiene en la actualidad.

—¿El señor Johansen estuvo a cargo de alguna?

—Él solo le ha dado mantenimiento cada dos o tres años. Modificó cuestiones de cañerías y nada más, pero no añadió ni quitó ningún elemento.

—¿Desde cuándo vive aquí?

—Hace siete años se cansó de su casa en Mayfair y quiso más tranquilidad, sin estar demasiado alejado del puerto para poder manejar sus asuntos.

—Maravilloso —pensó en voz alta. Se hubiera sentido más a gusto en Mayfair que en la mansión de las tinieblas—. ¿Y mi esposo aún conserva esa propiedad?

—Así es, entre tantas otras.

Jørgen tenía treinta y siete años. Sacó cuentas que, desde sus treinta años, se había refugiado en la mansión oscura. Imaginó que a esa edad habría sido excitante vivir en un sitio como aquel, sobre todo para un hombre soltero. Allí podría llevar a sus amantes sin que algún vecino curioso observara de más.

El primer piso tenía innumerables piezas que eran para el uso común. Los que más llamaron su atención fueron el salón de baile, del que pudo indagar que no se había usado desde que Jørgen lo hubo adquirido; el comedor, con su mesa majestuosa e inmensa, así como la amplia biblioteca de enormes estanterías negras, atiborradas de libros colocados por tamaño en perfecta sincronía. Las paredes de la biblioteca eran de un gris muy oscuro. No imaginó cómo aquel sitio podía incentivar la lectura; más bien parecía el lugar de reunión de un culto secreto.

—¿Quién hizo la elección de colores?

—Ya estaba cuando llegamos.

—¿Y le agrada al señor?

—Por eso la eligió entre las otras propiedades que visitó.

—¿Quiénes fueron sus anteriores dueños?

—Gente de la nobleza. No tengo información más allá del último, un marqués muy entrado en años que murió de vejez. Su heredero vendió la propiedad, pues estaba desvinculada del título.

—Cualquiera en su sano juicio habría hecho lo mismo, pero entiendo que mi esposo se sienta muy a gusto aquí.

Lo último a conocer en la planta baja fue el estudio. El señor Ripley indicó a quién pertenecía e intentó continuar de largo.

—¿No abrirá la puerta para mostrármelo?

—El señor Johansen...

—Sé lo que va a decirme: que es hermético con sus cosas. ¿No va aprovechar para dejarle las cartas sobre el escritorio? No se preocupe; sé respetar lo ajeno, no pondré un pie dentro.

El mayordomo aceptó la sugerencia, pero lo hizo temeroso y, mientras se introducía para

dejarle las cartas, Margarita enfiló su mirada hacia dentro. Todo muy sobrio, elegante y oscuro. Muy Jørgen. Pero no insistió en conocerlo; el mayordomo era implacable cuando de cuidar la privacidad del señor Johansen se trataba.

El siguiente piso estaba dividido en dos alas: este y oeste. En la primera, estaban las habitaciones que usaban y muchas otras para invitados, así como salones con uso predeterminado, como otros aún sin uno específico.

—Es enorme. La mansión tiene mucho potencial; imagino por qué mi esposo decidió comprarla. Si lográramos cambiar la decoración y quitáramos todo lo que no permite que la luz se refleje de manera exitosa, tendríamos un recinto de paz. Habría que conseguir a un ebanista que modifique las molduras; son escalofrantes. Y los muebles deberán ser reemplazados por otros más... alegres.

—Como ordene la señora.

—Lo dice con el semblante taciturno.

—No, señora. Su esposo le ha dado carta blanca y me lo ha recalado, así que todo será como usted disponga.

—¿Pero?

—¿Qué insinúa?

—Sé que hay un inconveniente, mas no se atreve a decirlo. Entiendo que, en el código de los mayordomos, está el de jamás contrariar a sus señores. —El hombre sonrió lastimosamente—. ¿Lo pongo en un predicamento porque al complacerme estaría haciendo infeliz al señor Johansen? Usted afirma que dejó su mansión en Mayfair para venir a vivir a este sitio. Si hago los cambios que tengo en mente, la mudanza de residencia de mi esposo sería en vano; terminaría en un lugar idéntico del que quiso escapar.

—Es muy perceptiva, señora Johansen, pero no estaría contrariando al señor. Me ha pedido que modifique lo que usted sugiera. Quiere agradecerle.

Margarita se quedó pensativa, pero no añadió nada al respecto. Continuaron caminando.

—Si insiste, entonces, debemos proseguir. Muéstreme el ala oeste. Quiero saber qué hay hacia allá.

—No le conviene entrar; es la parte más antigua de la mansión y no está habitada.

—¿La tienen abandonada?

—Eso sería difícil. Ya habrá notado que al señor le gusta tener todo ordenado, limpio...

—Y espeluznante —pensó Margarita, que completó la frase y le robó el turno a su oponente.

—Quise decir práctico. Como no le ha encontrado uso a esa área, permanece vacía, pero se le hace la limpieza con la frecuencia requerida.

—Continuemos. Quiero conocerla de todas formas, así podré hacerme una idea de...

—Es una zona restringida —mencionó el mayordomo algo reticente, pero nervioso por no poder complacerla.

—Entiendo. La mansión tiene cantidad de recintos, de cierta forma, «clausurados», al menos

para mi persona. Pero no me daré por vencida.

Margarita se dirigió con paso enérgico al sitio ante la cara impávida del mayordomo. Se detuvieron frente al último espacio del segundo piso que le quedaba por recorrer: el ala oeste. Margarita quedó asombrada al notar que en el amplio pasillo solo había una puerta.

—¿Qué hay aquí? Debe ser un salón grande para que se lleve todo el pabellón.

—Lo es. Está cerrado, se le están haciendo mejoras. Lo verá cuando esté listo.

—De las remodelaciones me encargaré en lo adelante, ordeno que lo abra —emitió mientras se peleaba con el picaporte, que no cedió ante su exigencia.

—Entonces, ¿ya tiene claras las mejoras de las que desea que me encargue, señora? —murmuró el señor Ripley al tiempo que ignoraba la palma de la mano de Margarita, que reclamaba la llave —. Puedo tomar nota mental. Mencionó deshacerse de los muebles y sustituirlos por otros más alegres; imagino que querrá cambiar las cortinas por unas claras y pintar las molduras. ¿Con más luminosas se refiere a blancas o doradas?

—Usted gana pero, en cuanto venga el señor, le exigiré que abra esta puerta para mí.

—Y él, de seguro, la complacerá. ¿Las paredes de qué color las querrá? ¿Un pintoresco tapiz?, ¿con algún motivo especial?

—Aguarde... —Se quedó pensando. La mansión era oscura, pero había cierto encanto romántico en ella que aún no terminaba de entender. A lo mejor, su forma de apreciar la belleza distaba de la usada por Jørgen y la suya no tenía que ser la única o la que prevaleciera—. Olvide mis sugerencias.

—¿Está segura? —preguntó verdaderamente aliviado.

—Por lo pronto, solo cambiaremos las cortinas; ignore todo lo demás. Creo que, si buscamos unas cortinas marrones de intensidad media, con detalles en dorado, podríamos suavizar el ambiente y darle un toque menos... siniestro.

—Como ordene, señora Johansen —dijo sin emitir siquiera un pestañeo ante la palabra que la dama había utilizado para referirse a su propia morada.

—Hay algo en lo que sí haremos cambios.

—Diga —comentó el señor Ripley a punto de ponerse a sudar.

—Para ello debemos acudir a la cocina.

—Como ordene.

Margarita observó al cocinero y a sus ayudantes, que detuvieron su trabajo ante el arribo del señor Ripley y ella. Les pidió que prosiguieran y se dedicó a inspeccionar los suministros, las especias, las estanterías y los materiales.

—¿Ya puede decirme qué desea modificar, señora? —insistió el mayordomo.

—El menú, al menos el que se sirve en el comedor principal. —El cocinero prestó atención al asunto que se trataba—. No quiero cambiar los hábitos de las comidas de los sirvientes si no lo

desean; pero, en el caso de mi esposo y del mío, quisiera que nos deleitaran con los sabores de mi tierra en la medida de lo posible.

—Así será —añadió aliviado. El cocinero también asintió de acuerdo con el reto—. Nuestro personal está muy capacitado.

—Tomaré una mañana para darle las indicaciones sobre las comidas, los desayunos y las cenas que estaremos sirviendo.

—¿Y cuándo vengan invitados? —preguntó el señor Ripley.

—En casos especiales prepararán lo que usualmente sirven, salvo que sea una cena en la que se les convide a los comensales probar otros alimentos. Debemos ajustarnos al protocolo de estos lares; es lo más sabio.

La cara del señor Ripley esbozó una amplia sonrisa; se sentía complacido por los acuerdos tomados por la señora.

—Ahora, si me lo permite, voy a encargarme de dirigir el almuerzo, señora.

—¿No iremos al tercer piso?

—Allí están nuestras habitaciones. ¿Desea conocerlas? No hay mucho que ver.

—¿Están confortables, ventiladas, limpias y con todas las necesidades cubiertas? —El hombre levantó la vista, sorprendido por su interés.

—Sí, señora. Su esposo se preocupa por la comodidad del servicio. Diría que, incluso, estamos mejor atendidos que en la casa de muchos nobles.

—Me alegra saberlo. Me apresuraré para descansar un rato antes que el señor venga para comer.

—Lamento comunicarle que antes de irse me hizo saber que no llegaría hasta la cena. Hoy tenía una cita de negocios importante con el vizconde Summerfield; iban a almorzar en un restaurante.

—¡Oh! —dijo avergonzada por ser la última en enterarse. Aunque entendía que la comunicación entre ellos no fluía con naturalidad, detestó tener que saberlo por la servidumbre—. Puede que me lo haya comentado, pero yo estaba tan entusiasmada con recorrer la mansión que debo haberlo olvidado.

—Seguramente.

—En ese caso, tomaré mis alimentos en mis aposentos.

—Si me permite sorprenderla, por favor, sígame. Hay un sitio que aún no le he mostrado, pero creo que le encantará.

Subieron por la escalera lúgubre, que serpenteaba por los tres pisos de la vivienda, e hicieron un alto en el dos. Tomaron un corredor inmenso con cuadros de paisajes de tierras lejanas, nocturnos, de mar embravecido, y caminaron hasta llegar al lugar.

—¿El ala oeste que, según usted, estaba clausurada por mejoras? —inquirió Margarita.

—El señor Johansen me pidió que la hiciera de emoción y que la reservara para el final. ¿Cree

que me esforcé lo suficiente?

—No debería seguir al pie de la letra las indicaciones extrañas de su señor.

—Es mi trabajo.

Margarita se dejó conducir por el pasillo hasta que dos enormes puertas fueron abiertas de par en par. Dentro el espacio era rectangular y muy amplio; cabrían unas cinco habitaciones. Las paredes tenían un tapiz color palo de rosa, con detalles muy tenues en oro viejo; todas las molduras eran blancas, con suaves líneas curvadas en el mismo color dorado usado para los motivos de las paredes. No había asomo de caprichosas esculturas por ninguna parte más que un par de ángeles que escoltaban unos estantes, donde alguien había colocado todos los libros que ella había traído. Las ventanas abarcaban casi toda la pared que daba al jardín, eran de idéntico color al de las molduras. Venían vestidas por un juego de dos capas de cortinas, donde la principal era de un marrón muy sutil, con pequeñas margaritas blancas a relieve; la interior era translúcida, lo que le permitía atrapar la escasa luminosidad de esa época del año. Margarita suspiró al imaginar aquel sitio en primavera o verano.

En una esquina había un piano de madera muy clara, de líneas rectas y limpias. Los muebles eran de un tono similar al de las cortinas; había sillones para recostarse a leer cerca de las ventanas, una mesa coqueta para tomar el té con unas amigas.

—¿Luminoso? —preguntó el señor Ripley y, hasta que volvió a escuchar su voz, recordó su presencia.

—¿Qué es este sitio?

—Su esposo quiso regalarle el ala oeste. Es el salón más amplio de todos —explicó mientras le entregaba la llave.

—Es enorme.

—Quiso que gozara de cierta intimidad. Me recalcó que le recordara que toda la mansión es suya, pero quería tener un detalle especial.

—¿Qué uso tenía en el pasado?

—Era para esparcimiento de la familia anterior. El señor Johansen nunca encontró qué utilidad conferirle hasta conocerla y decidir que era perfecto para usted.

—¿En qué momento lo prepararon? No vi nada.

—Fue hace alrededor de un mes, en cuanto fijaron el compromiso.

—¿Por qué tardó tanto en entregármelo? —El mayordomo se alzó de hombros; por supuesto que ella sabía. El matrimonio no había tenido un comienzo feliz y por eso, tal vez, Jørgen había aplazado mostrarle el lugar—. ¿Cuándo trajeron los libros?

—Ese sí es mi mérito. Le pedí a Kathy que los trasladara mientras inspeccionábamos el piso inferior.

—Admirable.

—Pase y recórralo a su gusto. Pediré que le enciendan el fuego y le sirvan el almuerzo aquí, así podrá estrenar su nuevo salón particular. Tome —dijo y sacó, de un bolsillo de su frac, un papel

doblado por la mitad. Le permitió conocer el lugar y la dejó sin poder moverse ni salirse de asombro.

Margarita llevó el papel a su nariz e inspiró el aroma de Jørgen; aún conmovida, se decía que había sido muy dura con él. «No tiene la culpa de lo sucedido a Mendoza; no puedo seguir haciéndole pagar por mis errores y los de mi hermano», pensó. Abrió el papel y leyó:

Otra razón para que te quedes.

Jørg

—Jørg, Jørg... —repetió e inspiró fuerte para saborear aquella forma de nombrarlo, con la que él se reconocía, al parecer. Así lo llamaban su tutor y lady Genevieve Bradbury.

Algo inexistente dentro de su estómago dio saltos, y unos calores extraños la invadieron. El hambre desapareció. Solo tomó una taza de té; nada más le apetecía. Retiraron el servicio intacto. Intentó tumbarse en un sillón a releer uno de los libros, pero no podía concentrarse; todavía pensaba en las palabras que venían escritas en el papel. Volvió a olerlo y tuvo que cerrar los ojos; el tono grave de la voz de su esposo se coló, una vez más, en su mente y sintió un escalofrío recorrerle el cuerpo, como si aquel sonido lograra calarle tan profundo como nada jamás lo había logrado.

Bajó a prepararse para la cena y a contar los minutos en que él apareciera. Quería verlo para estudiar cómo reaccionaba su cuerpo, quería evaluarse a sí misma cuando lo tuviera cerca. Esta vez ella llegó antes a la sala previa al comedor. Él se mostró complacido, pero no lo demostró; al menos abrió la boca para decir algo.

—¿Le desagradan los alimentos?

—No —se limitó a contestar Margarita.

—Puede hablar con confianza. Me dijeron que no comió en el almuerzo y me han informado que su dieta es limitada.

—¿Indaga acerca de lo como?

—Quiero que esté bien atendida, pregunto sobre cualquier situación que pudiera estar afectándola.

—La carne. —Hizo una pausa, no quería ser descortés—. No es mi favorita, menos cuando no disimulan su sabor con ciertas especias que logran confundir al paladar.

—Puede disponer que la preparen diferente desde mañana mismo.

—Me tomé el atrevimiento de hacerlo. Le pedí al señor Ripley que me permitiera supervisar la cocción de los alimentos hasta que se ajusten a mis costumbres.

—Me parece bien, quiero que se sienta en su casa. Si hay algo que pueda realizar para que se sienta a gusto, solo tiene que decirlo.

—Gracias...

—¿Y ahora?

—Por el salón para mi uso exclusivo.

—No tiene que agradecer; es lo mínimo que puedo hacer por mi esposa. Cuando supe que íbamos a casarnos, supuse que se iba a sentir agobiada con la decoración de nuestra morada; quise preparar un sitio más acorde a su estilo.

—¿Me ve rosa, blanco y oro? ¿Así me interpreta?

—El mérito no es del todo mío; es del señor Ripley. Yo le describí cómo era usted y él dedujo qué le agradaría.

—¿Qué le dijo sobre mí?

—Que era dulce, alegre, familiar, con un buen corazón; que le gustaba reír con sus amigas y convivir con ellas; que era una lectora empedernida de novelas románticas, pero que también amaba las discusiones sobre geografía y política. Que los Morell tenían talento para tocar el piano; su hermano me lo había repetido en varias ocasiones, y supuse que usted estaba incluida, aunque fue toda una sorpresa descubrir cuán talentosa es. Y que disfrutaba hablar más de lo esperado para una señorita.

—¿Aún piensa lo mismo?

—En parte, pero también he aprendido que el matrimonio no es solo miel.

Ella asintió aliviada, al menos no tendría que padecer las comidas y tendría su salón propio para descansar en un entorno que le resultara menos abrumador. Tal vez recorrería, al día siguiente, la morada y le tomaría palabra de nuevo; quizás haría cambios, pero aún no estaba segura. Él se mostró complacido; sus ojos esbozaron una sonrisa mientras engullía educadamente un succulento trocito de verdura.

Ese pequeño avance, a favor de la comunicación de los recién casados, hizo que se encendiera la esperanza en el rostro de los sirvientes más cercanos a los señores, los que no se atrevieron a demostrarlo, pero sintieron alivio. La casa se había vuelto un terreno de guerra tras el abrupto matrimonio y la llegada de la señora Johansen. Posiblemente el esposo, también, creyó que iban por buen camino.

Capítulo 18

Esa noche Jørgen respiró aliviado. Su esposa había dejado de luchar y su decisión le devolvía la paz mental. Jamás había tenido intenciones de dejarla ir, aunque por momentos ganas no le faltaron. Sucedió que, si él dejaba que Margarita se marchase y se llevase por delante el honor de la familia Morell, se lesionaría —de forma irrevocable— su amistad con Hugo, y era lo que menos podía permitir. En verdad lo apreciaba. Concluía que había sido un error desposar a su hermana, puesto que la relación de ambos podía verse afectada si los lazos entre Margarita y él se desataban.

Se preparó para salir y la dejó privarse de su presencia aquella noche. No quería atosigarla; era más sano permitirle respirar. Le envió razones con su doncella sobre su salida nocturna. Se fue a un club de élite donde se había citado con el duque de San Sebastián y el duque de Whitestone. También le servía para relajarse, beber y jugar un poco; conversar con sus amigos, y comprobar que ambos estaban perdidamente enamorados de sus esposas.

—¿Echas de menos a la duquesa, estimado amigo? —le dijo Jørgen a Hugo—. Ya puedes volver a tus tierras; tu hermana estará bien cuidada.

El duque de San Sebastián lo miró a los ojos, le palmeó el hombro, intentando dejarse convencer, mientras jugaba con el cristal de su copa.

—¿Cómo les va en el matrimonio? Imagino que Margarita aún echa de menos sus costumbres.

—Estaremos bien —concluyó.

—Señor Johansen, tal vez debió pensar a quién tomar por cuñado; compartimos a uno, de cierta forma, un poco intenso —agregó el duque de Whitestone.

Los tres caballeros rieron con camaradería.

—¿Finalmente tuviste la cita con el vizconde Summerfield? —preguntó Hugo.

—Hemos hablado, tal vez firmemos un acuerdo. Seguimos en conversaciones.

—Te conviene esa alianza —intervino el duque de Whitestone—; es un reconocido ingeniero y tiene buenas conexiones en la Royal Navy. ¿Y el conde Bridgewater? Lo noté muy interesado en tu persona.

—Quería proponerme una sociedad, vio que mi negocio es próspero y pensó aportar dinero y apellido para continuar expandiéndolo.

—El conde tiene buen olfato para saber dónde invertir; de seguro vio tu empresa como su nueva

oportunidad, su nueva gallina de los huevos de oro. Solo cuídate de la condesa —le dijo el duque de Whitestone al tiempo que levantaba la copa en su dirección.

—¿Por qué lo dice, su excelencia?

—No suelo andar con rumores y, menos, cotilleos de damas. Es delicado; lo diré muy bajo y solo una vez —aclaró Whitestone—. Si usted vuelve a preguntarme, lo negaré por completo. Los condes tienen acuerdos íntimos algo escandalosos. Por supuesto que lo esconden detrás de la fachada de puritanos, pero no todo es lo que parece. Él suele ser muy complaciente con los caprichos de lady Morgan y viceversa.

Hugo se puso alerta; tampoco le hacía gracia que su cuñado se metiera en esos asuntos, no quería que Margarita sufriera. Miró fijamente a Jørgen para ver qué tenía que decir al respecto.

—¿Debería escandalizarme? —contestó el señor Johansen.

—Le sugiero mantenerse alejado, o terminará enredado en una telaraña de la que será difícil escapar cuando se canse. La dama es tan bella como peligrosa y su esposo tiene debilidad por complacerla.

—Entonces, debo agradecer a mi instinto —reveló Jørgen—. No acepté el trato. Está bien para mí asociarme en otras empresas que parezcan prometedoras, pero mi constructora de barcos es sagrada. Jamás cedería acciones, ni una milésima de su propiedad que amenace mi control sobre las decisiones.

—Pues tiene buen criterio —lo felicitó William, el duque de Whitestone.

Hugo carraspeó. No había emitido palabra sobre el tema, pero seguía alerta.

—Le aseguro que lady Morgan no se mencionó para nada; no tenía nada que ver con el trato que me ofreció —continuó Jørgen.

—Estoy seguro de que tiene que ver. La conozco demasiado y he aprendido a interpretar su mirada —arremetió Whitestone, quien solo perseguía el fin de prevenirlo. Conocía muy bien a la condesa y el señor Johansen le agradaba, por eso intentaba apartarlo de sus garras.

—Pues espero, Jørg, que te mantengas muy lejos de esa fría y perversa dama —arremetió Hugo—. No te entregué a mi flor para que la hagas desdichada. Deberías, mejor, llevarla de viaje, tal vez a tu tierra.

—Ahora mis negocios no me permiten viajar y el clima, en esa parte del mundo, es muy frío para estas épocas, más para el cercano invierno. Nuestra flor no tolera las bajas temperaturas.

—Te exijo que la hagas feliz —dijo Hugo y se puso serio—. ¿O estás arrepentido?

—Te lo he prometido, cálmate. ¿A qué viene esa desconfianza?

—Te brillaron los ojos cuando Whitestone dio a entender que, tal vez, le interesas a esa péfida mujer —le reclamó el duque de San Sebastián.

—¡No! Es una señora muy bella, pero no, es casada. Sabes que odio los escándalos —dijo Jørgen.

—Ya insinuó Whitestone que el esposo es permisivo. Imagino lo que también la dama tendrá que aguantar para que mantengan tan sórdido acuerdo.

—¡Por Dios, sean discretos! Dije que no se hable más del asunto —pidió el duque de Whitestone.

—¡No me falles! —presionó Hugo al cuñado.

—Confía en mí.

Jørgen rio como casi nunca lo hacía. Su cuñado lo miraba con suspicacia; al menos alguien lo celaba. Se llenó de ansias y deseó que su matrimonio mejorara. Departieron toda la noche y los tragos fueron aflojando sus duros temples de varones forjados bajo las más estrictas reglas del honor. Se rieron, al final, de lo que por un instante los había hecho enojar y bromearon al respecto.

Jørgen tomó su carruaje muy tarde de regreso al hogar. Tras arribar a altas horas de la madrugada, no quiso despertar a su esposa. Decidió que, para quien ya había esperado, otro día no significaba mayor esfuerzo. Se dejó caer en su cama y durmió como un recién nacido.

A la tarde siguiente, le agradó saber que Margarita realizaba sus ocupaciones de esposa. Observó que se desempeñaba sobradamente bien en la mansión. También notó su puntualidad a las horas de las comidas y lo sorprendió en la cena con un manjar de su tierra que terminó por lucir apetitoso. Lo probó intrigado y ella lo observó mientras lo degustaba.

—¿Le gusta el sabor? —Aquella pregunta, más allá de lo poco que habían compartido, como un saludo ocasional, ayudó a que los alimentos que consideraba exóticos le supieran a gloria.

—Delicioso. Tengo que reconocer que tu presencia en mi casa es beneficiosa.

—Le agradezco —murmuró con una tímida sonrisa.

—Anoche compartí con su hermano; le envía saludos.

—¿Ya tiene fecha de su regreso a España?

—No partirá hasta que se cerciore de que usted está bien. Será bueno que se lo haga saber cuando nos visite; si lo considera, por supuesto. Mi estimado amigo ya echa de menos a su esposa y a sus hijos.

—Lo tendré en cuenta.

Tal vez esas palabras de más hicieron que Jørgen creyera que el entendimiento hogareño se iba a trasladar a la intimidad. Por lo que, cuando esa noche notó que la puerta que había entre ambas habitaciones estaba herméticamente cerrada, hizo un gesto de enfado. Acudió a la principal y también permanecía con llave.

Llamó desde la puerta que unía los aposentos para no quedar en ridículo delante de la servidumbre.

—Esposa mía, ábreme. —No hubo respuesta, ni siquiera el más leve sonido que confirmara que había vida del otro lado. Pegó la frente contra la fría madera, respiró hondo para contenerse; en verdad deseaba golpear y descargar, a través de sus puños, toda su frustración. Respiró hondo e insistió—: Debemos hablar.

Nada, el más absoluto silencio. No quiso seguir humillándose. Se retiró a dormir de mala gana,

con el ánimo turbado y la necesidad latente de una mujer en su cama. Ahuecó varias veces la almohada, batalló con las mantas y terminó por ser devorado por el insomnio sin comprender por qué no corría a desfogarse con una de sus amantes de turno, las que siempre lo recibían con aceptación, lujuria y pasión. Tenía urgencia de una dama, pero se le antojaba la belleza de cabello oscuro y labios rojos ardientes que, tras una máscara de recato, le negaba los placeres a los que tenía derecho como marido. Varias veces abandonó la cama para pegar el oído a la madera que los dividía e intentar develar los secretos de la intimidad de su esposa, que le eran negados. El rechazo y el cansancio terminaron por recrudecer su humor.

Al otro día, por no pisotear él mismo su honor, no reclamó nada; pero su trato fue hosco y su talante, huraño. Margarita se mostró solícita y cumplió con sus obligaciones cotidianas con más soltura, pero en la noche volvió a negarle el paso a su alcoba.

Jørgen partió a sus obligaciones a la siguiente mañana, llegó a una edificación cercana al puerto de Londres. Aquel sitio se había convertido en su centro de operaciones y era donde se cerraban los tratos más jugosos con los dueños de algunas compañías trasatlánticas de todo el mundo. Así había conocido a Hugo. Primero, por los buques que su cuñado, en nombre del difunto marqués de Morell de Santa Ana, encargaba para la naviera que tenía con otros socios; luego, surgió el interés de Jørgen por el tabaco Morell, uno de los más cotizados en Europa. De ahí los lazos se fueron estrechando cuando cada uno quiso conocer más de la cultura del otro, y terminaron siendo amigos que no solo se limitaban a los momentos en que podían encontrarse para dar continuidad a sus negocios. Comenzaron a compartir una vasta correspondencia que intentaba poner al uno y al otro al tanto de las noticias de su parte del mundo —lo que versaba sobre economía, política, inversiones, leyes aduanales y la inclinación por el progreso que ambos poseían—, para luego profundizar en sus personas, sus familias y otros intereses.

El edificio era de color marrón desgastado y tenía varios pisos con departamentos, donde se trataban diferentes asuntos sobre su constructora en Inglaterra y sobre la otra en Noruega. Entre ellos, los permisos de construcción, de exportación e importación; la adquisición de piezas; los proyectos de los diseñadores, y los presupuestos. En la sala de reuniones, así como los despachos de Jørg y de Mattson eran los más espaciosos y confortables, el lujo podía palpase. El primero tenía un ostentoso escritorio laqueado de grandes dimensiones, cuyas gavetas tenían la documentación más importante guardada y clasificada según el rubro. A la derecha de la silla de Jørgen, había un enorme aparador con réplicas, en menor escala, de todos los modelos que habían construido desde sus inicios; de cada uno se sentía particularmente orgulloso. A la izquierda, un amplio y translúcido ventanal que le permitía observar un extremo de la actividad portuaria. Acostumbraba, en sus momentos de tensión, mirar las embarcaciones menores o mayores que se acercaban o las que se perdían en su horizonte.

Mattson acudió ante su llamado. Le había enviado, con uno de sus secretarios, un aviso para

que acudiera a su oficina.

—Ya ha llegado, justo a tiempo. ¿Trajo los documentos que debo firmar?

—Aquí están, Jørg. Supuse que para eso me hiciste venir. Quiero que le prestes especial interés a la cláusula décimo tercera del contrato con la compañía de los hermanos Bowen, en la que pretendes invertir tu dinero.

—No solo pretendo, lo haré. La producción de lingotes de acero crecerá con los años; ese metal es cada vez más necesario, empezando por los barcos.

—¿No temes arriesgar tan importante suma?

—No. La recuperaré —admitió y firmó de una vez, tras releer la cláusula sugerida por el señor Mattson.

—Me pregunto a quién habrás salido tan visionario y tan arriesgado. —Jørgen levantó la cara del papel y le lanzó una mirada irreverente que valía más que mil palabras—. También es necesario que presentes una fecha para analizar la propuesta que te ha hecho el vizconde Summerfield. ¿Estás interesado en estrechar lazos comerciales con él?

—Podría ser. Sus diseños son asombrosos y sus ideas de revolucionar las máquinas de vapor me recuerdan a las mías. Últimamente me he concentrado tanto en cumplir con los pedidos tradicionales que he olvidado innovar, y ese fue nuestro sello característico los primeros quince años en los que llevamos en este mercado.

—Estoy de acuerdo. Debemos contratar a un nuevo diseñador; no puedes dedicarte a eso por más que te apasione. Dirigir la compañía es tu prioridad; Five Oceans te necesita a la cabeza todo el tiempo. El vizconde también es un hombre ocupado. Tal vez deberíamos unir las ideas de ambos y contratar a un ingeniero nuevo, con bríos y visión del progreso, para asignarle la tarea de diseñar. ¿Qué dices?

Jørgen dejó el dibujo de la idea del nuevo motor —que no sería propulsado por vapor— que estaba realizando y se lo quedó mirando a su tutor, el que lo había educado desde su niñez y había llegado a su vida para no irse jamás.

—Tal vez tenga razón, aunque quisiera multiplicarme por dos para estar al frente de la compañía y poder tener el tiempo que quisiera para explotar mi lado creativo.

—Tu lado creativo, tu avidez para los negocios y tu perseverancia te hicieron crecer y ganarte un lugar en un mercado al que solo podían acceder personas muy ricas.

—Tampoco es como si hubiese empezado sin un centavo; el dinero que tuve en mis manos para arrancar me ayudó.

—Era tu dinero; no te reproches por haberlo recibido. Eras joven y necesitabas labrarte un destino. Tus ideas eran magníficas y requerían ser patrocinadas. Agradécele a la providencia.

—Y a usted y a lady Genevieve Bradbury, que me otorgaron el primer préstamo. Hicimos una gran alianza, aunque a veces habría preferido tener una vida normal.

—¿Y consideras que la tuya no lo fue?

—Sabe que detesto hablar del pasado, pero al parecer siempre me persigue y termina por

encontrarme en el siguiente recodo. Mire, me ha llegado una carta sin remitente de Noruega.

—Supones que es de...

—Aprendí a distinguir su letra; memoricé cada rasgo, cada línea. Además, siempre usa el mismo sello.

—Debes abrirla.

—Lo sé, pero no hoy.

—Las noticias podrían ser urgentes. Llevas aplazándolo demasiados años.

—Detesto que envíe señales siempre que estoy en un momento crucial de cambios trascendentales.

—No puedes renegar de ella.

—¿En serio? Lo hizo conmigo. Tal vez debería volver a cambiar de residencia.

—Te encontrará, Jørg. Eres un hombre importante y no puedes esconderte. Lo intentaste cuando abandonaste tu mansión en Mayfair y te ocultaste en Hidden House. Debes enfrentar esa situación; más ahora, que estás casado.

El señor Mattson miró de reojo a Jørgen. El escandinavo, primero, había sido su tutor durante su niñez y su adolescencia, pero cada vez tuvo un rol más importante en su vida; por eso no se habían separado jamás. Terminó por convertirse en su mano derecha en sus negocios, y los lazos se estrecharon entre ambos, como entre un padre y un hijo.

—¿Hay algo más que te inquiete o es la carta? No eres muy risueño, pero hoy estás más esquivo que de costumbre.

—Es mi esposa. Creo que fue un error casarme, estaba mejor solo.

—La señora Johansen es encantadora.

—No cuando estamos a solas.

—Tal vez necesitan tiempo. No te arrepientas; fue una acertada decisión. El matrimonio es bueno para ti; eras un solitario empedernido. Te urgía la compañía de una mujer y debes tener herederos a los que dejarles el imperio que has construido.

—Lo dice usted —siseó—, quien jamás se amarró a las faldas de una dama.

—Yo no podía. Mi prioridad era cuidarte.

—¿Por qué? ¿Por qué sacrificó su juventud por un niño que no le pertenecía?

—Ya te lo he dicho varias veces. Era mi trabajo, mi responsabilidad; después, te tomé afecto.

—Usted dormirá a otro con ese cuento. Ya estoy lo bastante crecido para que se quite esa máscara frente a mis ojos. Sé que amó profundamente a una mujer, lo que todavía no pillo es por qué no se le propuso y terminó solo.

—La vida es complicada y tiene demasiadas aristas, pero ya debes saberlo.

Capítulo 19

Tres noches después ya no se humilló frente a la puerta de Margarita, que actuaba como una hacendosa esposa en el día y desaparecía en las noches pasando cerrojo y negándole la palabra. Podía haberla encarado en la mañana y enfrentarla, pero su orgullo no se lo permitió. Mientras el patrón se volvía repetitivo, él comprendió —exacerbado y lleno de resentimiento— que ella le negaría la consumación carnal a la que tenía derecho. Podía exigirle cumplir con sus deberes de esposa, pero no quiso morder el polvo. No era un hombre que se postraba a los pies de una mujer. Ella se negó, en lo sucesivo, a abrir las puertas de su habitación, y eso crispó sus ánimos.

Jørgen se dejó arrastrar al lado más oscuro de su alma. Llegada la hora de dormir, se dispuso a salir. Sin recurrir a su ayuda de cámara, Olson, se puso uno de sus trajes negros más elegantes, se perfumó con sus pomadas y sus afeites y, tras quedar conforme con la apariencia que le devolvió el espejo, pidió su carruaje. No le importó que ella descubriera que se había escabullido en la oscuridad de la noche; en realidad hizo todo el ruido posible para que lo notara, quería humillarla del mismo modo que ella lo hacía cada noche con él.

Su carruaje se detuvo en una residencia que tenía para sus asuntos, relativamente cercana al parque de Greenwich. Era discreta a pesar de estar en un sector habitado. Prefería tener esa residencia para sus encuentros; nadie sabía que le pertenecía, de tal forma que no se lo relacionara con el caballero misterioso que se introducía cuando todos dormían. La sociedad londinense era muy moralista y llena de prejuicios; él se sentía por encima de estos, pero trataba de mantener las apariencias para fingir que acataba las reglas del juego. Era útil para su prestigio. Él solía colarse pasada la medianoche, con el sombrero clavado casi hasta los ojos y con su capa negra bien puesta. Lo atendían su ama de llaves y un sirviente, suficiente para un sitio que solo frecuentaba algunas noches y en el que no solía amanecer. El servicio era discreto y casi no los veía.

El aviso para la persona con quien compartiría un rato de desasosiego ya lo había enviado. Por un instante recordó a Hugo, quien todavía estaba en Londres y quien de seguro vería aquel acto como reprobatorio, pero no le importó; estaba muy herido, vulnerable y con la testosterona con niveles exacerbados en su cuerpo. Ni siquiera pensó; se dejó llevar por el impulso, algo que no correspondía con su forma de ser.

Se introdujo por la puerta de servicio, como era su costumbre, dejó la capa y el sombrero en un

gancho para esos efectos cercano a la puerta. Subió directo al dormitorio y se dejó caer en un sillón próximo a la hoguera, que ya estaba encendida. Observó sobre la mesa una botella de vino, copas y otros aperitivos que habían dejado para él.

La dama apareció un rato después. El ama de llaves le abrió la puerta y continuó adelante, ya conocía el camino. Jørgen se puso de pie al contemplarla; era elegante, una baronesa, rubia de ojos azules con quien había sostenido un romance intermitente desde hacía cinco años atrás. Al principio había sido difícil. Ella había estado muy necesitada de afecto y se había enamorado demasiado rápido; él se había desconcertado por las exageradas muestras de afecto de Felicity, cuando solo pretendía una aventura amorosa. Para él las reglas del juego estaban claras; era una mujer casada. Tuvieron un comienzo tormentoso; ella quería dejarlo todo por él.

Su esposo, con quien la habían casado en contra de su voluntad, era un octogenario que solo había podido brindarle sus afectos en el lecho durante los primeros diez años de matrimonio. Con el pasar de los años, el barón se hartó de su cuerpo y, tiempo después, su virilidad ya no le respondía. Se habían casado ella con diecisiete y él con más de cincuenta. Para el momento en que había conocido a Johansen, era una mujer relativamente joven, con ganas de vivir, pero casada con un anciano.

Jørgen había tenido que comprender la necesidad de Felicity de escapar de su terrible vida y, tras un año de encuentros muy ardientes, ella había ido aceptando su realidad. Estaba casada, tenía hijos —a los que no estaba dispuesta a renunciar— y solo le quedaban algunos jueves al mes para dar rienda suelta a su lado pasional como mujer. Él no había salido huyendo, la había conocido mejor y, tras mucho conversar y explorar sus ardientes cuerpos, habían ido estableciendo un acuerdo tácito de la relación que tendrían. Cada uno había aceptado la parte que le tocaba.

—Hola —murmuró ella en cuanto lo vio—, pensé que no me llamarías nunca más. Supe de tu boda, me sorprendió demasiado; jamás mencionaste algo sobre tu compromiso.

—Sabíamos que, tarde o temprano, ocurriría.

—No necesariamente. Yo estoy cada vez más cerca de obtener mi libertad y tú te amarras a una mujer. Ahora sí que mis esperanzas han muerto. Nunca podremos estar juntos a la luz del día.

—Ya tengo treinta siete años, también tengo que hacer mi vida y tener hijos. Tu esposo todavía puede vivir muchos años.

—Y espero que así sea. No le deseo ningún mal, aunque mi vida matrimonial sea un suplicio.

—Lo siento.

—Sé que no es tu culpa; mi padre no me dio la voluntad de escoger. Tal vez debí oponerme con más fuerza.

—No te reproches; esta sociedad es muy injusta con las mujeres.

—Y tú me has tratado bien, con respeto; me he sentido querida. Lamento que tenga que terminar.

—¿Por qué quieres dejarme?

—Estás casado.

—Tú también.

—Es diferente. Tu esposa es joven y bonita; ya me llegaron los rumores.

—No me abandones; te necesito.

—¡Jørg! —exclamó con un tono maternal y se le acercó para acariciarle el rostro; él tuvo que bajar a su altura.

La tomó de la cintura y, antes de llegar a sus labios, le suplicó:

—Bésame.

—¿Qué haces aquí reclamando mis besos? ¿No deberías estar disfrutando de tu nueva mujer? Los recién casados suelen pasarse días enteros encerrados en su habitación, más cuando son jóvenes y vigorosos.

—Tiene veinticinco años.

—Es buena edad para tener descendencia. —Las lágrimas de ella se desbordaron por sus pálidas mejillas—. La que yo jamás te daré. ¡Dios sabe cuánto deseé tener a tus hijos y cuánto soñé un futuro para nosotros!

—¡Oh, Felicity! No añadas más dolor a mi corazón. Sé que no te he merecido.

La abrazó con fuerzas, intentando enterrar su cabeza contra el hueco de su cuello. Ella no se lo permitió, le levantó la barbilla y lo miró a los ojos, brillantes por una leve humedad. Lo conocía y, aunque solía ser hermético, en aquellas cuatro paredes, se permitía sentir.

—¿No eres feliz?

—Al parecer, el matrimonio no es el sendero cubierto de flores del que todos hablan; el mío es un camino repleto de espinas —reveló y estiró sus manos para tomar sus dedos y entrelazarlos con los suyos.

—¡No es fácil coordinarse con otra persona para formar una pareja! Pero ustedes son jóvenes, de buena apariencia; deberían estar disfrutando de las mieles del comienzo. Reconozco que el primer año es el más complicado pero, si estuvieran realmente entusiasmados, no deberían tener conflictos tan pronto. ¿Has sido cuidadoso?

—¿A qué te refieres?

—Sé que no hablas del pasado, pero ¿has estado antes con una virgen? —Él asintió—. Pues a eso me refiero; para la chica puede ser doloroso e incómodo. Debes ser muy delicado; no creo que te falten dotes para hacerla sentir en confianza. Eres un amante excelente —suspiró de desdicha al recordarlo. No quería perderlo.

—Nuestro matrimonio no se ha consumado. Sigue siendo virgen, se resiste.

—Tendrá miedo; haces bien en no presionarla. Sé gentil y tenle paciencia.

—No es eso. Se casó por compromiso. Nos atraparon en una situación comprometedor, una que yo propicié, pero ella era totalmente inocente. En realidad, fue un malentendido, una confusión, y nos pillaron en el instante menos oportuno.

—¿Qué hiciste?

—La tomé en mis brazos, la elevé y acerqué mis labios a los suyos, pero no nos besamos. Se estaba comportando como un demonio conmigo; cuando se lo propone, suele ser muy irritante.

Solo quería averiguar si temblaba ante mi cercanía.

—Eso no estuvo nada bien. No sé cómo tengo la sangre fría para escucharte. ¿Acaso no ves que me pones celosa?

—No deberías. Ella no me quiere. Solo soy otro marido más, como el tuyo, cuya esposa jamás sentirá placer entre sus brazos. ¿Crees que sea un castigo por robarte de la cama del barón?

—¿Y ahora te has vuelto religioso? Hasta donde sé, eres en secreto ateo.

—No, sí creo en Dios, lo que no tolero son los ritos religiosos y los prejuicios a expensas de la religión mal aplicada.

—Como digas. No te angusties. Esa chica tendría que estar ciega para no descubrir la maravillosa luz que hay dentro de tu corazón.

—¿Luz? Solo tú puedes verla. Mi alma vive en penumbras, en una eterna oscuridad. Ya no hablemos; solo bésame.

—No lo sé, Jørg. Tu situación ha cambiado y yo necesito proteger mis sentimientos. Ya no puedo seguir, no así. Debemos parar. Solo vine para que habláramos; incluso, pensé que sería nuestro último encuentro, creí que me ibas a dejar para siempre.

—No me abandones tú también, Felicity.

—Ella es mujer, igual que yo. He sido muy infeliz por la traición de mi esposo: no puedo lastimarla de la misma forma en que me han lastimado.

—Pero ella no es mi mujer, sigue incorrupta.

—¿Y qué harás?

—No lo sé. Ella quería que consiguiera la anulación... —El rostro de Felicity se llenó de esperanzas ante la mención a ese hecho—. Pero, luego, cambió de opinión y se comporta como la esposa más complaciente, hasta que llega la noche y cierra las malditas puertas de su habitación y me deja durmiendo solo en un lecho frío y necesitado de calor.

—¿Estarías dispuesto a devolverla?

—Es la hermana de mi mejor amigo. Le haría un daño a su familia y él no me lo perdonaría.

—No te pregunté eso. ¿Serías capaz de olvidarla?

No le respondió, no pudo. El silencio le caló hondo a la baronesa. Tomó aire y, tras admirarlo convencida del amor que le profesaba, comenzó a quitarse su vestido. Sabía que lo había perdido, que solo lo tendría mientras limara asperezas con su nueva esposa, y quiso despedirse, llenarse de sus besos y sus caricias por última vez. Porque, después de tenerlo, estaba convencida de que, aunque el alma le quedara en vilo, no acudiría a su llamado nunca más.

Se besaron con premura, la que él necesitaba, y ambos comenzaron a deshacerse de sus vestiduras desesperadamente. Jørgen necesitaba una mujer, una que tuviera la suficiente ternura para recibirlo en sus brazos y calmar el apetito sexual que lo desbordaba, que se había encendido y reprimido cada vez que su flor le había negado la consumación de su casamiento. A la par que el deseo iba inundando su cuerpo como olas que lo arrasaban, la imagen de los labios rojos de Margarita se apoderó de su mente; luego, sus brillantes ojos negros; la cadencia de su melena, que

había logrado trenzar; sus turgentes senos oprimidos dentro del corsé, su voz.

—Jørg, ¿qué sucede? Estás como ausente. —Él volvió al dulce rostro de Felicity y lo tomó en sus manos para contemplar cuán bello era y recordar por qué la había elegido—. ¿Qué sucede?

Él comprendió que no quería besar otros labios ni estrechar otro cuerpo ni recorrer otra piel que no fuera la de su esposa.

—Perdóname, no puedo —brotó de su garganta como un agudo lamento.

La había hecho arriesgarse para encontrarse con él a solas. Si la descubrían, su honor quedaría por los suelos, y corría peligro de perder su techo y sus hijos. Le pesaba haberla sacado de la protección de su hogar para ni siquiera poder hacerla suya.

Felicity lo llevó hasta la cama, se sentaron en el borde, lo abrazó con fuerza, le acarició la frente y no pudo evitar besarle los labios por última vez.

—Es hora de que vayas a casa; yo regresaré con los míos —le dijo mirándolo a los ojos.

—Si algún día necesitas de mi ayuda, para lo que sea, no dudes en buscarme.

—Conquistala. Si la adoras, consigue que también se enamore de ti. Es imposible no quererte si te ve con los ojos del corazón. Pero tendrás que dejar tus corazas afuera, muéstrate como en verdad eres. Si decide amarte, debe de hacerlo a la persona que ocultas tras todas tus máscaras.

Capítulo 20

Margarita se despertó en medio de la madrugada, había escuchado a su esposo salir; los cascos de los caballos, las voces y los crujidos de las puertas la habían alertado. Palpó su mesa de noche en busca de una palmtoria; le dio luz. Se colocó la bata y caminó hasta la ventana; acechó tras las cortinas pero, entre la oscuridad y los cristales empañados, no logró divisar nada.

Se armó de valor, colocó la vela sobre la mesa y dio unos pasos tímidos hasta la puerta que conectaba su dormitorio con los aposentos de su esposo. Descorrió el cerrojo, tratando de hacer el menor ruido posible, y abrió la puerta lentamente. Su habitación estaba oscura y muy fría; no percibió el sonido de su respiración ni su silueta en medio de las penumbras. Metió la cabeza por la abertura y nada. Coló el resto del cuerpo, hasta que dio unos pasos hasta la cama y tocó las sábanas heladas.

Le sorprendió que no hubiera llegado aún. Su pecho se apretó y sintió un dolor agudo en el centro. «Tal vez ha acudido con Hugo y el duque de Whitestone al club para hombres», trató de tranquilizarse. Pero no se lo había comentado, como en la otra ocasión; asumió que podría haberse debido a la puerta cerrada. Dubitativa se mordió el labio. Por la mente le pasó un recuerdo sibilante: la amenaza de Jørgen de recurrir a «su» amante. La propiedad con que lo había dicho le arrojó una gran preocupación. Había crecido escuchando, detrás de la puerta, a las señoras mencionar que una querida era un asunto muy peligroso para un matrimonio, que traía consigo la probabilidad de que se procrearan bastardos que pusieran en riesgo los derechos de los hijos legítimos. Se preguntó si Jørgen recurriría a mujeres de la mala vida para aliviar sus pesares de hombre o si en verdad existía una mujer con la que tenía involucrada no solo su piel, sino también sus sentimientos. Mientras más intentaba digerir sus suposiciones, el dolor de su pecho se agudizaba.

Bajó la mirada e intentó analizar la respuesta de su cuerpo. «Es normal que busque fuera de casa lo que jamás podré darle. Solo quedan dos caminos: cerrar los ojos para no ver o cumplirle como esposa», pensó. Lo segundo no sería una opción; la culpa por su enamorado muerto en plena juventud la hacía sentir miserable.

Un ruido en la cerradura la tomó desprevenida; asustada, corrió de puntillas hacia su dormitorio para que quien estaba por entrar no la atrapara husmeando. Cerró su puerta sin casi hacer ruido y no pudo evitar dejarla entornada muy ligeramente para observar por la rendija.

Jørgen atravesó el umbral de la entrada y cerró tras de sí. Chasqueó la lengua con fastidio. Caminó hasta su cómoda con su elegante andar en medio de las penumbras, lo que le confería mayor atractivo, y encendió las tres velas de un candelabro. Venía con el semblante derrotado y ella se lo achacó a que venía satisfecho y, por ende, cansado. Él suspiró pesadamente y ella se tragó sus propios deseos de suspirar. Lo vio tomar su chaqueta y quitársela, como el resto de su vestimenta, hasta quedar gloriosamente enfundado en su ropa interior blanca. Pudo apreciar cómo los destellos de las lánguidas flamas dibujaban la silueta de su espalda; la línea bajaba cadenciosa hasta terminar en su retaguardia, que de tan firme lo haría rebotar si en alguna ocasión caía sentado. Continuó hacia abajo, mientras sus ojos jugaban con el efecto de luces y sombras sobre el blanco algodón que lo vestía. Sus piernas eran largas, musculosas y tan fuertes como dos robles. Luego, subió la vista para deleitarse en sus anchos hombros. Los brazos permanecían descubiertos y sus escasos vellos brillaban como pequeños hilos de oro sobre su piel desnuda.

Lo vio acercarse por una bebida; eligió un vaso de agua y lo bebió completo, con tanta prisa que parte del líquido resbaló por la piel de su cuello y brilló contra la luz como relucientes perlas. Margarita se mordió inconscientemente el labio y, luego, tragó la saliva que se había agolpado en su cavidad oral. Tuvo que contener un gemido. Estaba muy quieta, no podía moverse o sería descubierta. Lo observó pasarse las manos por el cabello y continuar moviendo sus largas piernas por el área de la habitación. Llegó hasta su lecho, ahuecó su almohada antes de acostarse y retiró las sábanas del sitio que iba a ocupar.

Pero algo lo hizo cambiar de opinión. Miró en dirección a la puerta que comunicaba ambas estancias y contrajo el rostro. Margarita recordó la palmatoria que había dejado sobre la mesa de su propio dormitorio; tal vez Jørgen se había percatado de un hilo de luz por tenue que fuera. No importaban las razones; él ya estaba caminando hacia su habitación.

Margarita puso en movimiento todos sus músculos, los hizo trabajar con urgencia y de modo sincronizado; corrió muy despacio hasta su cama, sin prácticamente hacer nada de ruido. Se acostó minimizando los sonidos del colchón y alcanzó a cubrirse hasta la mitad de su cuerpo antes de escuchar el crujir de la puerta cortar el silencio. Se lamentó por no haber pasado el cerrojo; al intentar escabullirse, lo había olvidado por completo.

Lo escuchó caminar hacia la mesa. Despegó lo mínimo sus pestañas para tener un filito por el que seguirle la pista. Lo vio acercarse a la vela y estudiarla. De seguro analizaría qué tan gastada estaba para sacar la cuenta de las horas que ella llevaba dormida. «¿O será que sospecha?», pensó mientras se comía los sesos. Le rogó a su corazón que contuviera sus latidos para que no la delatara; intentó controlar su respiración, ralentizarla lo más posible, y le fue muy difícil esconder su agitación.

Sintió el lecho hundirse cuando Jørgen se sentó en un extremo. Palideció. Hasta el momento había permanecido a salvo porque la puerta había estado cerrada. ¿Aprovecharía la oscuridad de la noche para hacerla cumplir con su deber? Su aroma a hierba húmeda y sal la embriagó por completo. La agonía de su pecho volvió a atormentarla, pero de manera más abrupta,

extendiéndose a los músculos que cubrían sus costillas y su estómago.

Recibió una caricia delicada; un dedo le recorrió el perfil desde la frente hasta el mentón. Se quedó inmóvil. Si era su estrategia para despertarla, fingió que su sueño era muy profundo. Luego, percibió el calor de su rostro —cada vez más cercano al suyo—, hasta que sus labios hicieron contacto en un delicado roce que amenazó con arrancarle un suspiro. Él gimió contra sus labios y no se permitió profanarlos avanzando más.

El colchón volvió a elevarse cuando él lo abandonó. Luego, notó cómo tomaba la manta y la cubría hasta los hombros. Escuchó sus pasos rumbo a la mesa y cómo soplaba sobre la vela para apagarla. Lo último que oyó fue cómo se alejaba hacia la puerta y accionaba la cerradura.

Ni siquiera se atrevió a abrir los ojos. Se quedó en la misma posición hasta que el sueño terminó por vencerla.

Capítulo 21

Al siguiente día nadie dijo nada. Intentaron continuar una rutina que ya se estaba volviendo parte de sus vidas. Solo intercambiaron miradas. Las de ella, prudentes; había dejado de sentir confianza y ya no sabía qué terreno pisaba. Las de él, cargadas de reproches. Los días pasaron rápidos y encontrarse a la hora de los alimentos se convirtió en incomodidad.

Tres semanas después, para Jørgen, regresar a Hidden House en las tardes y convivir con Margarita era tortuoso. No se atrevía a reclamarle su indiferencia. Solo cruzaban escasas palabras por la estricta necesidad de comunicarse para temas ineludibles. Las frases que compartían en los momentos que tenían en común pasaron de neutras a ácidas, y el matrimonio se tornó tormentoso. Delante de los otros simulaban, pero sus vidas se estaban volviendo un verdadero infierno.

Durante las comidas era más difícil mantener el silencio.

—Ha llegado una invitación. Es de los duques de Whitestone —avisó Margarita.

—No estoy de ánimos —dijo Jørgen con sequedad. Como no podía recriminarle la falta de intimidad sin que su orgullo se hiciera trizas, terminaba por calmar su frustración negándole pequeños placeres.

—No puedo hacerle un desaire a mi prima.

—Nadie le impide asistir, señora Johansen.

—Sería humillante, para una recién casada, asistir sin la compañía de su esposo. ¿Supone mucho esfuerzo para usted ir?

La miró taciturno. Él no podía faltar; incluso había escogido la fecha con el duque, y el motivo de la recepción era por negocios que les atañían a ambos. Pero disfrutó verla suplicarle, de cierta forma.

—Si le hace la vida más liviana, cuente con mi presencia. La introduciré al salón de mi brazo —terminó por aceptar.

—Le agradezco por la gentileza. —Simuló desdén.

—Es todo un gusto, esposa mía. ¿Algo más que pueda hacer para complacerla? ¿Necesita un vestido nuevo?

—No.

—Sabe que lo que requiera puede pedirlo. Me inquietaría imaginar que no me considera un buen proveedor.

—Jamás tendría tal pensamiento; usted ha pensado en todo.

Cuando abandonaron la mesa, cada uno se dispuso a retirarse. Él tendría una cita con el vizconde Summerfield y ella se dispondría a encerrarse en su salón exclusivo, el que se había convertido en su refugio y lugar de luz dentro de la mansión de las tinieblas.

Jørgen fue interceptado por el mayordomo, quien le entregó la correspondencia; esta vez era una sola carta. Margarita atisbó el documento con el rabillo del ojo. Él la vio rondando y trató de disimular, lo que exacerbó más la curiosidad de su esposa, quien tuvo el descaro de acercársele.

—¿Una carta?

La miró sorprendido; casi no hablaban, y ese día estaba particularmente parlanchina. Primero, la cena en casa de los duques de Whitestone; después, su intromisión sobre el asunto del que versaba el sobre cerrado.

—Así es —dijo él.

—¿Quién se la ha enviado? —preguntó ella sin ceñirse a su habitual moderación.

—¿A qué debo su interés repentino?

—Soy su esposa. ¿Está mal visto que indague sobre quiénes le escriben a nuestra morada? ¿Algo que ocultar?

—No. Cuestiones de mis negocios.

La mirada de Margarita le indicó que no le creía, pero que decidió fingir hacerlo. La vio seguir y tomó el sobre y se lo llevó a su nariz; el perfume de la dama lograba sobrevivir a la larga travesía. Siempre era igual y lo llenaba de sensaciones que deseaba desterrar de su recuerdo. Lo guardó en uno de los bolsillos de su chaqueta y salió sin dilatar el momento.

El vizconde Summerfield lo aguardaba en su despacho. Había querido acudir en persona para conocer el sitio donde se desarrollaban las grandes ideas de la constructora. Jørgen lo hizo pasar y tomar asiento frente a sí.

—Es fascinante este sitio. ¿Puedo ver las maquetas de los barcos?

—Por supuesto. Faltaba más, milord.

El también capitán de la Royal Navy se acercó a la estantería y observó fascinado cada una de las réplicas a menor escala, que estaban organizadas minuciosamente según el año de creación.

—¿Cuántos diseñadores tiene?

—Cinco. Dos se limitan a los motores, las máquinas y hélices y demás cuestiones técnicas. Los otros, a interiores y exteriores. Casi siempre colaboran; la mayoría son ingenieros.

—¿Como usted y yo? Admiro el imperio que ha creado, imagino el esfuerzo que le ha costado. ¿En Noruega tiene idéntico equipo?

—Es menor, pero igual de calificados.

—Hace tiempo que siento que ya estamos listos para pasar al siguiente nivel. Tengo en mente un nuevo motor.

—Tenemos la misma inquietud.

—Podríamos unir nuestros talentos.

—¿Lo haría a nivel personal o a nombre de la Royal Navy?

—Particular pero, si logramos lo que tengo en mente, la Royal Navy sería una de las primeras instancias a las que acudiría para venderles el prototipo. Siempre que se pueda dotar de cañones, un buen buque puede convertirse en un navío de la Armada. De seguro se mostrarán interesados. ¿Lo ve aceptable?

—Completamente. Parece que tenemos un trato, milord.

Celebraron brindando con el vino espumoso que les sirvieron y continuaron el recorrido por las instalaciones. Quedó pospuesto para otra ocasión, en que el capitán contara con más tiempo fuera de sus ocupaciones navales, conocer los astilleros en Kent, donde se construían las naves.

Tras una tarde ajetreada que sentó las bases de una sociedad para la creación de una nave que apostara al progreso, Jørgen despidió al capitán. El sobre se hacía sentir en su chaqueta, pero no quiso abrirlo. Decidió refugiarse en la única persona que solía rescatarlo de su dolor cuando las reminiscencias del pasado lo hacían tocar el fondo.

Llegó al amplio patio de la entrada, adornado con columnatas que lo separaban de la calle. Su corazón se hacía cada vez más oscuro, y requería refugiarse en sus brazos antes que la oscuridad lo enneguerciera. Los gatos de la enorme mansión en Piccadilly lo recibieron en el pórtico, se enroscaron cadenciosos entre sus piernas y le clavaron sus ojos iridiscentes mientras ronroneaban. Los dejó darle la bienvenida con sus atenciones melosas. El de color leonado era su preferido y él lo sabía; lo siguió como si fuera un perro faldero, pero sin perder la elegancia felina, hasta que estuvo en el salón de recibir de lady Genevieve Bradbury.

—¡Oh, Jørg, habría estado esperando de saber que venías! —dijo contenta pero, al ver sus dos ojos refulgentes caídos, hizo silencio y abrió los brazos.

Él, como un crío, se resguardó en ellos. El olor de aquel abrazo maternal tenía un efecto reconfortante. Recordaba cómo de niño, corriendo tras una liebre, se había caído de bruces y se había abierto ambas rodillas, y que la dama lo había curado y calmado. Esa fue la primera vez que había recibido tal afecto, y no quiso perderlo. Y lady Genevieve Bradbury se había sentido tan compasiva ante aquel infante rubio de ojos inmensos y celestes que nunca más habían podido separarlos.

La dama le acarició el cabello, como una madre haría con su hijo y, tras unos minutos de silencio, decidió romperlo.

—¿Sucede algo con tu esposa?

—Mi matrimonio es un desastre y, mientras más ofuscado estoy por haberme casado con una

mujer que está renuente a entregarme su corazón, me vuelve a llegar correo.

—¡Por Dios! No dejes que te quiebre. Mira todo lo que has logrado.

—Sí, gracias a Mattson y a usted. Pero, cuando tengo noticias de ella, dejo de ser el señor Johansen y el pequeño Jørg intenta quebrar mi confianza. Tanto tiempo creyendo que no era nada, que no merecía nada...

—Vamos, levanta la cara. Son más los años que has pasado demostrando lo contrario. Tu historia te dio la fuerza para probarles lo grande que eres.

—Sin usted y sin Mattson, no sería nadie. Usted depositó su fe en mi persona y me hizo creer en mí mismo.

—Porque desde pequeño eras magnífico, y sabía que tenías el coraje para ganar el lugar que te merecías.

—Adoro escuchar sus palabras; me alejan de la tempestad.

—Debes enfrentarlo; es lo único que puedo decirte. Las cartas seguirán llegando hasta que lo encares; solo mirando el pasado a los ojos dejarás de sentir que te amenaza.

Capítulo 22

Margarita se sentía algo incómoda por aquel vestido de cuello elevado que no dejaba expuesta ni una pequeña parte de su cuerpo. Adherirse a la moda imperante para esa fecha en Londres y para los estándares de moderación, casi absoluta para una dama, no la hacía feliz. Lucía diferente a los últimos modelos que había llevado en La Habana, antes de haber abandonado la isla y marchado sin retorno a Europa. Esbozó una sonrisa al entrar al salón. Los duques de Whitestone daban una cena de gala para despedirse. Habían tardado más que lo acostumbrado en Londres, por negocios y por la permanencia de la visita del duque de San Sebastián en su morada. Pero este ya estaba próximo a partir. El otoño arrasaba y el frío era cada vez más inclemente. Debían prepararse para el largo invierno. Margarita solo tenía cabeza para pensar que estaría más lejos de los suyos: Grace y Hugo.

La recepción también servía a los propósitos de presentar el nuevo barco, que la empresa de Jørgen estaría construyendo en exclusiva para la naviera de los dos duques, con los que el señor Johansen había terminado por asociarse. Todos quedaron asombrados ante la belleza y la practicidad de la nave; su silueta era moderna, con el diseño de la proa en ángulo recto, que lo hacía lucir más sofisticado. A pesar de conservar las velas auxiliares, se propulsaría prácticamente a vapor utilizando un modelo de hélice que ya había sido probado en otras embarcaciones de la constructora. Uno de estos barcos había obtenido la banda azul por su rapidez a la hora de cruzar el Atlántico.

Margarita miró a su esposo departir con los presentes y explicar cuánto medía la eslora, los nudos que el navío alcanzaría en la travesía, así como la cantidad de pasajeros que podía transportar y las amenidades que tendrían. Cada día ganaba más respeto de la nobleza británica; era un hombre que, a pesar de su origen incógnito, dominaba la etiqueta y hacía despliegue de ella cuando estaba en los entornos donde se lo requería. El problema surgía cuando estaban a solas y él sacaba las garras de león que sabía ocultar del resto.

Arrepentida, se lamentó de la opinión que tenía de Jørgen; tampoco lo merecía. Era paciente y no había mandado a derribar la puerta de su habitación; otro, en su lugar, habría hecho saltar los goznes y dejado el área comunicada. Lo miró levantar la copa en dirección a su hermano, con los ojos claros y con el cabello dorado resplandeciente. Ella hablaba con las damas y él, con los caballeros.

Lady Huntington se le acercó, la felicitó por los logros de su esposo y se quedó a su lado para hacerla partícipe de las buenas nuevas, que se suponía que ya debía saber. La nueva sociedad entre el señor Johansen y el vizconde Summerfield.

—Su esposo es muy talentoso. Siempre estará en deuda conmigo; yo le conseguí ese estupendo partido —manifestó con orgullo la condesa.

—Y jamás dejará de recordármelo. —Sonrió.

—Me da orgullo ayudar a damas encantadoras, como usted, a hacer un estupendo matrimonio.

—Entonces, supongo que no me alcanzará la vida para agradecerse.

—La vida ha juntado la pericia del señor Johansen con la de mi hijo. Dos apasionados del mar y de los navíos. ¿Qué opina del nuevo motor que pretenden diseñar?

—¡Oh, yo...! —No quiso evidenciar su desconocimiento sobre el tema. Todos podían saber más de Jørgen que ella, pues la distancia entre los esposos Johansen era abismal—. Creo que les irá genial. Ambos tienen sobrada experiencia.

—Y astucia. Estoy segura de que lo lograrán, aunque es un plan ambicioso y arriesgado. Para mí es una bendición. Significa que Summerfield tendrá que pasar más tiempo con nosotros; ya su carrera lo ha alejado tanto que en Terrace Gray lo echamos de menos con creces.

—Entonces, usted ha salido ganando.

La duquesa, Grace, se les acercó y la condesa siguió a saludar a otros conocidos. Margarita se la quedó viendo a lady Genevieve Bradbury junto a Jørgen y notó cómo lo admiraba. La dama tenía fascinación por perseguirlo; no había recepción a la que él asistiera donde la señora no se apersonara. Ya la había visitado en un par de ocasiones, con Jørgen, y había tenido que tolerar su páfida lengua. La mujer estaba obsesionada con el caballero, se comportaba como si fuera su madre, y aquel afecto ya se le hacía enfermizo.

—¿En qué piensas? —le preguntó Grace con una sonrisa.

—En lady Genevieve Bradbury. No sé por qué Jørgen la tolera y, menos, por qué le corresponde el afecto.

—Lo protegió desde su llegada a Londres; ha tenido su apoyo desde muy joven. Es lógico.

—Debía sentirse muy solo para soportar algo así. Si me vuelve a llevar a su mansión y tengo que tolerar otra hora de su petulante charla y sus numerosos gatos, me arrojaré al Támesis.

—¡Por Dios! —Rio Grace—. No seas dura con la dama. Se ve que lo aprecia.

—Es amable conmigo en su presencia.

—¿Te ha dicho algo desagradable cuando están a solas?

—No, pero me clava una páfida mirada con la que pretende amedrentarme. No le parezco suficiente para «su Jørg».

—Creo que exageras —añadió Grace mientras miraba con disimulo a la mujer, sin verle nada de malo.

—¡No la soporto!

—Una dama inglesa debe...

—No soy inglesa ni lo seré nunca; mi marido tampoco. Así que, al menos cuando estemos tú y yo a solas, permíteme tomarme ciertas libertades.

La dama sobre la que conversaban notó las miradas, por más discretas que fueran, y se dirigió a ambas. Hablaron de temas intrascendentes mientras estuvieron juntas, pero la condesa de Huntington requirió la presencia de la duquesa y tuvo que dejarlas a solas. Grace se despidió con el gesto compungido, odiaba tener que dejar a Margarita asediada.

—Me pregunto por qué un recién casado, supuestamente feliz, sonrío demasiado con una dama hermosa que no es su esposa —atacó lady Genevieve Bradbury.

—¿A quién se refiere? —preguntó Margarita por inercia.

—A su marido.

—El señor Johansen no suele sonreír; podría jurar que jamás lo hace.

—Entonces, es más preocupante.

—¿Está sugiriendo que debo cuidarme de alguien en particular?

—Si se apura, verá que no me equivoco. Pasé toda la vida quitándole de encima a mi Jørgen damiselas con cara de querubines, pero con almas de arpías. No quería que fuera infeliz; bastante ya ha sufrido. —Margarita escuchó la referencia al sufrimiento y se preguntó a qué se refería—. A usted no pude frenarla porque me tomó desprevenida. Jørgen se lo mantuvo callado; supongo que usted le interesaba demasiado.

—Es bastante hermético; no veo por qué le sorprende.

—Deje de continuar debatiendo conmigo, vaya a vigilar a su marido. ¡Reaccione, por el amor de Dios!

—¿Me está ayudando? ¿Por qué lo haría?

—¡Ya están casados! —Puso los ojos en blanco—. Así que solo me ataño que este matrimonio funcione. Mi Jørgen se merece ser feliz y, por alguna extraña razón, la eligió a usted. Sea más avispada y menos tonta, o no sobrevivirá en Londres. Abra los ojos y dese cuenta de que su esposo es una fruta muy tentadora. Su lugar es de su brazo; así espantará a las advenedizas.

Margarita abrió los ojos desmesuradamente. «¿Lady Petulancia Bradbury, en realidad, es mi amiga?», pensó, pero ni siquiera pudo procesarlo. La dama la empujó con sutileza para que se pusiera en marcha, y ella salió caminando. No se atrevió a cumplir el encargo, no podía acercarse a Jørgen y tomarlo de la mano como si fueran la pareja feliz. Se limitó a observarlo desde un rincón; él conversaba con los condes de Bridgewater, lord y lady Morgan. No entendió hacia quién iba dirigida la acusación de la dama. Se sobrecogió por las dudas y se preguntó mil veces si debía darle importancia.

Margarita abrió aún más los párpados cuando su esposo le extendió la mano a la dama para invitarla a levantarse; él no solía ser tan atento. El conde los acompañó; fueron los tres directo a la biblioteca. Los persiguió a discreción y, desde un ángulo transversal del salón, desde el cual

podía enfocar la puerta y parte de lo que ocurría dentro de la biblioteca, espió. Los vio admirar el modelo, reducido a escala, del barco que permanecía en el centro de la estancia. Todo parecía completamente normal hasta que el conde de Bridgewater se disculpó por un momento y los dejó a solas y cerró la puerta tras de sí.

El corazón de Margarita se paralizó; se hubiese acercado para intentar escuchar algo, pero lord Morgan se quedó de guardia cerca de la entrada. «¿Qué está sucediendo?», se preguntó horrorizada por la conducta del conde y más por la condesa y Johansen, que continuaban encerrados. Grace se le acercó a tiempo para tomarle las manos, frías a través de los guantes, y para sostenerla antes que se desmoronara de la impresión.

—¿Lograste escapar de la bruja? Pero mira cómo te ha dejado. ¿Dijo algo que alterara tu ánimo? Estás pálida y tus manos, heladas. —Grace se las frotó para hacerla entrar el calor—. Vamos, te acompañaré a mi sala privada; necesitas descansar. Ordenaré que te preparen algo caliente.

—Aguarda.

—¿Qué pasa?

—Lady Genevieve Bradbury no resultó ser tan arpía.

—¿La bruja?

—Me ha advertido de lo que está sucediendo bajo mis propias narices.

—¿De qué hablas?

—Mira al conde de Bridgewater.

—Lo veo. ¿Qué tiene de malo?

—Su esposa está adentro de la biblioteca con Johansen; el propio conde cerró para dejarlos a solas.

En ese instante ambas vieron la puerta abrirse; a la dama salir sonriente, esconder en su escote un diminuto papel y ser escoltada por su marido a otro de los salones. Tiempo después observaron a Jørgen abandonar la estancia. Su rostro estaba serio, más frío que de costumbre; sus ojos brillaban, pero no con bondad. Ambas se llevaron las manos al corazón y compartieron una mirada cómplice que no necesitó de palabras para confirmar sus sospechas. Volvieron a seguir con la vista a Jørgen, quien acomodó con deferencia su frac y se mezcló con el resto de los invitados como si nada hubiera ocurrido.

Las primas abandonaron el salón con suma cautela y se refugiaron en la sala privada de la duquesa. Grace iba a pedirle té a Dorita, pero se retractó.

—Ordena que nos traigan dos copas de *brandy*, una para la señora Johansen y otra para mí. ¡Que nadie los vea traerlas! —Dorita, su doncella, una mulata de excelsa belleza y de corazón bondadoso, que siempre había estado a su lado, la que había venido con ella de La Habana y que era su cómplice en sus planes más sórdidos desde la niñez, se negó ante su petición.

—Traeré una copa de *brandy* para la señora Johansen; usted está esperando a una criatura.

Grace suspiró y no le rebatió, convencida de que tenía razón, pero aún se sentía perturbada por

lo que habían presenciado.

—Estoy atrapada —murmuró Margarita cuando Dorita se retiró.

—Tú no. Él sí estará en graves problemas. Avisemos a Hugo de inmediato; debe defender tu honor.

—¡No! ¡No quiero darle más problemas a mi hermano! Es mi asunto; yo debo arreglarlo.

—Lady Morgan no es algo a lo que te puedas enfrentar sola. Le acabó la vida a mi cuñado; le fue muy complicado librarse de esa mujer y terminó muy mal.

—¿Tu cuñado, el que falleció?

—Sí, digamos que tuvieron sus asuntos cuando John era muy joven. Le fue muy difícil desembarazarse de su acecho. No te dejaré sola frente a esa mujer. Todos le temen.

—No entiendo. Su esposo estaba ahí, la solapó.

—La doble moral de algunos encumbrados británicos te sorprendería, y eso que pertenecen a una familia emparentada con varios religiosos de las altas esferas. Pero conozco el secreto: tienen un acuerdo muy sórdido donde cada quien busca diversión en otra cama.

—¡Jesús! ¿Bromeas o estás hablando en serio? Es escandaloso.

—Solo si saliera a la luz. Mi esposo y yo lo sabemos por la desgracia de John. Te pido discreción al respecto. Los Bridgewater son enemigos que nadie quiere tener; es mejor sobrellevarlos. Si te advierto es para que estés prevenida y salves a tu esposo de las garras de la condesa.

—¿Qué debo hacer? —Su pregunta era más para sí misma.

—Debes esclarecer el asunto. ¿Qué traman tu esposo y lady Morgan?

—¿Con qué moral le reclamaré? Nuestro matrimonio aún no se ha consumado; no soy su mujer en la vida real. Hasta me sentía culpable por negarle... Pensé que, a pesar de mi conducta, era un caballero.

—Si tu hermano se entera, arderá Troya. Si se destapa el avispero, Hugo no se marchará a España, y solo le quedan dos días para partir. Debes arreglártelas para leer esa nota y frenar cualquier acercamiento. Si cae en la telaraña de lady Morgan, podrías enfrentar un periodo muy difícil. Tengo una idea; sígueme.

Margarita lo hizo sin dudar; su prima tenía una mente prodigiosa para desentrañar los ardides más enredados. Ya la había secundado en varias aventuras del pasado, y una cosa era segura: la duquesa siempre se salía con la suya.

Se aproximaron al sitio donde todos departían. La duquesa se acercó con discreción a su doncella Dorita y le susurró su plan.

—¿Ha perdido la cordura? El duque me tiene en la mira; si lo hago terminará por despedirme, y yo no puedo estar lejos de mi pequeño marquesito —dijo Dorita para referirse al hijo de la duquesa.

—Sabes que el duque te tiene afecto y que no lo hará; solo te lanzará su mirada iracunda y tendrá que perdonarte. Sobre mi cadáver alguien te toca un cabello; solo te irás de mi lado cuando tú lo decidas.

Dorita se negó contrariada. Se acercó de espaldas a los señores que conversaban con los condes de Bridgewater y, accidentalmente, tropezó con la copa que mantenía lady Morgan en la mano y le derramó el vino en su elegante vestido. Margarita y Grace no se perdieron el incidente. El duque de Whitestone observó a Dorita con dureza; era una falta imperdonable, y más con tan remilgada dama, pero luego suavizó la mirada.

—Fue un accidente —murmuró Dorita compungida.

Lady Morgan asesinó a la doncella con la vista; no era de las que dejaban pasar un agravio similar sin hacer aspavientos. Extrañamente, trató de restarle importancia ante la expresión ávida del señor Johansen.

—Ofrécele ayuda a milady, ve qué pueden hacer por ella —ordenó el duque de Whitestone.

—Enseguida, su excelencia —aceptó Dorita.

—No es necesario —argumentó la condesa—. Será mejor que me retire; con mi atuendo en estas condiciones, no puedo continuar.

—Insisto —indicó el duque—. No queremos privarnos de su presencia.

La condesa de Bridgewater siguió a Dorita hasta una habitación para invitados. La doncella iba nerviosa; aquella dama altanera la alteraba tan solo con mirarla.

—¿Puede darme su vestido? Lo llevaré para limpiarlo y se lo devolveré en breve. Soy estupenda para resolver este tipo de desastres.

—El que has ocasionado. Habrase visto mujer más torpe. ¿Cómo es posible que estés al servicio de una duquesa?

Dorita se guardó todos los improperios que quiso vociferar delante de la pérfida dama, inspiró para contenerse y la ayudó a quitarse la pieza con el trozo de tela empapado. En una hábil maniobra, se hizo con el papel, mientras la otra permanecía mascullando por su enfado. Lady Morgan la miró de reojo, solía tener olfato para detectar las segundas intenciones, pero la Dorita era astuta para guardar las apariencias. Atravesó la puerta y la dejó por unos momentos, que a la ofendida le parecieron eternos. Margarita y Grace ya la esperaban en la habitación contigua.

Con temor a lo que se iba a encontrar, Margarita recibió el trozo de papel, respiró hondo antes de leerlo, pero lo hizo llena de valor. Tras revisarlo lo devolvió Dorita y le suplicó que lo regresara a su lugar.

—¿Qué dice? —indagó su prima.

—Vámonos de una vez; está al lado. No quiero toparme con ella y que sospeche.

—Suéltalo.

—Es una dirección.

—¿Hablas en serio?

—¡Es escandaloso!

—Dorita, dame el papel. No se lo devolverás a lady Morgan —ordenó resuelta la duquesa.

—Pero, milady, ¿usted pretende que esa bruja altiva me despelleje viva? —protestó la doncella.

—Hazte la desentendida —ordenó Grace—. Tendrá que pensar que se cayó al suelo o se extravió en uno de los movimientos para sacarse el vestido.

—Contra mí dirigirá su ira.

—Dorita tiene razón —intervino Margarita apenada y le pidió a Dorita que prosiguiera con su cometido, luego de depositarle la nota en la mano.

—Esa mujer es de armas tomar —le aseguró Grace cuando quedaron a solas con la puerta cerrada—. ¡Y su esposo no se queda atrás! Podría enfrentar el severo peso de la ley por adulterio. Aunque no creo que el conde esté interesado en acusarla. Ya me la imagino entrando con otras prendas y un nombre falso a donde quiera que Jørgen la haya citado. Caras vemos, corazones no sabemos.

—No me importa lo que haga esa mujer; Jørgen es el que me deja estupefacta.

—¿Quién sabrá cuántas veces lo habrán hecho?

—Al menos, las noches las ha pasado en sus habitaciones, salvo una.

—¿Cómo lo sabes?

—Siempre lo acecho mientras duerme.

—¡Margarita! ¿Te das cuenta de que has empujado a tu esposo a las garras de esa víbora? Esa dama es capaz de envilecerle el alma.

—Jørgen no necesita que lo corrompan; su alma es bastante impía.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo presiento.

—¡Bobadas! Tenemos que salvar tu matrimonio. Si cae rendido a sus pies, no volverás a recuperarlo.

—¿Qué pretendes?, ¿que le reclame? —inquirió exaltada. Sentía la sangre hervirle. No era por amor, odiaba sentirse humillada.

—A él no. Lady Morgan es bastante pretensiosa; me dará gusto asustarla un poco. Le diré que conozco de su arreglo con el señor Johansen, que uno de mis sirvientes se percató de ello por accidente y vino a susurrarme lo ocurrido. La atacaré ahora, que está justo en la habitación contigua. Conocerá de cerca el desdén con el que suele humillar a los demás. Tu esposo también merece un escarmiento, debe quedarse plantado esperando a la susodicha.

—Lo pondrá sobre aviso. ¡Te buscarás a una enemiga que se ve peligrosa!

—Entonces, seamos más sutiles. Mandaremos una nota anónima para prevenirla de no acudir a la cita, o todo Londres conocerá su desliz.

—Sería más convincente si escribiéramos una nota, a nombre de Johansen, que diga que desiste de este encuentro y de futuros.

—Ya estás pensando. No solo se trata de espantarla una noche; debes librarte de ella para

siempre. Lady Morgan es un hueso duro de roer.

La puerta se abrió de pronto y ambas quedaron atónitas al ver al caballero elegante que las miraba de modo iracundo.

—¿En qué andas, esposa mía? —preguntó el duque de Whitestone.

—¡William! ¿En qué tendría que estar? —respondió Grace.

—Te conozco demasiado, y esos ir y venir llamaron mi atención.

—¿Tienes algún documento escrito por el señor Johansen? —lo abordó Grace.

—Por supuesto, tratamos varios asuntos.

—Necesito uno con urgencia. Vamos al despacho.

—¿Ahora? ¿Qué tramas? Los invitados ya te echan en falta.

—El pérfido del señor Johansen pretende engañar a mi prima, nada más y nada menos, con lady Morgan. —Grace lo dijo como si nada. Tanto que se habían cuidado y ella la echaba de cabeza.

Margarita estaba más avergonzada que nunca en su vida. Su prima tenía una peculiar forma de ser, una que no ocultaba delante de su esposo; pero ella prefería mantenerse aparte. Alzó la vista para toparse con el gesto contrariado de Whitestone.

—¡Grace! —sermoneó a su esposa.

—No puedes solaparlo. Necesitamos esos documentos para imitar su letra y enviarle una nota a la dama donde se finiquite cualquier promesa a futuro que le haya hecho el infame —resolvió la duquesa.

—¡Cálmate! ¡Lo siento tanto, señora Johansen! —dijo su excelencia al volverse a Margarita.

La puerta se abrió de improviso y apareció Dorita.

—Apúrense para esfumarse, que la arpía está por... —dijo sin percatarse de que el duque también estaba dentro.

—¡Dorita! —articuló Whitestone con los dientes apretados—. Ahora entiendo el vino derramado por «accidente»—. Nadie falsificará ni la letra ni la firma del señor Johansen.

—Si no detenemos este ultraje y llega a oídos de mi primo, verás a tus dos amigos enfrentados. ¿Eso quieres? —terció Grace.

—Márchense al salón con los invitados; yo me ocuparé del desastre.

—¿Cómo? —exigió saber la duquesa—. ¿Nos delatarás?

—¿Para que me lo reclames toda la vida? No, por supuesto que no. Johansen solo está confundido; estoy seguro de que no lo iba a llevar al cabo. Debe ser un malentendido —dijo apiadado de Margarita.

—¿Lo justificas, esposo mío?

—No.

—Margarita es mi prima y estaré de su lado sin importar las consecuencias.

—También es mi familia ahora, al igual que Johansen. Trataré de buscar una solución. Hablaré con la condesa, le diré que el señor se retracta de este trato y de otros a futuro. Después enviaré una joya muy costosa, a nombre de Johansen, que aplaque su ira; no se tomará muy bien el

desprecio.

—Si lady Morgan descubre el engaño, se desquitará por tu atrevimiento —le advirtió Grace.

—Correré el riesgo.

—Pero a él no te atrevas a avisarle —amenazó Grace—; déjalo que acuda a su cita y espere sin éxito. ¡Merece su propio castigo!

—No le informaría ni aunque estuviera pasado de copas. Johansen tiene un genio de mil demonios. Espero que nunca se entere de que estoy metido en este lío de faldas o que, por lo menos, lo descubra lo más tarde posible.

—Por supuesto que lo descubrirá tarde o temprano. Es muy inteligente. Debes estar preparado para recibir su furia.

Capítulo 23

Margarita jamás sabría por qué hizo lo contrario a lo que le demandaba su conciencia. Tras el regreso en carruaje y estar lista para dormir, pegó la oreja a la puerta que la separaba de su esposo y lo oyó conversar con el señor Olson. Solo le llegaban susurros. Escuchó el sonido de una botella y de una copa de cristal: supuso que su esposo seguía bebiendo. Al rato lo oyó disponerse a volver a salir y dar instrucciones para que le preparasen un carruaje. Ya no podía dar marcha atrás; la decisión estaba tomada. Se escabulló de la propiedad enfundada en una amplia capa negra y decidió llevar la delantera. Casi todos dormían en la mansión; tomó un caballo y salió a todo galope.

Se había abrigado lo suficiente pero, de todos modos, sentía los labios y la nariz helados. Era bastante tarde. El escarmiento a su esposo se lo daría a su modo. Se acercó, cubierta por su capa, a aquel sitio que se convertiría en su aliado; quería comprobar que el flirteo de Jørgen con aquella mujer fuera cierto. Lo frenaría con maestría, no estaba dispuesta a convertirse en otro de los rumores que engrosaban los cotilleos de la alta sociedad. Con la dirección fue suficiente para llegar a la tranquila callejuela oscura, donde varias casas de clase media alta permanecían en penumbras.

Se detuvo ante el domicilio mencionado y ocultó el caballo de la vista. Lo acarició y le suplicó que se mantuviera sereno. No tenía idea de lo que iba a encontrar, pero estaba dispuesta a encararlo en cuanto él arribara. Ardió en deseos de llamar a la puerta, pero era muy tarde y temía despertar a sus moradores. Acariciaba la madera para intentar desentrañar los secretos de la propiedad cuando escuchó pasos. Su corazón se arremolinó dentro de su pecho; antes que pusiera pies en polvorosa, la puerta se abrió y una señora mayor, medio adormilada, la invitó a pasar. Azorada guardó silencio mientras el ama de llaves de la propiedad que usaba Johansen para sus citas clandestinas la miró convencida de que la nueva conquista del señor era más hermosa que cualquiera que hubiere traído en el pasado.

—Bienvenida, milady. ¿Su carruaje ha quedado a resguardo? Puedo enviarle al mozo para que le indique al cochero dónde puede aguardarla.

—He venido a caballo. —La mujer la miró sorprendida.

—Enviaré al mozo a llevarlo a un sitio seguro. Al señor Johansen no le agrada que aguarden fuera de la propiedad. —Aquella sugerencia activó su ira. El ama de llaves conocía muy bien a su

esposo y, además, intuía que no era la única vez que traía compañía a ese recinto. Le comunicó dónde encontrar al corcel—. Es la primera habitación, arriba a la derecha. Hay todo lo que pueda requerir pero, si se le ofrece algo más, estaré a su disposición. El señor no debe tardar en llegar.

Por su expresión y sus palabras, Margarita comprendió que la había confundido con lady Morgan, lo que indicaba dos cosas. La primera, que en aquel sitio su esposo y la condesa nunca se habían encontrado, y la segunda, que por la familiaridad con que hablaba de Jørgen, su visita era asidua. Su última sospecha la llenó de incertidumbre. ¿Con cuántas damas Jørgen recurría al mismo truco? ¿Continuaba en sus andadas aún mientras estaban casados?

De pronto el rencor se apoderó de su pecho y logró que algo desconocido y potente se quebrara en su interior. Resolvió que no le era suficiente encararlo. Quiso subir y recorrer el sitio donde se iba a consumir la ofensa contra sus lazos matrimoniales. Lo hizo sin dudar.

Entró asustada a la habitación, pero se calmó al comprobar que estaba vacía. Observó cada rincón y cada detalle cuidadosamente. Era un dormitorio diseñado para la pasión secreta, oscura y prohibida. Las luces tenues de las velas oscilaban y dotaban de un aura mística y seductora el lugar. La alfombra roja y tupida, así como la imponente cama de roble llena de mullidos almohadones, eran las piezas centrales. A un lado una mesa con dos sillas ofrecía un delicado manjar de frutas, queso, pan y licores.

Sintió el aguijonazo de la traición; aunque no eran marido y mujer en toda regla, el tener conocimiento de los deslices de Jørgen con otra dama la llenaron de furia. Arrugó el ceño mientras ideaba una venganza. Una fuerza desconocida y febril se apoderó de ella; quería castigarlo y que jamás olvidara el escarmiento.

Pretendía ganar tiempo antes que él arribara. Resolvió desnudarse con la sangre hirviendo, lo que le ocasionaba que su cuerpo entero desprendiera un calor que la ahogaba. Los nervios provocaron que sus dedos se enredaran con los vuelos de la falda, lo que le hizo perder valiosos segundos. Si él entraba y la descubría, su reciente plan habría fracasado. Se terminó de quitar el vestido; temblaba, pero estaba decidida a disciplinarlo y mirarlo a los ojos mientras lo atrapaba en falta. Se liberó por fin del miriñaque y de las enaguas. Luego, recorrió sus muslos hasta encontrar los ligeros y retirarlos junto a sus largas calzas de color oscuro. Colocó todo a buen resguardo. Desató los cordones de su corsé y lo sacó de su cuerpo. Quedó solo con sus calzones y su camisola.

Su respiración era agitada y se apoderó de ella la idea de abortar su misión. Su osadía fue socavada por un soplido de cordura. Se arrepintió de golpe y un nudo se atoró en su garganta. «¡Por Dios! ¿Qué fuerzas oscuras me han poseído? Tengo que irme, de inmediato», pensó. Creía que no podía, que era una locura, la mayor que había hecho. Antes de tomar su ropa y comenzar el interminable ritual de colocarse cada prenda, para esfumarse, escuchó el ruido del picaporte. Miró hacia su indumentaria y se lamentó, ya no tendría tiempo de volver a vestirse. Casi corriendo se colocó otro perfume que había traído para despistarlo. Apagó las velas, dejó solo un candelero encendido y se metió a la cama con una prisa torpe.

Lo observó entrar entre las penumbras y, tras unas palabras cordiales para saludar, sin respuestas, comenzó a desvestirse, presto para atacar a la esposa adúltera que se disponía a calentar sus noches. Los ojos de Margarita se aguaron al evidenciar la infidelidad. En ese instante, no se lo cuestionaría pero, si su esposo era indiferente a su corazón, ¿por qué se tomaba tantas molestias en comprobarlo? Jørgen estaba ebrio, se tambaleaba, apenas si se podía mantener en pie; habría perdido una pelea si el marido cornudo lo hubiera descubierto con las manos en la masa. Pero eso no iba a ocurrir; el conde no parecía muy ofendido.

Él se acercó al lecho con aquella sonrisa concupiscente; daba tumbos, pero encontró el camino hasta las sábanas, que descorrió de una. Tomó el pie de la mujer que creía otra y lo besó en el empeine para recorrer con sus besos el largo de su pierna. Estaba tan embriagado que ni siquiera se dio cuenta del embuste. Susurró el nombre de la arpía con aquel acento escandinavo afectado por la excitación que Margarita jamás olvidaría. Suspiró con cada lametón que el hombre profirió a su rodilla y a sus muslos, y ascendió hasta apoderarse de sus calzones y quitarlos de golpe. Cuando sus manos se apropiaron de sus caderas y sus labios rozaron su flor, las lágrimas resbalaron por el rostro de Margarita sin control; imaginaba que para Jørgen él estaba traicionándola con otra. Aún no entendía por qué lloraba y, menos, por qué sentía que se estaba enamorando del infiel en contra de su propia voluntad y principios.

La vela terminó por apagarse y, en medio de la oscuridad, observó el brillo dorado de su cabeza moverse en dirección a su entrepierna. Sintió pudor, pero estaba tan confundida que no lo detuvo. Cuando la cálida lengua de su esposo rozó su intacta intimidad, el calor que la ahogaba amenazó con incinerarla. Silenció un gemido desgarrador que quiso escapársele. Jamás había sentido un contacto, tan dulce y delicado a la vez, que pusiera a temblar cada fibra susceptible de su ser. Observó en las penumbras los hilos de oro del cabello de Jørgen titilar en la oscuridad, mientras le procuraba placer. Cerró los ojos y cesó de oponer resistencia, se dejó querer. Supuso un sacrificio aguantar cada grito desesperado que subió a su garganta; sabía que, si mencionaba una palabra, por corta que fuera, él la iba a descubrir.

Tras agasajar la intimidad de la fémica, Jørgen continuó escalando. Besó su abdomen hasta llegar a sus senos y tener su rostro lo suficientemente cerca, para no pasarle desapercibido a pesar de la oscuridad. La visión de ambos ya se había acostumbrado.

—¿Es por esto que ya no visita mi lecho, Johansen? Ha estado muy ocupado complaciendo a esposas ajenas —le soltó amenazante, ya sin poderse aguantar.

—¡Oh, por Dios, Margarita! —La llamó por su nombre, lo que no solía hacer, y se llevó un susto enorme—. ¿Cómo se ha atrevido a urdir semejante emboscada? ¡Mujer endemoniada, jamás debí acceder a casarme con usted!

—¡No se altere! No he venido a pelear. Tenía curiosidad de saber cómo le hacía el amor a alguien que en verdad deseara. Y no dista mucho del empeño que ha puesto conmigo, aunque le faltó habilidad para convencerme de sucumbir ante sus encantos.

—¿Alguien le ha dicho que está desquiciada? No solo me prohíbe satisfacer mi necesidad como

hombre y me tortura con su trato mordaz, ahora también sabotea mis esfuerzos por buscar el placer, que deliberadamente me niega. Si ha decidido castigarme con su mojigatería, no pereceré a su lado. No la he engañado, le advertí que no me quedaría cruzado de brazos y que buscaría una amante. ¿Qué ha hecho con la dama? ¿Cómo la convenció de secundarla?

—A esa mujerzuela no volverá a verle el pelo, tendrá que esforzarse para conseguir otra que caliente su cuerpo.

—¡Maldita mujer! —bramó poseído por la ira—. Usted es mi castigo y mi desgracia. Si no me quiere, ¿por qué me tortura?

—Yo... —Se quedó sin palabras. Aún su cuerpo estaba ardiendo por las atenciones que su esposo le había procurado, y aquella situación tan íntima quebró sus defensas. Su respiración era agitada y su corazón la delataba por completo; podría escucharse a kilómetros de distancia.

—No diga nada. Termine lo que ha empezado porque ya no puedo parar —suplicó agitado.

La besó con un ánimo ferviente y ella, contrario a sus expectativas, le devolvió el afecto, poseída por el embrujo que causaba aquel bandido ante su cuerpo. Trepidó bajo sus brazos, ávida de deseos, hasta que la intención, en aquellos ojos rufianes, la hizo apartarlo de un empujón.

—¡Deténgase, Johansen! ¿Cómo se atreve a tratarme así?

—¿Por qué se niega? Usted también arde como yo. Es mi esposa, no tiene que resistirse.

—¡Ha yacido con otras mujeres! ¡Ha profanado nuestro casamiento! No vendrá ahora a aparentar que no me ha ofendido.

—Desde que estamos casados, no he tocado a otra mujer, pero ya no puedo más. Por eso me dejé engatusar por... Si tú quisieras, no miraría a ninguna otra. —Era la primera vez que le hablaba de un modo más cercano y a ella le agradó que la tuteara. Jørgen la miró hambriento; ninguna como ella lograba encenderlo de pasión y enfurecerlo a la vez. No entendía cómo podía seguir resistiéndose si su cuerpo daba claras muestras del sentimiento que la embargaba. Se lo decía la humedad desbordante que había probado entre sus piernas; sus pezones, afilados como flechas; el calor de su lengua; sus latidos acompasados, que se escapaban de la coraza de su pecho. Le susurró al oído mientras le aproximaba su sexo erecto al de ella palpitante—: ¿Me dejarás así, quemándome vivo?

Margarita gimió por toda respuesta a punto de sucumbir y dejarse invadir por la dureza de la hombría de su esposo. Perdió el control de su anatomía frente a aquel hombre. Tenía tantas ganas que tuvo que morderse la lengua para decir:

—No creo que te cueste mucho esfuerzo conseguir a otra de tus zorras para acallar tus ansias. —También lo tuteó.

—Pero te quiero a ti —admitió y fue tan sincero que a ella no le quedó dudas pero, de todos modos, decidió contraatacar.

—Porque me tienes agazapada bajo el roble de tu cuerpo, con tu espada expectante para atravesarme.

—Debería hacerlo sin más miramientos. Tú me has acorralado en esta habitación y me has

dejado como a un león furioso y con un apetito voraz.

—Y nada me dará más satisfacción que burlarme de tu aventura infructuosa.

—Podría tomarte para que termines lo que has empezado; tal vez, así aprendas a respetarme.

—No me asombraría de ti. Eres un salvaje, no tienes ni una gota de delicadeza en el alma aunque intentes confundir a todos con tus dotes de caballero reformado.

—¡Eres una mujer pérfida, pero eres mía y me cumplirás!

—Encontrarás placer si me devoras con tu fuego insaciable, pero solo hay desprecio en mi corazón.

—Sabes que nunca te tomaría por la fuerza.

—Me arrepiento de este juego; al final la trampa ha sido para mí —admitió derrotada.

Él se percató de la humedad de las mejillas de su esposa y se lamentó. Colocó sus brazos a ambos lados de su cuerpo, apoyó los codos sobre el mullido colchón y, rozándole su nariz con la suya, calmado le susurró:

—¡Lo siento! Cerraste las puertas de tu alcoba para mí. Estoy atrapado en este absurdo matrimonio y no soy un hombre célibe. Te empeñaste en castigarme con la abstinencia.

—Tampoco insististe, estabas muy complacido con mi resolución —aceptó en voz muy baja.

—Me aseguraste que me querías lejos de tu cama y de tu vida. Me gritaste que me odiabas; que, de no haber sido por tu hermano, nunca te hubieras casado conmigo.

—¿Sueles darte por vencido con tanta facilidad? Debiste luchar por mis atenciones.

—¡Oh, por Dios! He sido un tonto. Pero ¿no era más fácil habérmelo dicho con todas sus letras? Creí que me detestabas. Ustedes, las mujeres, son algo confusas y taimadas. ¡Ven! —dijo y la estrechó entre sus brazos—. Nuestro alejamiento acabará esta noche. Te he dicho que no me pesa cumplir con mis obligaciones.

—¡Suéltame, idiota! ¿Pretendes que pase por alto tu traición? —inquirió enojada, pero con el amor que gritaba en las paredes de su corazón.

—Solo quiero darte lo que has venido a buscar. Has entretejido todo este aparejo para tenerme entre tus piernas; ya lo has logrado, y en verdad me has sorprendido. Me excita saber lo mucho que me deseas. —Jugó con ella para animarla a rendirse en sus brazos; aunque se esforzaba en disimularlo, Jørgen pudo ver en su rostro que también lo deseaba.

—Estás demente. Si tramé esta encerrona fue para dejar al descubierto tus fechorías. No me tendrás. Ahora me sobran motivos para mantenerte muy lejos de mis faldas.

—¡No! No caeré de nuevo en tus patrañas. No niegues que te derrite la tentación —murmuró y le atrapó el labio inferior con sus dientes, para luego succionarlo a su antojo—. También me derrito por ti. Basta de celos y desprecios, no necesitas consumirte en tu propia hoguera ni hacer locuras como esta. Soy tu esposo y puedo mantenerte feliz.

—¡No me beses! ¡Me iré para siempre! Solo quería ver, con mis propios ojos, hasta dónde estabas dispuesto a llegar.

Margarita sollozó y él, conmovido, enjugó sus lágrimas. Se preguntó si en verdad estaba tan

ciego que no imaginaba cuánto daño le causaba. Volvió a procurarla con sus besos ante su continuo rechazo.

—¡No te vayas! —le pidió. Se puso de espaldas y la arrastró consigo hasta dejarla sobre sus duros pectorales—. Lo que suceda en esta alcoba nadie tiene por qué saberlo. Olvida por un día que me detestas y obedece a las demandas de tu piel. Aunque lo niegues sé que me deseas, pero estás ofuscada. También he sido obstinado. ¿Y si nos amamos hoy como dos amantes furtivos? No seré yo, no serás tú. Si lo deseas, puedes usar mi cuerpo como si fuera el de él.

—¿A qué te refieres? —inquirió asustada.

—Ya supe que querías desposar a otro, a tu último pretendiente, y que tu hermano se opuso. ¿Por eso quieres la anulación de nuestro matrimonio? ¿Para correr a España a desposarlo?

—No lo menciones. —Se sorprendió de hasta dónde había llegado en sus indagaciones, aunque desconocía el trágico final—. Jamás podría usarte a ti ni a nadie de esa forma. Estás muy ebrio, mañana no recordarás todas las incongruencias que estás diciendo.

—Hazme el amor como a un amante desconocido. No te resistas, también lo necesitas. Así tu esposo estará complacido y su pecado no será tan horrendo. Te amaré como si fueras un amor apasionado y fugaz. Solo esta noche, mañana puedes seguir detestándome.

Margarita se dejó vencer sobre aquellos labios entreabiertos y los acalló de pronto; se deleitó en sus mieles y los castigó hasta que le dolieron los propios. Volvieron a girar sobre sus cuerpos entrelazados y él quedó encima otra vez. Se miraron en medio de la oscuridad y cada uno encontró de su agrado los rasgos de la cara del otro.

—¿Estás seguro?

—Mucho. Eres hermosa. ¿Te lo había dicho antes? Eres endemoniadamente bella, mujer. Podrías tener a tus pies al hombre que eligieras. Tus labios tan rojos son en extremo tentadores; no querré que los miren. Y tus ojos, aunque intentan ser castos, están llenos de picardía; no lo puedes evitar. Es lo que más me enciende. ¿Qué piensas de mí?

—¿Te gustan los halagos?

—Solo quiero saber si no te soy desagradable, no quiero forzar la situación.

—No eres feo, eres medianamente aceptable —fingió e intentó que el tono de su voz fuera despreocupado. Él gruñó, era un hombre consciente de sus atributos y odió la percepción que ella tenía de su físico. Bajó el rostro mortificado y Margarita se lo tomó entre las manos y le susurró —: Eres hermoso, demasiado para ser varón.

—Si te agrado, entonces, ¿por qué me has rechazado todo este tiempo? —Margarita suspiró resuelta a no abrir su alma—. ¿Tu corazón ya tenía dueño cuando llegaste a mí?

—Aleja esos pensamientos. Seguiré con este juego. No deseo que tengas querida y, si has de elegir una, seré yo quien calme tu cuerpo. Tómate como pretendías hacerlo con tu amante furtiva. Hazme sentir lo que estabas dispuesto a entregarle.

—Jamás podría tomarte igual; tú eres la culpable de que mi necesidad se haya desbordado al punto de que ya no piense con claridad.

A Jørgen le costaba reconocerlo; también le había reclamado a la vida, en sobradas ocasiones, por sentirse amarrado en aquel acuerdo matrimonial por conveniencia, pero había languidecido de deseos cada día que su cuerpo no había sido recorrido por la voluptuosa boca de su flor. Él, por instinto, cogió su miembro y lo guio ufano hacia el interior de la mujer, con una sonrisa triunfante.

—¿Ves que no es tan malo, mi bella flor? —le susurró a su esposa al oído. Ella estaba muy húmeda por las caricias previas y por todo lo que fantaseaba que podría ocurrir; pero, cuando se topó con la barrera de dolor, debido a que no había sido desflorada, intentó alejarse—. No tiembles. Ven, te trataré con cuidado.

Pero Margarita estaba muy cerrada y, a pesar del abundante líquido que manaba de su entrepierna, el miembro viril de Jørgen no se introducía por completo.

—No pensé que sería tan complicado —jadeó ella anhelando más, pero con miedo a lo que podría sentir—. Eres enorme y yo no creo tener capacidad para recibirte.

Él lo sabía; su hombría era mayor que la media. Temía que, si empujaba, pudiera ocasionarle un desgarró. Ella estaba lista para recibirlo, pero su talla le impedía que el trámite fuera más placentero. Deslizó uno de sus dedos en su interior y ella gimió ante la invasión, pero luego se aferró a aquel embiste deseosa. Jørgen procuró prepararla para que lo recibiera y añadió otro de sus grandes dedos a la fiesta. Los movió con dulzura, explorando los sitios internos más sensitivos —que Margarita recién se enteraba que existían—, hasta que ella se apoderó de su mano y le exigió ser más enérgico en sus movimientos. Jørgen le besó los pechos mientras la piel de Margarita iba elevando su temperatura, y siguió embistiéndola con sus dedos con el ritmo que su esposa le indicaba.

—¡Oh, por Dios! ¿Qué me sucede? —susurró ella en su idioma natal y, desde ahí, se olvidó de hablar en cualquier otra lengua.

—No pienses, mi flor. Solo déjate ir.

Margarita agitó sus caderas en busca de su propio placer; su cuerpo le exigía más fricción con cada movimiento. Jørgen continuó invadiéndola y succionando sus senos con toda la intención de perderla y conducirla a un estado de frenesí total. Ella jamás había sentido una caricia, y el despliegue de atenciones que estaba recibiendo su cuerpo rompía con cualquier expectativa que hubiera tenido sobre lo que sucedía entre un hombre y una mujer. Se sintió asaltada por un calor sofocante, más intenso que cualquiera experimentado durante la velada, y percibió un remolino formarse en su vientre que amenazaba con hacerla explotar. Su respiración se volvió más agitada; su cabeza no conseguía pensar. Estaba a las puertas de su primer orgasmo y todo lo que quería era a ese hombre dentro hasta el último centímetro.

—¡Tómame! —le pidió con una necesidad apremiante.

Jørgen la miró a los ojos y le susurró:

—Ahora vas a ser completamente mía, querida amante.

Volvió a colocarse en su apretada apertura y empujó con fuerza, mientras se llevaba su virginidad a su paso. Margarita fue invadida por un dolor que quemaba, pero no se retiró; al

contrario, se agitó contra el duro invasor y su temperatura corporal ascendió más. Terminó por estallar, mientras era protegida por sus pectorales de hierro, que aprisionaban sus trémulos senos debajo de su irrompible coraza. Él le pegó la frente sobre la suya y ella gimió de goce contra sus labios, los que él tomó y besó a su antojo. Ni siquiera la dejó recuperarse de su clímax; comenzó a moverse lentamente sobre su cuerpo, embistiéndola, primero, con suavidad y, luego, aumentando la potencia.

—¡Oh, Jørg! —Él adoró escuchar su nombre de sus labios, y eso aumentó su excitación.

—Me enloqueces —le dijo sin dejar de empotrarla de forma más enérgica cada vez—. Primero, me cierras la puerta de tu habitación y me evades; después, te deshaces de mi amante y te cueles en su lecho. ¿Qué vas a hacer conmigo? ¿Te das cuenta del poder que tienes sobre mí?

—Tú me desquicias. No quería terminar así, solo pretendía darte una lección —jadeó sobre su boca. Sentía que caía en una espiral de sensaciones; su vientre reverberó ávido por volver a explotar.

—¡Y mira que me la has dado!

Se miraron embebidos de pasión mientras el placer se apropiaba de sus mentes, de sus cuerpos y jugaba a ser amo y señor. Margarita reparó en los ojos celestes de Jørgen, tan cargados de amor que la enloquecían. ¿Cómo pudo resistirse y poner una barrera entre los dos? Ese hombre era un volcán, uno que la quemaba de una forma desconocida. Sus voluptuosos labios acariciaron los suyos; su lengua cálida invadió, una vez más, su boca y le robó la cordura. Aquella forma de besar la despojaba de la razón; si no lo frenaba, él se adueñaría de su corazón con tanta fuerza que jamás podría sacarlo. Sus labios respondían instintivamente al apremio; sus senos nunca habían sido cubiertos por otra piel, y la sensación era abrumadora, deliciosa y desquiciante.

Se dejó elevar una pierna primero y, luego, la otra hasta que quedaron cruzadas sobre la espalda masculina. Él deseaba enterrarse más hondo y ella temió no estar preparada; pero lo necesitaba cada vez más profundo y rogó por que su cavidad se pudiera adaptar a su tamaño. Jadeó cuando fue ocupada por completo por la hombría del escandinavo, y quiso exigirle que acelerara la frecuencia de sus embestidas. No tuvo que pedirlo; él era dominado por la misma urgencia. Sus dedos presionaron su carne; su sexo, firme y caliente, entraba y salía; su sudor se mezclaba con el suyo; su mirada, exquisita y perdida; sus firmes músculos se tensaban ante cada arremetida; sus dientes mordían sutilmente el labio inferior... Aquel hombre se apoderó de su mundo y ella sucumbió ante su poder.

Tembló bajo los duros pectorales dando claras señales del curso de su excitación. Jørgen notó que pronto sería sacudida por las convulsiones del éxtasis, pero no le permitiría tocar el cielo sola; quería que se perdieran juntos, lo deseaba imperiosamente. Nada de aire quedaba entre sus cuerpos; sus fuertes brazos la protegían y brindaban soporte para que no se desplomara contra las inclementes estocadas con las que Jørgen castigaba su cuerpo.

—Acaríciame, mi flor. Quiero sentir tus manos sobre mi piel. —Margarita obedeció y recorrió el largo de su exquisita espalda. Terminó por apoderarse de sus firmes glúteos y por empujarlo

contra sí para exigirle que aumentara la velocidad de sus arremetidas—. ¡Por Dios! Me obligarás a serte infiel cada noche para que te desnudes para mí.

Las palabras de Jørgen la condujeron a un punto de no retorno. Era una mujer distinta entre sus brazos. Su vientre comenzó a producir espasmos, aún más fuertes que los anteriores, que la sacudieron desde sus entrañas. Y en las sombras se perdieron el uno en el otro, con los gemidos a coro de dos almas que se añoraban más allá del entendimiento. Él, abocado a complacerla, con el anhelo oculto de contagiarla de su misma necesidad, para que ella dejara de renegar del vínculo indisoluble que los unía. Margarita le apretó aún más los glúteos para obligarlo a montarla con más potencia y dejarla completamente exhausta. Jørgen gruñó al sentir sus manos presionarle la retaguardia y terminó de vaciarse en su interior.

Culminaron extenuados en aquel frío cuarto de una casa de citas y, sin dejar de abrazarse, cerraron los ojos para descansar.

Capítulo 24

El amanecer los obligó a despertar, y aún seguían abrazados y desnudos. El aroma a Jørgen la envolvía por completo. Inspiró fuerte para llenarse de él; olía a mar y a madera. Su fragancia era masculina y agradable. Margarita, instintivamente, tomó el cobertor y cubrió su desnudez. Sentía que había cometido un pecado y tenía que enfrentarse a las vergonzosas consecuencias. Intentó salirse del lecho y él la atrapó con más fuerza contra su cuerpo, aún dormido. Trató de liberarse de su agarre, pero no pudo soltarse. Lo miró y se mordió los labios por no quedarle más remedio que tener que cruzar unas palabras con el infiel. Se moría de timidez tras lo ocurrido y la forma en que se había comportado. Lo único que deseaba era desaparecer a hurtadillas.

—Jørgen, despiértate. Nos quedamos dormidos. —Intentó levantarse y él no la soltaba.

En total negativa a dejarla escabullirse, la abrazó haciéndola estrellarse contra su tórax de nuevo.

—Ven a la cama; aún es temprano —dijo adormilado. Margarita fue consciente de su desnudez y la de su esposo cuando su espalda rozó la piel tersa de sus pectorales.

—Debemos irnos a casa antes que los sirvientes y los vecinos despierten. Moriré de vergüenza si nos encuentran aquí. ¿Qué dirán de nosotros?

—Estás con tu esposo, no tienes de qué avergonzarte, y estamos en un lugar decente. Descansemos un poco más; después te haré despertar como una reina.

Jørgen se empujó suavemente contra su cuerpo y Margarita entendió su intención al sentirse encañonada por su potente erección.

—¿Olvidas que tenemos un desayuno con mi hermano en Primrose Hall?

—Cierto.

—Vamos de una vez.

Margarita fue en busca de su camisola y anudó sus cintas frontales con recato. Luego, recuperó sus calzones y se los ajustó a la cintura. Estar con poca ropa delante de él era abrumador, más al recordar que la había visto y tocado. Tras colocar el corsé sobre su pecho, sintió a Jørgen acercarse para ayudarla; le ajustó los cordones con suma habilidad. No pudo agradecerle; de sus labios se escapó un reclamo.

—Se nota que lo haces a menudo.

—No —negó escuetamente y siguió apretando—. No es algo complicado.

Margarita lanzó un gritito cuando él la presionó con demasiado impulso y las ballenas amenazaron con quebrarle las costillas.

—Con delicadeza. ¿Quieres dejarme sin aire?

—Te dije que era la primera vez que lo hacía, pensé que se requería más fuerza. Ustedes, las mujeres, lo hacen parecer más difícil de lo que en verdad es.

Él se arrepintió de sus palabras de inmediato; ella hirvió de ira de imaginarlo en una situación comprometedoramente con otra fémmina.

Jørgen se alzó de hombros al no poder entenderla y terminó de atar los cordones poniendo menos empeño. Pero ella no podía aguantar el malhumor que reverberaba en su interior. Se volvió de pronto y, clavándole la mirada en sus ojos, le dijo:

—Simulas ser un caballero, pero a mí no me engañas. Eres tan solo un salvaje reformado.

Cuando la vista de Margarita pasó de sus ojos azules a sus rosados labios, para luego continuar descendiendo a lo largo y ancho de su anatomía, se topó con aquel hombre enorme, completamente desnudo, de piernas fuertes como robles, de pecho poderoso como una roca, de abdomen firme y de brazos protectores. Tragó en seco, y la sensación de su abrazo —mientras le hacía el amor la noche anterior y le robaba un glorioso orgasmo—, se coló en su mente.

Jørgen curvó los labios y se la quedó mirando mientras ella, impávida, se olvidaba del correr del tiempo y contemplaba absorta el miembro viril, que comenzó a elevarse, excitado por la situación. La dejó deleitarse hasta que Margarita se topó con unos ojos socarrones que la observaban; carraspeó para disimular su respuesta.

—¿Nunca habías visto a un hombre desnudo?

Ella hizo un gesto altivo, buscó la ropa de esposo y se la lanzó.

—Deberías cubrirte; no es educado mostrarse así delante de una dama. Los caballeros no andan por ahí meciendo sus atributos al viento.

—Eres mi esposa.

—Ni siquiera delante de tu mujer debes presentarte así; es poco decente. ¿No te enseñaron nada?

—Tal vez tú eres quien tiene muchas cosas que aprender, pero no las tonterías que les enseñan a las señoritas para atrapar marido. Eso no funciona para conservarlo.

—Vístete o pescarás un resfriado —resolvió y se volvió de espaldas a él con la nariz elevada, tratando de ocultar los latidos acelerados de su corazón.

—Yo te voy a instruir en el placer, mi flor. Sí que te enseñaré.

Jørgen comenzó a vestirse y, al estar listo, le extendió la mano para salir juntos de la habitación. Pero, antes de abrir la puerta, se inclinó sobre sus labios carmesíes para besarlos con ternura. Margarita quedó helada, no sabía si seguir sus instintos o lo que dictaba su conciencia. Estiró una mano y se la puso sobre el pecho para frenarlo.

—¿Qué sucede? —preguntó él.

—Solo fue anoche. ¿Lo recuerdas? Como dos desconocidos.

—No me pidas eso —suplicó reacio a dar marcha atrás en el avance que habían logrado en su relación.

—Es todo lo que puedo darte.

—Si vuelves a cerrar tu puerta para mí, me empujarás a los brazos de otras mujeres.

—Será tu decisión.

—No lo acepto.

—Dijiste que sería una única ocasión.

—Eso fue antes de probarte, de sentirte... Hablaremos después. Marchemos a la casa a cambiarnos y ponernos decentes para el desayuno.

—Vamos, pero no me harás cambiar de opinión.

La miró convencido de lo obstinada que era. Sin compartir otra palabra, desfilaron rumbo al carruaje que vino por él. La hizo subir y la mandó a la casa; él partió en el caballo que había traído Margarita.

Llegaron casi al unísono. El servicio apenas despertaba. Se encontraron en el corredor, pero ninguno medió palabra. Se dirigieron a sus habitaciones con la puerta cerrada entre ambas.

Margarita apremió a la doncella para que le trajera la tina con agua caliente para bañarse antes de salir.

—Señora, la mañana está fría. No le recomiendo tomar un baño, y menos caliente, para luego salir.

—Lo necesito. Date prisa; el señor está apurado.

La doncella obedeció y, con agilidad y con ayuda de otra, trajo lo solicitado por la señora. Margarita se dejó caer dentro del agua templada. Sintió alivio cuando sus partes privadas se sumergieron para ser refrescadas del azote al que las había sometido la noche anterior. La calidez del líquido le proporcionó alivio; no experimentaba dolor, pero se sentía irritada por el acuciante roce. Olió sus brazos y se percató de que la fragancia de Jørgen seguía impregnada en cada trozo de su piel. Las sensaciones de su entrega se colaron en su mente, a la par que sus músculos se relajaban y quedaban laxos por el efecto del baño. El recuerdo del momento justo en que su madre le había comunicado la muerte de Mendoza se apoderó de todo su ser y borró cualquier otro sentir o deseo a su paso. Una agonía le partió en dos el pecho, una que no la dejaba ser feliz en su matrimonio. Siempre el recuerdo del hombre que había dado la vida por ella, por amarla se atravesaba reclamando fidelidad. Deslizó su mano hacia su sexo llena de vergüenza consigo misma —aunque estuviera sola—, e incluso allí también dominaba el aroma de Jørgen. Tomó el jabón y talló su cuerpo con furia, quería arrancarse el olor de su esposo a como diera lugar.

Kathy entró para apurarla; debía abandonar la tina y secarse si quería llegar a tiempo. Renunció a sus reflexiones y se enfocó en prepararse para el desayuno al que iba a asistir.

—El señor ya casi está listo; debe apurarse si no desea hacerlo esperar —dijo la doncella.

—Ayúdame, por favor.

Antes de salir, se puso unas gotas del perfume de Neroli, sus guantes y un coqueto bonete. Ya Kathy se había encargado de colocarle una especie de redecilla sobre su peinado. Cuando abandonó su habitación, lo encontró listo en el vestíbulo. Él también se había ocupado de asearse. Llevaba un traje limpio e impecable, de un azul índigo que lo hacía lucir sofisticado y que lograba que sus ojos celestes adquirieran profundidad. Las hebras de su cabello, acomodado con sus pomadas, brillaban. Su camisa blanca impoluta hacía que su chaleco azul cielo luciera en perfecta armonía, más con su bella y sólida corbata. Su aroma masculino a mar, a hierba recién cortada y a maderas sacudió los sentidos de Margarita. Era la misma esencia que ella aún desprendía de su piel. Ni todo el jabón del mundo se la arrancararía; la había marcado para siempre.

—Hueles delicioso —le dijo él.

—Gracias —respondió sonrojada—. ¿Estamos retrasados? Lo siento, sé cuánto odias la impuntualidad.

—Esperaría una eternidad para verte así. Luces preciosa y hueles como un campo de azahares; es muy gratificante. Siempre he adorado ese perfume que usas, pero anoche lo cambiaste. —Ella se asombró de que lo hubiera notado—. Y no te preocupes; vamos bien de tiempo.

Llegaron al lujoso Primrose Hall, donde sus familiares ya los esperaban. Era la despedida íntima; un día después Hugo partiría a España y los duques de Whitestone se retirarían a su propiedad en Oxfordshire, Whitestone Palace. Se introdujeron en la salita donde Hugo y Grace aguardaban sentados y William deambulaba por el salón divirtiéndolos con sus ocurrencias.

Margarita respiró de alivio al ver el rostro de su hermano relajado; suponía que no sospechaba lo sucedido la noche anterior o, de lo contrario, estaría iracundo. Los tres hacían un cuadro bonito. Su prima había tenido mucha suerte al encontrar a su esposo. No era el típico inglés frío; al contrario, se podía asumir que hasta era divertido. Ella, en cambio, estaba amarrada a Johansen, de quien reconocía su atractivo; su imagen desnuda aún hacía estragos en sus nervios. Pero era helado, hermético y serio; por más que fuera un volcán en la intimidad del lecho, en el diario su compañía era abrumadora. Aunque se esforzara en aparentar lo contrario, Jørgen ocultaba una oscuridad en su alma que era bien disimulada, como si guardara un secreto antiguo que aún le lastimaba.

El caballero español se puso de pie hasta que su hermana estuvo sentada. Intercambiaron las palabras habituales al saludarse, hasta que Hugo los miró largamente; su gesto era de asombro.

—¿Qué sucede? —preguntó Margarita.

—No sé, tengo la impresión de que lucen diferentes. ¿Hay algo que me esté perdiendo? —indagó el duque de San Sebastián.

—No —respondió ella.

—¿Seguro? —insistió Hugo.

—Todo está igual que siempre, estimado cuñado —trató de mediar Jørgen.

El duque de Whitestone hizo la señal para que se desplazaran a la mesa de una terraza techada con una gran cúpula de hierro y cristal, que fungía como invernadero. Estaba repleta de amplias macetas con plantas de todo tipo e, incluso, árboles pequeños crecían de maceteros de mármol que se erigían desde el mismo suelo. Margarita se acercó a uno de ellos y tomó una hoja casi dorada que se desprendió sola; la inspiró para robarle el escaso aroma. Odiaba despojar a los árboles de hojas y flores, solo tomaba las que solían caer.

—¿Es limón? —le preguntó Jørgen mientras se acercaba por detrás.

—Es naranja, pero de lo agria. Limón es aquel y ese otro, naranja dulce.

—¿Cómo puedes reconocerlos solo con mirarlos? ¿No tienen frutos ni flores?

—En el palacete del Cerro, donde crecí con los marqueses de Morell de Santa Ana, teníamos plantas dentro y fuera. El jardín externo era enorme, como una especie de laberinto donde te podías perder.

—¿Exageras?

—Solo un poco. —Sonrió y él le devolvió la sonrisa.

Hugo no les quitaba la vista de encima, notaba que no se comportaban como habitualmente lo hacían: y aquello le dio esperanzas de que, tal vez, su elección había sido la correcta, lo que terminaría por hacerlo sentir menos culpable por haberla arrastrado a Londres y haberla casado con su amigo casi en contra de su voluntad. Los miró de reojo una vez más.

—¿Será que ya están de encargo? —inquirió Hugo a los recién casados cuando se aproximaron y tomaron asiento—. ¿No se guardarían un secreto así? Miren que partiré mañana y deberían compartir su dicha conmigo. Yo he sido su Cupido.

—Hermano, ¡qué cosas dice! —terció Margarita.

—No lo ocultaríamos. No hay ningún indicio que apunte a sospechar de un embarazo —aclaró Jørgen.

—Entonces, ¿no han encargado un hijo? —preguntó el fastidioso cuñado.

—Espero que muy pronto Margarita esté en estado de buena esperanza. Nos estamos ocupando de ese asunto.

—¿Con constancia? —Hugo soltó unas odiosas carcajadas y Margarita sintió sus mejillas arder por la vergüenza. Grace y Whitestone rieron por su pregunta—. Llevan casi un mes de casados; mi esposa quedó encinta en la noche de bodas. ¡Y no culpes a mi hermana! Todas las Morell no han tenido problemas para engendrar hijos.

Jørgen apretó la mesa hasta hacer crujir la madera, no entendía por qué al duque no le bastaba con tenerlo a su merced como cuñado; también quería someterlo a través de su hombría.

—Primo, eso no es tan pronto —intermedió Grace.

—Ustedes no tardaron nada —le recordó el duque de San Sebastián.

—Comamos en paz —murmuró el dueño de casa.

Tras disfrutar los alimentos, las primas se retiraron al saloncito de Grace para conversar, y los

caballeros se fueron a su salón a disfrutar del tabaco que exportaba el duque de San Sebastián. Aunque en Inglaterra estaba más de moda la pipa, Hugo los había inducido a fumarlo como un auténtico cigarro puro. Hablaron de negocios por largo tiempo y, tras un rato, Hugo volvió sobre el tema en cuestión, el de la descendencia, hasta que Johansen puso un pretexto para marcharse y dejarlos boquiabiertos. Abandonó el salón y su habano a la mitad, caminó hasta donde conversaban las señoras, tomó a la suya por el brazo y la instó a despedirse.

—¿Cuál es la prisa? —inquirió su esposa.

—Nos vamos, Margarita.

—No quiero, deseo aprovechar un rato más. Después echaré de menos a Grace y a Hugo.

—Nos urge irnos.

—Si estás apurado, puedes adelantarte. Yo...

—Mi esposa se va conmigo.

Estaba harta de que se comportara como un bárbaro; culpaba a su origen, a las costumbres extrañas de su tierra de procedencia. Solo a Hugo se le ocurría hacer negocios con un hombre venido de otros lares y unirlo en sagrado matrimonio con su hermana, cuando ni siquiera compartían la religión. Se despidió de todos y tomó asiento en el carruaje, que los sacó de allí. Jørgen, a su lado, le apretó la mano y se la besó con ahínco, como si temiera que se la arrebataran. ¿El señor Johansen la estaba queriendo? ¿Lo que vio en sus ojos la noche anterior había sido realmente amor o solo la flama del deseo?

Su corazón se estremeció tras el beso y latió acompasado. Le sujetó la mano durante todo el trayecto de vuelta y le clavó los ojos hasta casi desarmarla por dentro. Margarita, confusa, esquivó el contacto de aquella mirada clara, azul y vibrante; si la sostenía, él terminaría por aproximar sus bocas y asolarla a caricias con su lengua y sus labios como había hecho la noche anterior. ¿Estaba sintiendo algo por su esposo? La culpa que cargaba la agujoneó en el costado, y quiso oponerse a su sentir. Estaba por creer que era cierto de lo que la acusaba Jørgen: que era la hermana mimada de su excelencia, a quien el duque le concedía todos los caprichos. Entonces, recordó los sinsabores por los que había pasado hasta que la paz se hubo asentado en su alma. Se defendió; ella era más que una dama consentida.

—Mi cuñado no deja de exigirnos un hijo —le dijo Jørgen y volvió a atraer su mirada.

—¿Y ahora Hugo tiene poder sobre ti?

—Odio los chistes sobre mi hombría. Debemos engendrar una criatura para que cesen las murmuraciones.

—Solo llevamos un mes de casados.

—Uno en que no ha habido mucha acción.

—Jørgen, yo... —Se llevó la mano a la frente; sentía los ojos pesados, como si las lágrimas se estuvieran aglutinando detrás de sus párpados.

—¿Un hijo pronto es mucho pedir?

—Lo de anoche fue fortuito; dijiste que solo sería una vez.

—Eres mi esposa, ¿o no?

—Pues lo soy, sí que lo soy.

El silencio.

Llegaron a su morada y, nada más entrar, Jørgen se aflojó el nudo de la corbata. La condujo con prisas a la habitación que ella usaba, mientras espantaba al escaso servicio que salió a recibirlos.

—Quítate la ropa —le exigió mientras se desvestía.

—Llamaré a Kathy pero, por favor, espera a que se retire para terminar de quitarte las vestiduras. No quiero que te vea.

—¿Estás celosa?

—¡Por supuesto que no! La decencia es algo que tenemos algunas personas. ¿La conoces?

—Nada de doncellas, yo te ayudaré a desnudarte.

—Si insistes.

Tras su autorización, el caballero comenzó por sacarle la amplia falda y la blusa. Luego, comenzó a luchar con las cintas anudadas a la cintura de las exquisitas enaguas con bordados de flores blancas. Hizo un gesto de frustración por las innumerables prendas que conformaban el atuendo de una dama y por lo laborioso que era colocarlas y quitarlas.

—Ayúdame, o parecerá que estoy solo en esto —le pidió.

—Es de día —murmuró con temor de quedar expuesta frente a él—. Retírate mientras me cambio. Te aguardaré en el lecho y te llamaré cuando esté lista.

—Yo he estado expuesto frente a ti, mi flor. ¿Por qué me niegas apreciarte?

Cuando Margarita se percató de las enaguas, el miriñaque y el corsé estaban fuera. Jørgen la tomó en brazos y la depositó sobre el lecho, con la cabeza dulcemente recostada sobre sus almohadas. Todo olía a él, a mar, a hierba húmeda y a maderas. Y de pronto sus labios, rosados y tentadores, se aproximaban para besarla; ella giró la cara hacia su izquierda.

—¿Qué pasa? —Le tomó las mejillas entre sus dedos y la obligó a mirarlo—. ¿Me niegas tus besos?

—Tengo derecho a reservarme algo. Mi cuerpo es tuyo hasta que tengamos el hijo que tanto deseas para demostrar a la sociedad cuán hombre eres, pero mis labios no te servirán para ese fin —murmuró y comenzó a desanudar la cinta de su camisola, lo que le dio acceso a sus senos.

Él estaba demasiado excitado para frenar o discutir en ese momento; calmó su sed en su pecho, y ella se perdió en sus caricias. Ni siquiera le quitó sus calzones, aprovechó la apertura de estos para abrirse paso hasta su interior; comprobó la humedad de la intimidad femenina, antes de refugiarse en su vientre, y se sintió complacido. Bramó de alivio cuando fue sofocado por su calor. El deseo por aquella mujer no solo lo estaba volviendo loco, sino que había aumentado desde la noche anterior.

Comenzó a embestirla muy suave. Cuando ella le cruzó las piernas alrededor de las suyas, lo

que le permitió acceder más profundo, su movimiento se fue volviendo cada vez más enérgico, como una carrera sofocante y despiadada hasta la cima.

—Jørgen —clamó ahogada por su peso, con la intención de pedirle que no se apoyara con toda su fuerza para que pudiera dejarla llenar sus pulmones.

Él se deleitó al escucharla, creyó que su quejido no podía ser más que de gozo; se sintió complacido de saberla disfrutando. La humedad entre sus piernas no podía refutarlo. Sus pezones erectos y sus deseos de hacer contacto con su piel a través de sus dedos. Ella lo tenía asido, con una mano, por los cabellos y, con otra, por su nuca.

—Dime, mi flor —gimió poseído por el embrujo de su voz.

Ambos se sorprendieron del tono erótico que él empleó.

—¡Por Dios, me estás aplastando! —soltó y mató el romanticismo.

—Perdóname —se disculpó y clavó un codo sobre el colchón para permitirle respirar.

El escandinavo se sintió un idiota, pensó que Margarita cedería y admitiría cuán placenteras le resultaban sus atenciones, las que se esforzaba en prodigarle, y no solo para cumplir con las demandas de su excelencia. Terminó por colocar todo su antebrazo sobre la cama para hacer un hueco, pero no dejó de embestirla.

Cuando salió de su interior para volver a arremeter, su delicada florecilla no pudo aguantar su amplio gemido. Lo empujó lejos de sí con suavidad y él se apartó sin entender por qué lo alejaba si era evidente que le gustaba. Margarita le lanzó una mirada despiadada, se liberó de su camisola desesperada por deshacerse del obstáculo que no le permitía sentirlo piel con piel. Jørgen, lleno de apetito por seguir devorándola, le arrancó los amplios calzones. De inmediato quedaron los dos, por primera vez, desnudos, sudados y excitados frente a frente a la luz del sol, que se colaba por las ventanas. La dama se volvió a dejar caer sobre la mullida cama y abrió lentamente sus piernas para darle a entender que continuara poseyéndola. Al ver que él se quedó pasmado por la sorpresa, y para que no se parara, giró levemente su cara hacia la izquierda antes de repetir esa frase que se convertiría en un pacto entre los dos.

—Descuida, será sin besos.

Jørgen la tomó por el mentón y regresó el rostro a su sitio.

—Quiero verte a los ojos. —Le hizo saber que respetaría sus labios, pero que sus ojos le pertenecían y que en ese aspecto no cedería. La agenció por una de sus caderas y, con la otra mano, guio su miembro de vuelta al interior de su esposa. Le clavó las pupilas en las suyas, mientras se enterraba muy profundo, y de su viril pecho se escapó un gemido—. Luces tal y como me lo imaginé. No me equivoqué; eres aún más hermosa de día, mi flor.

Continuó embistiéndola con movimientos circulares y cadenciosos mientras se embebían el uno del otro y se llenaban de la imagen de esa persona con la que copulaban, con la intención de no enamorarse. Él, porque notaba que había una muralla infranqueable entre los dos, que no le permitía acceder a su corazón. Ella, porque la culpa no la dejaba poner el pasado en su sitio. Margarita creyó que, con no besarla, sería suficiente para no sucumbir ante sus encantos pero, al

perdersse en los destellos del azul —que brillaban como la sal en la superficie del mar—, supo que, si lo seguía contemplando, se iba a enamorar irrefutablemente.

Los mechones dorados, empapados por el sudor; la excitación, flotando en su mirada; su piel, más coloreada por la sangre disparada a todos los rincones de su cuerpo; sus labios, oscuros como si hubiera comido frambuesas y el zumo los hubiera tintado. La expresión del deseo, de la lujuria, del frenesí se apoderó de su alma y se reflejó en su varonil rostro. No podía seguir deleitándose en sus rasgos.

Volvió a empujarlo para romper el contacto con aquellos ojos hechiceros, y él se dejó apartar mientras la observaba con intriga. Pero, cuando la vio acostarse boca abajo sobre la cama, la interrogó.

—¿Y ahora?

—Así les gusta a los hombres, ¿o no? —lo provocó al dejar expuestas sus curvas firmes y redondeadas. Sí, lo había leído en los libros prohibidos; el amor se podía hacer de frente, de espalda, sentados. La lectura era un recurso poderoso para el amor.

—¿Dónde aprendiste esas maneras? —preguntó al recordar los textos románticos, algo pasados de tono, de W. Lovelace.

—Así también puedes sembrarme tu semilla. Ven.

Obvió su pregunta, lo invitó a poseerla. El león hambriento en él no le permitió pensar, solo quería regresar a esa cálida madriguera. Le cruzó un brazo sobre la cintura para tener acceso a la parte más sensible de su flor. Margarita se empeñaba en que fuera rápido y en no sentir, pero su inquieto esposo no se lo iba a permitir. La cubrió con toda su piel ardiente. La escuchó jadear al sentirse abrigada por su calor sobre su espalda, sus glúteos, sus piernas. Y la hizo temblar mientras la empotraba, a la par que acariciaba con maestría su centro de placer.

Le tomó el lóbulo de la oreja entre sus labios, lo humedeció con su saliva y, después, clavó con delicadeza sus dientes sobre el pabellón de su oreja.

—No podré aguantar por mucho tiempo, necesito mi liberación —bramó desesperado.

—No tienes que esperar por mí. —Trató de ocultar de su voz el exceso de excitación que sentía, estaba a punto de llegar al clímax.

—Que la mujer lo disfrute ayuda para la procreación.

—Si tú lo dices. —Se esforzó por sonar poco interesada.

—Sé que estás cerca, lo noto; estás demasiado húmeda. —Margarita odió que su cuerpo la delatara. Jørgen la embistió con más potencia y apretó hacia dentro su botón, aprisionándolo en el calor de sus dedos—. Dámelo, libérate para mí.

—Ahora —susurró sin poder continuar reprimiendo su deseo de explotar y estalló empujándose contra él para sentirlo con todo su cuerpo.

Jørgen dejó de retenerlo, gritó ante el sofocante placer y derramó su simiente tibia en el interior de su mujer. Gimió complacida, extendió sus brazos hacia atrás y se abrazó al cuerpo desnudo de su hombre. Se acurrucaron sobre el lecho mientras volvían a recuperar el aliento.

—Esto que hacemos no puede continuar. —Ella terminó por revelar lo que la angustiaba.

—¿A qué te refieres?

—Sabes que no te amo. Me casé porque mi hermano me puso la precisa.

—¿Quieres a tu pretendiente español?

—No, pero no deo de sentir que está mal lo que hacemos.

—Casarme también fue un reto para mí; no soy amigo del matrimonio.

—Entonces, ¿reconoces que tampoco me amas?

—No quería una boda pero, cuando te conocí y supe que la única forma de hacerte mía sería el matrimonio, accedí gustoso. Eras la hermana de un gran amigo; no podía conquistarte y tomarte de una forma deshonorosa. Te deseé desde la primera vez que te vi.

—Entonces, lo único que te une a mí es la concupiscencia, una que te costó demasiado caro. El matrimonio consumado es irrevocable. ¿Podrás vivir con las consecuencias de tu impulso?

—Creo que no me estás entendiendo. Quiero ser tu esposo en toda regla. No sé cómo, pero me cambiaste. Incluso quiero tener hijos.

—No te engañes, estás casado y todos esperan que tengamos hijos. Tú solo quieres demostrar ante tu círculo que no estás averiado como macho —dijo orgullosa al recordar cómo y por qué la había arrastrado a la cama.

—¿Margarita! ¡No imaginas lo seguido que colmas mi paciencia! ¡Maldigo la hora en que me dejé seducir por una Morell! ¡Mujeres del demonio!

—¿Dejarte seducir? Jamás hubo galanteo entre nosotros. Te recuerdo que ni siquiera hubo cortejo, menos un compromiso apropiado.

—Porque tu hermano quería evitar que cometieras un acto deshonoroso y que unieras tu vida al maldito heredero que te pretendía. ¿A ese seguro le entregabas tus labios sin reparos? Porque bien noté, en nuestra primera vez, que estás acostumbrada a besar.

—Era virgen cuando me entregué a ti.

—¿Y de qué me sirve la virginidad? Yo quiero una mujer que se entregue sin condiciones.

—Estás celoso de quien menos deberías estarlo —le dijo desafiante.

—¿Qué tiene él que no tenga yo? —gritó y la obligó a mirarlo a los ojos.

—¡Está muerto! ¡Muerto! ¡Dio su vida por mí!

Él se quedó perplejo, apretó sus puños con furia; contra la pérdida no podría luchar.

—¿Falleció? ¿Acaso el pérfido de tu hermano me ha convertido en el rival de un difunto? Habla, Margarita, antes que termine por retorcer el cuello de quien me ha estafado.

—Mendoza pretendía mi mano, pero Hugo no estuvo de acuerdo.

—Esa parte de la historia ya lo averigüé por mí mismo. Quiero más información.

—Hugo amenazó con quitarme la dote si deseábamos casarnos; Mendoza aceptó, pero ni así «su excelencia» cedió. —Jørgen abrió más los ojos para exigir una respuesta—. Lo culpó de solo tener interés en mi fortuna, pero no era cierto. Intentamos casarnos a escondidas, pero murió antes de llegar a la iglesia. Cayó del caballo al ser perseguido por los hombres de mi hermano.

—¡Maldito Hugo, mil veces maldito! —gritó como endemoniado y se levantó huraño. Se comenzó a vestir a toda prisa.

Margarita también abandonó el lecho y se colocó los calzones, la camisola y una amplia bata que no dejaba ningún trozo de su piel expuesto. Estaba temerosa de las implicaciones que tendría lo que había revelado. Lo siguió detrás cuando lo vio atravesar de largo la puerta que separaba sus habitaciones, en mangas de camisa, con los pantalones en su sitio y con el resto de su indumentaria en las manos.

Lo escuchó llamar a su ayuda de cámara casi a gritos para que lo ayudara a terminar de alistarse y para que le indicara a uno de los sirvientes que preparara al caballo más veloz. Llamó a su doncella y, avergonzada por que la encontrara en bata a esa hora, le pidió que la apoyara para vestirse con la mayor rapidez posible. Quería frenarlo, pero sentía que nada de lo que hacía lograba sosegarlo.

—Déjame acompañarte —le pidió a Jørgen.

—No me sigas; son cosas de hombre. El duque de San Sebastián me ha ofendido y quiero una satisfacción.

—Tu amigo. No te refieras a él como si fueran dos extraños.

—Valioso amigo el que atenta contra tu corazón.

—No te atrevas a amenazarlo. Hugo es mi hermano; no lo olvides. Si lo tocas, estarás muerto para mí.

—Su excelencia es arrojado y valiente, no necesita que lo defiendas.

—Te lo imploro. Arreglemos en el hogar nuestras diferencias, debemos llegar a un entendimiento como esposos. Te daré lo que me pidas, todo, sin condiciones.

—Es tarde. No te entrometas.

Lo vio partir en uno de sus carruajes, con los hombres de los que se hacía acompañar detrás. Se quedó aguardando su regreso con un hueco enorme en el pecho y con un sentimiento naciente al que no podía amarrarse.

Capítulo 25

Jørgen no llegó al almuerzo ni a la cena; ella despidió el servicio intacto, no se atrevió a probar bocado. Tenía un salto en el estómago por la ansiedad de no saber de su esposo. El temor por que algo nefasto le ocurriera a su hermano la estaba aniquilando. La intentaba tranquilizar la certeza de la habilidad de Hugo con las armas. «¿Qué pienso, Dios mío? Sería estúpido que Jørgen lo atacara por el asunto que lo tiene tan molesto. Tiene razón para odiarlo, pero no para exigir una satisfacción pagada con sangre. No es para tanto, ¿o sí?», debatió para sus adentros. No terminaba de entender la mente masculina y no quería entenderla.

Para colmos, un mensajero misterioso llegó con un envoltorio para su esposo. Vio al señor Ripley ocuparse del menester, debido a que ella estaba vigilante del regreso de Jørgen.

—¿De qué se trata? —lo increpó presurosa.

—En verdad no lo sé. Lo pondré a resguardo hasta que el señor Johansen pueda recibirlo.

—Ábralo. En ausencia de mi esposo, me corresponde revisar la correspondencia.

—Discúlpeme, señora, pero tengo órdenes muy estrictas con respecto a las misivas dirigidas para el señor.

—Podría ser algo urgente.

—En verdad, perdóneme.

Apretó los dientes de rabia, comprendió que el señor era duro como una piedra y fiel en extremo. Observó la tela de terciopelo negro, que traía algo duro dentro, mientras lo alejaban de su presencia, con la curiosidad que le hacía más difícil la tarea de esperar.

Sin otras novedades llegó la hora de acostarse. No durmió en toda la noche, se la pasó dando vueltas en la cama o deambulando por la habitación, con la puerta que la separaba de los aposentos de Jørgen abierta, esperando su regreso, yendo en repetidas ocasiones hasta su lecho para comprobar que estaba vacío.

A la mañana siguiente, antes que despuntara el sol, le indicó a Kathy que la ayudara a alistarse para salir y, luego, le pidió que la acompañara. La doncella aceptó gustosa por tenerla en cuenta para esos menesteres. Partieron raudas al puerto y pudo interceptar a su hermano entre los pasajeros de primera clase, antes que abordara.

Un suspiro se escapó de su pecho al verlo sano y en una pieza. Estuvo a punto de reír y llorar a la vez, pero se contuvo. La elegancia de su traje negro, su sombrero de copa, su bastón y sus labios carmesíes, en medio del aquel rostro hermoso de varón lleno de orgullo, la desarmó por completo. Lloró con más bríos ante la desesperación del duque.

—¿Qué haces aquí, Margarita? Ya nos habíamos despedido —habló preocupado.

—Quería desearte buen viaje una vez más. Te echaré de menos.

—Quita esa carita; nos veremos de nuevo —soltó aliviado—. Te prometo que, en mi próximo viaje, traeré a María Teresa y a los niños, también a nuestra madre.

—Dales todo mi cariño.

—Doña Alma estará feliz de saberte bien casada.

—¿Viste ayer a Jørgen después de la visita?

—¿Por qué la pregunta? ¿Te dijo que me vería?

—No —mintió—. Solo pensé que les quedaban asuntos de negocios por tratar.

—¿Estás bien? ¿Te pasa algo? —La miró dubitativo.

—Solo triste por tu partida, tonto. ¿Qué otra cosa me tendría que pasar?

—¿Me perdonas? Sabes que lo necesito para respirar en paz —imploró con los ojos grandes, oscuros y suplicantes.

—Vete tranquilo, hermano, hiciste lo mejor para mí. En Jørgen encontré un buen hombre. Solo espero que pronto lleguen los niños y que seamos una familia grande.

—Dios te llene de bendiciones y de descendencia. Te quiero, hermana.

—Yo más.

Lo dejó partir y respiró aliviada. Estaba entero; Jørgen no lo había tocado. Le pidió a Kathy que regresaran a la casa para ver si ya había noticias de su esposo, pero no había nada. Todo era silencio en cuanto a su persona.

Capítulo 26

Esa noche también tuvo que irse a la cama sin noticias. Se preguntaba por qué Jørgen la castigaba con tal indiferencia. Cuando, al siguiente día, preguntó por el ayuda de cámara de Johansen, al que tampoco encontraba, nadie se atrevió a darle razones. Ninguno de los sirvientes arrojó información sobre su paradero, pero todos estaban muy tranquilos, como si estuvieran acostumbrados a su ausencia.

Frustrada de sentirse como una avejilla enjaulada en una cárcel que tenía sus puertas abiertas, de la que no podía escapar por falta de valor, decidió acercarse al estudio que su esposo tenía en su casa. Quería desentrañar sus secretos. Su actitud distante y hermética la confundía, y aquel envoltorio que le había llegado seguía alimentando su curiosidad.

La residencia de Jørgen estaba compaginada con su personalidad; era fría, oscura y silenciosa. El único elemento que la hacía sentirse en casa era su salón de uso exclusivo. Caminó por los extensos corredores hasta llegar frente a la puerta que la separaba de meter las narices, hasta el fondo, en los asuntos de su esposo. Colocó la mano en la cerradura y esta comenzó a ceder. Como invocado por el demonio, apareció el mayordomo y ella retiró la mano para disimular su invasión.

—¿Necesita algo?

—Necesitaba papel y algo de tinta.

—¿No tiene? —preguntó intrigado el señor Ripley, quien recordaba haber surtido de papel de carta el salón de la señora.

—Se terminaron.

—Lo tendrá a la brevedad posible; me encargaré de que se lo hagan llegar.

—Es urgente; prefiero tomarlo del escritorio de mi esposo.

Margarita volvió a estirar la mano, para colocarla sobre el picaporte, y el mayordomo la detuvo adelantándose.

—Con «urgencia»... —Utilizó su palabra—... haré que lo compren en cantidades suficientes para usted, para que no se agote tan rápido.

Ignorando la insolencia del hombre, Margarita le dio una palmada en su mano —lo que hizo que se desaferrara del metal—, tomó el picaporte y abrió para quedarse maravillada por aquel sitio, que gritaba el nombre de Jørgen por los cuatro costados. Sobrio, de líneas estudiadas y rectas, con colores oscuros y muy organizado. Y antes que colara un pie dentro, el estirado mayordomo cerró

la puerta con prontitud y se la quedó mirando sin expresión alguna.

—¿Cómo se atreve? ¿Ha perdido el juicio? —desafió al sirviente.

—Perderé mi trabajo si usted se introduce en el sitio. El señor es muy tajante con sus exigencias. Le pido perdón.

Lo miró irritada y salió de allí directo a la entrada principal de la habitación de su esposo, la que también encontró cerrada; lo mismo ocurrió con la que separaba ambas habitaciones, y se sorprendió porque, desde que había llegado a Hidden House, había estado abierta para ella. Alguien, siguiendo órdenes —seguramente— de Jørgen, quería mantenerla desinformada en su propia casa; algo estaba sucediendo y no querían que lo descubriera.

Tras quince días de silencio, Kathy, preocupada al notar que su señora casi no comía y permanecía desvelada, en voz muy baja, le dijo:

—Él está bien.

—¿Cómo lo sabes? —Suspiró aliviada.

—Mandó a llamar a su ayuda de cámara. Antes de irse, oí decir al señor Olson que lo acompañaría a Kent.

—Allá es donde ensamblan los barcos, según tengo entendido. ¿Sabes qué fue a hacer a los astilleros?

—Eso, en verdad, no lo sé.

—¿Por qué nadie me dijo nada?

—El señor lo prohibió. Solo lo sabemos el mayordomo y yo, que lo escuché por error.

—¿Por qué no me dijiste nada, Kathy? ¿Acaso no fuiste testigo de mi zozobra?

—No me gusta contradecir al señor Johansen; su mirada es tan fría que me asusta, pero ya no podía verla seguir angustiada. Trate de calmarse, señora.

—Gracias, te lo agradezco mucho. Pierde cuidado; no te delataré. ¿Tienes cómo conseguir la llave de la habitación?

—¿Para qué la quiere?

—¿Puedes conseguirla o no?

—Siempre que el señor sale de viaje, el mayordomo es muy estricto con sus pertenencias. No deja que nadie se acerque ni a su habitación ni al estudio. Salvo a la persona que hace el aseo, pero bajo la vigilancia del ama de llaves. ¿Le puedo recomendar algo?

—Dime.

—No insista; los sirvientes aquí son estrictamente leales al señor Johansen.

Margarita trató de ocuparse en sus responsabilidades, que consistían en supervisar que otros realizaran las labores del hogar por ella, para que la espera se le hiciera menos larga; pero, tras

otros quince días de largo, sintió amenazada su cordura. Su corazón había desarrollado una necesidad angustiante; tenía que verlo, aunque solo fuera para lanzarse miradas heladas y herirse con comentarios cortantes. Su cercanía se había convertido en algo tan fuerte como respirar. Estuvo a punto de tomar un carruaje y acudir a los astilleros, propiedad de su esposo, pero se contuvo.

Detestaba su soledad, no había tenido la oportunidad de entablar más amistades que su prima, junto a su círculo de allegados, y varios habían partido a sus propiedades en el campo. Se sentía muy sola. La vida social de Jørgen estaba más ligada a sus negocios; si tenía amigos en la burguesía, aún no se los había presentado. Su familia en Londres se limitaba a su tutor y a lady Genevieve Bradbury, y no le apetecía tener un encuentro con ellos, menos con la última; de seguro la interrogaría acerca de su charla en Primrose Hall. Pero no le quedó otro remedio, creyó que la dama podría arrojar indicios de su paradero.

Mientras se preparaba para partir, no entendía por qué se entristecía, más si aquel matrimonio era lo último que había deseado. La situación de reclamo en que él la había colocado la hacía sentirse en deuda. Su carga era enorme. De un lado, la culpa por la muerte de Mendoza; y del otro, su falta con quien se había comprometido a través de la religión. Se sentía ineficiente como esposa, sin cumplir el cometido para el que había sido educada.

La mansión de Piccadilly de lady Genevieve Bradbury era un reflejo de su personalidad: sofisticada, costosa y con ciertos matices intrigantes. Los gatos aparecieron a darle la bienvenida y terminaron enredándose entre sus piernas. Se saludaron y la dama le clavó una mirada de suficiencia.

—Parece que usted les agrada. Solo son tan efusivos con Jørg.

—Son... bastantes —mencionó Margarita medio arrepentida de pronunciarlo.

—Así es, pero odio estar sola y me sirven de compañía. —Si algo tenía lady Genevieve Bradbury era que sabía ser sutil, pero era muy directa cuando quería.

Margarita experimentó espanto de imaginar tener que recurrir a animales para no sentirse miserable. La compadeció un poco y, luego, volvió a horrorizarse por la mirada altiva que le clavaba. Se puso en guardia; la dama era de armas tomar y no podía ablandarse, o sería una presa fácil.

—Lo lamento, debí visitarla con más frecuencia, tomando en cuenta su cercanía con mi esposo. —Refirió lo que se sugería en esos casos.

—Mi querido Jørg cada día espacia más sus visitas. ¿Puede creer que hace semanas que no lo veo?

—¿Semanas? Justo de eso venía a hablarle —admitió apenada. Jørgen y ella habían acordado mantener las apariencias y, si preguntaba por su paradero, conocería de sus conflictos.

—La escucho.

—Salió de viaje —dijo sin poder ahondar demasiado—. Creí que le había informado.

—No suele darme señales de todos sus pasos pero, cuando pretende tardar más de dos semanas, acostumbra a enviarme, al menos, una carta con el aviso. Es extraño que el señor Mattson no lo haya mencionado; lo vi hace algunos días.

—Eso significa que no están juntos.

—¿Está usted sacando conclusiones? ¿Adónde viajó Jørgen?

—No suele darme razones de los sitios a los que va —manifestó para salirse por la tangente. Lady Genevieve Bradbury la miró como halcón al acecho, no perdía una.

—Debería. Si ocurriera un imprevisto y necesitara llamarlo de urgencia, ¿a qué sitio mandaría el aviso?

—El señor Ripley parece estar muy informado, e imagino que el señor Mattson también.

—Usted no me engaña; noto su zozobra.

—Perdóneme; no fue mi intención hacerla sentir incómoda —dijo Margarita, pero la realidad era que ella estaba turbada y la dama, serena.

—¿Y el otro asunto? —indagó la mujer sin miramientos—. ¿Logró deshacerse del inconveniente?

—Gracias por su advertencia, pude solucionarlo a tiempo. No le agradecí en su momento; permítamelo hacerlo ahora.

—Mejor actuemos como si nunca hubiera sucedido, pero póngase más avispada; todavía no le da hijos y sería nefasto que ofreciera a alguna arribista la posibilidad de engendrar un bastardo. Debe darle descendencia de manera imperiosa; Jørg adolece de lazos estrechos, y un hijo le cambiará la vida.

—¿Cuál es su historia? —indagó Margarita, de pronto, sin poder sacarse la duda de la cabeza.

—¿A qué se refiere, querida? ¿A la historia de Jørg?

—Me refiero a la suya —respondió pensativa, porque en ese instante, más que nunca, creyó que la mujer que tenía enfrente podía ser la madre su esposo. Una mujer hermosa y rica que había renunciado al matrimonio y cuyos esfuerzos diarios giraban en torno a Jørgen, como si nada más fuera importante en su vida—. Ha mencionado que odia la soledad. Es usted agraciada y de muy joven debió ser bellísima. Tiene fortuna; ¿por qué nadie pidió su mano?

—¿Qué le hace pensar que ningún caballero quiso hacerme la corte? Yo era todo lo que menciona, y por supuesto que hubo propuestas, pero había otro destino aguardando por mí.

—¿Me permitiría visitarla de nuevo? Tal vez necesitamos conocernos más —solicitó convencida de poseer las armas para romper su coraza y de arrancarle la verdad de una vez.

—Por supuesto, y ojalá convenza a Jørg de acompañarla. Lo echo tanto de menos.

En esos días comprendió lo insoportable que era la indiferencia, más cuando venía acompañada de un silencio abrumador; por eso sus visitas a lady Genevieve Bradbury se hicieron más

frecuentes, así como sus invitaciones a Hidden House, las que se convirtieron en infructuosas. La dama, en verdad, parecía desconocer el paradero de Jørgen y, en cuanto a su secreto, que lo desvelara era una misión casi imposible.

Diez días después, Jørgen dio señales de vida, arribó a la residencia. Desconocía cómo enfrentarlo y, aunque le daba alivio saberlo de vuelta, de pronto deseó que desapareciera. ¿Cómo reaccionaría? ¿La odiaba? ¿Le echaría en cara su falta de honor? Decidió salir a recibirlo. Lo vio atravesar de largo el salón principal. No hizo falta pensar qué le diría; él ni siquiera la saludó ni dio explicaciones de su ausencia. Solo abrió la boca para dar órdenes, y su tono fue calmo pero igualmente hiriente.

—¡A tu habitación ahora! —Fue todo lo que mencionó y ella obedeció sin siquiera mirarlo.

Cuando estuvieron a solas, le ofreció que tomara asiento en el amplio sofá de su dormitorio. Aguardó por que la acompañara, pero lo vio continuar de pie.

—¿Dónde estabas, Jørgen? —se atrevió a preguntar.

—Kent.

—¿Qué hacías?

—Negocios.

—¿Podrías ser más explícito?

—Le mostraba al vizconde Summerfield el sitio donde se construyen las embarcaciones.

—Y el recorrido por los astilleros ¿duró casi dos meses? Por lo que sé, lord Summerfield tiene responsabilidades como capitán de la Royal Navy que son ineludibles.

—También me ocupé de otros asuntos. ¿Necesitas la lista de cada una de mis actividades?

—Me hubiese gustado que me hubieras avisado de tu partida o que hubieras mandado a un mensajero con razones para mí. Estuve preocupada, y no estabas tan lejos. Fui a despedir a Hugo al muelle; me dijo que no acudiste ante su presencia.

—¿Pensaste que lo agrediría?

—Temí por los dos.

—Algo que no sabes de nosotros, los nórdicos, es que tratamos de evitar un conflicto a toda costa, aunque prefieras asociarnos a los antiguos vikingos y pensar que seguimos siendo incivilizados.

—Sería más fácil hacerme un juicio de tus compatriotas si el único que conozco fuera más abierto al diálogo. —Se observaban aparentemente serenos, pero en sus pechos la inconformidad crecía.

—¿Bromeas? —Ya no pudo disimular su ironía—. He hablado contigo más que con otra mujer en toda mi vida, y te la has pasado evitándome. Ahora no me des lecciones de buenos modales.

—Lo lamento, tal vez no te hice la convivencia fácil —admitió al comprender que no dejaría de estar a la defensiva si no cedía. Solo quería abrazarlo y reconocer que lo había extrañado, pero el

orgullo la dejó sembrada en aquel sofá, como si sus extremidades hubieran echado raíces.

—No quería casarme hasta que te conocí y me pregunté cómo sería estar al lado de una criatura tan dulce y encantadora; pero no resultaste ni lo uno ni lo otro, al menos conmigo. Tal vez lo reservas para otras personas.

—Pasaba por un mal momento.

—Comprendo que tu hermano te obligó a contraer nupcias, y accediste por los motivos que fuera. No quiero conocerlos. Nos ceñiremos al trato que debimos firmar desde el primer instante. Serás la dueña de Hidden House, como de todas mis propiedades; me acompañarás a eventos sociales cuando corresponda y sea satisfactorio para mis negocios, y la más importante: me darás hijos, todos cuantos Dios nos envíe. Solo te exigiré que seas una buena madre y que me soportes lo necesario para tener una familia numerosa. —Al parecer había tenido suficientes días para pensar y decidir un rumbo menos incierto para sus vidas—. Tengo cuantiosos bienes y deseo tener a quién dejárselos, o todo mi esfuerzo, al final de mis días, habrá sido en vano.

—¿De todos tus bienes inmuebles? ¿Incluso de la casa a donde llevas a tus amantes? —Su boca la traicionaba y dejaba escapar su resentimiento—. Por un instante pensé que te escondías de mí allí. Estuve tentada de ir a buscarte, pero mi vergüenza no me lo permitió.

—No habrías encontrado nada y, en caso de querer vivir en otras de mis residencias, preferiría la de Mayfair o la de Kent.

—Hay tantas cosas que desconozco de ti. Se me hace sórdido que tengas una vivienda de bajo perfil para citarte con tus queridas.

—Corrijo: tenía un lugar para esos fines y no me avergüenzo por ello. Tengo treinta y siete años, no soy un libertino, pero tampoco me considero un santo. Las que pasaron por ahí lo hicieron por propia voluntad.

—Lo dices orgulloso de tu pecado. ¿A qué tantas mujeres has amado?

—Pocas, y las que han compartido la intimidad conmigo también son menos de las que imaginas. Tal vez no soy el hombre desalmado que crees de mí. Con la última tardé cinco años, y me estima como persona.

—¡Oh! ¿Debo sentir en riesgo la familia que estamos por procrear?

—Es una dama honorable, jamás interferiría en un matrimonio.

—¿Por qué no la desposaste a ella?

—Es casada.

—¡Por Jesucristo! ¿La quieres?

—La aprecio, pero no la amo. No te lo digo para provocar tus celos ni para que te sientas amenazada, solo pretendo ser sincero, como me habría gustado que lo fueras tú en el caso de Mendoza.

—Pero tampoco lo hiciste en un principio. ¿Ves lo complicado que es?

—Es diferente. Yo no traje su recuerdo a vivir entre estas paredes; para mí solo éramos tú y yo dentro de Hidden House.

—Lo siento, en verdad lo lamento.

—Tal vez soy un tanto reservado y me cuesta entregarme, pero la vida me ha enseñado a tomar mis providencias. Sin embargo, he tenido auténticos lazos con quien ha sabido llegar a mi corazón.

—Lo que, al parecer, no es mi especialidad.

—La sería de proponértelo, pero he llegado tarde... Tu corazón es un recinto que no soy merecedor de conocer. —Bajó la guardia; era el momento para que Margarita hiciera lo mismo y admitiera que, en contra de su voluntad, él se había metido, como un vendaval, a sacudirla por dentro hasta la médula.

—No digas eso. Eres mi esposo. —Lo intentó, pero no fue suficiente; las cadenas de la culpa la tenían sujeta.

—Y seré el padre de tus hijos, pero no sé si será suficiente para mí, aunque veo que estás muy cómoda con nuestra posición. Hijos, sí. Amor, no.

—¿Y deseas una familia numerosa? —preguntó pensando en el trámite por realizar para conseguirla. Fue una salida para esquivar el tema del amor; estaba llena de remordimientos.

—¿Te opones?

—No, es solo que...

—¿Son muchos encuentros? Pensabas que sería más rápido y fácil.

—No me he pronunciado en contra.

—¿Temes deformar tu figura? ¿Eres vanidosa?

—No, adoro a los niños. Quiero dos o tres y espero que lleguen pronto.

—Claro, mientras antes los tengamos, será mejor para ti. Cuando cumplas con dármeles, te dejaré tranquila. Y no te preocupes; jamás te faltará nada, vivirás mejor que muchos de tus conocidos de la aristocracia. Todo lo que desees solo tienes que pedirlo. ¿Quieres vivir en un sitio más refinado? ¿Quieres irte a nuestra mansión de Mayfair?

—¿Vendrías conmigo?

—No, pero acudiría cada noche hasta que tengamos la familia que ambos deseamos. Me dolerá no vivir bajo el mismo techo que nuestros niños, pero tendré que contentarme con visitarlos a diario si allí te sientes feliz.

—Estoy bien aquí, no quiero cambiar de residencia. Mi lugar es a tu lado. Solo me gustaría, de vez en cuando, estar en contacto con la naturaleza, ver a mi prima, a doña Prudencia y a Dorita, tanto como sea posible, y poder visitar a mi madre o al revés.

—Jamás te lo he negado.

—¿Algo que pidas tú?

—El cerrojo de la puerta que une nuestras habitaciones permanecerá abierto hasta que me des todos los hijos que te he pedido. ¡De ambos lados! —recalcó.

Capítulo 27

Esa noche Margarita escuchó el crujir de la puerta, respiró hondo y trató de no moverse. Había recibido unas inquietantes instrucciones por escrito de Jørgen y aún se preguntaba por qué las había seguido al pie de la letra. Debía esperarlo al lado de la cama, parada, con ropa de dormir, como una obediente esposa, y aquello la ponía a temblar; no era temor, era una curiosidad acuciante mezclada con deseo.

Jørgen atravesó la puerta intermedia con una botella de vino en la mano. Sin pudor, se le acercó, tomó la bata de batista del borde y la dejó caer a lo largo de su cuerpo. Dio un sorbo. Ella no se movió, bajó los ojos aún más, tragó en seco cuando la camisola siguió el mismo destino que la otra prenda. El enorme hombre la atrapó por detrás, entre sus brazos, y la fundió contra su poderoso torso. Margarita suspiró; notó, por el calor de su piel, que estaba completamente desnudo y que su erección se había elevado urgentemente solo con verla e imaginarse lo que seguía.

La degustó, por la piel de su espalda, como a un succulento manjar. Luego, la giró hasta quedar frente a frente y dio unos pasos hacia atrás. Se separó lo suficiente para deleitarse con la imagen de sus curvas. Se humedeció los labios con la bebida. Se miraron a los ojos para luego recorrer la anatomía del otro, iluminada por el destello de las velas.

—Eres perfecta —le susurró—. Siempre te las arreglas para seducirme con tus artes de mujer. ¿Quieres dominarme y hacerme perder el juicio? ¿Eso pretendes?

—Yo... No sé qué decir.

Ella no ofreció sus impresiones, pero seguía conmovida. Su esposo era el único hombre al que había visto sin ropas, y le parecía una criatura salvaje y poderosa. No tenía idea de cómo lucirían los otros, pero al que había desposado poseía atributos que le daban felicidad a su vista. Lo examinó como si fuera el exponente más soberbio de una especie animal. Sus anchos hombros se levantaban erguidos y orgullosos, así como la línea recta que se deslizaba desde su cuello pasaba entre sus pronunciados pectorales, recorría la musculatura de su abdomen —salpicada de ligeras pecas— y se enterraba hacia el sur. «¿Cómo Dios derrochó tantas virtudes en él?», se preguntó. No tuvo tiempo de admirarlo con más detalle; él reclamó sus favores deslumbrado por su belleza y con ansias de poseerla.

Decidido, le deslizó dos dedos por el arco de la cintura y por la cadera, admirado de la

estrechez de la primera y de la amplitud de la segunda. Estaba convencido de que su mejor atuendo era permanecer como Dios la había traído al mundo. Lucía como un león hambriento, con las pupilas dilatadas, que irradiaban la magnitud de su complacencia. La giró de espaldas hacia sí mismo, nuevamente, y la dejó frente a uno de los postes de la cama; le tomó los brazos y se los elevó para que se sujetara de aquel. Se empujó de la botella de vino tinto y la colocó a sus pies.

Margarita reprobaba su falta de clase en la intimidad, pero no se atrevió a moverse, solo conseguía palpar. Se estremeció cuando los dedos de Jørgen la rozaron al tomar su trenza y deshacerla con una pastosidad que la hizo trepidar. Seguía considerando que la habían obligado a desposar a un hombre demasiado atrevido, a uno que su hermano la había terminado por comprar. ¿Por qué Hugo tenía que ser tan protector hasta el punto de orillarla, sin proponérselo, a una situación desquiciante como aquella?

Desatada la trenza, Jørgen acarició —durante un instante— su cabello; admirado de su suavidad, hizo una cola de caballo con él, lo enrolló en su mano como un látigo y tomó el control. La obligó a doblarse sobre la cama dejando la parte de atrás de su cuerpo expuesta en su dirección. No fue brusco, pero sí desconcertante.

Margarita cerró los ojos y ni siquiera dijo una palabra para oponerse, se sentía humillada en esa posición y no entendía la finalidad debido a su escasa experiencia en las artes de amar. Eso no lo había leído en libros. Un líquido se derramó sobre su espalda; era el resto del vino, este inició su recorrido como afluentes de un río. Jørgen bebió de su piel y para hacerlo le dejó el cabello libre. Agradeció para sus adentros poder mover el cuello. Por un momento el calor de su lengua sobre su espalda fue placentero, más cuando la saboreó hacia el sur, donde lamió profusamente su parte más privada. Se avergonzó de sí misma por sentir agrado, incluso aunque era su esposa y ya conocía ciertos detalles que esperar en la intimidad con un hombre. Seguía creyendo que Jørgen era demasiado irreverente.

Se negaba a entregarse, pero su insistencia y sus caricias comenzaron a ablandarla. Tal vez su familia tenía razón y en el matrimonio podría encontrar, aunque no el amor, algún tipo de complacencia. Las palpitaciones en su parte íntima la descolocaron. No quería disfrutarlo, pero él la estimulaba para propiciarlo y volvió a sucumbir ante la pretensión de poseerlo y dejarse poseer. Su mayor pecado. Aquella lengua caliente, aquella boca que succionaba con avidez... Y estaba de espaldas a él, no lo veía; eso influía en que el deseo fuera genuino, no como algo sólido entre su esposo y ella. Era su cuerpo el que respondía al apremio por instinto. Cada segundo era mucho más excitante; cerró los ojos e imaginó cómo luciría el seductor rostro de Jørgen mientras le prodigaba esas caricias. Vibró. No podía escapar; en su mente desfilaban todos los encantos de Jørgen mientras él succionaba. Sus sensuales labios, que tenían la perfecta forma de Cupido, era todo en lo que quería pensar. Gimió sin poder controlar el placer que la corroía. Una fuerte palmada sobre su glúteo la hizo volver a la realidad.

—¿Te agrada? —preguntó Jørgen con cinismo y sin dar pausa para esperar una respuesta. Continuó—: Eres pudorosa, pero te encanta. Me enciende que te resistas al placer. No es pecado

disfrutar con tu esposo.

—Por favor, yo... no disfruto de esto. Es solo un mero trámite nupcial para que este matrimonio siga su curso. —Se esforzó en mentir. Le gustaba demasiado, pero le daba vergüenza admitirlo. Él dio un lametazo más profundo que casi le hizo doblar las piernas.

—Aún no te he dado permiso para despegar los labios. Me prometiste que estarías callada; no quiero ni un susurro. Tus viperinas palabras terminan por sacar lo peor de mí, y ambos necesitamos concentrarnos para darle a nuestras familias lo que nos exigen: un heredero.

Jørgen jamás lo reconocería. Seguía dolido por el rechazo, pero iba a perseverar para que aquella gestión conyugal fuera satisfactoria para su esposa; sentía el apremio de hacerla gozar. Se negaba a escucharla, porque su voz se le metía dentro hasta robarle la cordura, y estaba decidido a proteger su corazón. Había notado su desdén y repelía otro desaire. Su precaución no iba a mermar sus ansias de conducirla a deleitarse entre sus brazos; no podía hacerla suya si ella no se abría para él. Se rehusó a mirarla a los ojos para evitar que su flor se adueñara de su voluntad. Percibió que estaba lista para ser tomada. Le inclinó más el torso sobre la cama y dejó su retaguardia empinada en lo alto; le apartó las piernas, acortó el camino entre sus sexos y la ensartó de una, sin más preámbulos, cuando ella más lo necesitaba. Adentro muy adentro.

Ella cerró los ojos ante la certera y profunda estocada; lanzó un pequeño gemido al saberse completamente ocupada y desbordada de satisfacción. Cuando Jørgen comenzó a moverse excesivamente lento y en círculos, intentó estirar un brazo para asirlo con fuerzas contra su cuerpo. Necesitaba tocarlo, pero se detuvo antes de rozarlo. No podía. No quería contradecirlo y que dejara de embestirla con tanta dulzura, de hacerla venirse abajo con cada empuje en que sus piernas se tambaleaban bajo su fuerza. Quería gritarle que siguiera, que no parara por nada del mundo, que la estaba volviendo loca de placer, pero él había exigido silencio y ella aún no entendía por qué había aceptado.

No logró contenerse, tuvo que alcanzarlo. Las yemas de sus dedos se presionaron con fuerza contra los glúteos de él, y esa fue toda la atención que tuvo con su marido mientras la montaba, en repetidas entradas y salidas que se volvieron enérgicas. Quería voltearse y deleitarse con su rostro, embebido del salvaje apetito sexual que lo dominaba; pero el acuerdo y el pudor la dejaron sembrada al colchón con aquel hombre insaciable, que le prodigaba caricias.

Jørgen inspiró hondo al sentir la presión de los dedos de su esposa sobre la piel tersa de sus músculos. Su instinto le demandaba voltearla de espaldas sobre la cama, de frente a él, para cubrirle el pecho con sus pectorales y para besarla con la urgencia que lo devoraba. Pero eso no era parte del trato. La alzó más sobre el colchón, para que se acostara bocabajo, sin dejar de penetrarla, y derrumbó su peso sobre su cuerpo; necesitaba cubrirla para sentirla con cada pedazo de piel. Hizo dos copas con sus manos, con las que le protegió los senos, y casi se derritió al palpar la tonicidad de los mismos. Calmó sus deseos de devorarla a besos en los labios apoderándose de una de sus orejas y llenándola de mimos. ¿Por qué se reprimía? Era su esposa, era suya. ¿Por qué el maldito orgullo no le permitía reconocer ante su mujer que no solo la

deseaba porque su belleza tenía la capacidad de poner firme su falo? ¿Por qué no aceptaba que no se trataba de copular para tener un hijo? ¿Por qué su alma se aferraba a no sentir amor por esa mujer, la última de la que debía enamorarse?

Margarita no pudo reprimir un grito, asediada por sus besos sobre el cuello.

—¡Oh, por Dios! —se le escapó al perder toda lógica. Estaba a punto de romperse por dentro. Su cuerpo jamás había tocado umbrales de placer tan altos.

Jørgen presintió la inminencia del orgasmo de su mujer y aquello lo enloqueció aún más. Sostuvo entre sus dientes su hombro níveo, le cruzó los brazos por la cintura y bajó una mano hasta tomar el botón de su flor entre sus dedos. Ambos se perdieron en las palpitaciones de sus vientres. Margarita no logró reprimir el grito que arrasó con su garganta y él, como poseído, no pudo retener la tórrida descarga de su simiente.

Tras expulsar hasta la última gota, se dejó caer vencido sobre el cuerpo de la fémica, que también luchaba por tomar aliento. Hizo un hueco con su brazo para no desplomarse por completo sobre ella. Respiraron agitados mientras intentaban recomponerse, con miles de palabras agolpadas en sus gargantas, ninguna de las cuales se atrevió a salir hasta que Jørgen carraspeó y, sin poder contenerse, soltó:

—En una semana tengo una sorpresa para ti. Tendremos invitados para el almuerzo. Quiero que prepares algo muy especial de tu tierra y que los deslumbres con tus dotes de dueña de casa.

Margarita apreció su aliento cálido sobre su oreja; no importaba que el tema no versara sobre la pasión que los había enloquecido minutos atrás. El tono de su voz era lo suficientemente sensual para hacerla estremecer, incluso si abordaba temas aburridos.

—Había quedado con lady Genevieve Bradbury. Íbamos a comer juntas aquí, en la mansión. — Le siguió la corriente para tener su atención; era todo lo que anhelaba.

—Vendrán más invitados. ¿Te molesta que convide sin consultarte antes?

—Por supuesto que no. Me vendrá bien hablar con alguien diferente a lady Genevieve Bradbury, mi única visita en estos días.

—Lo lamento, tendré que ocuparme de eso. Siento que mi vida social se reduzca a mis asuntos de negocios.

—No te inquietes; tampoco es el fin del mundo. ¿Son compradores de barcos?

—Inversionistas americanos que no saben en qué poner su dinero.

—Tengo entendido que no quieres socios en la constructora.

—¿Y ahora te interesa nuestra economía?

—No me gusta que me ocultes cosas. En tu ausencia llegó correspondencia para ti. ¿Quién la envía?

—Personas con las que tengo tratos comerciales.

—¿Por qué no las mandan a la compañía?

—No sabía que tenía que dar explicaciones al respecto.

—No es el hecho de que tengas que justificarte, pero no me agrada que el señor Ripley me

niegue la entrada a ciertos sitios o que me oculte los remitentes de quienes te escriben.

—Acabáramos. Nuestro trato no exige que tenga que darte cuenta de todos mis actos —dijo con soberbia.

—Tardaste mucho tiempo para regresar. Por ejemplo, recibiste un envoltorio; ¿qué era y de quién? Podría ser importante y yo tendría que resolverlo en tu ausencia. Tu mayordomo no puede desobedecerme cuando no estás; en ese caso debe supeditarse a mis órdenes.

—Tal vez, en el caso del paquete misterioso, me puedas ayudar. ¿Tienes idea de por qué la condesa de Bridgewater me ha devuelto una joya costosísima que jamás le obsequié?

—¡Oh! —Margarita recordó la sugerencia del duque de Whitestone de acallar la furia de lady Morgan, tras frenar sus intentos de conquista al señor Johansen, con una prenda—. Tal vez. Es mi asunto.

—¿De seguro no hay alguien más implicado en el boicot a mis planes y a los de la condesa?

—No tolero que me hables en ese tono; ni que tengas el cinismo de referirte a esa mujer de poca moral, delante de mis narices, y que pretendas que me quede serena.

—Te recuerdo que tu desidia me lanzó a sus brazos y que, debido a tus artimañas, lograste rescatarme antes que fuera demasiado tarde.

—¿Te arrepientes? —Lo desafió con un gesto de desdén.

—No —le dijo envolviéndola con la mirada, dirigida al centro de sus ojos—. Pero preferiría que, en lo adelante, no te entrometieras.

—¿Pretendes correr a los brazos de tus amantes en ese sitio impío que tienes para tus citas?

—Mientras cumplas con tus responsabilidades de esposa, no debes temer a que recurra a otras damas.

—No las llamaría como tal. ¿Y la casa? Deberías venderla o deshacerte de ella. Conservarla es de mal gusto y vergonzoso.

—Para ser una esposa que solo pretende cumplir con una parte de las responsabilidades del matrimonio, exiges más de lo que das. ¿No te parece?

Jørgen tenía razón; Margarita lo supo de inmediato. Él abandonó su cuerpo abruptamente y ella sintió que la invadía el vacío. Habría hablado de lo que fuera para tener más tiempo su piel caliente pegada a la suya. El despiadado frío se apoderó del dormitorio cuando él abandonó su lecho y se fue a dormir solo a la otra habitación.

Ella suspiró abrumada. «No quiero, no puedo amarlo», rogó Margarita, confundida, para sus adentros.

Capítulo 28

Estuvo a punto de llegar retrasada al desayuno, de no haber sido por Kathy, que había acudido a levantarla. Sentía el cuerpo pesado y se le cerraban los ojos; se habría quedado dormitando un rato más bajo las sábanas, pero unas ganas inexplicables de volver a toparlo de frente la hicieron ponerse de pie. Se apresuró todo lo que pudo para correr a la mesa y estar puntual para compartir el desayuno con su esposo.

Jørgen ya estaba impaciente por su tardanza y caminaba en círculos, en el salón previo al comedor, con el entrecejo fruncido. Ella llegó al último minuto y pasaron juntos a la mesa.

—¿Te apatecería «esos» días tomar el desayuno en tus aposentos, Margarita? —susurró para referirse a aquellos amaneceres, luego de tener una noche apasionada. Notó su rostro cansado: dejó atrás su enfado e intentó sonar amable.

—No es necesario —contestó, pero se le coló la irracional idea de que, si lo hacían los dos juntos, sí le gustaría.

—No me molestaría —insistió—. Hoy... no regresaré a dormir, me marcharé a Grimsby esta vez.

—Últimamente viajas mucho.

—Tu esposo es un hombre muy ocupado. Agradece que te puedes librar de mis atenciones por unos días. No siempre seré tan complaciente, podría insistir en llevarte conmigo.

—Lo preferiría a quedarme sola en este inmenso caserón.

Él la miró sorprendido.

—¿Hablas en serio? —Ella se alzó de hombros—. Es curioso lo que hace el aburrimiento. Pero no, ambos deseamos que pronto quedes en estado de buena esperanza, y ya no te quejarás del tedio. Yo estaría muy orgulloso. Si estuvieras gestando, no querría que el cansancio del viaje lo arruinara. Debes descansar y cuidarte para que ayudes a la naturaleza. Podrías visitar a lady Genevieve Bradbury y poner empeño en conocer a nuevas señoras; sería divertido.

—¿Por qué la quieres tanto?

—Ha sido buena conmigo.

—Como una madre.

—Así es.

—¿No te parece extraño que una dama de su alcurnia vuelque todas sus atenciones en ti?

—¿Qué insinúas?

—Tal vez oculta un motivo muy fuerte por el que te tiene tal aprecio.

—Entre lady Genevieve Bradbury y yo, no hay secretos.

—¡Oh! Entiendo. —Supuso que, tal vez, Jørgen era consciente del vínculo que los unía y que solo ella estaba ajena a la verdad que escondían—. Aún sigues sin presentarme a tus padres.

—¿Por qué es tan importante para ti? No pierdes la oportunidad de mencionarlo.

—Es valioso conocer el origen de una persona, de qué está hecho, cómo fue educado. Vamos a tener hijos y no sé nada de tu infancia, solo que tuviste un tutor... Necesito entender quién es el hombre al que mis hijos llamarán padre.

—Mis progenitores... no me querían. —La voz se le entrecortó: tomó una amplia bocanada y, lleno de valor, continuó—: No fueron bondadosos conmigo. Fui un accidente de la naturaleza. Un error, como lo llamaría él; su más oscuro pecado, como lo definiría ella. ¿Por qué piensas que conocerlos traerá algo de provecho para nosotros, para nuestros hijos? Lamento no proceder de una familia como la tuya: amorosa, alegre, con bases sólidas. Pero no te preocupes; mi pasado no me define, y yo jamás los haré sentir a mis hijos como ellos me hicieron sentir a mí.

—Lo lamento, Jørg, no sabía.

Lo vio tan afectado que no pudo seguir indagando. Quiso abrazarlo. Su corazón se rompió a la par que la tristeza de él a floraba y se quedaba con un destello titilante sobre sus ojos celestes. Sufrió al imaginarlo pequeño, indefenso y luchando contra tal tormento. Pensó que no podía ser lady Genevieve Bradbury; ella lo adoraba como a la más brillante estrella en el firmamento; pero, a la vez, creyó que podría ser el motivo de su sufrimiento. ¿Y si lo había obligado a crecer bajo un nombre falso que evitara relacionarla con su más oscuro pecado? ¿Sería Mattson su padre? ¿Mattson y Bradbury ocultaban a su propio hijo sin soltarlo del todo? Pero ellos lo querían; era muy evidente que lo amaban. Tal vez Jørgen no les perdonaba que jamás lo hubieran reconocido. Su alma tembló. Él, a pesar de la revelación, parecía un roble, uno que nada podría derribar.

Jørgen no dejaba de mirarla, también habría sucumbido ante sus brazos si ella los hubiera abierto para indicarle que podían ser su refugio. Margarita había removido las toneladas de tierra bajo las que intentaba enterrar su dolor. Mantenerlo sepultado lo había ayudado a tener la suficiente fortaleza para levantarse y luchar, para convertirse en un hombre poderoso que no era la sombra del niño con lágrimas en las mejillas al que nadie había querido.

Ambos tragaron en seco y mencionaron palabras sin sentido que terminaron por conducirlos lejos de allí. Jørg, con el corazón destrozado, más por no conseguir estrecharla con fuerza y escucharla decir que todo iba a estar bien. Margarita, por el desconcierto; las palabras de su esposo incrementaban su remordimiento. Sus padres lo habían rechazado. Como cónyuge, no podía renegar de él también. Cada segundo se le hacía más legítima la causa por la que intentaba luchar su corazón. Jørgen merecía todo su amor, ese que se rebelaba y gritaba en su interior. Lo estaba queriendo, lo estaba queriendo cada día más. Mendoza debía descansar en paz, para que ella lograra entregarse por completo al único dueño de sus sentimientos.

En cuanto él se fue, redactó una carta a su prima en la que le contaba algunos de los sucesos ocurridos, sin que fueran a alarmarla por su embarazo. Aprovechó para devolverle, a través de ella, la joya que había intentado fungir como ofrenda de paz delante de lady Morgan. Advirtió que la dama ofendida la había devuelto con una nota desdeñosa. Sabía que ese detalle haría reír a Grace. También le recalcó que la identidad de los dos y la ayuda que le habían prestado en ese engorroso asunto habían quedado reservadas. Ella había asumido la responsabilidad total de la pequeña estratagema para sacar a la estirada condesa de la jugada.

No le quedó más remedio que frecuentar a lady Genevieve Bradbury. No iba a soportar otra semana a solas y, además, las revelaciones de Jørgen la habían dejado llena de interrogantes. Había solicitado visitarla y la dama correspondió recibiendo para el té con todos los honores. Su mansión londinense era enorme y su sala de recibir, una de las más lujosas que había pisado, aunque algo tenebrosa y poblada por los seis gatos, que tenían nombres rimbombantes que jamás podía recordar. Cada uno era idéntico al anterior, atigrados y amarillos; aún se preguntaba cómo la dama podía diferenciarlos.

—De no haber venido, habría ido a visitarla, señora Johansen. Mi querido Jørg me pidió que no la descuidara, que le hiciera compañía. Vino a dar razones de su partida. Ya le llamé la atención por su falta de consideración; me ha prometido que no volverá a marcharse sin despedirse.

—Es usted muy amable.

—También me pidió que no la abrumara ni con visitas ni invitaciones que usted no solicitara. Me reveló que necesita un tiempo para reflexionar.

—¿Eso le dijo? —Él la había incitado a relacionarse con otras señoras y a sus espaldas le procuraba tiempo a solas, pero en verdad necesitaba pensar.

—¿Qué pasa entre ustedes? Lo noto tan distinto. Me preocupa y, aunque en un principio no estuve de acuerdo con el matrimonio, ya es un hecho y deben cumplir con los mandamientos de Dios.

—Es usted muy directa en cuanto a Jørgen se refiere.

—La vida no me brindó la oportunidad de casarme ni de tener hijos; Jørg vino a llenar ese espacio y es una de las pocas dichas con que he podido contar.

—Lo quiere tanto como una tía o una madre —se atrevió a decir y la miró de reojo para ver el efecto que le causaba.

—Conocí a Jørg de muy pequeño; era un niño precioso con dos luceros azules por ojos que brillaban cuestionándose todo.

—¿Era usted amiga de su familia?

—Algo así. Pero Jørg odia que hable de su pasado cuando él no está presente, y jamás haría nada para incomodarlo. Él ha estado muy cambiado desde que contrajo matrimonio; puedo notar que no es el mismo. —Le lanzó una dura mirada—. Intenté auxiliarlo, pero no es un hombre que se

deje cuidar, ni siquiera de niño.

Grace la miró con disimulo, quería saber por qué su esposo la estimaba tanto. Esa mujer era insufrible, lo perseguía con demasiada intensidad para una inglesa y había tomado cartas en el asunto de evitar que le fuera infiel con la condesa. Margarita suponía que lo había hecho para preservar la reputación de su protegido, porque ella no le terminaba de agradar, no podía disimularlo.

Se comportaba como si fuera su tía y, aunque era una dama soltera —y se suponía, por tanto, que debía ser virgen—, para Margarita y su suspicacia, tenía suficientes pecados ocultos, empezando con el trato especial con el señor Mattson, lo que no le había pasado desapercibido. Mattson y Johansen tenían ciertos rasgos en común; podría ser por la tierra de origen, o quizás, en verdad, eran más cercanos de lo que se sospechaba.

Se la quedó mirando a la dama, intentando imaginar si sería capaz de engendrar un hijo con aquel escandinavo y presentarlo al mundo como su protegido. Era una mujer de edad, pero debió haber sido hermosa de joven; aún su rostro era agraciado. Lucía elegante y distinguida, exudaba alcurnia por los cuatro costados. Y era celosa, mucho; uno de sus propósitos en la vida era cuidar, como una pantera, a Jørgen de las féminas pecadoras. Lo imaginó de joven; de seguro había sido un galán desesperado por huir de la efusiva guardiana.

Una cosa era cierta: ella se había pasado toda la semana intentando vulnerar las puertas de la habitación de Jørgen y de su estudio sin éxitos. Y lady Genevieve Bradbury conocía los secretos que le robaban el sueño; estaba decidida a exprimirla para que se los desvelara.

Capítulo 29

Siete días sola. Los árboles de hojas caducas se hacían más dorados y, mientras se desnudaban, asediados por la ventisca, la inminencia del invierno amenazaba. Margarita vio, desde el cristal de su ventana, caer la noche y se fue a dormir temiendo que Jørgen tardara más de lo prometido. Tenía un salto a la altura del estómago que no podía entender. La angustia la invadió desde que lo había visto partir, y eso la desgarró por dentro. Sabía lo que le estaba ocurriendo y se sentía nefasta por no serle fiel a la memoria de Mendoza, pero su esposo ocupaba sus pensamientos. El sonido gutural de su voz, sus francas manos, la luz de sus iris, los destellos dorados de las hebras de su cabello, su sonrisa mordaz ante un disgusto o el rictus que hacía cuando ya le era imposible disimular el enojo; todas esas imágenes habían invadido su mente. Acunada por sus recuerdos, se dejó vencer por el sueño.

Un arrullo de mar aderezó su estado de duermevela, como unas suaves olas que se lanzan a conquistar la orilla. Despertó de pronto y recordó que estaba en su dormitorio. ¿De dónde provenía el ruido? Era muy entrada la noche.

Había un filo de un destello tenue en la escueta abertura de la puerta intermedia entre las habitaciones. Un sobresalto la sacudió; el calor invadió su tórax, sus mejillas. Abandonó el lecho, tomó una bata y se aproximó a la luz. Inclino la puerta para ver quién había osado interrumpir de madrugada en el dormitorio de su esposo.

La crepitante hoguera ardía e iluminaba las paredes confiriéndoles un matiz ocre; las cortinas rojo vino devolvían un reflejo desalentador y, en el centro, una enorme bañera de bronce con patas labradas se erigía como la pieza principal de una exposición de arte. Un hombre enorme yacía sumido con el agua hasta el pecho. Podía oler el efluvio del vapor y los aromas con los que se intentaba recuperar del cansancio del viaje. Tenía la cabeza apoyada sobre el canto norte y ligeramente inclinada hacia atrás. Su cabello resplandecía como el oro; sus párpados estaban cerrados; y sus pestañas y cejas, junto con la barba —que cubría sus mejillas—, parecían gotas del mismo metal salpicadas por su rostro.

Pensó que se había quedado dormido, temió que el agua se le enfriara. Yacía extenuado. Había cierto encanto al verlo sosegado; parecía un león dormido. Pero no se engañaba, sabía cuán afilados estaban sus colmillos y sus garras. Suspiró aún sin entender por qué la vida la había unido a él y con qué propósito.

Los ojos de Jørgen se abrieron y un gruñido gutural se escapó de su garganta. La miró impertérrito.

—No quise despertarte —dijo el varón.

—Tardaste mucho en volver. Me he sentido muy sola. Creo que nuestros hijos se han demorado en llegar; los necesito para que me hagan compañía en tus viajes largos.

Margarita se acercó a la tina y, parada en el borde sur, cerca de sus pies, dejó su bata caer a lo largo de su cuerpo. Quedó, ante los ojos celestes, vestida solo con su delicado camisón, que dejaba entrever las curvas de sus caderas y las empinadas cimas de sus dos colinas. Jørgen, sin poder soportarlo, se puso de pie y el agua precipitaba hasta sus pies, en un recorrido largo sobre su cuello, sus pectorales, su abdomen y sus piernas, fuertes como dos robles. Caminó hasta ella, la alzó entre sus brazos y la empapó con aquella agua tibia, que comenzó a enfriarse, lo que provocó que se erizara por completo. La llevó a su lecho, la depositó con suavidad sobre el colchón, y los restos de agua empezaron a evaporarse cuando los cuerpos de ambos ardieron entre las mantas.

—Pensé que, para estas alturas, ya estarías en estado de buena esperanza —le susurró al oído.

—Dios no nos ha hecho el milagro; tal vez tus constantes viajes sean un impedimento.

—¿Sugieres que me quede en Londres hasta que pueda fecundarte?

—Jamás te diría lo que debes hacer.

—¿En verdad deseas tener a mis hijos? Pensé que solo lo hacías por obligación.

—Sí, me encantaría tener un hijo tuyo —reveló al ceder e imaginarse a los dos con su retoño. Deseaba una familia y de pronto, con toda la carga de las hormonas que desfilaban por su cuerpo, se le antojaba que fuera con él.

Jørgen curvó sus labios en una sonrisa y ya no pudo aguantarse; su instinto le exigía hacerla suya por completo, sin prohibiciones de por medio.

—Me gustaría posar mis labios sobre los tuyos; tal vez ayude a que nuestro hijo llegue antes —suplicó luego de aguantarse lo más que pudo.

Margarita rio para sus adentros. Adoraba la sutileza y el empeño que ponía para que su petición de besarla sonara a algo meramente anodino de su trámite.

—Prefiero que no —le susurró jadeando mientras le deslizaba los dedos por la espalda, lo que lo hizo arquearse y gemir de placer, otra transgresión al acuerdo.

—¿Por qué tú puedes romper las reglas y yo no?

—Porque no te ando acusando de intentar seducirme con mis artes de mujer.

—¿Eso he dicho? ¡Oh! Tienes talento para hacer que me trague mis propias palabras. Me retracto. Ahora bésame, por favor.

Se quedó helada; su urgencia la desarmó por completo. El trato incluía reproducirse para tener descendencia, no hacer el amor. Él deseaba ese beso tanto como ella, pero no podía rendirse porque conocía el final de la historia; había sido muy osada al quedar frente a frente y ya se estaba arrepintiéndolo.

Volvió a girar su rostro hacia un extremo y dejó de recorrer su piel; él lo lamentó, pero respetó

su decisión. Jørgen calmó la sed de sus labios succionando sus firmes pezones, y continuó recorriéndola hacia el sur con besos concatenados. Margarita se estremeció y se permitió acariciarle la cabellera en su descenso; lo dejó apartarle las piernas y sumergirse en aquel pequeño secreto palpitante, que lo recibió listo para una aventura. Cerró los ojos y se concentró en la textura de la lengua de su esposo sobre su intimidad; era cálida, suave y dejaba rastros húmedos a su paso.

Gimió a punto de liberarse en un orgasmo y Jørgen frenó de pronto; su deseo quedó ahogado en un potente suspiro. Lo observó intrigada, mientras él subía a su altura y la miraba a los ojos.

—¿Sucede algo? —preguntó sin entender qué lo había detenido.

—Bésame —insistió.

—Establecimos que sería sin besos.

—No me agrada pensar que mi esposa, ahora mismo, le pertenece a alguien que no siente. Me tienes a mí; estoy vivo y me derrito por tener tus labios. Ya los he probado; ¿por qué me los niegas?

Antes que Margarita abriera los labios para formular una pregunta, él se colocó entre sus piernas, acercó sus sexos y la poseyó lentamente. Lo recibió con el pulso acelerado y con la sangre que fluía frenética por su sistema circulatorio. Sus mejillas estaban más rojas y el calor se agolpaba en todo su cuerpo. Era muy fácil amarlo; era un hombre frío, hermético pero, en la soledad de la alcoba, se transformaba en una llama ardiente que no solo elevaba su temperatura, sino que la iluminaba por dentro, como jamás le había sucedido con nadie.

La tomó dulcemente, primero, con movimientos lentos; después, aumentó el ritmo de sus embestidas mientras se miraban a los ojos. Mujer y hombre, como parte de la misma amalgama, eran entonces un solo deseo que palpataba al unísono en una carrera desenfrenada hacia la cima. Jørgen siguió montándola con fuerza, ambos perdidos y jadeando en una espiral de desmedido placer. Había aprendido a reconocer cuándo su flor llegaba al clímax. Sus paredes internas lo abrazaban con ímpetu; su respiración se descontrolaba y emitía unos sonidos espasmódicos que lo catapultaban a la gloria. Pero observarla a la cara, cuando todo eso ocurría, fue mucho más excitante; descubrir que sus mejillas se tintaban de rosado por el esfuerzo y que sus labios adquirirían un tono casi purpúreo lo hizo desear acabar antes de lo acostumbrado. Al sentir la proximidad de su orgasmo, se apoyó sobre sus codos —para refugiarse en su mirada— y se enterró más profundo cuando su fuerte descarga salió expulsada de su cuerpo. Ambos gritaron a la par y terminaron derrotados.

Jørgen la besó en la frente y para ello no le pidió permiso; luego, se tumbó a su lado. Su mano fue en busca de la suya; al tenerla, deslizó sus dedos por entre los de ella y continuó respirando sofocado.

—¿Qué fue eso? —preguntó Margarita confundida.

—Tú rompiste nuestro acuerdo, tú explícamelo.

Entonces ella se le aproximó más; él la envolvió entre sus brazos, y siguieron mirándose.

Adoraba verlo respirar agitado cuando sus rasgos varoniles eran acariciados por los destellos del fuego.

—¿Me quieres? —le preguntó dubitativa, no podía seguirse engañando. Su corazón latía frenéticamente en su presencia y, aunque tuviera que vivir por siempre con la culpa de la muerte de un ser inocente, solo por amarla, no podía continuar negando que se había enamorado del hombre al que había desposado.

Se acercó lentamente a sus labios y posó los suyos sobre estos, sin cerrar los ojos. Jørgen la observó extasiado; la tomó desprevenida, estrechándola más en sus brazos, y atrapó la boca de la mujer entre sus voluptuosos labios. Le robó toda la pasión que podía albergar en un beso, lo que elevó más sus temperaturas corporales, hasta encender nuevamente la hoguera.

Capítulo 30

Jørgen le tomó las mejillas entre sus manos y se perdió en su rostro; la miró a detalle y reparó en su boca, esa de la que se había apropiado a plenitud; se mordió el labio inferior y emitió un sonido gutural de placer. Volvió a apoderarse de esa boca, a probarla y degustarla como si no hubiera un mañana. Poder besarla sin resistencia lo desquició por completo; sintió su erección comenzar a elevarse con demasiada prontitud, y desfiló por su mente un sinfín de fantasías que deseaba hacer realidad. Hasta ese momento se había entregado con reservas y, en sus años de soltería, había desarrollado costumbres sexuales particulares. No quiso experimentarlas con ella, pero ya no podía seguir siendo comedido. Margarita era un volcán en sus manos, uno donde la lava comenzaba a bullir en su interior; y él quería vivir todo con ella, sin límites.

—Serás mía —le susurró mientras le daba pequeños mordiscos en su oreja.

—Ya he sido tuya más de una vez. Soy tu esposa.

—He tomado tu cuerpo, pero quiero tu alma y tu corazón. No sabes cuánto he soñado con esto. Nada de prohibiciones ni acuerdos. Cuando decidimos entregarnos a otro por completo, no ponemos reparos. Quiero que me hagas el amor —gimió una vez más y, al terminar la frase, su virilidad se había recobrado.

Solo de imaginarla, totalmente libre, la sangre se acumuló a lo largo de su erección, lo que tensó la piel que la recubría, a punto de hacerla estallar.

Giró con ella encima y la dejó a horcajadas sobre su cintura.

—¿Me pides qué...? —Aún en las penumbras, sus mejillas igualaron el carmesí de sus labios.

—Sí —emitió expectante—. ¿No sabes que las mujeres pueden tomar a un hombre?

La vio tragar en seco y dudar, mientras su hombría rebotaba dolorosamente contra su suave vientre.

—Sé que pueden montarlo como a un caballo y que puede ser satisfactorio. Lo he leído —admitió con la cara que le ardía de la vergüenza.

—Desde que investigué al autor de los libros que llevabas en la boda de los duques, se me hizo mucho más excitante casarme contigo. Me intrigaba qué tanto podía aprender una señorita refinada y con cara inocente.

—Admito que he leído por curiosidad, pero jamás pensé que me lo pedirías.

—Solo pregúntate una cosa: ¿lo deseas?, ¿te gustaría tomar el control por un momento?

Los ojos negros de su flor brillaron ante el universo que se le abría delante. Vio desfilar por su semblante la tentación que despertó el sentido de posesión; ese hombre podía ser completamente suyo. Él le brindó un poco de ayuda: se elevó hasta ella y terminó de cruzarle las piernas sobre su cintura. Sus tórax quedaron unidos, sin que una pequeña brisa pudiera colarse entre ambos. La abrazó con fuerza y volvió a besarla; jamás se cansaría de tener sus labios sobre los suyos.

Y cuando el calor fue suficiente, le cogió la trémula mano y la llevó hasta su erección. La sintió temblar, pero terminó por tomarla y moverla hacia arriba y hacia abajo, como le había visto hacer a él con la suya en otras ocasiones.

—Crece mientras más la acaricio. ¿No te duele? —indagó y su voz estaba dominada por la excitación.

—Me encanta. Me dolerá si no la conduces a tu dulce refugio —gimió y lanzó unas carcajadas—. Necesito estar dentro de ti.

—Puedes entrar cuando lo decidas.

—Tú debes conducirlo hasta tu florecilla. Y quiero, antes de introducirlo, que la acaricies un rato con mi hombría.

Vio que tragó la saliva que se le acumulaba en la cavidad oral, pero no podía ocultar que la idea le resultó excitante. Cuando ambos sexos se rozaron, ella se estremeció. Él sintió arder todo su cuerpo. Se contuvo lo suficiente para no apresurar la entrega, ya había decidido cederle el control y permitirle jugar; era su turno de explorar. La presión de la mano de su esposa sobre su tronco y el ligero contacto con el capullo húmedo de su flor le hacían imaginar lo delicioso que iba a acabar. Un resbalón lo tomó desprevenido. Gruñó. Margarita estaba tan excitada acariciándose con el miembro viril que no se percató de cuándo había entrado la punta. Ella lanzó un gritito y a él se le dilataron las pupilas de deseo. Quería enterrarse hasta el fondo, pero era adulto y se contuvo; su mujer le indicaría cuando estuviera lista, y la espera lo haría más placentero.

La vio perderse en las mieles del juego, levantantarse lo suficiente para deslizarse lentamente a lo largo de la potente erección —hasta que quedaron completamente unidos— y comenzar a moverse como le ordenaba su naturaleza. Jørgen, por fin, se dejó caer hacia atrás y, con sus cálidas manos sobre los muslos femeninos, la animó a subir y bajar.

Se perdió en la visión de sus pechos danzantes, en la esbeltez de sus hombros y en el contraste de su piel clara con su cabello oscuro y con sus labios carmesíes. Era hermosa y era suya. Justo cuando la vio cabalgarlo suave y profundo, supo que nada de lo que les trajera el destino podría separarlos. Siguieron danzando juntos, hasta que notó en ella las señales; Margarita estaba a punto de explotar y él iba a reventar si no se liberaba de una vez.

—Te quiero, Jørgen. —Le gritó su verdad más oculta cuando su orgasmo la azotó como un mar embravecido y la obligó a desnudar su alma por completo.

Él subió hasta ella, la besó con ternura mientras disparaba ráfagas de su fluido caliente en la tierra fértil de su dulce flor. La afianzó por las caderas contra su pelvis, hasta que le obsequió

hasta la última gota de su simiente.

—Y yo he estado loco por ti desde el minuto que te conocí. Perdóname si he sido un tonto y por no abrirte mi corazón. —Se interrumpió para emitir un gemido por el esfuerzo de la descarga. Jamás había mirado a una mujer a los ojos y proferido aquellas palabras que le diría por primera vez—. ¿No has notado lo que siento por ti? Margarita, yo te amo y me he retorcido de ira, de dolor pensando que solo habías accedido a casarte porque tu hermano no te había dado otra opción. Pude tener a la mujer que pretendiera, pero te quería a ti. Fue frustrante descubrir que no me deseabas...

—Repítelo —pidió extasiada.

—¿Todo? —preguntó doblgado, como nunca lo estuvo jamás.

—Solo esas dos palabras, esas donde decías que...

—¡Te amo! Mi flor, te amo y solo quiero que tú me...

—También te amo, Jørg. Perdóname por haber estado tan ciega; eres un buen hombre y un mejor esposo.

Se sintió liberado de una pesada carga cuando el aliento de Margarita lo rozó al emitir aquellas tiernas palabras. Se fundieron en un largo abrazo y, muy cerca de su oído, le susurró:

—No más puertas cerradas. Te quedarás para siempre en mi dormitorio y me calentarás todas las noches. Tu sitio es entre mis brazos.

Capítulo 31

Esa mañana despertaron entrelazados; eran un manojo de piernas y brazos que se desataron cuando los primeros rayos del sol se colaron por las rendijas de las cortinas.

—Buenos días, mi flor —le dijo con el rostro límpido, sin rastros de su anterior semblante huraño.

—Dormiste como un pequeño niño.

—¿Acaso no descansaste bien?

—Lo hice, pero tuve que despertarme en medio de la madrugada para cerciorarme de que no estaba soñando.

Él la volteó de espaldas sobre la cama y enterró su nariz sobre sus pechos para llenarse de su olor a Neroli.

—Me quedaría aquí todo el día si nuestras finanzas no dependieran de que me levante de la cama y supervise que la enorme máquina de la compañía se ponga en acción.

—Desayunemos aquí —le pidió—. Puede ser nuestro nuevo hábito para las mañanas después de «esas noches».

—De acuerdo, ponte decente. Haré que nos traigan un nutritivo desayuno. Quiero que estés fuerte para esperar a nuestro pequeño Jørgen.

—Ni siquiera estoy embarazada; menos sabemos si, cuando suceda, tendremos primero un varón.

—¿Quieres una pequeña Margrete?

—¿Qué has dicho?

—Me gustaría que los nombres de nuestros hijos fueran escandinavos para que nunca perdieran sus raíces. —Ella lo miró ceñuda; eso sí no lo esperaba. Jørgen se le revelaba como un hombre completamente diferente al ser esquivo y malhumorado con quien había vivido los últimos meses—. Claro que también podrían llevar el segundo nombre en tu lengua natal.

—Lo pensaremos, pero no quiero hacerme ilusiones hasta que llegue. Mis primas quedaron encinta antes que yo. Sigo intentándolo sin resultados.

—Mi flor —le dijo al tiempo que le levantaba el mentón para que lo mirara a los ojos—, estaremos bien. Solo nos faltaba conectar y tener constancia. En nuestras familias hay muchos niños; no seremos la excepción.

Ella se quedó sorprendida, jamás lo había escuchado hablar de otros familiares, además de sus terribles padres. Llamaron a la puerta.

—Vístete; no deseo compartirte con nadie.

Los sirvientes se quedaron sorprendidos al encontrarlos juntos a esa hora del día, y más en una actitud cercana. En los rostros de los criados, no desfilaron sus emociones pero, de haber estado permitido, habrían sonreído y suspirado de alivio. El señor iba a estar más soportable; se le notaba el buen humor.

Tras un largo desayuno, él tuvo que salir a toda prisa para llegar a tiempo a sus compromisos. Pero, a la hora del almuerzo, acudió puntual. Ardía en deseos de verla.

Margarita había dado las últimas instrucciones para el almuerzo que tendrían esa tarde. Había intentado adaptarse a su papel dentro de esa mansión y, desde el encuentro nocturno con su amado, lo hacía con dicha. Se colocó al lado de su esposo, en el salón de recibir, para pasar al comedor. Él lucía particularmente elegante: vestía de negro y tenía una expresión sórdida que combinaba con su atuendo sofisticado. Ella se veía radiante. Jørgen intentó conducirla a la mesa.

—Aguarda. Debemos esperar a los invitados, o sería de mal gusto.

—¿Los invitados? —murmuró él al recordar las instrucciones que había dado antes de su último viaje.

—¿Qué sucede? ¿Lo olvidaste? Pero si enviaste las invitaciones a tus conocidos. Yo confirmé con el señor Mattson y con lady Genevieve Bradbury.

—¡Oh, por Dios! Debemos cancelar. Es un error. Lo hice antes de...

—No entiendo.

Jørgen quedó más pálido de lo usual. Antes que la servidumbre anunciara a quienes venían en el primer carruaje, le tomó la mano con un gesto que se le antojó dulce. Lo miró intrigada; él no solía dar muestras de afecto, menos con ella, pero no se negó. Todo sería diferente en lo adelante; se habían jurado amor.

El señor Mattson se plantó ante ambos con su usual talante desenfadado. Jørgen la soltó de pronto y se dispusieron a saludarlo. El antiguo tutor del señor Johansen no podía faltar si la comida trataba de negocios; era la mano derecha del empresario.

—Dígame, señora Johansen, ¿cómo ha estado?

—Bien, gracias. Es grato contar con su presencia. —Era honesta; el hombre de mediana edad tenía efecto calmante en ella. Lo miró dubitativa y se dijo que no podía ser el padre de su esposo, no uno al que Jørgen tuviera algo que reprocharle.

—Está más bella que nunca, hoy tiene un encanto especial. Cuénteme su secreto. —Ella solo pudo sonreír. Si le contaba que la felicidad provenía de las caricias que su marido le prodigaba entre las cuatro paredes de su dormitorio, lo iba a escandalizar—. Es agradable volver a verla.

Jørgen lanzó una sonrisa perturbada con la mirada, que a ella le inquietó. El segundo carruaje

hizo su arribo. Escucharon el ruido de las ruedas y los cascos de los caballos sobre la entrada, aguardaron a los recién llegados. Una gota de sudor bajó por la frente de Jørgen. El señor Mattson y Margarita lo miraron extrañados; era un otoño bastante frío y el invierno tocaba a la puerta. Lady Genevieve Bradbury hizo su entrada y Jørgen emitió un suspiro de alivio.

—Por favor, pasen al comedor; tengo un asunto urgente que resolver. Enseguida estoy con ustedes —propuso el anfitrión.

Todos lo miraron intrigados.

—Faltan tus invitados —indicó Margarita.

—Ha habido una terrible confusión. Pasen al comedor. ¡Ahora! —gruñó perdiendo el control—. Nadie más vendrá.

—¿Qué te pasa, mi Jørg? —preguntó la dama, extrañada porque la conducta de su protegido ni siquiera le había permitido saludar a los presentes y que los otros hicieran lo propio.

—¿Pasa algo, muchacho? —lo increpó el señor Mattson.

Antes que Jørgen los empujara hasta la mesa del comedor y los obligara a tomar asiento, sin supeditarse a las reglas de cortesía, otros cascos chocaron contra la entrada principal. Todos levantaron sus rostros cuando los recién llegados hicieron su entrada. Era una pareja; el señor Mattson y lady Genevieve Bradbury jamás los habían visto, porque se quedaron con los rostros neutros. Jørgen sudaba más que antes, y sus mejillas se habían encendido por completo.

Margarita palideció; miró a los invitados y, luego, a su esposo. No supo cómo debía reaccionar. Lo cierto fue que su cuerpo entero se quedó inmóvil; ni siquiera la partícula más inestable se atrevió a temblar. Sintió un frío enorme apoderarse de su alma, la que terminó por congelarse antes de que llegara el invierno. Sus ojos dirigieron una lánguida mirada hacia su esposo y, de nuevo, hacia el caballero alto de ojos marrones, que también la observaba sin poder disimular su sorpresa. Iba tomado de la mano de su esposa, una mujer que no se distinguía por una belleza exorbitante, pero que era bonita y parecía dulce y tierna.

¡Mendoza, era Mendoza! Estaba vivo y mirándola, tratando de no desmoronarse. El resto de las personas fue quedando atrás. Un soplo de dolor agudo se instaló en su pecho y la amenazó con destrozarla. Quería gritar, ¡gritar!, pero no podía quedar en evidencia delante de los demás. Jørgen carraspeó y, de pronto, Margarita se acordó de su presencia. ¿Lo había hecho a propósito? ¡Por supuesto! ¿Y todo lo que habían compartido la noche anterior? Aquellas muestras de afecto se vieron enturbiadas en su recuerdo; las sacó con rencor de su seno.

El señor Mattson los vio a los tres —a Mendoza, a Jørgen y a Margarita— convertidos en piedras de hielo y rompió el clima ártico que se había apoderado del salón para comenzar con los saludos y las presentaciones. Jørgen se estiró sobre sus fuertes piernas y pareció aún más alto de lo que era.

—Bienvenidos, les presento al conde de la Vega y a su esposa, la condesa —habló tras reaccionar. Mendoza lucía gallardo; el corto tiempo había acrecentado su lozanía. La condesa, en cambio, daba la impresión de estar apagada—. Estos son el señor Mattson y lady Genevieve

Bradbury. La señora Johansen es mi esposa.

Margarita miró a Jørgen y disimuló una dura inquina que suscitó en su corazón contra él. ¿Cómo iba a justificar aquel encuentro? ¿Diría que era fortuito? Era imposible. Las reacciones pasadas de Jørgen, sus viajes y todo lo demás cobraron significado. Pero lo que más la amargó por dentro fue la mayor interrogante: ¿por qué Mendoza había fingido su ropia muerte? ¿Por qué Hugo, su madre y el padre de él, también, la habían sostenido? Nada funcionaba, nada fluía, nada estaba bien. Vio a su antiguo enamorado recomponerse de la sorpresa y, aunque con cierta tirantez, intentar ajustarse a lo esperado en un almuerzo con nuevos posible socios.

Todos tomaron asiento. Margarita estuvo a punto de causar un revuelo con la cristalería que tenía delante de ella: las copas para el jerez, para el burdeos y para el champán, y el vaso de agua. El mayordomo la miró asombrado porque había estado muy ilusionada con servir los alimentos y casi lo arruina. Ella trató de contener sus nervios, pero estaba a nada de levantarse y salir corriendo. El servicio siguió su curso y trajeron dos fuentes de sopas, cada una colocada a un extremo de la mesa.

—La comida es de su tierra, conde de la Vega, en honor a su persona. Mi esposa vivió algunos años en Madrid, otros en La Habana —dijo Jørgen sin quitarle los ojos de encima a Margarita y a cada una de sus reacciones.

—Agradezco el gesto —dijo el aludido.

—La condesa no parece española —intervino lady Genevieve Bradbury.

—Es correcto; mi esposa es americana. Radicamos en Nueva York un par de meses, pero me fue complicado evadir las responsabilidades de mi título una vez que mi difunto padre falleció y tuve que asumirlo. Volvimos a España hasta que recibimos una tentadora oferta del señor Johansen y hemos venido a escuchar su propuesta.

A las sopas le siguieron los volantes fríos consistentes en embutidos varios y aceitunas. Margarita apenas si había probado tres cucharadas del primer plato y aún las sentía atoradas en su garganta. Los camareros parecían sincronizados en sus movimientos; el mayordomo controlaba la situación para no dejarlos fallar. Continuaron con el segundo plato. Había ensaladas; un exquisito cocido de carnes rojas que, lejos de alegrar el paladar de los tres implicados, alargó el momento tortuoso; asado de aves y de pescados. Fue el almuerzo más incómodo, doloroso y asfixiante por el que Margarita tuvo que pasar. Agradeció por la presencia del señor Mattson y de lady Genevieve Bradbury, que hablaron más que el resto e impidieron que la comida transcurriera en el más absoluto silencio. Su mente, confusa, ni siquiera percibió el resto de los platillos que desfilaron por su lugar y eran retirados intactos. Cuando se percató de la hora, ya habían retirado los servicios, cepillado la mesa y comenzaban a servir el postre.

La esposa del conde fue amable y educada en todo momento, ajena a la tensión de la que algunos eran víctimas. Era una mujer en extremo delgada, de escaso apetito y rostro mustio. Tenía cierta

belleza, pero se veía tan lánguida que no destacaba. Elogió las frutas, la pasletería ligera y las compotas, aunque lo hizo más por educación. Margarita ni siquiera pudo probar un higo seco. Johansen trataba de seguir el curso de la conversación, guiada por el señor Mattson y lady Genevieve Bradbury, pero perdía el hilo en más de una ocasión; su atención solo reparaba en la inquietud que Margarita se esforzaba por disimular.

Cuando todo terminó, más apresurado de lo habitual —gracias a que Jørgen lo propició y que el conde alegó compromisos para también desaparecer—, Margarita logró sentir cada una de las emociones que la habían castigado sin poderlas liberar. Caminó hasta su habitación y se permitió palpar el dolor, la rabia y la agonía: Mendoza estaba vivo.

Jørgen no tardó en aparecer con cara de arrepentimiento. Tardaron unos minutos en que el silencio se rompiera con una palabra.

—Margarita —la llamó y su fuerte acento, sacudido por la zozobra, la rescató de sus penumbras mentales.

—¿Cómo pudiste? —inquirió con lágrimas que se escapaban de sus ojos a borbotones.

—Me cegaba la ira. Había dado mil tumbos para llegar a tu corazón y tú te encerrabas en ti misma y me ponías frenos. Cuando supe que el pretendiente era más importante de lo que había supuesto y que, además, había muerto «por amor», enloquecí. Creí que jamás ibas a amarme. ¿Quién puede luchar contra un fantasma, uno que ha entregado todo por cariño? Estábamos tan felices anoche que olvidé por completo mi disparatado plan, el que armé hace más de un mes atrás solo para desenmascararlo ante tus ojos.

—No debiste exponerme a ese encuentro. ¿Acaso pensaste en cómo me sentiría al verlo levantarse de su tumba, luego de haberlo llorado a mares?

—Llorado... —repitió confundido. Tragó en seco.

—Se derraman lágrimas por los fallecidos.

—Esa vez, cuando salí de aquí, corrí a reclamarle a Hugo; me dijo que el conde estaba vivo.

—¿Quién es responsable de orquestar esta infamia? ¿El conde?, ¿Hugo? Mi corazón me dice que es Hugo.

—Tu hermano pensó que ese caballero no era bueno para ti. Solo quiso protegerte.

—¿Protegerme? ¿Rompiéndome el corazón en pedazos?, ¿engañándome?

—¿Lo amas?

—Jørgen, me siento estafada, engañada, humillada. En estos momentos mi amor por quien sea se ha hecho añicos. Así, ¿en quién puedo confiar?

—En mí, yo te amo.

—Tú y yo ya habíamos logrado entendernos. ¿Por qué traerlo de entre los muertos a perturbar nuestras vidas?

—Me desesperaba tu indiferencia, solo quería que te dieras cuenta de que te lamentabas por alguien que no te merecía.

—¿Cómo puedes estar seguro?

—Tu hermano afirma que el conde de la Vega no es una persona honrada y, por lo tanto, jamás te haría feliz.

—¿Y quién es Hugo para juzgar?

—¿Preferirías estar casada con él?

—No, Jørgen. En estos momentos lo único que deseo es estar sola.

—Me quedaré esta tarde en la mansión, no regresaré a mis quehaceres. Tal vez no quieras verme; sin embargo, espero que sepas que reconozco que no actué correctamente. Pero ¿qué debía hacer, ¿contarte mi descubrimiento?

—No lo sé, pero definitivamente ha sido un error traerlo a nuestras vidas. Él buscará la forma de hablar conmigo, se querrá explicar.

—¿Cómo estás tan segura.

—Lo conozco.

—Y debes negarte. Ambos están casados; sus vidas apuntan a distintas direcciones.

—Te equivocas. Sí le daré la oportunidad de dialogar.

—¿Por qué? Fingió su muerte; aunque Hugo lo haya planeado, el conde de la Vega estuvo de acuerdo.

—Sabes que mi hermano suele ser convincente.

—¿Pretendes abandonarlo todo por él?

—Solo quiero oír su versión de los hechos.

—No creo que venga de nuevo; salió huyendo, y no pretendo buscarlo. No haré negocios con él. En verdad, jamás lo tomé en serio.

—No se vale jugar con las personas para salirte con la tuya. Lo hiciste venir de tan lejos solo para demostrar tu punto.

—Perdóname; me he equivocado. Te lo pido de corazón, pero no pretendas que me postre ante tus pies y me eche a suplicarte. Tampoco has actuado bien. Yo soy tu esposo y a mí me debes tu amor, tu respeto y tu consideración. No se vale que me increpes por un hombre al que no le importó destrozarte y prestarse para fingir su propia muerte. Y ultimadamente, no tengo nada que ver con esa historia. Te abrí las puertas de mi hogar, desconocía que venías rota por dentro.

—De saberlo ¿no te habrías casado conmigo?

—Muy posiblemente. ¿Me crees tan tonto para exponer así mis sentimientos?

Unos toques sobre la puerta dejaron la respuesta en el aire. Kathy apareció con su uniforme impecable, su sonrisa comedida y su buena disposición. Portaba una misiva para Margarita pero, al ver al señor y su semblante de rey de los infiernos, se quedó petrificada, sin pronunciar palabra.

—¿Traes algo para mí? —preguntó Margarita, pero la chica quedó sumida en el silencio.

—Termina a lo que has venido, por favor —le habló Jørgen a la doncella, desesperado por que saliera y los dejara finalizar la conversación.

—¿Yo? Sí, un aviso —manifestó la chica—. Lady Genevieve Bradbury la espera mañana para

tomar el té, señora.

—¿Es todo? —indagó el señor.

La muchacha asintió y la dejaron marcharse. Jørgen se cercioró de cerrar la puerta tras de la doncella, volvió junto a su esposa y le tomó las manos frías y temblorosas.

—Cuando decidí buscarlo, ni siquiera sabía que estaba casado; luego, Hugo me lo dijo para tranquilizarme. Yo vi la oportunidad de que conocieras que el conde había rehecho su vida, mientras tú seguías posponiendo la nuestra.

—¿Y decidiste darme una lección? Me pusiste en la situación más humillante y dolorosa de mi existencia.

—Lo planeé antes de saber que me amas. Porqué aún me quieres, ¿verdad?

—Déjame sola, Jørgen.

—Si corres tras él, no sé si pueda perdonarte.

—No te he pedido que lo hagas.

Lo vio tomar su agonía, su frustración y su inquietud y reducirlas ante su respuesta. Margarita lo sabía; aunque la convivencia no había sido extensa en el tiempo, tenía la capacidad de notar lo que bullía en el interior de ese hombre. Había una sola cosa a la que no estaba dispuesto Jørgen: a sufrir. Era capaz de tomar su tristeza y oprimirla hasta sacarla de su cuerpo; lo preocupante era el modo para lograr ese fin. Parecía como si los demonios de su propia amargura lo secuestraran y le dictaran qué hacer para enfrentar su desconsuelo con orgullo. Lo vio convertirse en una roca fría.

Ella no perdió el tiempo e hizo venir a su doncella, le tomó la mano y Kathy le devolvió una mirada asustada.

—No viniste para decirme lo del té con lady Genevieve Bradbury. Eso ambas ya lo sabíamos.

—Por Dios, señora, no me ponga en este predicamento. Yo le guardo absoluta fidelidad a su esposo, necesito el trabajo.

—Suelta lo que tengas que decir y no te pediré nada más que te involucre.

—Ese caballero español ¿la conoce? —Margarita asintió—. Me dijo que volverá mañana, cuando su esposo haya salido, y que la esperará en un carruaje al final del camino. Por Dios, señora, no acuda.

—Por favor, Kathy, no lo repitas ante nadie.

—Ese hombre no me gusta. Su esposo me intimida; no se atreva a desafiarlo.

—¿Por qué le temes tanto a Jørgen? ¿Ha dañado a alguien en tu presencia?

—No, pero siento la frialdad de su alma.

—Por mí no te preocupes; yo no le tengo miedo.

Capítulo 32

Aquella noche, cuando ella se quedó en su dormitorio, dio rienda suelta a todas las emociones que la sacudían. Gritó a solas, lloró. Jamás se había sentido tan engañada. Hugo había sido un hermano, un padre y un amigo para ella, pero nunca le iba a perdonar haberse entrometido en su destino de una forma tan invasiva. Había crecido admirándolo y colocándolo en un pedestal, pero el duque había traspasado todos los límites. Y su madre no quedaba rezagada; la actitud cómplice de doña Alma la dejó completamente destrozada. Siempre había sido la progenitora más amorosa del mundo; no entendía cómo se había aliado con Hugo y había decidido apoyarlo a él y causarle un dolor agudo y desesperante, uno que había sido edificado en una mentira. Lloró desconsolada y tocó fondo.

Jørgen acudió a buscarla con el entrecejo fruncido, el que endureció más al encontrarla en aquel estado.

—¿Lloras por él?

—Soy dueña de mis lágrimas; no me dirás cómo, dónde y por quién derramarlas.

—Quedamos en que dormiríamos juntos en mi habitación.

—No creo que hoy pueda ser una buena compañía para ti.

—En ese caso ¿me aceptarías en tu cama? No debemos irnos a dormir enojados; es el secreto para un feliz matrimonio. —Le clavó una mirada que escondía dulzura debajo de muchas capas de hielo—. Sé que nuestras diferencias requieren tiempo para sanar. Solo déjame estar cerca, por si de pronto cambias de opinión y sientes que me necesitas.

—Si eso sucede, puedo caminar hasta tu habitación.

—De acuerdo. La puerta permanecerá abierta, pero no será para siempre.

—¿Me pones límites?

—Solo te digo cómo soy para que luego no me acuses de intransigente. Jamás perdonaría una traición.

—Interesante, viniendo de la boca de quien ha jugado sucio conmigo.

—Yo no te he engañado, quien ha quedado como un tonto aquí soy yo. ¡Me enferma que derrames una sola lágrima por él! —admitió celoso—. Lo único que hice fue provocar un encuentro donde todos nos quitáramos las máscaras. Ahora sí no hay secretos entre los dos.

—Me omitiste que él estaba vivo.

—Tal vez, si no lo hubiera puesto delante de tu cara, la verdad no habría sido tan efectiva. Quería observar tu rostro, mientras lo mirabas, y comprobar si me he enamorado de una mujer cuya alma no me pertenece.

—¿Me acusas de adúltera por alterarme tras ver a un muerto resucitar?

—Solo te digo que te amo; que, si corres tras él, me romperás por dentro. Sé que tendré la fuerza para volver a unir mis trozos, pero te quedarás eternamente como una huella dolorosa dentro de mi alma. Margarita, si te dejas tocar uno solo de tus cabellos por él, me habrás perdido para siempre. No te querré nunca más.

—No tienes derecho a ponerme condiciones.

—Y jamás lo haría, a ti nunca te las pondría, ni siquiera por tener los derechos que me corresponden como esposo. Mi orgullo no me permite tener a mi lado a alguien que no decide amarme libremente. No te pongo condiciones, te aclaro cuáles son mis elecciones para entregar mi corazón.

—Cuando se ama, la lógica sale sobrando.

—Entonces, estoy perdido porque, si me amaras con tanta fuerza como para que las razones salieran sobrando, olvidarías que él compartió hoy nuestra mesa. En cambio, te acercarías, te fundirías con mi cuerpo y me harías el amor como nunca lo hicimos antes. Si me quisieras así, irracionalmente, no querrías que nada amenazara con alejarte de mí. Yo es lo único que deseo ahora...

—Por favor, hablemos mañana. —Susurró tan bajo que apenas fue perceptible; su cabeza estaba a punto de estallar.

Jørgen se le aproximó con el corazón en sus manos, inspiró fuerte y la rozó con su aliento; buscó con desespero sus labios, y ella se los negó. Se resignó, la envolvió en sus brazos y la estrechó fuerte; su cuerpo hervía y su respiración —entrecortada— también era caliente.

—Jamás volveré a amar a una mujer con la misma intensidad —murmuró cerca de su oído.

Se quedaron abrazados largo tiempo, eran dos flamas ardientes que se alimentaban la una a la otra. Pero el fuego no era de pasión; la agonía pesó más. Ella fue la primera en soltarlo. Se perdió por unos instantes en sus ojos de hielo, y luego dejó sus brazos a lo largo de su cuerpo para indicarle que había llegado el momento de separarse.

Jørgen no dejó de luchar. Apesadumbrado se llevó una mano al rostro, volvió a mirarla totalmente enamorado, inspiró hondo y se retiró con el semblante adusto.

Le dolió verlo traspasar la puerta entre sus dormitorios, pero su cuerpo no le respondió. No pudo detenerlo y terminó por buscar consuelo en la negrura de la noche y en su propia soledad.

Al siguiente amanecer, Margarita abrió los ojos antes de lo acostumbrado. La agonía en su pecho no desaparecía. Acudió puntual al desayuno e intentó actuar con sosiego. Compartieron los alimentos en el más absoluto silencio. En la mirada titilante de los sirvientes, de nuevo podía

notarse la perturbación que percibían en el ambiente. Ninguno dejó entrever sus percepciones, como de costumbre, pero el aura de la casa se había enturbiado y había traído penumbras para todos sus moradores. El león iba a estar irascible, y más valía que se le acercaran con cautela.

Margarita se abrigó bien, tomó su capa y miró todo con ojos de dolor. Se sentía sin hogar; como si la seguridad que había sentido entre aquellos muros protectores, la noche en que su esposo y ella se habían revelado sus sentimientos, estuviera tambaleante e intentara mantener el equilibrio para no hundirse en perturbables arenas movedizas.

Salió y caminó con un frío gélido que le pegaba en el rostro. Las hojas que se habían caído de los árboles revoloteaban en masa por la calle; era una danza acompañada donde todas eran conducidas en la misma dirección, movidas por el antojo del viento, hasta que descendían de modo estrepitoso, como pequeños trozos de cristal. Vio a lo lejos un carruaje negro, completamente cubierto, y se dirigió en su dirección; observó a todos los lados para cerciorarse de que nadie notara cómo subía.

El conde de la Vega salió para darle la bienvenida y, mientras lo miraba —aún estupefacta porque era muy extraño ver a un hombre que se suponía muerto delante de sus ojos—, otro carruaje, al final del camino, se aproximó en dirección a ambos. Lo conocía bien; era el de Jørgen. Hizo señas para persuadir al español para abortar el encuentro.

—¡Venga conmigo! —le imploró.

—Es mi esposo —dijo para referirse al otro coche.

—No importa, ¡vamos!

—No así. Siga, por favor. Habrá otro momento para vernos.

—¿Usted me dirá cuándo?

—Mañana, a la misma hora.

—¿Podemos citarnos en Hyde Park o en otro sitio que sugiera?

—No deseo que nos vean en público juntos.

—Tengo un lugar ideal para que hablemos sin interrupciones. Mañana tengo cita con su esposo para ver el asunto del trato de negocios. Es buena hora. Está visto que a ninguno de los dos nos interesa una sociedad. Vendré sin falta.

El conde hizo una señal de despedida con su sombrero, subió a tiempo y se cruzó en el camino con Jørgen y sus guardias personales. Se mantuvo dentro y su identidad quedó oculta del señor Johansen que, con cara de pocos amigos, vio el coche alejarse y a su esposa a la orilla del camino. Pidió al conductor que se detuviera y la hizo subir de inmediato. La interrogó con la mirada y aquella no se dejó amedrentar con las centellas que provenían de sus ojos.

—¿Qué significa esto, Margarita? ¿Acaso planeabas huir con el conde de la Vega? ¿Era él quien se ocultaba en el carruaje?

—¿Qué haces aquí tan temprano?

—No me quedé tranquilo. Tuve un mal presentimiento, pero nunca imaginé que planearas huir con él.

—Jamás te abandonaré. Yo... No voy a mentirte; era él.

—¡Maldito infeliz! ¡Tom, siga a ese carruaje! ¡Ahora! —Desorbitado dio órdenes al cochero y les hizo señas a sus hombres para que le dieran caza.

—¡No lo hagas! ¡No te comportes como un energúmeno poco civilizado!

—¿Me estás diciendo «energúmeno» y «poco civilizado» por sentirme ofendido porque ese malnacido puso los pies en mis dominios para intentar llevarse a mi esposa? —Jørgen levantó la mano para detener a los jinetes.

—¿Acaso no puedes entender que Juan y yo necesitamos hablar? Ya no hay remedio para nosotros. Ambos estamos casados, pero necesitamos, al menos, aclarar este embrollo para poderle poner punto final.

—Ese hombre te mintió, es un canalla. Estaba al borde de la quiebra y necesitaba tu dote para salir a flote.

—No te consta.

—En cuanto dejó de tenerte entre sus manos, desposó a la rica heredera de un norteamericano que resolvió todos sus problemas de dinero. Claro, tú eres la hermana de un duque y procedes de una familia de rancio abolengo; también le hubieras aportado clase y relaciones con el matrimonio.

—¡Basta de calumniarlo!

—¿No me crees?

—¿Tan poco merecedora soy del interés de un caballero que, por lo único que me desposaría, sería por mi dote?

—No quise decir eso.

—Si no es hoy, será otro día, pero no vas a impedir que Juan y yo hablemos. Los que urdieron esta patraña para separarnos nos lo deben. Puedes dejar apostados a mil hombres si lo decides, pero me las arreglaré para burlar a cada uno.

—Si te reúnes con él, no me importará si tienes razones justas o no; te desconoceré como esposa.

—Es tu decisión; contra eso no puedo hacer nada.

Capítulo 33

Aquella mañana Jørgen se quedó en casa. Se encerró en su estudio, se sentó en el confortable sillón y recostó los antebrazos en su escritorio, pero no lo hizo para revisar sus papeles o para trabajar. Rabiaba de dolor, incertidumbre e ira. Los recuerdos de su triste niñez prorrumpieron de golpe en su mente y causaron que trastabillara. Su confianza en sí mismo estuvo a punto de verse socavada. El sentimiento de abandono, pérdida e indefensión lo azotó de frente, tal como le había sucedido en sus primeros años, cuando el objeto de su afecto y amor lo había traicionado. «¡Escoge entre él o nosotros!», le había dicho ese ser malévolo a la persona que Jørgen más quería en el mundo. Y eligió por los otros; lo había visto en el brillo de sus ojos, sin que lo hubiera confirmado con palabras. No había habido besos ni abrazos ni despedidas. Había dado marcha atrás y lo había dejado llorando, entendiendo que estaría solo, que la extrañaría y que su renuncia lo habría de afectar a él.

Tres años de edad y aquel recuerdo —que debía desaparecer de su memoria— se había quedado fijo porque lo alimentaba a cada instante para que no se extinguiera.

Recostó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y, perdido entre sus memorias, no percibió cuándo se quedó dormido.

De pronto tenía tres años y era arrojado a la sobriedad de un cubículo en una torre; había una maltrecha cama, una mesa donde tomaba los alimentos o trazaba garabatos sobre el papel para entretenerse. Una nodriza lo cuidaba. Aún recordaba las líneas de su rostro; era severa, pero lo acunaba en sus brazos cuando el llanto se apoderaba de él. Recordaba su pensamiento al observar; tras los barrote, los verdes campos que se extendían frente a él. «¡Quiero salir!», decía. Solo añoraba escapar; correr y respirar para llenar sus pulmones de un aire que no fuera el de aquella viciada celda.

Dos años después, seguía mirando las hojas de los árboles caer; luego, la nieve, cuando las ventanas se cerraban; hasta que llegaba la primavera y los gritos de otros niños, a lo lejos, que cantaban y jugaban a la par de los gorjeos de las aves, le indicaban que pronto podría ver algo más que hierro, madera y piedra.

Tras dos años de encierro, vio los ojos de su nodriza llenarse de lágrimas antes de acostarlo a dormir; se preguntaba por qué. Todo sucedió muy rápido. Lo despertaron en la madrugada y lo abrigaron aún adormilado. Mattson llegó como un ángel guardián y lo liberó, lo subió con él en la grupa de su caballo y le ordenó que se sujetara con fuerzas de su torso. Cabalgaron a prisa, con otros jinetes que los escoltaban, hasta que abordó una embarcación que los llevó lejos de allí. El Mattson de sus recuerdos era muy distinto: no se comportaba como un maestro, era un guerrero.

Unas lágrimas saladas resbalaron a ambos lados de su cabeza, pasaron por sus sienes y siguieron su curso. Despertó con un dolor punzante en el pecho, del que ya creía haberse librado

con el paso del tiempo.

Todo había sido oscuridad hasta que Mattson hubo llegado a su vida. Entonces, había vuelto a ser tratado como una persona, con la dignidad que el anterior abandono le había arrebatado. Pero, a pesar de que el guerrero lo había liberado, había sido precavido y no había confiado a la primera ni lo había querido pronto. Su corazón había necesitado tiempo para dar entrada a alguien más.

Por eso no continuó rogándole a Margarita ni puso guardias a custodiar a su esposa. Jamás iba a retener a nadie por la fuerza, sabía lo doloroso que era el encierro. Si ella quería marcharse, no se lo iba a impedir. En contraparte y para su desgracia, conocía lo que era perder a un todo y estaba seguro de que podría sobrevivir, como lo había hecho tras haber dejado de ser abrigado por los brazos de su progenitora, de quien solo recordaba el dorado de sus cabellos, la blancura y sedosidad de su piel, en contraste con sus ojos marrones oscuros y su aroma protector.

Se reprochaba su debilidad. Se había enamorado de Margarita luego de haberse jurado no volver a amar con tanta intensidad, pero había cedido ante sus ojos hechiceros y estaba pagando el precio. El recuerdo de la primera vez que la había visto en Primrose Hall vino a su mente. En aquel instante, jamás había imaginado que ella le causaría a su vida una pena tan dolorosa que volvería a removerla desde los cimientos.

Capítulo 34

Jørgen se había ido a trabajar muy temprano, incluso antes del desayuno. No le había dejado razones y ella no necesitó indagar. Entendía su reticencia, pero su corazón no podía pensar. Había llorado la muerte del conde con tanta amargura que, al verlo de pie próximo a ella —pero sin poderlo tocar—, se le había formado en el pecho la imperiosa necesidad de verlo de cerca, de palpar sus cabellos, de cerciorarse de que su tórax subiera y bajara a la par de su respiración.

Los hombres de su esposo lo habían acompañado, como siempre; se sorprendió que no los hubiera dejado apostados. Comprendió que era verdad que no la iba a retener si deseaba abandonarlo, como igual —de seguro— sería que no le perdonaría una traición. Nadie en Hidden House le había preguntado a dónde se dirigía cuando, ataviada con una capa, atravesó el portón principal y, luego, el patio delantero hasta salirse a pie por el enrejado negro que delimitaba la propiedad del camino.

Avanzó unos cuantos pasos hasta que divisó el carruaje que la mañana anterior había traído al conde. En cuanto la descubrieron, los caballos iniciaron un trote ligero hasta quedar frente a ella. El conde sacó medio cuerpo por la portezuela y la instó a subir. Margarita miró a su alrededor para cerciorarse de que nadie la viera. Le tomó la mano y se coló en el interior del carruaje.

Cuando estuvieron juntos, uno sentado al lado del otro, se perdieron en una larga mirada. Aún no podía creerlo; estaba vivo. ¡Cuánto había pedido al cielo por un milagro como ese! El conde quedó en silencio contemplándola; era un hombre castaño que lucía un arreglado bigote del tono exacto de su cabello, sus cejas y sus ojos. Su tez era cetrina y la nariz, un poco pronunciada, lo que le daba un toque simpático y armonioso a la vez. En sus años de soltería, había arrancado muchos suspiros a las señoritas casamenteras, pero él nunca se había sentido tan interesado por una como por Margarita.

—Lo siento —murmuró en su lengua, con su adorable acento español. Su semblante reflejaba arrepentimiento.

—No piense que estoy feliz de estar aquí. Solo he venido porque considero que necesito una explicación.

—¿No prefiere que lleguemos a un sitio más cómodo? He acondicionado un lugar para que podamos hablar sin interrupciones.

—La comodidad es lo que menos me importa. Hable.

Él emitió una señal para que el conductor se pusiera en marcha y, mientras eran sacudidos por el vaivén, suspiraron a la par.

—Ninguna palabra podrá justificarme —agregó el conde—. Fui un cobarde, un maldito cobarde. Solo diré, en mi defensa, que no sabía que le contarían tal mentira. No hubiera sido capaz de haberla hecho sufrir. Su hermano me detuvo aquella mañana, de camino a la iglesia; lo acompañaban sus hombres e iban armados. Me impidió proseguir, me hizo una advertencia. Estaba irascible, muy agresivo. De haber continuado, me habría retado a muerte allí mismo, me amenazó con hacerlo. Solo intenté evitar una desgracia. No quise empeorar la situación, pensé que pasarían unas semanas y que se iba a calmar, que entraría en razón. Creí, como un ingenuo, que habría otra oportunidad para vernos, para aclarar lo sucedido. —Las lágrimas de Margarita cayeron e inundaron sus mejillas. Él sintió compasión y pretendió abrazarla, pero ella no lo permitió; sacó su pañuelo, de finísimo algodón y de ribetes de encaje, y trató de enjugarse el rostro inútilmente.

—Todos los involucrados en esta farsa me han hecho muy desdichada. No creo que pueda olvidarlo y continuar como si no hubiera sido víctima de semejante ultraje.

—Perdón, mil veces perdón. Tras aguardar un tiempo, sufriendo cada día por la incertidumbre, acudí a buscarla donde siempre nos encontrábamos. No imagina el dolor que me causó saber que se la habían llevado lejos, con la intención de encontrarle esposo. Quise salir a encontrarla, pero nadie pudo darme razones. Las posibilidades eran muchas. Luego, llegó la noticia de su matrimonio. Mis esperanzas se marchitaron en ese instante; quise morir, estaba muy desesperado.

—¿Se rindió?

—Creí que me había olvidado, no sabía que la habían engañado diciéndole que había muerto. ¿Por eso contrajo nupcias con ese caballero? ¿Pensó que nunca más me vería?

—No. Simplemente, estaba tan perdida que no escuchaba lo que decía mi corazón. Aún no sé por qué hice muchas cosas. ¿Y usted?, ¿también se casó por despecho?

—Mi padre me dio un ultimátum. Ya sabe cómo son las familias en estos casos. Yo estaba destrozado, necesitaba aferrarme a algo para poder continuar.

—Lo lamento tanto, pero jamás le fallé. Yo lo creía muerto; de lo contrario, nadie me habría subido a un barco.

—Y yo asumí que me había olvidado, o nunca, bajo ningún concepto, habría desposado a otra dama.

Lloró más pronunciadamente hasta que pudo encontrar un cierto alivio a su pena. Tomó aire en repetidas ocasiones hasta que sintió que la tormenta se iba despejando en su corazón.

—Otros han elegido por nosotros, pero nuestros caminos se han separado. Es mejor que no lo una ningún trato comercial con mi esposo. Lo mejor para los dos es poner distancia.

—¡No! ¡Nunca! Ahora, que la tengo delante de mis ojos, jurándome que fue engañada, tal como yo, no puedo simplemente renunciar. Yo no la dejaré atrás, no podría continuar viviendo.

—Usted no entiende...

—¿Por qué sacrificarnos por otros? Si ese hombre no la deja ir, estoy dispuesto a retarlo a

duelo de ser necesario. Solo uno vivirá. Me han dañado el honor, me han robado, y tal falta no puede quedar impune.

—Johansen no tiene nada que ver.

—¿Quién se lo garantiza?

—De haber sabido los lazos que me unían a otro hombre, no se hubiera casado conmigo. Él se enteró de su muerte por mí. Por eso fue a buscarlo movido por los celos.

—¿La quiere? ¡Claro! ¿Cómo no la querría? Es usted la perla más reluciente del mar. ¿Quién, sabiendo que posee una joya peculiar, estaría dispuesto a deshacerse de ella?

—Me ha dicho que tiene sentimientos por mí. Es un buen hombre; no deseo lastimarlo.

—¿Y qué queda para mí? ¿Cómo me repongo de esta pena?

—Usted tiene a su esposa. Parece una dama honorable.

—Lo es, pero no estoy enamorado. No hace que mi corazón lata con igual frenesí. Margarita... Si la invité a venir es por que estoy dispuesto a todo: a hacer lo que debimos haber hecho cuando su hermano se opuso. Huyamos juntos.

—Estamos casados con otras personas.

—Me las arreglaré para mandar a mi esposa al campo o a cualquier otro sitio donde no pueda molestarnos. Buscaré una casa para los dos.

—¿Acaso se escucha? Es un plan disparatado. No he venido porque desee escapar. Jamás le faltaría a mi matrimonio. Solo quería explicaciones, y usted me las ha dado. Ha sido lamentable cómo se han dado las cosas, pero ahora tenemos responsabilidades que debemos cumplir.

—Entiendo su preocupación. De la única forma en que pueda librarse de su matrimonio, de una forma en que no se comprometa su honor, es como viuda. Yo sería capaz, incluso, de cometer el acto más repudiable para que podamos tener el final feliz que nos merecemos. Me desharé de ese infeliz; hay tantas formas de hacerlo sin que levantemos sospechas.

—¡No! ¡Ni lo piense!

—¿Tiene miedo? Hay venenos que pueden ser muy discretos; la culpa no recaerá sobre ninguno de nosotros.

—¡Le digo que no! ¡Ni siquiera se atreva a mencionarlo! ¡Jamás atentaría contra un alma, menos contra la de Johansen! ¡Ha perdido el juicio! ¿Cómo se le ocurre tal locura?

—No puedo perderla otra vez.

—¡Y yo le he dicho que jamás me volvería su cómplice! ¡Reaccione! Por favor, pídale al cochero que me devuelva al sitio al que me trajo. Ya hemos hablado lo suficiente.

—Después de todo por lo que hemos pasado, usted no me puede abandonar así. Aún tenemos muchos puntos que abordar.

—Yo he terminado.

—Se equivoca, Margarita. Esto apenas está empezando.

Capítulo 35

En las oficinas de la constructora de barcos, Johansen notó que la persona con la que se había citado estaba tardando. Desde su ventana, podía observar una parte del puerto, las aguas del Támesis, la gente en su ir y venir, las embarcaciones. El señor Mattson se le acercó con el gesto apesadumbrado.

—Ya no creo que el conde venga a la cita; en su lugar, es lo más aconsejable —mencionó el tutor, que ya había tenido tiempo de ponerse al tanto.

—Tengo un mal presentimiento —dijo Jørgen.

—Solo a ti se te ocurre que ese hombre vendría a dar la cara.

—Sabe que es una trampa.

—Sería muy tonto para pensar que el encuentro con la señora Johansen fue obra de la casualidad.

—Regresaré a la casa, me cercioraré de que mi esposa se encuentre bien. No debí dejarla sola, no mientras ese rufián está en la ciudad.

—Te acompaño.

—No es necesario.

—Por favor, hijo, permíteme hacerlo.

Jørgen tragó la saliva que amenazaba con ahogarlo, hizo un gesto para indicarle al señor Mattson que lo podía seguir, y ambos partieron prestos.

En cuanto arribaron a Hidden House, supo que su presentimiento era acertado. Nada estaba bien. Cuando le informaron que la señora había salido, sin dar razones de su paradero, el corazón le latió tan apresurado que pensó que colapsaría o se le escaparía del pecho. Gritó de frustración.

Jørgen comenzó a interrogar al servicio. Cuando llegó a Kathy, rápidamente leyó, en sus ojos asustadizos, que sabía más de lo que se empeñaba en revelar.

—¡Salgan todos! —dijo despidiendo al resto de los sirvientes—. Habla ahora, mujer. ¿Dónde está la señora?

—No sé nada —dijo y su voz era temblorosa.

—Sí sabes, por supuesto, a mí no puedes engañarme. Se te nota la traición en la mirada; estás

muerta de miedo y de culpa. Dime dónde está mi esposa de una maldita vez.

La muchacha se replegó en su silencio, parecía una tortuga de tierra cuando mete la cabeza dentro del caparazón, negada a despegar los labios.

—¡Cálmate, Johansen! —intervino el señor Mattson—. Espérame en el estudio; yo hablaré con la doncella. Con tu genio solo conseguirás que huya y no nos revele su paradero.

—No hablaré, pero de aquí no me muevo —mencionó serio el caballero.

—Kathy, si tu señora ha huido con alguien, debes decirlo. Podría estar corriendo peligro. Es más: tememos que lo esté corriendo.

—¿Me promete el señor Johansen que no hará sufrir a mi señora y que no me quitará el trabajo?

—Lo prometo —mencionó Jørgen y sus labios volvieron a convertirse en una línea para luego agregar—: Kathy, siempre he sido justo en mi trato con todo el personal; no tienes nada que temer, y menos con respecto a mi esposa. Jamás la lastimaría, pero soy responsable de su seguridad. Si la aprecias, di todo lo que sabes.

—El caballero que vino antier al almuerzo dijo que la iba a esperar ayer, al final del camino, en un carruaje. Hoy también.

—¿Sabes a dónde la llevaría?

—No, ni siquiera la señora lo sabía, pero tenía intenciones de volver.

—¿Por qué lo afirmas?

—No se llevó nada.

El señor Mattson condujo a Jørgen a su estudio, le sirvió un trago de *brandy* y se lo colocó delante. Jørgen, desde su silla, con los brazos a lo largo de la superficie de madera, estiró la mano para tomar la copa y le dio un sorbo largo.

—¿Temes que se haya marchado con él?

—Sé que se ha ido con él —murmuró destruido—, aunque no sé si lo ha hecho con intenciones de irse para siempre. Ella lo quiere. Cuando el conde la pretendió hace meses, el duque de San Sebastián se opuso. Eso solo la motivó más; su negación exacerbó su deseo. Huyó para casarse con él a escondidas de su familia —bramó malherido.

—Tu esposa es una buena mujer, no haría semejante descalabro. Se nota que es seguidora de las buenas costumbres.

—Ayer la encontré en el camino, a unos pasos de la verja; había un carruaje que recién se marchaba. Supe que era él y, por soberbia, no lo detuve. Ni siquiera mandé a uno de mis hombres a seguirlo, menos dejé Hidden House vigilada. Creí que, si no me quería lo suficiente, no movería un dedo para retenerla.

—¿Y ahora?

—Tengo la imperiosa necesidad de cerciorarme de que esté bien. El conde de la Vega no es buena persona, la estuvo seduciendo a espaldas de la familia durante una larga temporada; de

seguro quería deshonrarla, como se rumora que hizo con otras señoritas de noble cuna. Siempre se las arreglaba para salir airoso, es experto en armas.

—¿Crees que la haya profanado antes de casarse contigo?

—No, era virgen cuando llegó a mis brazos.

—Me cuesta creer que la señora Johansen abandone la seguridad de su hogar y a su esposo por un hombre casado que no podrá ofrecerle nada.

—Los Mendoza estaban al borde de la quiebra, dependían del matrimonio que el primogénito hiciera. Cuando su padre lo presionó para desposarse, la eligió a ella. Hugo es astuto y se olió el ardid; suele moverse muy bien en los negocios y conoce de qué pata cojea cada mesa. Trató de salvarla y se le ocurrió la brillante idea de ofrecerle lo que quería. Le dio una suma muy gruesa para que dejara a su hermana en paz, le exigió que abandonara la ciudad un tiempo. Mi amigo es impetuoso, no tardó en buscar una solución a su manera.

—Y resolvió casarla contigo.

—Exacto.

—¿Sabías la historia completa?

—De haberla sabido, me habría rehusado. Ya estaba entusiasmado con ella desde que me la presentó en la boda de los duques de Whitestone, pero tampoco me iba a lanzar de cabeza por el despeñadero. Usted sabe cuánto protejo mi corazón; nunca lo entregué a dama alguna.

—Y siempre te dije que debías quitarte la coraza y amar. Muchas veces duele, pero eso solo nos hace más humanos. Al final terminamos recobrándonos.

—No creo que mi herida tenga cura.

—Considero que debemos alertar a su hermano; el conde no es un hombre decente. La señora Johansen es joven y susceptible, más después de ver aparecer al galán resucitar de la tumba. ¿Cómo es posible que trajeras a tu enemigo a la casa, que lo sentaras a tu mesa? ¡Qué plan disparatado!

—Fui extrañamente impulsivo.

—No te eduqué ni te dediqué mi vida para que actuaras sin analizar. El intelecto nos distingue de los animales. ¿Informarás a su excelencia, el duque de San Sebastián?

—Está lejos y requiero soluciones prontas.

—Al menos puede mandar un aviso al duque de Whitestone; son la familia más cercana que tiene su esposa aquí. Está la señora de García de Lisón, la abuela de la duquesa; es como una abuela para la señora Johansen, la cuidó durante mucho tiempo cuando vivían en Madrid. Recuerda. Tal vez, si la señora media, tu esposa pueda entrar en razón. O la propia duquesa; son muy unidas.

—Primero, la defiende y me dice que no cree que Margarita pueda profanar los lazos matrimoniales y ahora insinúa que ha huido con él.

El mayordomo se acercó para interrumpirlos; Jørgen dejó todo para escucharlo con suma atención, pensó que tendría noticias de su esposa. Una leve sombra de esperanza se reflejó en sus

pupilas.

—Tiene una visita; es lady Genevieve de Bradbury.

—Yo me ocuparé de recibirla y buscaré un pretexto para alejarla —ofreció el señor Mattson.

—No, jamás sería descortés con ella.

—Es solo para no preocuparla, es mejor mantenerla al margen de la situación.

—Me comportaré. Pasemos a recibirla al salón.

—¿Podrás intentar parecer menos agobiado?

—¿Cuándo he dejado que mis emociones nublen mi buen juicio o me dominen?

—Nunca... hasta ahora. ¿Has visto tu rostro?

—¿Qué tiene mi cara?

—Deberías verte en un espejo.

Mientras Jørgen buscaba un objeto de metal luminoso en el cual reflejarse, el señor Mattson pidió que dejaran entrar a lady Genevieve Bradbury, mientras negaba en señal de resignación.

—¿Qué sucede? ¿Qué hacen ustedes dos reunidos aquí, con esos semblantes de funeral? —preguntó la dama exaltada, sin siquiera atinar a saludar.

—No pasa nada —intentó decir Jørgen mientras se palpaba el rostro, sin poder distinguir lo que había señalado el señor Mattson.

—¿Estás enfermo, Jørg? Luces tan descompuesto y tus mejillas están encendidas como dos rosas color sangre. —Él inspiró con fuerza, derrotado ante la perspicacia de la dama; ella nunca le había permitido usar sus máscaras en su presencia. A pesar de que Mattson le había enseñado a ser fuerte como una roca y frío como el hielo, para enfrentar la adversidad, lady Genevieve Bradbury había sido el toque de dulzura en su vida, una que la dama solo se permitía mostrar ante él—. ¿Qué te sucede, corazón? No es usual que ustedes estén aquí a esta hora. Pedí por la señora Johansen y me han traído ante ustedes. ¿Ella está bien?, ¿se ha enfermado? Ayer me mandó una disculpa por no acudir a la cita que tenía conmigo para tomar el té, pero no me dio razones. Desde el almuerzo con tus invitados extranjeros, quedé intranquila; el ambiente en la mesa, más que tenso fue tenebroso. ¿Quiénes eran esas personas? ¿Y por qué quieres hacer negocios con ellos? La mujer era apacible, pero el hombre parecía que iba a colapsar en un estallido de ira en cualquier momento, aunque se esforzaba por mantener las apariencias.

—Tememos que la señora Johansen tenga un comportamiento inapropiado; el conde la pretendió antes de que Jørgen la cortejara y... —Mattson le soltó toda la historia ante los ojos desorbitados de Johansen, que no entendía el poder que la dama tenía sobre su tutor para exprimirlo y sacarle toda la información solo con una mirada. Y se suponía que el señor era quien no quería preocuparla.

—¿Y qué haces ahí sentado lamentándote? ¡Levántate y corre a salvar tu honor!

—Hijo, no sé. Todo es tan confuso —intervino el señor Mattson—. La presión de su familia podría hacerla reaccionar. Debes detenerla antes que cometa una locura que les pesará a ambos.

—No lo sé. Por un lado, la incertidumbre de si estará a salvo, y por otro... Si ella lo ama y se

ha atrevido a huir, no la quiero de vuelta.

—No seas tan orgulloso —lo sermonó Mattson—. ¿Podrás dejarla de amar?

—Trabajaré en ello.

—¡No entiendes la gravedad de la situación! —Lady Genevieve Bradbury estaba angustiada—. Está en juego más que los sentimientos. Debes salvar tu reputación, eres un importante hombre de negocios. ¿Cómo te verán los que hacen trato contigo si se rumora a tus espaldas que eres un cornudo, o si hay pruebas de que tu mujer es una adúltera y te ha abandonado? ¿Es la imagen que quieres dar?

—¡Maldición! —Jørgen golpeó contra la mesa.

—¡Lady Genevieve Bradbury, si le conté es para que me ayude a apagar la hoguera, no para que le ponga más leña! —presionó el señor Mattson.

—Claro, ahora me culpa, pero nunca me consultó cuando nuestro Jørg planeó el matrimonio apresurado con esa fruta corrompida.

—La señora Johansen no es una fruta corrompida, solo es víctima de las circunstancias —la defendió el tutor escandinavo.

—Señor Mattson, esa niña también le ha robado el corazón a usted —sentenció la dama—. Aquí están los dos lamentando su pérdida, pero no hacen algo valioso para recuperarla. El duque de San Sebastián la ha dejado en tus manos, Jørg. ¿Qué razón le darás cuando pregunte por su hermana? También hay que pensar en su reputación. Si esta noticia llega a oídos impropios, se esparcirá muy pronto. Ya saben; la esposa del importante dueño de la gran constructora de barcos, la prima de la duquesa de Whitestone, la hermana de un duque español...

—No iré tras ella —sentenció Jørgen.

—No hablo de que regrese a tu alma, ni siquiera a tu lecho. —Lady Genevieve Bradbury no quitaba el dedo del reglón, sabía cómo eran de estrictas las normas y se sentía en la obligación de impulsarlo a actuar—. Debes tomar el control y traerla de regreso a esta casa. Ya no se trata de lo que ella quiera o de lo que tú quieras; si no se ajustan a las reglas, los harán trizas a los dos. Podrán odiarse de puertas para adentro, pero deberán aparentar ser un matrimonio sólido o dejarán de tener un lugar de prestigio en la sociedad londinense. Una vez que caigan, nada les permitirá volver a levantarse. Hay rumores que se olvidan, pero no este golpe.

—No permitiré que un puñado de aristócratas me diga cómo debo vivir —se reveló Jørgen, como siempre había hecho.

—Eres un hombre de prestigio —insistió la dama—. Además del talento prodigioso que Dios te dio para las relaciones y los negocios, has tenido una virtud: siempre has escuchado nuestros consejos. Jamás te guiaríamos por el mal camino. Y sé que ya no necesitas de nuestras recomendaciones; me lo dejaste claro tras cumplir dieciocho años y desafiarme cuando dijiste que volverías a Noruega porque querías aprender más de barcos. Te lo negamos hasta que concluiste la universidad, y obedeciste a regañadientes; pero, en cuanto terminaste, te fuiste a perseguir tu destino y te olvidaste de mí un par de años, hasta que volviste convertido en el dueño de la

constructora que levantaste desde cero.

—Y que ustedes me ayudaron a llegar más allá sin pedir nada a cambio. Sería un ingrato si olvidara todo lo que me dio mientras crecía. Regresé porque necesitaba expandir mis horizontes. Tenía muchos contactos en Londres y en otras ciudades de Inglaterra y, aunque en mi tierra me sentía como pez en el agua, ya me había adaptado a las costumbres británicas —recordó.

—Estás ofuscado. No te pido que sigas a ciega nuestros consejos, solo escúchalos y, si crees que valen la pena, toma de ellos lo que necesites —continuó ella.

—¿Usted me recomienda recuperarla, aunque nuestros sentimientos se apaguen, solo para que los muros de esta casa no se derrumben sobre nosotros? —La dama asintió. Jørgen se giró hacia su tutor y preguntó por inercia; solían estar siempre de acuerdo—. Y usted, señor Mattson, ¿opina lo mismo?

—No —contestó y los sorprendió a ambos—. Este es uno de esos momentos en los que no podemos guiarnos por la lógica. Escucha y sigue los dictados de tu corazón.

—¿Habla en serio?

—La vida es despiadada y pasa muy de prisa. En un parpadeo se irán tus mejores años; no quiero que lamente no haber vivido a plenitud —le dijo el señor Mattson.

—¿Y si mi corazón se equivoca?

—Aprenderás de la experiencia.

—¿Qué harás, Jørgen? —preguntó la dama.

Él se levantó con el semblante dubitativo, negó con el gesto taciturno, le besó la mano a ella con cariño, le palmeó el hombro a él, y atravesó la ancha puerta sin mirar atrás.

Capítulo 36

El coche anduvo por parajes accidentados; el ulular del viento lo envolvía como un canto demoníaco que presagia una desgracia. Margarita observaba los ojos excitados del conde y se preguntaba si estaba en presencia del hombre que había conocido, o si en realidad era un fantasma que había regresado de la muerte para atormentarla.

El cielo se nubló tanto en pleno día que parecía que estuviera anocheciendo. El sonido del galopar de los caballos se entremezclaba con los latidos frenéticos de su corazón. En algún momento, hicieron una pausa y escuchó cómo describieron algún tipo de enrejado metálico. Tras el chirriante sonido, el carruaje se detuvo ante una residencia en las afueras de Londres. Margarita se ajustó más la capa, porque era un final de otoño muy frío, lo que vislumbraba que el invierno sería despiadado.

—Baje; hablemos. —Margarita se negó ante la invitación del conde. Había escuchado otros cascos de caballos; al parecer, de jinetes que habían escoltado el carruaje, y eso acrecentaba su desconfianza—. Descanse un rato y conversemos con calma. Los sucesos se han producido con mucha prisa; entiendo que esté ofuscada.

—Lo estoy, pero porque me doy cuenta de que albergué sentimientos por un hombre completamente distinto a la persona en la que se ha convertido. Tal vez siempre fue igual, pero estaba tan obnubilada por llenar los espacios en blanco de la información que me negaba que vi cualidades que, en realidad, usted no tiene.

—Descienda; no hablaremos en medio de la nada cuando hay un techo que puede guarecernos. Parece que va a diluviar.

—¿Por qué lo acompañan esos hombres?

—Jamás volveré a caer en una encerrona como en la que su hermano, el duque, se deshizo de mí. Ahora tomo mis cuidados.

—Debo regresar a mi casa; se acerca la hora de la comida, y mi esposo suele ser puntual.

—Pensé que le corría sangre por las venas. ¿Permitirá que ganen? Estoy a punto de enviudar. Mi esposa está gravemente enferma, tiene un mal inexplicable y, lo quiera yo o no, solo es cuestión de esperar —manifestó con el semblante lleno de pesar.

—La vi muy pálida, pero no pensé que sufría problemas de salud. Entonces, usted debería estar con ella, procurando que mejore.

—Volveré a ser libre cuando ella descanse en los brazos del Señor. Podríamos casarnos usted y yo, irnos lejos...

—Tengo esposo.

—Un pequeño inconveniente del que puedo encargarme.

—Lo que sugiere es aborrecible.

—Aborrecible es lo que nos hicieron; jugaron con nuestros sentimientos. Tan solo estaríamos defendiéndonos contra la adversidad. Podemos buscar la forma de anular el matrimonio o conseguir una separación si borrarlo de la faz de la tierra se le hace demasiado sórdido.

La tomó por la cintura y la hizo descender del carruaje de una vez, mientras ella experimentaba angustia solo de imaginar que Jørgen sufriera un daño que le ocasionara la muerte. La condujo a la fuerza hacia la entrada de la mansión.

—¿Qué hace? —Se defendió y opuso resistencia.

—Demostrarle hasta dónde estoy dispuesto a llegar para reconquistarla.

Margarita miró a su alrededor y se quedó petrificada al observar la lejanía del paraje; ni siquiera sabía dónde se encontraba. Un halo fantasmal de bruma envolvía la lúgubre mansión, que estaba resguardada por una inmensa arbolada de hojas doradas que amenazaban con ser arrancadas por el viento.

—¡Suélteme! ¡No entraré con usted a ningún sitio que pueda comprometerme! ¿Acaso no lo entiende? Ya es tarde para nosotros; me debo a mi esposo. Jamás moveré un dedo para alejarme de él, menos para ocasionarle un perjuicio, ni siquiera un pesar o una lágrima. Conmigo no conseguirá nada, ni con su labia envolvente ni con su superioridad física. ¡Me decepciona!

—¿Por qué? ¿Por defender nuestro amor?

—¿Amor? Ni siquiera cumplimos con todos los pasos del cortejo.

—Sus ojos brillaban ante mis palabras.

—Tal vez, pero ya no.

—Usted no dudó ni por un segundo cuando le propuse casarnos a escondidas.

—Una falta que me ha traído hasta el día de hoy.

—¿Se arrepiente?

—¡No! Pero, si la vida me pusiera en idéntica situación, conociendo todo lo que ahora sé de usted y de mi vida al lado de Jørgen, jamás habría huido hasta esa iglesia con la intención de desposarlo.

—Entiendo que no quiera perder su seguridad; es un hombre con mucho dinero que la pone en una situación privilegiada. Cuando quede viudo, heredaré una cuantiosa fortuna con la que podré hacerle frente.

—No deseo permanecer al lado de mi esposo por su riqueza.

—¿Por honor? Si nos libramos de él, usted será una viuda respetada, en dos años podrá volver a contraer nupcias. Será mi condesa.

—¿Todavía no se da cuenta?

—¿Lo quiere?, ¿se enamoró de él? Es un hombre atractivo y usted, mi bella Margarita, ha sucumbido a sus encantos. ¿No me amaba?

—Usted y yo nos habíamos visto pocas veces. Mi corazón estaba ilusionado, mucho; por eso, tras su pérdida, lloré durante meses de manera inconsolable. Ya no sé si lo amaba a usted o a la romántica idea del amor. Fui ingenua, me dejé envolver por las frases vanas que usó para conquistarme, pero no se acercaba ni remotamente al hombre que ideé en mi mente. Después, lo immortalicé en mi memoria, al creer que había fallecido por amor, y me inundó la culpa. Por favor, déjeme ir.

—La dejaré marchar... con una condición... No puedo obligarla a quedarse conmigo, pero usted debe pagar el precio de la inconstancia de sus sentimientos, para que todas las molestias que me he tomado no sean en vano. Mi esposa es una mujer sosa y sin gracia y, para satisfacer mis necesidades mundanas, muchas veces tengo que recurrir a otras féminas, a veces en burdeles o con una esposa descarriada. Pero la fantasía que he tenido con usted, desde que la conocí, aún deambula por mi mente. Déjeme saborear lo que me he perdido; quiero degustarla. Ya estamos aquí; ¿no quiere probar el fuego del hombre por el que tantas lágrimas derramó? Tal vez termino por convencerla de abandonar al témpano de hielo de su marido.

—Usted no lo conoce.

—Solo la dejaré ir si accede a ser mía, por las buenas o por las malas.

—No tiene idea de cómo me destroza el alma y ensucia el recuerdo de una hermosa ilusión. ¡Tanto lo quise! ¡Lo defendí con toda mi buena fe! Es doloroso verlo sin máscaras, convertido en lo que en realidad es. Un canalla.

—A lo que el duque y usted, ahora con su desdén, me están empujando.

—Se equivoca; un buen hombre jamás corrompe su alma, y la suya ya era pérfida antes de conocerme.

El conde abrió la puerta y, sin contemplaciones, la tomó de la mano y la condujo adentro, mientras sus esbirros custodiaban las proximidades. El interior estaba vacío y en penumbras; la casa había sido recién arrendada, y ni siquiera había sirvientes. En el centro del amplio salón donde se encontraban, solo brillaban los blancos escalones de mármol de la enorme escalinata que serpenteaba hasta el segundo piso. El hombre, embravecido de coraje, herido por el rechazo y por cada agravio causado a su orgullo, decidió cobrar venganza. No solía olvidar, y la afrenta del duque era una deuda antigua que pretendía saldar; nunca le había perdonado no aceptarlo como cuñado y que lo considerara desmerecedor de su hermana. La arrastró escaleras arriba.

Margarita no se permitió darse por vencida; a toda costa intentó soltarse del amague y, en el forcejeo, se golpeó en la espalda contra el barandal de hierro forjado. Perdió el equilibrio y vio cómo su porvenir se quebraba delante de sus ojos cuando el peso de su cuerpo la empujó hacia el vacío. A punto de precipitarse hacia el primer piso, a causa del resbalón, estiró las manos para buscar a dónde aferrarse. Fue sostenida, en un acto desesperado, por el conde con la intención de salvarle la vida. Ambos respiraron a la par, mientras él la devolvía al escalón sin dejar de

aguantarla. Antes que se recobrar del susto, la sacudió para que entrara en razón.

—¿Estaba dispuesta a morir con tal de alejarse de mí? ¿Tanto me odia?

Capítulo 37

Un fuerte trueno cortó en dos el firmamento cuando Jørgen irrumpió en aquella propiedad con el corazón en un puño. Su cabello dorado irradió en las penumbras del interior de la morada. El agua le escurría por los cuatro costados y sus ojos brillaban como los de un león listo para atacar. El conde tomó aire al contemplarlo y, tras blasfemar, asió con más fuerza a Margarita, pegó su espalda a su tórax, decidido a no renunciar. El escandinavo se veía más alto de lo usual, con la mandíbula apretada y con los músculos contraídos, intentando no perder la compostura. Había aprendido a resolver las afrentas al honor como un caballero, pero ardía en deseos de agarrar al mentecato y darle una paliza para que jamás osara volver a verle la cara de idiota.

Sus hombres aún luchaban con los esbirros del conde, pero nada le había impedido seguir la huella y dar con el sitio. Sus ojos iracundos también la hicieron blanco a ella. Le dolía ver lo lejos que había llegado después de haberle jurado amor, uno que se le hizo efímero y que le golpeaba en las costillas como un látigo sediento de su sangre. «¿Por qué me has traicionado, mi flor? ¿Dónde está el amor que me confirmaste sobre mis labios?», pensó con el alma destrozada. Verla entre los brazos de otro hombre era el dolor más funesto que jamás había enfrentado. Se había entregado a su esposa y a ella no le había bastado la plenitud de su cariño; lo había abandonado vilmente para correr a refugiarse en los brazos de la perfidia.

Vino movido por el empuje del amor pero, al verla abrazada —en lo alto de la escalera— con aquel hombre, lo único que lo impulsó adelante fue su ego. Su vida acababa de ser azotada por la misma tormenta que le había hecho mover cielo y tierra por encontrarla. Sus contactos le habían valido para dar con el sitio que había rentado el ladrón de mujeres, al que le haría pagar su ofensa.

—¡Margarita! —le gritó para advertirla de su presencia y para que, al menos, tuviera el decoro de comportarse ante él. Ardía de celos e ira.

Su esposa le clavó los ojos negros, que parecían repletos de energía al contemplarlo. El conde lo desafió con la mirada y la estrechó aún más entre sus brazos. La vio forcejear y supuso que la movía la vergüenza.

—¿Qué hace aquí, señor Johansen?, ¿acaso no tiene orgullo? Su mujer lo ha dejado para correr en mi dirección. No creí que se humillaría y vendría a buscarla en persona.

—¡Suélteme! —gritó ella con todas sus fuerzas, a la par que luchaba, ante los ojos asombrados

de su esposo. Su voz fue suficiente incentivo para encender una chispa en el corazón de Johansen —. ¡Jørgen, no lo escuches! ¡Yo te amo!

—¿Y qué diablos haces aquí, a solas, con ese hombre? —preguntó perdido de dolor, pero devolviendo la apariencia fría y sin emociones que había aprendido a cultivar.

—Soy culpable de subir a ese carruaje. Solo quería escuchar su versión, pero el conde me trajo hasta aquí en contra de mi voluntad.

—¿Te arrepientes? ¡No mientas! ¡Te vi abrazarlo cuando abrí la puerta!

—¡Te juro que lo único que deseaba era librarme de su presencia y salir corriendo de aquí!

Jørgen le lanzó al agresor una mirada llena de rabia y comenzó a ascender desesperado por arrebatarse a su flor.

—¡Alto! —lo detuvo el conde al sacar su revólver y apuntarle a la frente.

—¿Acaso los caballeros no resuelven estas lides en un campo de honor? —sostuvo con arrogancia.

—Jamás me batiría con un advenedizo, nuevo rico. ¿Qué le hace creer que un bastardo con suerte, por mucho dinero que tenga, puede osar retarme a duelo? Para deshacerme de usted, me basta con matarlo como lo que es. Un perro.

—¡Maldito infeliz! —Jørgen apretó aún más las mandíbulas, decidido a retorcerle el cuello, pero fue cauteloso. Conocía el arma; podía tener hasta seis cartuchos. No veía cómo un pensamiento ágil lo haría salir bien librado.

—Hay hombres a los que los ciega la soberbia. Ya se ha quedado con una mujer hermosa y con fortuna, la que yo quería. El duque de San Sebastián hizo el trabajo sucio por usted y se libró de mí, pero no le bastó; quiso ponerme frente a ella para alimentar su propio ego, para asegurarse de que no le era infiel con el pensamiento. Así que decidió levantarme de entre los muertos, ¡pero ya le llevaba la delantera! Cuando acepté la jugarreta de su cuñado, juré que les iba a hacer pagar por tan vil desprecio. Lo que no entiendo es por qué su excelencia, el encopetado y estirado duque de San Sebastián, eligió como cuñado a un bárbaro sin título, un ilegítimo.

—Usted no solo es detestable, es mezquino —le reprochó Margarita—. Jamás terminaré de agradecerle a mi hermano haberme librado de convertirme en su esposa.

—¿Creía, señor Johansen, que jugaba al gato y al ratón? —atacó el conde—. Pero, desde que me hizo sus deslumbrantes propuestas de negocio, no me pareció de fiar. ¡Y claro que indagué! Lo que se destapó me dio elementos suficientes para convencerme de tomar un vapor y venir a cobrar mi venganza. ¿Jørgen Johansen? ¿Con ese hombre se casó usted, Margarita? ¿Cómo se hace llamar?, ¿señora Johansen? Al parecer tendrá que agradecerle a su hermano ser la esposa de alguien sin valor y sin nombre, al menos, sin uno que le dé orgullo portar. ¿Ya le contó sobre su origen? ¿Siquiera la presentó ante sus padres? Lo dudo. —Rio, aún apuntando a la cabeza de Jørgen y aferrando a Margarita por el cuello.

—Nada de lo que diga podrá hacerme cambiar de parecer. ¡Amo a mi esposo y ninguna condición sobre su pasado tiene la fuerza suficiente para influir en mis sentimientos! —soltó a

gritos.

—¡Así es la vida! Me rechaza por este hombre, que es el hijo de la lujuria, del pecado de su madre. ¿Su madre? Una dama de las lejanas tierras escandinavas que quedó embarazada en el período en que su esposo estaba ausente. Un conde que solo tenía hijas mujeres y que, al conocer el nacimiento de un niño, al cual no había engendrado, se negó a reconocerlo y a perdonar a la adúltera de su madre. ¿Su padre? Ya sabemos que no es el conde. Si requiere más sobre su ascendencia, tendrá que preguntárselo en persona. ¿Y ahora quién es el farsante? ¡Yo solo busqué un matrimonio arreglado, porque lo necesitaba, porque a mi familia no le quedaba otro remedio, pero sí la quería! De lo contrario, hubiera aceptado ofertas más jugosas en lo económico que mi padre tenía para mí.

—¿Como su esposa americana?

—Sí —contestó el conde—. Pero ¿qué tan grande pudo ser mi falta ante el nefasto origen del hombre que el duque consideró idóneo para usted?

—Es verdad lo que dice este infeliz, Margarita —musitó Jørgen—. ¡Soy un bastardo! ¡Soy indigno de ti!

Margarita escuchó el secreto que tantos esfuerzos le había costado develar, forcejeó con bríos cuando los ojos de su esposo perdieron el brillo, debido a la vergüenza que le producía que —delante de sus ojos— cayera el telón: ese oscuro pasado por el que tanto había luchado por enterrar.

—¡Jørgen, mírame! —Lo nombró—. Eso no importa, en verdad no me importa. Te sigo amando.

El conde, frustrado ante sus palabras, ajustó su brazo sobre el cuello de Margarita, lo que le causó dolor y dificultades para respirar. Jørgen vio a su flor inspirar enérgicamente y luchar contra el ahogo; era evidente su apuro por llenar sus pulmones.

—¡Suéltala! ¡Te voy a estrangular con mis propias manos, maldito fantoche! —exigió al hombre armado. Temía que la asfixiara.

—¡Si da un paso más, disparo a matar! —respondió el conde envalentonado.

El rubio, obnubilado, como una furia siguió ascendiendo con la determinación de liberar a su esposa de las garras del mezquino quien, amenazante y dispuesto a matarlo, accionó el gatillo. Margarita, con su último aliento, forcejeó con él para intentar desarmarlo. El sonido sibilante del disparo los hizo detenerse a los tres.

Capítulo 38

Los hombres de ambos lados irrumpieron en la propiedad tras escuchar el disparo. Jørgen vio a los secuaces de su adversario ascender por los escalones en los que yacía arrodillado, para tomar al conde y escoltarlo en su vil huida. No los detuvo e hizo una seña con su brazo a los suyos para que no les dieran caza. Todos sus esfuerzos estaban fijos en revisar de dónde provenía la sangre caliente que manaba del costado izquierdo de su esposa. Emitió un sonido ahogado de alivio al comprobar que el tórax no había recibido el impacto. Al descubrir el agujero en su hombro, lo presionó para que el fluido no continuara escapándose a borbotones.

—¡Margarita, mírame!, ¡no te duermas!

Los ojos de su flor estaban desorientados y llenos de dolor. Las manos de Jørgen estaban embadurnadas del intenso color carmesí; se pasó una por la frente y se manchó a su vez. Le arrancó un trozo de su falda e hizo una venda improvisada con la que intentó frenar la pérdida, pero se tiñó por completo con rapidez. Sus lágrimas y su sudor se entremezclaron y se transformaron en un rocío de sal sobre su rostro. Desesperado y temiendo que se desangrara, tomó su corbata e hizo un torniquete en el sitio inmediato a la lesión. La alzó en hombros y pidió por su carruaje. Nunca había sentido tanto miedo y tanta agonía entremezclados.

Indicó a uno de sus hombres que llevara al doctor, a toda prisa, a Hidden House y le ordenó a otro que diera aviso a la familia de su esposa en Whitestone Palace. Los caballos partieron a la voz del conductor y volaron por sobre el camino, llevando su preciada carga. La miraba sin dejar de presionar la herida. Jamás había sentido tanta seguridad de su amor, solo pedía al cielo que no se la arrebatara. Él iba a perdonar lo que fuera, incluso iba a aceptar si ella no lo quería, pero que sobreviviera.

Llegaron a la par que el médico a la mansión de los Johansen y, mientras todos corrían como impulsados por un vendaval hacia dentro, Margarita sufrió un desmayo que los convulsionó a todos. Jørgen temió lo peor.

El médico comenzó a interrogarlo.

—¿Qué ha sucedido, señor Johansen?

—Le han disparado. Le he puesto un torniquete y he presionado la herida para retener la sangre.

Ha disminuido, ya no sale tanta como al principio.

—¿Sabe qué clase de pistola era?

—Creo que un revólver Lefauchaux, tal vez generación 1854. Todo fue tan rápido que ahora se me confunde la imagen en la cabeza.

—Si es el que me indica, tiene cartuchos de doce milímetros; en estos casos es vital saber a qué nos enfrentamos. Tranquilícese; pediré a mi asistente que le dé algo para aligerar su ansiedad.

—¡No pierda tiempo conmigo! ¡Por favor, se lo suplico!, ¡salve a mi esposa!

—¿Ya dio parte a las autoridades?

—No tengo cabeza para eso. ¡Solo quiero saber que estará bien!

Cuando la depositaron sobre su lecho, el médico pidió agua caliente y exigió que los dejaran trabajar a solas. El señor Ripley dio órdenes para que siguieran las recomendaciones del galeno; los sirvientes obedecieron de inmediato. Solo Jørgen se quedó a la cabecera de la cama de su esposa, renuente a abandonarla.

—Usted también, señor Johansen, debe esperar afuera.

—¡No me moveré de su lado!

—Podría terminar por estorbar.

—¡He dicho que me quedo! —decidió mientras se quitaba la chaqueta y doblaba las mangas de su camisa. Abrió los primeros botones, para sentir que el aire viajaba hacia sus pulmones sin impedimentos, y se plantó en un rincón dispuesto a ayudar en lo que fuera necesario.

El médico hizo un gesto reprobatorio, pero no insistió. Tomó unas tijeras y empezó a deshacerse de la tela que tenía alrededor de la herida; también le sacó el corsé y otras prendas que no la dejaban respirar con facilidad. Quitó la venda improvisada, impregnada en los fluidos de la paciente. Pedazos del tejido de las vestiduras permanecían incrustados sobre la lesión; con una pinza fue despejando el área y la aseó con paños limpios.

Comenzó a inspeccionar el daño; su asistente le secaba las gotitas de sudor que se arremolinaban en su frente.

El grito de dolor de Margarita, al volver en sí, los alertó; el doctor le suministró láudano para que soportara el malestar.

—Beba, por favor, señora.

—¡Jørgen! —llamó con la voz débil. Él le tomó la mano derecha, que permanecía libre, y la besó con vehemente pasión.

—Estoy contigo, mi flor.

—¡No me dejes!

—Ni por un segundo.

Margarita volvió a perder el conocimiento y el doctor suspiró. Trató de calmar al desesperado marido y continuó reconociéndola. Luego de unos instantes, dio sus impresiones.

—No están comprometidas arterias importantes, señor Johansen —dijo también con alivio.

—¿Se salvará? —preguntó Jørgen.

—Tengo mucho trabajo por hacer. Nunca sabemos el curso que toma un disparo dentro del cuerpo, pero todo parece indicar que la herida no es de gravedad. No obstante, tendremos un arduo proceso de recuperación. Déjeme atender a su esposa, usted puede descansar mientras tanto. Cámbiese de ropa, coma algo. Será una noche larga e imagino que no querrá despegarse de su lado.

Capítulo 39

Cuando sus adormilados párpados se abrieron con pereza y lentitud, lo primero que sintió fue el ramalazo en el hombro izquierdo; dolía y ardía de forma descomunal. El recuerdo de la sacudida del impacto la hizo estremecerse. Luego, la atacó la resequedad de su boca y su garganta. Le costó despegar los labios; la sed la estaba matando.

—Agua —murmuró apenas audible.

Jørgen se acercó con un paño de gaza humedecido y se lo pasó por los labios agrietados.

—Tranquila.

—Necesito beber —admitió sedienta y aún desubicada.

Él sirvió un poco del líquido transparente en un vaso de cristal. Margarita tragó en seco al escuchar el suave sonido ocasionado por el agua. La garganta le dolía. Se sentía árida como una tierra donde no había llovido por una larga temporada.

—Espacio —le indicó cuando, con sumo amor, le inclinó el recipiente sobre los labios—. No bebas de golpe, hazlo poco a poco.

Tras unos sorbos volvió a recostarse sobre la cama. El resto del día lo pasó del estado de duermevela al sueño profundo, entre infusiones, medicamentos y las visitas del doctor para revisar su herida. Cada segundo sus párpados estaban más pesados; se lo achacó a los mejunjes del galeno. Pero, cuando los despegaba un poco, allí estaba su Jørgen, en una silla próxima a su cama, con la frente surcada por la preocupación.

Volvió a amanecer y lo vio adormilado, aún sentado a su lado, con la mirada vidriosa y con el rostro más desencajado. Cuando intentó elevar su mano para acariciarlo, a él se le dibujó una lánguida sonrisa que no alcanzó a florecer a totalidad en sus labios, pero que alcanzó el esplendor en su mirada. No pudo tocarlo, se sentía sin fuerzas.

—¡Acércate! —le suplicó. Jørgen le aproximó el rostro al suyo, depositó su frente sobre la de Margarita—. Perdóname; no fue mi intención exponerte.

—No necesitas explicar, debes guardar reposo.

—Jamás pensé huir con él, solo quería aclarar el asunto, pero mi amor es tuyo. Te quiero, Jørgen, con mi vida.

—Eso ya lo has demostrado, pero no debiste... no debiste arriesgarte por mí. Sin ti mi vida no tendría sentido.

—¿Me perdonas?

—No hay nada que perdonar. Yo te amo. Solo te pido que luches, que sigas las recomendaciones médicas al pie de la letra. ¡Por Dios! ¡Necesito verte recuperada!

Los labios de los amantes esposos se rozaron y aquel momento idílico fue terminado por los toques firmes del doctor sobre la puerta, antes de hacer su arribo. El galeno se introdujo con el semblante adusto y con propiedad para su reconocimiento.

—Me alegra saber que está despierta, señora Johansen. Es usted muy valiente. He venido a examinarla. ¿Cómo se siente?

—Duele.

—Y dolerá hasta que sane; incluso después, en los tiempos más fríos, podría darle una leve pena. Corrió con mucha suerte; su corazón estuvo cerca de verse comprometido. Le daré algo para disminuir las molestias y para que pueda descansar. Duerma mucho y aliméntese; eso le ayudará a reponerse más pronto. He mandado al cocinero a preparar un caldo potente de hígado de res; debe acabar hasta la última cucharada.

—No suena muy apetecible.

—Pero, si su voluntad es tan fuerte como la de su esposo, que no pegó un ojo en toda la noche, usted lo tomará.

Margarita notó las pronunciadas ojeras de Jørgen; tenía la mirada cansada. Vestía en mangas de camisa —de azul tan claro que se confundía con blanco— y en pantalón gris, lo que acentuaba la sombra del agotamiento en su rostro.

—Ve a dormir, amor. Yo, después de tomar el brebaje del doctor, intentaré hacer lo mismo.

—Me recostaré un rato —dijo y lo vio acomodarse en el amplio sofá de su habitación, sin intenciones de dejarla un segundo, pero el sueño lo venció muy rápido.

El médico procedió a revisarla y suministrarle sus cuidados. Antes de irse le hizo una consulta privada y una petición especial.

Tras una larga siesta, volvió a abrir los ojos; el caldo del doctor en verdad la hacía sentir con un poco más de energía. Tampoco sabía tan mal; pediría un plato más para la cena. Aún la luz se colaba con dificultad por los cristales de las ventanas de sus aposentos. Reparó en el sofá y vio que estaba vacío.

—Convencí a Jørgen de irse a su cama un rato. También necesita reponer sus fuerzas. —La voz de lady Genevieve Bradbury la destanteó. Permanecía sentada en una butaca a su lado—. ¿Cómo se siente?

—Supongo que mejor —contestó desconcertada por la visita.

—Gracias a Dios los dos están a salvo. Sé cuánto lo quiere y cuánto él la ama, y que este no es el momento para darle un sermón. Si no está aquí su madre para recordárselo, me siento en la obligación de decirle que su conducta sigue siendo reprobable ante mis ojos y los del mundo.

Demos gracias a Dios por que Jørgen ha pagado a los involucrados para comprar su silencio. Usted se ha llevado la peor parte, pero ni siquiera puedo imaginar si lo sucedido se esparciera en Londres como las hojas otoñales llevadas por el viento.

—No fue mi intención; jamás pensé huir. Solo quería que habláramos, pero él me tendió una trampa. —No era el momento, pero la dama no se contuvo y soltó su reprimenda.

—Una de la que usted decidió ser carnada.

—Comprendo que no pueda entender mi proceder; usted no vivió lo que yo sí. —Se esforzaba para sostener la conversación; tal vez lady Genevieve Bradbury estaba tan indignada por su falta que no podía esperar otra ocasión.

—Entenderlo podría, pero justificarlo jamás. Y se equivoca; también he amado. Sin embargo, nunca cometí una falta que pusiera en entredicho mi reputación y, menos, la de mi familia.

—¿Me está queriendo decir que estuvo enamorada?

—¿Quién puede afirmar que jamás sintió ese sentimiento? Por supuesto que quise y mucho, pero nunca cometí un acto indecoroso. Usted, en cambio, lo ha hecho demasiadas veces para tan pocos años. Primero, cuando huyó para casarse con el conde y, después, cuando se subió a ese carruaje con él.

—Necesitaba aclarar ciertas cosas.

—Una dama casada no abandona su hogar para buscar explicaciones que no traerán dicha a su matrimonio.

—Ahora lo sé, pero lo precisaba para poner orden en mi mente.

—Casi le cuesta la vida.

Unos toques en la puerta las interrumpieron. El señor Ripley hizo su arribo luego de que le dieron permiso de proseguir. El rostro del mayordomo, que siempre era ameno y sin atisbo de preocupación, se veía distinto; la inquietud se podía leer claramente en sus facciones.

—¿Sucede algo, señor Ripley? —indagó lady Genevieve Bradbury.

—Pensé que el señor Johansen se encontraba aquí.

—Está en su dormitorio descansando. ¿Para qué lo requiere? Para cualquier asunto, por favor, consúltelo con el señor Mattson, que está en el despacho de Jørgen. Su señor requiere reposar.

—Discúlpeme; el señor Mattson lo mandó a llamar. Busqué en su habitación, pero está vacía; el lecho está intacto, como si nadie se hubiere recostado en él. Dos agentes de Scotland Yard están aquí e indagan por lo ocurrido a la señora Johansen.

—¡Por todos los cielos! —expresó la dama—. ¡Lo que nos faltaba! Manejamos la vergüenza con el mayor hermetismo, pero siempre hay un cabo suelto. Si el rumor de lo sucedido se esparce, estaremos perdidos. ¿Quién habrá dado parte a las autoridades?

La cara del mayordomo reflejó su desconocimiento. Ese día, el señor Ripley se permitió ser más transparente que otras veces.

—Yo los mandé a llamar —dijo Margarita.

—¿Ha perdido el juicio? —la increpó lady Genevieve Bradbury.

—Tengo sospechas de que el conde está envenenando a su esposa. —Todos recordaron, de pronto, el semblante lánguido de la condesa—. Creo que lo hace para librarse de ella y quedarse con su fortuna.

—¡Es muy sórdido! —se lamentó la dama—. Pero no nos corresponde ocuparnos de esta forma. Habría sido más sensato enviarle a la condesa una nota anónima para que tomara cartas en el asunto.

—Siento que, en una cama, en mi estado convaleciente, no se me ocurriera un plan más brillante. Yo... solo pretendía salvarla, me aterra pensar que pude haber estado en su lugar. Y es un ser humano. Por Dios, no podía quedar indiferente.

—Nadie puede quedar indiferente ante tal sospecha, pero debió usted idear otra forma de exponer al criminal sin implicarse.

—Por favor, señor Ripley, pídale al señor Mattson que nos asista con urgencia.

—Está atendiendo a los agentes, pero le doy su aviso de inmediato.

—¡No! —lo detuvo Margarita—. Mande a llamar a Kathy para que me ponga presentable. Vienen a hablar conmigo; yo los atenderé.

—Pero estás indispuesta y, si te ven con esa herida, tendrás que dar explicaciones que comprometerán el buen nombre de Johansen. ¿Dónde estará Jørgen, por el amor de Dios? —se quejó lady Genevieve Bradbury.

—¿Acaso no lo sospecha? Fue a ajustar cuentas con el bribón del conde —se atrevió a suponer Margarita en voz alta.

—Y temiéndolo ¿te atreves a dar parte a las autoridades? ¡Válgame Dios! Si Jørg comete una locura, movido por la ira, será él quien termine en la cárcel. —La mujer se llevó las manos al pecho desesperada.

—No pensé que iba a ir tras él.

—Es un hombre enamorado y defenderá su honor cueste lo que le cueste.

—No creí que iba a ser hoy; no ha dormido nada, no tiene suficiente fuerza. Quise que la policía se hiciera cargo del conde de la Vega para evitar que Jørg lo enfrentara, porque es un adversario de cuidado, es experto en armas.

Margarita se incorporó sobre la cama con el semblante taciturno; luego, se giró y puso los pies sobre la mullida alfombra, tomó impulso e intentó ponerse de pie. El mundo entero se le nubló y los presentes corrieron a sostenerla. Las penumbras se fueron disipando hasta que recuperó su visión a totalidad.

—Está muy débil, señora, por la pérdida de sangre. Usted debe descansar. Le diré a los gendarmes que amaneció delicada de salud y que, en cuanto mejore, los llamará para aclarar el asunto. ¿Me lo permite?

Margarita asintió, sin poder hacer otra cosa, y a regañadientes volvió a recostarse.

—Por favor, dígame al señor Mattson que traiga a Jørg sano y salvo.

Lady Genevieve Bradbury hizo un gesto de pesar mientras la obligaba a meterse dentro de las

cobijas.

Capítulo 40

Jørgen Johansen colocó sobre su lado, en el mullido asiento del carruaje, un paquete de cartas anudadas por una cinta de un morado oscuro que se asemejaba al negro. Algunas estaban amarillas por el paso de los años. Apenas iban a dar las diez de la mañana y ya había llegado a la cita. Desató el lazo y leyó la primera; tenía más de diecisiete años de antigüedad.

Querido hijo:

Perdóname. Sé que no tengo excusas a tus ojos y que mi proceder trajo consecuencias que terminaron por recaer sobre ti. Aún tengo tu rostro grabado en mis retinas. Tu límpida carita; tus ojos azules, tan claros como el cielo en verano, y tus mejillas y labios sonrosados. Amor mío, no olvido tus lagrimones trazando un sendero hasta caer en gruesas gotas sobre el suelo. Yo no quise que esto sucediera ni dejarte en una posición difícil. Ojalá apacigüe tu alma conocer de mis desdichas, porque el rencor no es sano para alma alguna, y sé que debes tener mi recuerdo mezclado con el odio y el resentimiento.

Claro que te quería y te quiero, tal vez me faltó valentía para enfrentar el mundo e impedir que las buenas costumbres te arrebataran de mis brazos. El señor Mattson me ha dicho que te niegas a saber de nosotros, tus padres; que te cierras ante una explicación del motivo que te alejó de nuestro lado, pero insisto en que debes saber lo sucedido.

Me casaron muy joven, en un matrimonio arreglado por mi familia, con un conde; yo solo debía darle dicha e hijos a mi nuevo esposo, pero no pude lo primero. No hablaré de nuestro triste matrimonio ni de sus defectos para parecer menos culpable ante tus ojos. Solo basta decirte que no era feliz, nada feliz; lo único que llenaba mi pecho de aliento eran mis hermosas hijas. La falta de un heredero varón había hecho la espera miserable. El destino quiso que mi esposo se ausentara una larga temporada por asuntos ineludibles, y descubrí que mi vida era mejor lejos de él.

Cuando tu padre llegó a mi vida, me opuse con todas mis fuerzas a la respuesta de mi corazón ante su cercanía. Él era un hombre de un linaje superior al de mi esposo, un duque; también tenía familia e hijos de los que el deber lo había alejado por un tiempo. No debimos sucumbir a nuestros sentimientos, pero es el único recuerdo que guardo del amor y no sé si tenga coraje para arrepentirme de haber caído en tentación.

Nos amábamos, pero ambos estábamos dispuestos a renunciar, por nuestras familias, al sentimiento que nos abrazaba. Nos despedimos y en mi vientre comenzó a crecer el fruto de nuestra entrega. El destino se opuso a que hubiere un punto final. Mi embarazo nos unió en un vínculo indisoluble, donde su sangre con la mía se hicieron una sola. No pude destrozarle el alma con la noticia; de lo contrario, jamás se hubiera ido ni me hubiera dejado en tan penosa situación. Pero yo temía que se enfrentara con mi esposo y que alguno terminara muerto. Nunca permití que me arrancaran el nombre de tu progenitor.

Sabía que no podía conservarte; mi esposo no lo iba a permitir. Un niño en mis brazos amenazaba su legado. Me negué a desprenderme de ti; te di a luz a solas, escondida en el establo, sin más ayuda que la de mi doncella. Luego, le pagué lo suficiente para que te sacara del castillo y te llevara a su aldea, donde aprovechaba para visitarte cada vez que el conde salía de viaje. A mi marido le dije que habías nacido muerto.

A los tres años dio con mi ardid. Jamás me creyó y solo esperaba el momento de descubrir tu refugio. Su enojo lo hizo encerrarte en la torre del castillo, siendo apenas un crío, y sin permitirme ni siquiera abrazarte; no podía

alimentar su furia y que descargara su resentimiento sobre ti. Hasta que ya no pude más y le mandé una carta a tu padre. Él, noble de corazón, no dudó de mi palabra y decidió rescatarte. Su hombre de confianza, ese a quien llamas tutor, juró darte una segunda oportunidad y cuidarte como tu padre lo hubiera hecho de haber podido.

Hijo mío, cuidate. Te suplico que nos perdones.

Recibe amor y bendiciones.

Tu madre

Tocó sus mejillas, tras terminar de leer, y notó que estaban empapadas. Colocó el papel al lado del resto y dio lectura a las siguientes en orden cronológico. En la segunda, en la tercera y en la cuarta, su madre, la condesa, le imploraba perdón y se deshacía en lamentaciones. En la quinta, le suplicaba que le respondiera, aunque fuera para decirle que las había leído, pero que no podía perdonarla. En la sexta, le hablaba de sus hermanas y de sus hijos, quienes ignoraban que estaba vivo. En la séptima, le comunicaba la muerte del conde, su esposo, y de su deseo de volver a verlo. En la octava, le decía que sus hijas le habían hecho confesar, debido a que las mayores tenían recuerdos de esa época de sus vidas y las sospechas las llevaron a escarbar hasta encontrar la verdad. De ahí en adelante, en cada carta le había rogado verlo, aunque fuera una sola vez.

Cuando Jørgen dejó la décima carta sobre las demás, secó sus ojos, se acomodó el traje, y descendió del carruaje. Caminó hacia el campo de honor. Justo al mediodía apareció el duque de Whitestone, traía la caja con las pistolas de duelo y llegó acompañado de su doctor de cabecera. Se saludaron con afecto y el duque le devolvió una mirada repleta de preocupación.

—¿Está bien, señor Johansen?

—Estoy preparado, milord —contestó Jørgen.

—Parece que no tuvo buena noche.

—He dormido poco, pero eso no hará que tiemble mi mano.

—No lo dejaré en un duelo, con un contrincante experto en armas, en esas condiciones. Me sorprende que un hombre de negocios, como usted, sucumba ante la demanda de las emociones.

—Ese canalla le ha disparado a mi esposa, y casi la pierdo.

—Sé que tiene motivos, pero ese hombre no es un caballero; es una rata de alcantarilla. Para mostrar su tardanza, ni siquiera ha llegado su padrino. ¿Y sus hombres, señor Johansen? Anda sin escolta.

—Me basta con el cochero y un paje. Dejé a mis hombres a cargo de Hidden House, por si el conde de la Vega intenta hacer algo contra mi esposa.

Aguardaron un rato, mientras se confesaban sus pesares con la seriedad con que lo hacen los amigos. Tras quince minutos de retraso, ambos se mostraron alarmados.

—De la Vega me juró que nunca se rebajaría a un duelo con un hombre sin título; luego, aceptó, y ahora su actitud me genera desconfianza —recordó Jørgen en voz alta.

—¿Cree que el conde no venga por ese motivo? Quedaría como un cobarde.

—¡Maldito infeliz! —bramó Jørgen enfurecido—. Aceptó el duelo para ganar tiempo, nunca tuvo la intención de venir. ¡Pretende escapar! ¡Debemos ir al puerto de inmediato!

—Dividámonos. Llévase a la mitad de mis hombres al puerto; yo iré a buscar razones a su

hotel.

Al grito de «¡En marcha!», los caballos partieron a todo galope. Al llegar al puerto, se encontró el ambiente cargado. Un pelotón de guardias estaba desplegado justo en el área que pretendía explorar. Valiéndose de sus contactos en el puerto, indagó por los barcos con destino a España y supo que ya habían partido. Se lamentó por haber caído en la estratagema del conde, quien había huido cual sabandija. Por inercia, solicitó dar lectura a la lista de los pasajeros; estaba decidido a encontrarlo, en cuanto Margarita se recuperara, y a ajustar las cuentas con él. Los nombres de los condes de la Vega no aparecían en los libros.

La agitación del puerto ya no le pasó desapercibida.

—¿Por qué tanto alboroto? —le preguntó al encargado.

—Los agentes de Scotland Yard vinieron buscando a un presunto delincuente, encontraron su nombre entre los pasajeros de un navío con destino a Estados Unidos. El buque debió haber partido hace una hora, pero lo tienen detenido.

—¿Sabe a quién buscan y de qué se lo acusa? —La cara de Jørgen reflejó la certeza.

—El susodicho es, nada más y nada menos, que un conde español, pero desconozco los cargos.

Jørgen salió apresurado. Entre el tumulto de personas que observaban curiosos las operaciones del cuerpo policial, escuchó que las voces de los mirones se filtraban y esparcían rumores. Supo que interrogaban a todos a bordo.

Corrió hasta la pasarela, que permanecía fuertemente custodiada para abordar la nave, y vio cómo bajaban a la condesa de la Vega y su equipaje. La mujer apenas si podía sostenerse en pie, era ayudada por uno de los guardias.

—Señor Johansen —lo reconoció el capitán de Scotland Yard.

—¿Atraparon al conde?

—Ha escapado; cuando llegamos a su camarote, ya no estaba. Continuamos revisando el barco, pero dudo que siga a bordo. Intentamos encontrarlo esta mañana, tras la misiva con la acusación de su esposa, pero usted había salido y ella se encontraba indispuesta.

Jørgen arrugó el entrecejo y lo observó dubitativo, pero prefirió aguardar hasta estar frente a Margarita para aclarar el embrollo. Nunca lo dejaría de sorprender.

—¿Cree que nunca haya abordado?

—Tenemos pruebas de que sí; pero, de seguro, al ver el movimiento, se las ingenió para escabullirse.

—Ese hombre es capaz de haberse lanzado al agua con tal de esfumarse. ¿Qué le sucede a la condesa?

—Parece que su esposo le estaba suministrando bajas dosis de veneno. La fortuna es de ella y, al parecer, el conde pretendía enviudar para quedarse con todo. Hemos revisado en su hotel y encontramos evidencia que lo incrimina y otra tanta que será analizada.

—¿Por qué no me asombra?

—La señora Johansen le ha salvado la vida al hacernos llegar lo escuchado de boca del propio conde con el médico de su familia.

—Nuestro médico, un hombre muy atento a las leyes —asintió reservándose una carcajada sardónica. Se preguntaba en qué momento esos dos se habían confabulado para actuar a sus espaldas.

—Gracias al doctor, quien ha acudido a poner la denuncia con carácter de urgente, hemos evitado que el conde de la Vega finiquitara su cruel propósito.

Jørgen negó estupefacto.

—Esa sanguijuela ha amenazado a mi familia por viejas rencillas que tiene con mi cuñado; por lo visto, es un hombre de poco honor y vengativo.

—Haremos todo lo posible por sacarlo debajo de la piedra en la que se oculte, pero no es el único criminal al que le damos caza. Estamos saturados.

—Daremos con él; me uniré a la búsqueda con mis hombres, mandaré a buscar a mis propios refuerzos —dijo y le ordenó a uno de los guardianes del duque de Whitestone que los acompañaba que fuera por ellos a Hidden House—. Infórmeles a sus superiores. Ahora no perdamos ni un minuto o le perderemos la pista. ¿Adónde llevará a la condesa?

—Supongo que a su hotel, y le enviaremos a un médico.

—Llévenla a mi hogar; mandaré aviso para poner al tanto a mi mayordomo de que envíe con urgencia a mi médico de cabecera.

Antes que partieran, el duque de Whitestone arribó tras sus pesquisas infructuosas; se quedó sorprendido por el giro que había tomado la situación.

—Por supuesto que cuenta conmigo para dar con ese truhan, señor Johansen. Pero todo lo que me dice es escabroso. La señora Johansen ha tomado al toro por los cuernos, como dice doña Prudencia.

—Así es. Mi flor, aún en cama, resultó ser temeraria.

—Es una Morell; debería estar usted acostumbrado. Me recuerda mucho a mi duquesa. No son damas que esperan ser rescatadas, tienen un empuje que les falta a muchos caballeros.

Capítulo 41

Margarita había abandonado la cama por la zozobra; tenía una mano sobre la punzante herida, que más le dolía a cada paso. Se acercó a la ventana e intentó desempañarla, sin éxito, para mirar hacia afuera; quiso abrirla, y Kathy y lady Genevieve Bradbury se lo impidieron con temor a que se resfriara.

—No soporto un segundo más sin saber qué está ocurriendo con Jørgen —se lamentó.

—Solo nos resta tener paciencia. El señor Mattson ya salió a buscarlo con algunos de sus hombres. Trate de calmarse —exhortó lady Genevieve Bradbury, aunque sus nervios también estaban convulsionados—. Por favor, Kathy, convéncela de volver a la cama.

La doncella se alzó de hombros ante su imposibilidad de hacer tal cosa.

—Por favor, Kathy, déjanos a solas.

La muchacha obedeció. Margarita tomó asiento en el amplio sofá en que Jørgen había descansado algunas horas y le ofreció un sitio a lady Genevieve Bradbury en una butaca frente a ella.

—No sé por qué la ha sacado; usted necesita que la apoye para volver a la cama. En ese lugar terminará por torcerse un hueso. Debe descansar; nos avisarán en cuanto haya noticias.

—¿Qué me puede decir del pasado de Jørgen? —indagó.

—¿Qué sabe usted?

—Que es un bastardo... —murmuró sin querer pronunciar esa detestable palabra—. Me dijo que sus padres no lo querían y que su infancia fue muy infeliz. ¿Conoce a su familia?

—Si volvemos al hecho de que su única y verdadera familia es el señor Mattson, diría que sí. Nos conocimos en un viaje de regreso a Inglaterra; fueron varios días en el barco, con el mar y el cielo azul de fondo que enmarcaban a aquel pequeño hermoso como pieza central. Los observaba jugar en cubierta y me llamaban la atención; parecían padre e hijo. Uno, muy serio y preocupado, y el otro, triste. ¿Cómo podía haber tanto dolor en la mirada de un niño? Pensé que, tal vez, habían perdido a la madre y por eso estaban tan perdidos. Intenté acercarme y así descubrí que el señor Mattson era su tutor, que enviaban a Jørg a Londres para formarse. Se me hizo muy frío que creciera lejos de sus padres.

—Pensé que Jørgen había pasado su infancia temprana en Noruega y sus años mozos en Suecia.

—Así es. Vivió sus primeros cinco años en Noruega; de ahí tuvo que huir a Londres, justo en el

momento que lo conocí. Estuvo tres años aquí, hasta que Mattson decidió regresar a su lugar de origen, Suecia. Fue muy duro para mí verlos partir.

—¿Jørg es noruego?

—Por parte de su madre y por el lugar de nacimiento. Supongo que el padre proviene del mismo sitio que su tutor: Suecia. Mattson era su segundo al mando, su hombre de confianza, un guerrero que asumió la responsabilidad de hacerse cargo de Jørgen por el inmenso aprecio que le tenía a su señor y amigo. Los padres de Jørgen eran casados cada uno por su parte, con hijos, pero el destino los hizo perderse en un amor prohibido con consecuencias que no pudieron sopesar. Él era duque por derecho propio y ella, condesa por matrimonio. Jørgen nació en un establo; su madre lo trajo sola al mundo, quiso salvarlo de las garras de su esposo. Lo escondió por tres años en una aldea cercana, hasta que fue descubierto. El esposo cornudo lo encerró en la torre de su castillo hasta que su verdadero padre y Mattson lo rescataron, y a nuestro amigo se le dio la responsabilidad de mantenerlo a salvo y de hacer de él un hombre de bien.

—Si ya estaban en Londres, ¿por qué partieron a Suecia?

—Señora Johansen, ¿a usted la zozobra le incentiva la curiosidad? Darle los motivos termina por involucrarme, y usted solo quería saber de su esposo. También estoy que no me aguanto, y recordar aguas pasadas me pone mal, más sin saber dónde está mi Jørg. Si le sucede algo, yo me muero; para mí es el hijo que no pude tener —reveló sumamente angustiada.

—Entonces, moriremos juntas, milady, porque mi corazón no sobreviviría a tal desgracia.

Margarita se puso de pie, caminó hasta la dama y la conmovió con su gesto de afecto; le estrechó las manos entre las suyas, como se haría con una madre o con una suegra en un momento de incertidumbre, como el que estaban pasando.

—Se fueron de Londres porque Mattson y yo necesitábamos poner distancia entre nosotros. Como sabe, mi padre era un marqués; tras conocer a Mattson en el navío, quedamos de vernos en Londres. Nos reencontramos días después del arribo, mientras él llevaba a Jørgen al parque.

—¿Se enamoraron?

—Perdidamente. Él era muy apuesto, con sus aires nórdicos.

—Lo sigue siendo.

—Un par de años después de conocernos y de frecuentarnos a escondidas, con todo el decoro necesario por parte de ambos, decidió pedir mi mano. Sabía que sería un fiasco, pero no había otra salida. Para mi padre él estaba por debajo de mi condición, y se negó sin derecho a réplica.

—¿Él decidió abandonar Londres sin esperanzas?

—Era lo correcto antes que nuestros impulsos nos llevaran a cometer una locura. —Las lágrimas de lady Genevieve Bradbury afloraron.

—¿Por qué no huyó con él?

—¿Y sumir a mi familia en la vergüenza? ¿Cómo podía hacer algo así?

—Por amor, milady, yo no lo habría dudado.

—Le creo, pero usted y yo somos muy diferentes. Nunca acepté casarme con nadie; esa fue la

forma de demostrarle mi amor. Él tampoco contrajo nupcias con ninguna dama, y supongo que ha sido su manera de corresponderme. Siempre aguardando a la sombra de un amor que nunca se concretó. Comenzó un ir y venir de cartas entre nosotros, donde solo hablábamos de Jørgen, quien nos unió. Nuestra relación fue siempre de respeto; nunca cruzamos los límites.

—No sé cómo pudo contenerse.

—Mantener el honor da la fuerza necesaria.

—¿Cuándo volvieron a reencontrarse?

—Hasta que Mattson decidió regresar para que Jørg, con catorce años, diera continuidad a sus estudios.

—Usted debería leer a W. Lovelace. Haré que le envíen todos sus libros; le dará la fuerza necesaria para luchar por sus sentimientos. ¿Y ahora qué le impide casarse?

—El tiempo. Ahora solo nos une Jørgen.

—¿Acaso no nota cómo la mira el señor Mattson?

—Supe que ya no había una solución para nosotros cuando murió mi padre y mi hermano se hizo marqués. Me dio una fortuna propia que me permitía vivir lo suficientemente bien. Tal vez era mi momento pero, cuando fui libre para amarlo, me sentí vieja y llena de vergüenza por los años transcurridos.

Margarita le estrechó aún más sus manos.

—Siempre hay tiempo para el amor, y uno que ha aguardado tanto merece un final feliz. Por favor, no se rinda. Luche.

La dama suspiró medio convencida por la tenacidad de la joven mujer y, antes de darle sus impresiones acerca de lo que la exhortaba hacer, escucharon a Kathy llamar.

—Una visita para usted, señora Johansen. Su familia ha arribado. La duquesa de Whitestone y la señora de García de Lisón han llegado y, si no las hago pasar de inmediato, creo que se tomarán la atribución de venir hasta sus aposentos. Están alarmadas por lo que le ha sucedido.

—Por favor, no las hagas esperar.

Grace y doña Prudencia entraron como una avalancha de faldas, seguidas por Dorita. Se sorprendieron de verla de pie y, tras llenarlas de mimos y abrazos y revisarla para cerciorarse de su estado, la obligaron a meterse en la cama. Lady Genevieve Bradbury quedó apabullada de la intensidad con que manifestaban sus emociones, sin importarles seguir la etiqueta ni que se juzgaran sus modales. Se dijo que tendría que acostumbrarse al carácter hispano; debido al matrimonio de Johansen, le tocaría convivir más seguido con ellas.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó Margarita finalmente.

—¿Cómo que qué hacemos aquí, mi niña? —dijo doña Prudencia con cara de angustia—. He venido rezando rosarios durante todo el trayecto. ¡Qué tormento, mi cielo! En cuanto nos llegó el aviso de lo sucedido, el corazón se escapó de mi pecho y se instaló en mi garganta.

—Estamos aquí porque somos tu familia, te queremos y no te dejaremos pasar el trago amargo sola.

—¿Y Evan? —Margarita preguntó por el pequeño hijo de Grace al ver que Dorita, quien solía cuidarlo, las acompañaba.

—Está bajo la supervisión de su hermana, lady Arlene Haddon, en Primrose Hall.

—Prima, ¿cómo has viajado en tu estado? Deberías hacer reposo. Se suponía que te retirarías a Whitestone Palace, hasta que naciera la criatura, y que sería yo quien te visitaría.

—Pero, si estás en problemas, no puedo aguardar indiferente; me carcomería la impaciencia. Dime, prima querida, ¿cómo te sientes?

—Adolorida y cansada, pero me reconforta que estén aquí. Igual lady Genevieve Bradbury ha estado pendiente del estado de mi salud y se ha portado muy gentil conmigo.

—En nombre de la familia Morell, Whitestone y García de Lisón, milady, le estamos inmensamente agradecidas —añadió doña Prudencia.

—Para ser primas se ve que se estiman mucho —mencionó la dama inglesa.

—Crecimos juntas como hermanas —murmuró Grace mientras le tomaba las manos con afecto a su prima.

—Tuve a esta niña a mi cuidado durante algunos años; soy responsable, en gran parte, de su educación —mencionó oronda doña Prudencia, y lady Genevieve Bradbury entornó los ojos como entendiendo a quién le había heredado el carácter la señora Johansen—. Tal vez no debí dejarte sola con tu esposo los primeros meses de casada, Margarita; me correspondía estar a tu lado hasta cerciorarme de que todo marchara a la perfección.

—Pero no era necesario, señora. —Lady Genevieve Bradbury salió en defensa de su protegido—. Mi Jørg es perfectamente capaz de cuidar a su esposa.

—No lo pongo en tela de juicio, pero mire el estado de la pobrecita —replicó doña Prudencia.

—Infortunado incidente que no habría ocurrido si la señora Johansen hubiere obedecido las indicaciones de su esposo de no abandonar Hidden House con desconocidos —objetó la Bradbury.

Ambas damas carraspearon y se miraron con una sonrisa forzada que escondía que ambas estaban recargando toda su artillería, en contra de la otra, para afianzar su postura.

—Por favor, no perdamos el tiempo en buscar responsables. Jørgen es un estupendo esposo y lo único que deseo, en estos momentos, es tener noticias tuyas. Desde que salió esta mañana sin dar explicaciones, no puedo pensar en otra cosa.

—¿No sabes dónde está el señor Johansen? —preguntó Grace y su boca terminó formando un pequeño círculo por la conmoción. Margarita negó con la cabeza.

—¡Ave María purísima, sin pecado concebida! —exclamó la abuela de la duquesa.

—Ustedes, al parecer, saben más que yo —arguyó Margarita.

—En un duelo —musitó la duquesa, tan bajo que apenas fue audible.

—¿Qué dices? —inquirió Margarita y sintió que las pocas fuerzas que le quedaban le abandonaban el cuerpo.

—Le envié a mi esposo una misiva urgente para solicitarle ser su padrino; por eso supimos que

estabas herida.

Margarita se puso de pie, con la sangre que abandonaba sus venas en una carrera despiadada hacia sus piernas; solo quería correr hasta el sitio donde aquel funesto acto se estuviera cometiendo.

—Pero el conde de la Vega es estupendo con las armas...

Todas estaban alarmadas y más lo estuvieron al notar que lady Genevieve Bradbury quedó blanca como un papel hasta que perdió el conocimiento. Las mujeres intentaron abanicarla y darle a oler sales para que volviera en sí, hasta que lograron sacarla de su desvanecimiento.

—¡Oh, por Dios, mi Jørg! ¡Por favor, que alguien me ayude a averiguar si hay noticias del señor Mattson! ¡Necesitamos saber de Jørgen con urgencia!

El señor Ripley llamó a la puerta y todas se pusieron en alerta por si traía noticias. Lo hicieron pasar de inmediato.

—Han traído a la condesa de la Vega en muy mal estado. El señor Johansen ha pedido que se le dé alojamiento y atención médica.

—¡Oh, por Dios! Por supuesto, pobre mujer. ¿Qué sabe de mi esposo? Hable y diga todo lo que conoce acerca del duelo.

—No tuvo lugar porque el conde decidió no acudir. El señor está con las autoridades tratando de dar con el paradero del agresor —respondió el mayordomo a regañadientes, pero convencido de que, si no soltaba prenda, las damas lo iban a despellejar vivo.

Capítulo 42

Tras cabalgar un rato siguiendo la pista del conde de la Vega, decidieron hacer un alto en una taberna, a la entrada de un pueblo, antes de proseguir. Jørgen se recostó en una de las columnas de madera que sostenían el techo. Pensativo, tratando de adelantarse al plan de escape de su enemigo, vio a sus hombres —extenuados por la cabalgata— tomar asiento y, aunque lo que deseaba era proseguir, tuvo que ceder a que satisficieran sus necesidades humanas. El conde había huido sin apertrecharse e iba dejando huellas por todo el camino. Era cuestión de horas dar con él; sentía que perdían minutos valiosos. Lo envolvía el impulso de tomar el caballo y continuar, pero lo contenía el hecho de saber que el capitán había mandado adelante a sus mejores rastreadores.

Mattson estaba a su lado, se les había unido antes de abandonar Londres, y sin éxito intentaba convencerlo de acercarse a una mesa a probar bocado. El duque de Whitestone se les aproximó.

—Amigo mío, esta búsqueda se ha extendido demasiado. Estoy preocupado por la duquesa, ni siquiera sé cómo arribó a Londres. Por más que le insistí que se quedara en Whitestone Palace, no hubo modo de convencerla de permanecer en su hogar tras saber que su prima estaba herida.

—Milord, si requiere volver para cuidar a su esposa, no se sienta impedido de hacerlo. Usted ha hecho demasiado por mí, y estaré en deuda por siempre.

—Le dejaré a mis hombres; solo me escoltarán tres de regreso a Londres.

—No lo haga; somos bastantes.

—Insisto: de hacer menos, mi esposa me lo reclamaría toda la vida. Y por favor, cuídese, no se exponga a una lucha directa con el fugitivo, deje que los guardias se ocupen; están entrenados para ello.

Se dieron un fuerte abrazo, y salió al portal a verlo partir. Mattson, que estaba a su lado, se lo quedó mirando.

—Deberías volver a la casa con tu esposa y dejar que las autoridades se hagan cargo del asunto —le pidió el señor Mattson—. Si tanto deseas ajustar cuentas con él, podrían avisarte cuando lo hayan detenido, eso si no escapa.

—No se saldrá con la suya, tiene a todo Londres tras su captura.

—¿Estás consciente de las implicaciones de que tomes este caso con tanta efusión? Nadie creerá que simplemente lo haces para salvar a la condesa de una muerte por envenenamiento. Le estás dando caza con la policía, con tu guardia y la del duque. Levantarás mucha sospecha y tu

reputación se verá afectada en cuanto la sociedad londinense descubra que tu esposa se subió a un carruaje con un conde.

—Ella no pretendía huir, solo aclarar el asunto.

—Y a la gente maledicente no le importará, solo se concentrará en los detalles que hagan más jugoso el rumor; para lo demás hará oídos sordos.

—Usted se preocupa, pero ya tengo cubierto ese asunto. He quedado con el capitán en acusar al conde de la Vega por disparar a mi esposa y en que el motivo es la denuncia que ella hizo al descubrir que estaba envenenando a la condesa.

—¿Y crees que guarde el secreto? Ya son muchas bocas por callar.

—He pagado a cada una y usaré la fuerza, de ser necesario, para mantener todos esos labios sellados.

—Tu esposa está convaleciente y debe estar preocupada.

—Lady Genevieve Bradbury se ocupa de ella; yo debo capturar al canalla para evitar que a futuro siga siendo un obstáculo en nuestras vidas. No podré pegar la cabeza en la almohada de saber que esa sabandija, capaz de dispararle a una mujer y de envenenar a su propia esposa, está suelto y es una amenaza para Margarita y para mí.

—¡Hablas con tanto odio! ¿Qué harás cuando lo tengas delante?, ¿te ensuciarás las manos? ¿También comprarás con tu dinero el silencio de la policía? No te eduqué para que abusaras de tu poder.

—Si usted no está listo para ver en lo que la furia me ha convertido, regrese a Hidden House y cuide a las mujeres. No sea que ese canalla nos vea las caras de idiotas y vaya por ellas mientras seguimos su pista hacia otro lugar.

—¿Qué pasa contigo?, ¿por qué me hablas así?

—¿De dónde sacó el dinero que puso en mis manos para levantar mi negocio?

—Ya te dije que fue producto del trabajo de mi vida; si lo uní al capital que lograste trabajando fue porque confiaba en tu idea y en tu empeño para lograr el éxito. ¡No me equivoqué!

—Era mucho dinero para ser un simple tutor.

—¡Suelta lo que tienes atorado!

—Ya sé quién eres, Mattson. Lo que no entiendo es por qué me lo ocultaste todos estos años. ¿Acaso mi verdadero padre te pagaba para mantener a este bastardo lejos de la familia? ¿Mi padre te dio el dinero para limpiar el sentimiento de culpa por no haberse ocupado de mí? Ni siquiera tuvo el gesto de conocerme.

—¡Oh, por Dios, Jørg! ¿Leíste las cartas de tu madre?

—Todas. Y ahora me siento más miserable. Entiendo por qué no me querían, era el fruto del pecado.

—Del amor.

—De la traición.

—No nos corresponde juzgarlos.

—Ambos me sacaron de sus vidas.

—No podían, muchacho, no podían. Hicieron lo que estuvo en sus manos, y no nos corresponde emitir un juicio.

—¿Te pagaron bien por ocuparte del error de otro? ¡No entiendo por qué un caballero educado, con un futuro más prometedor que hacer de nana, dejó todo por un niño que ni siquiera era producto de su propio desliz!

—¡Vamos, baja la voz, que estás cruzando los límites del respeto y no te lo voy a permitir! ¡Deberías sentir un poco de admiración por tu padre sin emitir juicios en su contra!

—¡No me digas qué tengo que sentir! ¡A mi padre lo estorbaba y lo único que pudo hacer por mí fue mandarme lejos!

—¡No te cruzo la cara con una bofetada porque ya eres un hombre hecho y derecho! —le dijo con firmeza el señor Mattson, sin perder la compostura—. ¡Tu padre murió a los pies del castillo para llegar a la torre, ni siquiera pudo ver tu rostro una sola vez! Cuando tu madre le reveló que del lazo que se tenían habías nacido, que ya tenías cinco años y que estabas creciendo encerrado en una celda, no lo pensó dos veces y corrió a rescatarte. Dime si eso no es amor. Y si me hice cargo de ti no fue porque alguien pagara mis servicios, invertí mis ahorros de toda la vida para poder cuidarte. No olvides quién te enseñó a negociar. Asumí la responsabilidad de cuidarte como a un hijo por el inmenso afecto que le tenía a tu padre y porque, una vez que te tuve en mis brazos, supe que jamás te soltaría.

Cuando Mattson terminó su discurso, las lágrimas silenciosas y gruesas de Jørgen le bañaban el rostro. Volvió a estar sosegado, aunque su alma parecía un manojito de fuegos pirotécnicos a punto de estallar en las emociones que había reprimido desde sus primeros años. El dolor lo atravesó con tal contundencia que tuvo que parar.

—Perdóneme —le susurró y se enterró en el pecho protector de Mattson, quien en verdad lo había cuidado como lo habría hecho un padre—. Hábleme de él, todo lo que sepas.

—Lo mató uno de los guardias del esposo de tu madre; ella jamás se sobrepuso de la pérdida. Salió con tanta prisa a buscarte que no tomó suficientes precauciones. Cuando asaltamos el castillo, no estábamos bien preparados; de lo contrario, nada lo habría derrotado. Ni siquiera alcanzó a dejar algo de su fortuna para ti en el testamento; todo fue muy rápido y terminamos perdiéndolo.

—¿Cómo se llamaba?

—Magnus Johansson.

—¿Me dio una variante de su apellido?

—Quise que guardaran cierta similitud. No fue legalmente, pero digamos que, con los años, el documento ha adquirido cierta legitimidad. Tu padre habría querido que lo hubieses tenido; también debíamos guardar las apariencias para mantener algún grado de incógnita.

—Es algo que me tendrá que explicar más adelante.

—El heredero de tu padre, el nuevo duque, nos visitó cuando volvimos a Suecia, de donde es

oriunda tu familia paterna y un servidor. A los Johansson les costó mucho asimilar la muerte del duque; fue un estupendo padre y esposo y mantuvo en secreto su relación con tu madre. Él había sido casado por un matrimonio arreglado; quería a su esposa y no era su intención hacerla sufrir. Pero la verdadera pasión no la conoció hasta que tu madre llegó a su vida.

—No recuerdo la visita de mi hermano mayor.

—Nunca fueron presentados de manera oficial pero, siendo aún joven, tenía mucha valía y honor. Me entregó una suma justa para que crecieras acorde a tu rango; de más está decirte que nunca la usé para esos fines. Gracias a Dios me bastó con mi patrimonio, pero fue el dinero que puse en tus manos para que impulsaras tu negocio. Por eso no acepté los intereses de vuelta.

—Usted me la ha jugado bien, Mattson.

—Quise hablarte de ellos en varias ocasiones, pero estabas en negación. Creciste lleno de dolor por el abandono, de tristeza que luego se convirtió en rabia.

Uno de los rastreadores volvió a la taberna con noticias; Jørgen lo interceptó antes que se reportara con sus superiores.

—¿Lo encontraron?

—Se ha hospedado con un nombre falso en la posada Black Boot, a la otra orilla del pueblo. Creo que se siente atrapado y que se ha escondido a esperar una hora más favorable para proseguir.

—De seguro ya sabe que hay guardias apostados en los caminos revisando los documentos de jinetes y de pasajeros de los carruajes —refirió Jørgen.

—Avísele al capitán —le ordenó Mattson al recién llegado.

Y tras perderse el hombre por la puerta de la taberna, ante la cara impávida de Mattson, Jørgen se dirigió a su caballo, le desató las amarras y tomó la delantera. Su tutor no tuvo más remedio que seguirlo a todo galope, hasta que llegó y le pisó los talones al hostel indicado. Desmontaron casi a la par. Mattson lo retuvo por la solapa y le habló con fuerza, con el tono que usaba para reprenderlo cuando era pequeño.

—Por favor, Jørgen, no hagas una locura. Escucha el consejo del duque de Whitestone: deja que los agentes se hagan cargo.

—Las autoridades causarán mucho revuelo solo por el hecho de portar un uniforme. No se requieren tantas personas para atrapar a un solo hombre; puedo encargarme —dijo, mientras revisaba que su revólver estuviera cargado, y lo ocultó de nuevo detrás de su cintura.

—No entres, no actúes supeditado por un impulso. No me perdonaría que te ocurriera lo mismo que a tu padre.

—Confía en mí. Este canalla no se saldrá con la suya.

—No quiero que te ensucies las manos con la muerte de ese criminal; te juzgarán si cobras venganza. Déjame hacerme cargo.

—Lo siento, Mattson, debo hacerlo solo.

Jørgen entró y pidió informes acerca de los últimos huéspedes. El posadero intentó rehusarse a

dar razones, pero el nórdico le lanzó una mirada enfurecida que logró intimidarlo.

—Sepa que, si no suelta la información, estará interfiriendo con la ley.

Antes de recibir una respuesta, dos de los guardias que habían quedado apostados vigilando el sitio hasta que llegaran los refuerzos, ya le estaban sirviendo de escoltas, así que terminó de dar el resto de los datos.

Jørgen subió, seguido de los guardias, directo a la habitación señalada; contó hasta tres y accionó el picaporte. Al ver que no cedía, golpeó la puerta mientras los guardias se preparaban para aprehenderlo. Ante el silencio, de una patada derribó la puerta y encontró el espacio vacío.

—¡Diablos! —gruñó decepcionado.

—De seguro notó el alboroto y desapareció. No debe estar lejos; verifiquemos los alrededores cuanto antes —dijo uno de sus acompañantes y los vio partir.

Reconoció que el conde era hábil para escabullirse. Se introdujo para indagar en busca de otras pistas. Dio unos pasos en el interior. La cama estaba deshecha; había dejado una capa oscura que aún destilaba su dulzón aroma, había restos de sopa en cuenco. Revisó la temperatura y notó que estaba tibia. Como un disparo sibilante, el recuerdo de la puerta cerrada por dentro le pasó por la mente, a la vez que reparaba en los barrotes de la única ventana. Cuando quiso llevar la mano hacia su arma, notó la presión de un cañón contra su nuca. Hizo un gesto para maldecir su descuido.

—Fue fácil despistarlos y ahora, mientras se alejan para darme caza, yo me desharé de ti y me dará un inmenso placer. Te has atravesado en mi vida una y otra vez. Yo debí casarme con Margarita.

—¿Para qué?, ¿para envenenarla y quedarte con su dote? —ironizó ante la rabia del otro.

—Si te borro del mapa, tal vez, con el tiempo logre volver a conquistarla y me quede no solo con su fortuna, también con la tuya.

—Eso es tener sobrada confianza en usted mismo. Margarita jamás unirá su vida a la de un criminal. ¡Dispare de una maldita vez! —lo presionó Jørgen, decidido a girar y desarmarlo. Estaba seguro de que no tiraría; no se arriesgaría a hacer tanto ruido, a no ser que no tuviera otra salida. El conde estaba dando tiempo a que los guardias se alejaran para no alertarlos de su presencia.

No se equivocó. Su adversario dejó de amagarlo con la pistola porque ya lo tenía amenazado con un cuchillo por la garganta. El filo le estaba cortando las más ligeras capas de la piel. Era su oportunidad. Superaba al conde en fuerza física; todo era cuestión de agilidad. Sintió la presión filosa adentrarse otros milímetros en su piel, le sostuvo el brazo e intentó empujarlo cuando unas gotas de sangre caliente comenzaron a emerger. Con un movimiento ágil, Jørgen logró librar su cuello. Le propinó un contundente golpe contra el rostro que hizo al oponente tambalearse y dar dos pasos hacia atrás, para recuperarse de inmediato y lanzarle una cuchillada que pasó peligrosamente cerca de su garganta. Tras esquivarlo, lo provocó una mirada cargada de odio y caminó hasta él decidido a estrangularlo para poner fin a su asedio. Los dos hombres se

estrepitaron uno contra otro y comenzaron una batalla cuerpo a cuerpo. Aunque el conde lo retaba con el cuchillo, Jørgen lo sorteaba con habilidad y le asestaba puñetazos para intentar derribarlo.

—¿Dónde están tus esbirros, infeliz? No sabes la euforia que me provoca poder fundirte a golpes. ¿Te deshiciste de ellos para poder escapar? —La sonrisa cínica del conde fue toda su respuesta.

Lo atrapó de las solapas y, a punto de inmovilizarlo, sintió un golpe brutal por detrás, directo a sus riñones. Trató de mantener el equilibrio y apretó los dientes para combatir el ramalazo que le había causado el nuevo oponente.

—Ví que se demoraba, señor conde. Estamos listos, esperando por usted —dijo con seguridad el recién llegado.

—Antes me desharé de un estorbo —gruñó el aludido.

El accionar de un gatillo que amenazaba la cabeza del secuaz del conde volvió a dejar a Jørgen y a su rival uno a uno. Mattson apuntaba fijamente al esbirro sin darle derecho a réplica. El conde de la Vega le lanzó una cuchillada directa al corazón. Johansen tensó las mandíbulas y echó fuego por los ojos. Esquivó la filosa hoja y, con el mismo impulso, le dirigió un puñetazo al rostro que terminó por desmayar al enemigo, que se precipitó al suelo como un costal de papas. Lo desarmó, le sacó la corbata y le amarró las manos a la espalda en un movimiento diestro.

—Señor Mattson, no era necesaria su ayuda. Podía solo, pero muchas gracias.

—Lo sé, hijo, pero no quería arriesgarme. Tardaste más que los agentes en bajar y, luego, vi a este bribón merodear hasta colarse en la posada. Ya tienes en tus manos al canalla que agredió a tu esposa. Los guardias se han alejado, pero tus hombres están abajo esperándote. ¿Qué harás? —preguntó temiéndose lo peor.

—Se lo entregaré a las autoridades para que se refunda en la cárcel. Tanto mi esposa como yo declararemos en su contra.

—Tenías tu revólver, ¿por qué nunca lo sacaste?

—Al principio no me dio la oportunidad; parece que estaba escondido y logró sorprenderme.

—Bajaste la guardia; siempre te enseñé a prestar atención a los pequeños detalles.

—Cuando tuve la oportunidad de sacar mi arma y volarle los sesos, decidí no hacerlo.

—Me alegro de que eligieras no ensuciarte las manos con el maldito.

—En realidad no quise que su agonía fuera tan corta. Me encargaré de que se arrepienta, cada día de su existencia, de haber atentado contra su esposa y contra la mía.

Capítulo 43

Hacia horas que Grace se había ido con su esposo a su residencia en Mayfair. Dorita la había acompañado y había dejado a la abuela Prudencia a hacerle compañía a Margarita; lo que era un poco difícil, teniendo en cuenta que —con la incertidumbre de la ausencia de Jørgen— lady Genevieve Bradbury también se había instalado en la mansión.

Mientras la primera seguía regañándola por haber abandonado la cama y por estar devanándose los sesos, la otra languidecía a su par, sin noticias de su protegido.

—Creo que es mejor que recemos por que el señor Johansen regrese con bien —dijo doña Prudencia al sacar su rosario—. Hagamos juntas oración.

—¿Cómo podríamos ir a la par si pertenecemos a distintos credos? Su iglesia y la mía siguen diferentes principios.

—Al final todas obedecemos al mismo Dios. Oremos cada una en silencio.

—Parece que Jørgen no regresará esta noche. ¿Les parece si nos retiramos a dormir? —propuso Margarita, aunque dudaba que pudiera cerrar los ojos. Solo quería que las damas descansaran apropiadamente; ni siquiera habían querido cenar.

—Pero ¿te irás a la cama sin probar bocado? ¿Qué tal ese caldo sustancioso que te ordenó tomar el doctor? —insistió doña Prudencia.

—Ustedes tampoco han cenado. Ordenaré que nos lleven algo de comer a cada una a nuestros aposentos.

—Pediré razones antes de dormir para saber si tomaste hasta la última cucharada —advirtió la abuela de la duquesa.

—Puede irse a reposar tranquila; seré juiciosa.

Descansó cuando ambas se fueron. Tenían las mejores intenciones, pero eran como el agua y el aceite y, en su situación desesperada, terminaban por ponerla más nerviosa. Respiró profundo y un ramalazo de dolor le recordó que llevaba solo dos días con la herida. Tomó una manta y se la colocó encima, llamó a Kathy y con su ayuda se asomó a la ventana; necesitaba ver la línea oscura del camino, que se perdía entre los árboles, que permanecían como fantasmas entre la penumbra.

—Ya le dije que no hay noticias. Cerremos antes de que atrape un resfriado, y más en el estado

en que se encuentra. Hoy no ha descansado como le pidió el doctor.

—Ayúdame a prepararme para la cama.

—¿No cenará?

—Puedes pedir que me suban el caldo que ordenó el doctor, solo un poco.

Cuando terminó de comer y de alistarse para subirse al lecho, dio una nostálgica mirada a la puerta y pidió, con todas sus fuerzas, que su esposo llegara con bien. Pasó por su mente el recuerdo de la vez que su hermano se lo había presentado en el baile; jamás creyó que aquel hombre de encanto abrumador iba a terminar por sostenerle la mirada con tanto amor. La atropellada ceremonia en que habían unido sus vidas para siempre, también, vino a su mente; de no haberse encaprichado con el canalla del conde, habría actuado diferente, habría disfrutado cada segundo. Evocó su primer encuentro a solas en esa misma habitación. Cerró los ojos y volvió a verlo expectante ante una noche de bodas que no se había concretado.

Después Jørgen había cambiado por completo; había conocido su cara más oculta. Su corazón, endurecido por la vida, negado a enamorarse, a entregarse, como si no estuviera vivo. No había tenido el amor de una madre, por eso su falta de sensibilidad en un inicio y su respuesta evasiva ante el primer rechazo. No había sabido cómo demostrarle el cúmulo de emociones que detonaban en su pecho. Tampoco ella se lo había puesto fácil; si le hubiera mostrado el camino a la ternura, Jørgen habría sido más expresivo. Le había costado ablandarse, más porque Margarita siempre se encontraba a la defensiva. Pero cuando él hubo sucumbido a la pasión, lo había hecho desesperadamente; le dolía sentir tanta necesidad.

Y ella, que siempre había sido soñadora, risueña y un remanso de paz para su familia, había llegado a la vida de Jørgen en las peores condiciones afectivas. Creyó que no podría cuidarlo ni curarlo de sí mismo porque su alma, también, estaba devastada. Lamentaba que, en el momento en que ambos habían dejado de correr en direcciones opuestas, la vida los separara.

Se acomodó con cuidado sobre la cama, de la forma en que sentía menos dolor; se cubrió para evitar congelarse en las horas más frías de la madrugada y, mirando hacia el cielo raso de la cama, luchó contra el sueño, que —debido al cansancio y a los sedantes— fue venciénola. Suspiró de pesar al evocarlo antes de quedar atrapada en los brazos de Morfeo.

Sus párpados aletearon como mariposas y sus abundantes pestañas negras se despegaron. La escasa luz del amanecer permitió que se hiciera cada vez más nítida la imagen que tenía ante sus ojos. Su Jørgen la contemplaba con un codo clavado en la cama que le sostenía la cabeza. Margarita admiró su rostro límpido; sus mechones dorados, que enmarcaban los rasgos más hermosos que había conocido en un hombre; su nariz romana; sus labios rosados, y los dos luceros, que dejaban escapar el fuego que crepitaba en su alma.

Llevaba su ropa interior y, por su expresión, notó que había dormido pocas horas.

—¡Jørg! —exclamó. Dio un brinco por la sorpresa y se lanzó a abrazarlo aunque el dolor

punzante de la herida le quemara.

—¡Mi flor! —pronunció en inglés, con su marcado acento escandinavo, antes que sus labios se chocaran en un dulce contacto que se convirtió en un beso febril.

—Nunca vuelvas a irte sin darme razones de tu paradero. Júrame que no volverás a ponerte en peligro, por favor —suplicó al recuperar el aliento.

—Juro... que haré todo lo posible para no darte preocupaciones.

—Deberás esforzarte. ¿Qué pasó con el conde?

—Está encarcelado en Newgate y no saldrá de ahí con facilidad; hay muchas pruebas en su contra. Encontraron muestras de arsénico en el equipaje que servirán para inculparlo.

—El doctor atendió a la condesa; se la nota delgada y muy cansada, pero cree que volverá a estar bien.

—¿Cómo supiste que la estaba envenenando?

—Sugirió usarlo contigo e hizo referencia a la salud debilitada de su esposa, pero nunca mencionó su enfermedad. Recordé lo leído en un artículo sobre el incremento del homicidio usando el veneno como medio y pensé que los síntomas de la condesa podrían ser similares.

—Tu afán de estar informada. Mira, hay algo que me gustaría que leas —le dijo y le desvió el rostro hacia la mesa de noche, donde una jarra de cristal, hasta la mitad de agua, tenía a su lado un montón de cartas—. Son las cartas misteriosas, son de mi madre y dan respuesta a varias interrogantes de mi pasado. Tú querías saber y yo no deseo ocultarte nada. Llevaba acumulándolas por años, sin atreverme a conocer su contenido por temor a no poder soportar lo que encontrara.

La besó en la frente tras su revelación.

—¿Cómo te sientes después de haberlas leído?

—Al principio sentí furia; luego, dolor, y ahora me siento aliviado. Me cambia la vida saber que fui hijo del amor, uno que no se ató a las reglas de la moral, pero verdadero. Mi padre nunca me abandonó; durante mis primeros cinco años de vida, no supo de mi existencia y después murió rescatándome del encierro.

—¡Oh, por Dios!

—Ni siquiera pudimos conocernos; falleció a punto de verme por primera vez. Debo visitar su tumba y honrarlo. No quiero que me ocurra lo mismo con mi madre: iré a conocerla en la siguiente primavera. ¿Me acompañarás?

—Ni siquiera tienes que pedírmelo.

—Mattson era el hombre de confianza de mi padre, me cuidó como a su propio hijo; jamás podré compensar su devoción hacia mí.

—Creo que sé cómo podrías hacerlo muy feliz. Convince a lady Genevieve Bradbury de darle su mano.

—¿De qué hablas?

—Se aman, siempre lo han hecho y han mantenido la distancia por vivir supeditados a reglas, costumbres y honores que son incompatibles con el amor.

—Jamás dejaron entrever el más mínimo interés el uno por el otro delante de mí, aunque nunca me engañaron. Pero la atracción del principio ya se enfrió; el tiempo les dio resignación.

—Creo que el amor de ellos es de esos que no se olvidan.

—¿Estás jugando? Ya son mayores.

—Para el amor no hay edad. —La miró con una risilla maliciosa—. Te lo juro; la dama me ha abierto su corazón. ¿Cómo puede ser que seas tan ciego? Hay cierto magnetismo entre ellos.

—Pienso que lo único que los une hoy, además de la amistad que surgió con los años, soy yo.

—No creas que eres el centro del universo, mi querido Jørg.

—Espero ser el tuyo, porque tú eres mi mundo entero.

—Serás el único dueño de mi corazón hasta que vengan nuestros hijos y te toque compartir el espacio.

—Espero que sean muchos, y ya nos estamos tardando. Deberíamos buscar al primogénito ahora mismo —bramó mirándola con deseo.

—No tendrás fuerzas, se te cierran los ojos.

—Llevo tantas horas despierto que dormiría mil horas, pero te aseguro que tengo vigor para ti.

—Duérmete, mi bien, debes descansar. Además, el doctor fue muy explícito al prevenirme de que no puedo realizar ningún esfuerzo físico.

—¿Estaría hablando de «ese esfuerzo físico»?

—Por el énfasis que puso al mencionarlo y por el rubor que tiñó sus mejillas, estoy convencida de que se refería a lo que ambos estamos pensando.

—¿Por cuánto tiempo durará ese suplicio?

—No tengo idea; habrá que preguntarle.

—Me volveré loco por la espera.

—Al menos, mañana tendrás un día muy ocupado y entretenido. Lady Genevieve Bradbury y doña Prudencia se han quedado en la mansión aguardando tu regreso y ambas son...

—... como el agua y el aceite.

—Efectivamente. Así que duerme; para enfrentarlas, deberás estar descansado y con los ánimos recuperados.

Se volvieron a recostar en el lecho y se abrazaron con ternura hasta que se quedaron profundamente dormidos.

Epílogo

Los verdes brotes comenzaron a emerger, los gorjeos de las aves se instalaron como el fondo musical de aquella mañana, el aleteo de las mariposas y los capullos en flor anunciaron una fiesta de colores. La cita era en Hidden House, sitio que no había cambiado su apariencia oscura, pero que se realizaba con la llegada de la primavera, la cual dotaba a la mansión de un encanto sofisticado y extrañamente colorido.

El vizconde de Summerfield fue el primero en llegar. Se encerró con Jørgen, en su despacho, para dar los últimos toques al ingenioso motor para barcos que habían diseñado en conjunto, el que no sería propulsado por vapor y se consideraba un avance que los situaba en la mira de varios inversionistas.

Estrecharon la mano, se dieron un abrazo y, luego, brindaron satisfechos con el resultado del arduo trabajo durante algunos meses. El servicio de banquete ya estaba listo para la familia y los amigos cercanos, que llegarían de un momento a otro, los que tendrían la oportunidad de observar la maravilla que habían creado antes de la presentación oficial, días después.

—Si todo está en orden, amigo mío, buscaré a mi esposa para que me acompañe a la hora de recibir a los invitados —anunció Jørgen.

—La espero ansioso.

Se despidieron, por un corto tiempo, con una mirada cómplice. Jørgen acudió hasta donde Margarita, con habilidad adquirida, supervisaba a los sirvientes, junto al señor Ripley.

—Mi flor, ¿vienes? Hay algo que quiero compartir contigo antes que con el resto.

Se tomó la atribución de quitar su lazada para vendarle los ojos, ante su cara de asombro.

—¿De qué se trata? ¿Es uno de los juegos que usas para seducirme? —preguntó Margarita—. Te recuerdo que quedan escasos minutos para que lleguen los invitados.

—Aún tenemos media hora, y creo que me bastan para agasajarte de la manera que estoy pensando.

—Eres muy pícaro, precisamente lo que más adoro de ti. ¿Te lo había dicho?

La condujo por los extensos pasillos y por los salones decorados, para recibir a los concurrentes, entre risitas nerviosas. La amplia falda rosada de la señora tropezó con algún mueble a su paso, lo que vaticinaba un desastre.

—Tranquila, querida, solo has movido una silla de su sitio. —Rio complacido—. Sujétame

fuerte, amor, y déjate guiar. Es algo inconcebible para una Morell, pero eres una Johansen.

—¿Estamos afuera? —dijo al sentir el clima distinto del exterior.

—No comas ansias.

—¿Y ahora? —indagó luego de bastantes pasos—. La temperatura y la luz siguen siendo diferentes a las del interior de la casa, pero no se siente la brisa de hace un momento.

—Respira —pidió.

—Si no lo estuviera haciendo, ya me hubiera asfixiado —bromeó.

—Por favor, solo dime qué detecta tu olfato.

Ella inspiró con fuerza y se soltó de sus manos, avanzó en línea recta. Era como si su frasco de perfume se hubiera caído al suelo, se hubiera roto en mil pedazos y hubiera dejado que el preciado líquido que guardaba explotara en millones de partículas aromáticas.

—Neroli —dijo al sacarse la venda y maravillarse del precioso invernadero lleno de árboles cítricos de variados tipos y tamaños, que dotaban de un fresco y agradable olor el lugar—. ¿Cómo llevaste a cabo esta obra sin levantar mis sospechas?

—Una empresa complicada —respondió arrugando el entrecejo—, pero valía la pena la recompensa.

—Están florecidos y... grandes.

—La magia de la jardinería.

—¿Los han sembrado ya como árboles jóvenes?

—Y espero que, con tu amor y tus cuidados, se adapten al terreno.

—Estás loco.

—Por ti.

Lo abrazó con todas sus fuerzas y se perdieron en un beso largo y cálido. Jørgen robó unos cuantos azahares y se los colocó en el peinado.

—No debes arrancar las flores, espera a que caigan.

—Permítemelo solo esta vez. Te hacen lucir aún más hermosa.

—¡Gracias!

—Hay otro regalo para ti.

—¿Acaso es mi cumpleaños? Estás muy complaciente.

—¿Se requiere una fecha especial para hacer sonreír a la mujer que amo? Vamos adentro, nos quedan solo veinte minutos para que lleguen los invitados.

—¿En serio? Ahora no quiero salirme de aquí —dijo al mirar un sillón de herrería justo debajo de un limonero.

—Sentémonos, entonces, mientras te comparto mi siguiente sorpresa. Tu madre vendrá a pasarse una temporada con nosotros cuando arribemos de nuestro viaje a Noruega.

—Me dejas impávida, pero absolutamente llena de dicha.

—Me han asegurado que, de todas las damas Morell, es la de mejor carácter.

—Eso porque es Morell por matrimonio y no por sangre.

—¿Y qué me dices de doña Prudencia?

—Bueno, ella no necesita ser una Morell para tener una personalidad muy especial. Te aseguro que es más llevadera que su hija, la marquesa viuda de Morell de Santa Ana.

—Sospecho que doña Prudencia es quien ha sembrado la semillita de su carácter peculiar en la esposa y en las hijas del difunto marqués, de lo que tú no te has librado por crecer bajo su sombra.

—¿Y tú cómo sabes que mi madre vendrá?

—Le extendí la invitación en una carta que le escribí a tu hermano para contarle los sucesos que ocurrieron hace meses. Él ha respondido y en sus letras me manifiesta la aceptación de tu progenitora.

—¡Oh! Hugo se habrá preocupado, pero todo se solucionó. El conde de la Vega sigue en la prisión por sus crímenes y, cuando salga, de seguro su esposa no le soltará ni un céntimo.

—Si logra salir... Supe que su sentencia es larga; se puso medio insolente con la autoridad, y eso le sumó años a su condena.

—Al menos salvamos a la condesa; parece una buena mujer. ¡Vendrá mi madre! ¡Hay tantas cosas que deseo mostrarle! —pronunció sin poder ocultar su desbordado entusiasmo—. Mil gracias, Jørg. Deseo tanto verla.

—También vinieron unas letras para ti —dijo al tiempo que le extendía un sobre cerrado—. Es de Hugo.

—Te juro que estaré puntual para recibir a los invitados. ¿Cuánto nos quedan?, ¿quince minutos?

Margarita le dio un sonoro beso en los labios y lo dejó con una sonrisa. Se dirigió a su saloncito blanco para leerla a sus anchas, ahí tenía lo necesario para escribirle de vuelta. Tras llegar, se acomodó en el mullido sofá. Hugo era especialista en decir «Lo siento» y pedir perdón con tanta sinceridad que, aunque lo estaba leyendo en el texto, podía imaginar sus ojos de cordero manifestándole su honesto arrepentimiento. En verdad, le agradecía su osadía y su atrevimiento; gracias a su mente privilegiada y a sus instintos agudos, había detectado el peligro que el conde había representado para ella. La libró de una suerte parecida a la de la condesa.

Tomó su papel de carta y tinta para redactar la respuesta, en la que plasmó todo su sentir y el amor con el que le correspondía. Tras dejarla lista para enviarla a la mañana siguiente, bajó tomada del brazo de su esposo, para recibir a los invitados.

Los primeros en arribar fueron los duques de Whitestone, que traían muy orgullosos a su nuevo bebé, un varoncito que se removía inquieto en los brazos de su padre, mientras su madre sostenía de la mano a su otro hijo. Dorita liberó al duque del pequeño travieso John, para que pudiera saludar —con libertad de movimientos— a los señores Johansen. Doña Prudencia y lady Arlene Haddon también los acompañaban.

Los segundos en hacer acto de presencia fueron los condes de Huntington, los que veían

orondos por los logros de su primogénito. Tras saludar e instalarse, la condesa no perdió la oportunidad de notar cómo su hijo observaba con disimulo a la hijastra de Grace. Se le acercó con discreción.

—Veo que no quitas tu atención de los encantos de lady Arlene Haddon —le susurró.

—¡Madre! No empiece con sus trámites para emparejar —replicó el vizconde.

—Tengo la habilidad de lograr estupendos matrimonios tanto para las señoritas casamenteras como para los caballeros. Claro que ninguna unión me daría tanto gusto como la tuya. Eres un buen hijo y me siento orgullosa de ti, pero tu soltería ya se ha alargado más de lo prudente. Lady Arlene Haddon es una bella rosa inglesa. ¿No crees?

—Lo es —dijo sin toda la efusión que le provocaba escuchar, a lo lejos, la risa de la muchacha. No quería activar la fascinación que sentía su madre por concertar compromisos, prefería ocuparse en persona de sus asuntos del corazón.

—Por más que me he empeñado en buscar un pretendiente a la altura de la señorita, no lo he encontrado. Tal vez no miré en la dirección correcta —mencionó achicando los ojos, como calculando los pasos por dar para convencer al soltero empedernido y capitán de la Royal Navy de pensar en el matrimonio como un plan a corto plazo.

—Me parece una idea genial. —Doña Prudencia se coló, sin importarle cometer una indiscreción, y captó la suspicacia de su prima en el aire—. Solo que la hermosa Arlene tiene a la madrastra más consentidora de todas; le ha asegurado que jamás la obligará a contraer nupcias con ningún caballero. La chica solo tiene cabeza para sus libros; parece como si hubiera despertado de un sueño profundo y quisiera aprender todo lo que a las mujeres se les ha negado por tantos años. Lady Arlene Haddon solo se casará por amor, pero eso no sucederá hasta que sus metas personales sean alcanzadas.

El vizconde la miró con más interés al escuchar la última frase; las frutas prohibidas siempre le habían parecido más tentadoras.

—Querida prima, tendremos una ardua tarea para convencer a ese par. Mi hijo es un gran partido también —convino lady Huntington.

—Podríamos intentarlo, pero lady Arlene Haddon es un espíritu libre. No es la misma niña que usted cobijó en Grey Terrace una temporada, ahora es una mujer llena de sueños y aspiraciones, completamente solapada por mi nieta, la duquesa.

—Con sus revelaciones ya no estoy muy convencida de si mi hijo deba intentar cortejarla.

—Con su permiso, bellas damas, debo dejarlas —se despidió el caballero y caminó con paso decidido hasta la joven de la que hablaban.

—¿Y ahora? ¿Por qué se dirige a ella? —inquirió la condesa preocupada.

—¡Usted no siempre puede tener el control en las manos! Su querido Summerfield también es bastante determinado —dijo alzándose de hombros, convencida de que el vizconde acababa de comprometer su corazón y de que ese vínculo acarrearía muchos dolores de cabeza para lady Huntington.

—Mejor cambiemos de tema.

—Quien hizo un estupendo matrimonio es el señor Mattson, nada más y nada menos que con lady Genevieve Bradbury.

—Dirá lady Genevieve Mattson. ¿Lo vio usted venir?

—En verdad creí que la dama se quedaría solterona para el resto de su vida, pero me alegra que tenga compañía. Los señores Johansen pasarán una temporada en tierras escandinavas.

Lady Genevieve Mattson dejó por unos minutos a su esposo y se acercó a la señora Johansen.

—Esos libros que me ha obsequiado son perturbadoramente escandalosos. Aunque le agradezco las intenciones que ha tenido, me temo que no pueda pasar ni de la primera página.

—No esperaré menos de usted. Se disfrutó mejor en el más absoluto secreto.

—Y así seguirá siendo. Admito que no los leería ni con una pistola que me amenace —aseguró con una pícaro sonrisa y, luego, le guiñó el ojo. Margarita no podría esperar otras palabras al respecto; era la forma de agradecerle de la dama. Su amplia sonrisa y la que había en el rostro del señor Mattson daban cuenta de que lo descubierto en las páginas de W. Lovelace había sido más que satisfactorio.

El almuerzo fue espectacular y los elogios sobre el promisorio motor fueron concatenados. Importantes navieras, así como lo más selecto de la sociedad londinense, se dieron cita en la presentación oficial días después, lo que representó un aumento de pedidos de naves a largo plazo. Con el nuevo diseño, la constructora de barcos de Johansen mantuvo su posición como una de las más innovadoras del sector.

Tras la vorágine de sucesos acarreados por la construcción de un prototipo de nave equipado con el nuevo motor, bajo la dirección del vizconde Summerfield, y después de dejar los negocios en las expertas manos del señor Mattson, Jørgen le cumplió a Margarita una promesa que no le había hecho de manera formal, pero que había sido su deseo desde que se habían desposado tiempo atrás.

—Tal vez así debió ser desde el principio —le comunicó Jørgen a Margarita cuando, tras el largo viaje a Noruega, se instalaron en una cabaña de tres plantas, completamente de madera, que tenía a los pies las aguas del estrecho de Skagerrak, desde cuyo balcón se podía observar la magnificencia del fiordo de Oslo.

—Con tus brazos alrededor de mi cuerpo y con estas estupendas vistas, me harás suplicarte que no me obligues a volver. El paisaje me deja sin aliento. Por supuesto que aquí perteneces, amor mío. Quisiera echar raíces y ver crecer a nuestros hijos. —No hubo palabras de vuelta; el silencio lo había dejado sin voz—. ¿Qué pasa?

—Sigo preocupado por nuestro asunto. El médico ya te ha revisado, dice que no cree que tengas

problemas para concebir hijos. Hemos trabajado arduamente; tal vez sea yo quien tiene problemas para engendrar. Todas tus primas y sus esposos han procreado.

—¡Oh, Jørg! Desde que mi hermano te puso la precisa, te has sentido presionado, más con lo difícil que fue para nosotros el matrimonio. Luego, con tu atención puesta en los negocios y en el diseño del motor, menos has podido relajarte. Tienes el don de arruinar una sorpresa cuando viene de mí para ti. ¿Qué pensarás si te digo que nuestro hijo ya ha comenzado a crecer en mi vientre? —Sonrió y giró entre sus brazos para mirarlo al centro de los ojos celestes.

—¿Quieres tomarme el pelo?

—Quería decírtelo esta noche, en un momento especial, pero ya no puedo callarme ante esa mirada alicaída.

—¿Desde cuándo lo estás ocultando?

—Un viaje largo disimulando las náuseas no ha sido cosa fácil. Llevo un mes y un par de semanas sin ver mi sangrado. El médico ha confirmado que hay un bebé en camino y es mi deseo, si a ti te place, que venga al mundo en el sitio que te vio nacer.

—Bribona. ¿Cómo has podido castigarme así?

La abrazó hasta fundirla contra su musculatura. Un grueso suspiro de alivio se escapó de su pecho. Le besó la coronilla; luego, la frente; le tomó el rostro entre las manos, y lo observó extasiado.

—Quedarnos hasta que nazca y un poco más, para que esté fuerte para el viaje, supone mucho tiempo.

—¿Tus negocios no te permitirán estar alejado?

—Eso tiene solución. Lo digo por ti. Tienes la nariz helada y estamos en primavera. El verano podrás tolerarlo; la temperatura es cómoda y los días, largos. Pero ¿qué pasará cuando llegue el invierno, con sus noches largas y con el clima despiadado? ¿Podrás soportar las heladas?

—Siempre que estés a mi lado para calentarme. Me gustaría intentarlo. Siempre podríamos salir huyendo en uno de esos imponentes barcos que diseñas. Con tu rompehielos estrella, por ejemplo.

—No quiero tenerte en el mar con un embarazo avanzado. Había planeado una larga luna de miel; al parecer, regresaremos a Londres con la familia crecida.

—¿Estás listo para conocer a tu madre? —Cambió de tema al escuchar la palabra *familia* y recordar que uno de los propósitos por cumplir, en su tierra natal, era reconciliarse con la mujer que le había dado la vida.

—No puedo esperar a que arribe. ¿Te parece mejor así, que la hayamos citado aquí?

—Es lo mejor para ella. También se nota en sus letras que está desesperada por conocerte. Conuerdo con lo que sugeriste, que sea lejos de sus dominios. ¿Estás ansioso? Parece que tu corazón saltará de tu pecho en cualquier instante.

—Ya era un manojo de nervios antes que me revelaras que voy a ser padre; eso y conocer a mi madre podrían hacerme colapsar. Pero tranquila, estoy preparado, siempre supe que este momento

llegaría.

Un sirviente avisó que la visita esperada aguardaba en el salón de recibir. Los esposos intercambiaron una mirada desbordada de turbación y caminaron tomados de las manos.

La condesa nórdica era hermosa, permanecía sentada en un confortable sillón de piel. Sus ojos oscuros se llenaron de lágrimas cuando finalmente tuvo en frente al hijo que había tenido que dejado partir; aquella separación le había desgarrado el alma. Jørgen se paró delante de la dama, serio, pero con mil expresiones que brillaban en su mirada. Margarita no se atrevió a entrar al recinto; se quedó pegada al marco de la puerta, fascinada por lo que estaba presenciando.

Ni siquiera mediaron, primero, unas palabras entre madre e hijo. Ella se admiró del alto caballero, que parecía una copia exacta del recuerdo que tenía del hombre que la había seducido. Se perdieron en un largo abrazo y, después, vinieron todas las frases de amor atropelladas, que a ambos se les habían quedado atoradas en la garganta, desbordados de tantas emociones.

—Perdóname, corazón. Jamás creí que pasarían tantos años para volverte a ver —dijo la progenitora—. Sé que merecía tu rencor y no te lo reprocho.

—Discúlpeme, madre. Jamás debí juzgarla, ni a usted ni a mi padre.

—Mattson me explicó que no abrías mi correspondencia. Al principio no podía viajar a tu encuentro para explicarte mis razones en persona; cuando quedé libre de mi difunto esposo, temí que no quisieras recibirme. Eras tan pequeño cuando te fuiste, y no sé cómo tu mente habrá interpretado los eventos.

—Usted me defendió desde que estaba en su vientre, hizo lo mejor que pudo para traerme a la vida. Yo dejé que mi alma se cegara de dolor.

—No me esforcé lo suficiente; tal vez debí morir defendiéndote, como lo hizo tu padre.

—Él no lo habría querido y yo jamás me lo hubiera perdonado. Ahora no estaríamos aquí, teniendo una segunda oportunidad.

Margarita curveó los labios mientras los veía y, sin darse cuenta, sus ojos lloraron lágrimas de verdadera felicidad. Jørg había logrado cerrar un círculo de mucho desasosiego.

Esa noche los ojos de Jørgen aún sonreían mientras la leña ardía e iluminaba la alcoba. Ella lo observaba con un libro cerrado entre sus manos, sentada en una poltrona en un rincón; mientras él, tirado en una espesa alfombra cerquita del fuego, cubierto con una manta hasta la cintura, comía unas fresas y se perdía en sus reflexiones. Margarita apagó la vela con la que pretendía alumbrar su lectura, dejó caer la abrigada bata que la cubría y, quedando solo en la camisola de lana, pidió refugio junto a la hoguera del cuerpo de su marido.

—Planeaba a dónde llevarte mañana —le dijo el escandinavo al atraparla por la cintura.

—Quiero aprovechar la primavera para explorar en medio de los bellos árboles florecidos,

para navegar los fiordos.

—Esperemos que no nieve.

—¿En primavera?

—Todo puede suceder.

—En verano deseo conocer el sol de medianoche y, en los meses fríos, ver la aurora boreal.

—Demasiadas aventuras. No quiero que expongas a nuestra criatura a ningún riesgo.

—¿Pretendes secuestrarme en esta cabaña hasta que el niño salga de mi vientre?

—Algo así suena genial —murmuró cerca de su oreja. Le atrapó el lóbulo entre sus dientes y dejó escapar un gemido. Su piel y su olor siempre lograban descolocararlo. La aprisionó debajo de su cuerpo, apoyándose sobre sus brazos para no aplastarla con su peso.

—¿A qué te refieres? —jadeó más interesada en el encierro que en los planes de los paseos que había tenido. Cuando Jørgen la miraba así, con todo el deseo que incendiaba su cuerpo y flotaba en el brillo de sus ojos, toda su anatomía quedaba expectante de sus apremios.

—Te dejaré incomunicada solo un par de semanas, hasta que cumplas todas las fantasías que me frustraste cuando nos recién casamos. Después te dejaré disfrutar de tus actividades al aire libre, siempre que tomes todas las medidas para llevar el embarazo a buen término.

—¿Podrías enumerarme tus fantasías? Tu oferta es tentadora. Evaluaré qué será más excitante: si mis paseos o tu propuesta.

—Si las desvelo ante ti, se perdería el factor sorpresa y, en el amor y en la guerra, son mis recursos preferidos.

Regalo

Epílogo de la familia Morell

Cada una de las flores del jardín Morell, con sus esposos y sus retoños, arribaron a La Habana en enero de 1870. El ambiente en la isla había cambiado por completo; se respiraban aires de independencia. La cita fue en la mansión del Vedado de la familia Villavicencio. Damián y Úrsula los esperaban. El retorno se había extendido en el tiempo y la tierra sentía que pronto sería pisada por sus hijos.

Los primeros en arribar de Madrid fueron los duques de San Sebastián. María Teresa sintió un palpar distinto en su corazón cuando sus pies abandonaron la pasarela y pisaron tierra firme. Era como si el tiempo transcurrido se hubiera congelado. De no haberlo constatado en sus pequeños, que crecían día a día, hubiera podido jurar que la tarde anterior había estado contemplándolo todo con mirada afectuosa. El pecho se le apretó tras sus primeros pasos sobre el suelo donde había crecido. Y qué decir de la pasión tan inmensa que había conocido y defendido con todas sus fuerzas.

Hugo respiró henchido la pureza del aire, aderezado por la humedad del Caribe, por el olor a salitre del puerto y por el movimiento de quienes descargaban las barcazas provistas de mercancías producto del comercio. Extrañamente, lejos de su lugar de origen, se sentía en casa. Esa chispa cubana que le había terminado de forjar el carácter. Sin lugar a dudas, las travesuras de sus años mozos quedarían celosamente guardadas para siempre en su memoria.

Matías, el esclavo que había liberado en persona y que pasó a ser más que su hombre de confianza, su amigo, estaba allí para recibirlo y le había traído su caballo.

—Sé que odia andar en carruaje.

—Me conoces bien, pero he tenido que adaptarme en Europa. Disfrutaré como nunca esta cabalgata por La Habana, quiero curiosear antes de la reunión en la casa de los Villavicencio.

—Lo acompaño.

Vio partir a María Teresa con los niños en el carruaje rumbo a la casa de su hermana, y ellos siguieron poniéndose al día. La marquesa viuda hacía tiempo se había ido a vivir con su hija

Úrsula; todos los habaneros de alcurnia habían comenzado a cambiarse al Vedado, la nueva zona de moda. Hugo consideró vender las antiguas propiedades antes que dejaran de ser rentables. Era un hombre pragmático y, aunque le daba nostalgia, sabía que no podría visitar la isla tanto como hubiere deseado; su vida estaba en España y era el mejor destino que podía darles.

—¿Cómo van la venta de los palacetes? —indagó.

—Hay varias ofertas a pesar de la situación política de la isla.

—Me duele vender y desarraigarme de la tierra, pero mis negocios fuertes están ahora en Europa. Aquí solo me quedarán las fábricas tabacaleras y las vegas de Vuelta Abajo.

—¿Y las haciendas?

—Las haciendas quedarán en manos de Úrsula y de su esposo.

—¿Y los esclavos?

—Para ellos tenemos un plan especial.

—¿Pretende...? —Matías no se atrevió a terminar; no fue necesario, sabía que su amigo siempre había tenido esa inquietud. Hugo lanzó su mirada más enigmática y curvó levemente sus labios carmesíes.

Los segundos en arribar fueron los duques de Whitestone. Grace apareció con un aire irreverente, sabía que sus allegados le recordarían que había nacido como Altagracia, aunque después había sucumbido bajo la cariñosa forma en que la llamaba su adorado Will. El índigo del océano la había sobrecogido al adentrarse en el mar Caribe, pero descender de la embarcación y contemplar el cielo fue una experiencia que atesoraría. Agradeció por verlo despejado y de un límpido celeste. En Londres era común, al mirar hacia arriba, ver nubes y tonos grises la mayor parte del año. El calor en el cuerpo y el azul sobre su cabeza era lo que más había extrañado.

William, el duque de Whitestone, no dejaba de sorprenderse por las maravillas que contemplaba por doquier.

—Finalmente he conocido el continente americano —expresó.

—Una pequeña parte. Apenas estás en Las Antillas, te falta mucho por recorrer. Tan solo Cuba tiene sitios muy bellos.

—Aguardo con ansias por el instante de subirme a un caballo y cabalgar a campo traviesa. Mi concuñado me lo ha prometido: me enseñará todas las maravillas de la perla de Las Antillas. Y te advierto, preciosa mía: terminando con los compromisos familiares, recorreremos otros países. Mi espíritu viajero ha resucitado. ¿Qué tal Estados Unidos?

—Tendré que pensarlo. Estás con esos aires aventureros, pero llevamos a tres niños a bordo.

—Vienen con sus nanas. —Grace le lanzó una mirada a Dorita que no cabía de la alegría de regresar a la tierra que la había visto nacer. Las niñeras inglesas, por su parte, aunque estaban felices de conocer una realidad distinta, no cesaban de sudar profusamente.

—Mi abuela ya no está para esos trotes —dijo mientras miraba a la dama, que no se había

querido perder el reencuentro familiar y que, con una amplia sonrisa, abordaba el carruaje que había venido por ellos.

Les siguieron los señores Johansen, que desembarcaron en tercer lugar. El rostro de Margarita parecía una florecilla en primavera, justo cuando abre sus pétalos. Llena de dicha inspiró hasta saturar sus pulmones. Su piel estaba muy pálida por sus largas estancias en los países del norte. Supuso que el tono dorado que adquiriría sería la sensación en otros lados del mundo. En sus brazos llevaba a un niño rubio que era el vivo retrato de su padre. Doña Alma, su madre, quien había ido a vivir a su lado definitivamente, cartgaba a una bebé de pocos meses que rebozaba de salud y que comenzó a despertarse al sentir los rayos del sol sobre sus tiernas mejillas.

Jørgen estudió con ojos curiosos todo cuanto se cruzaba a su paso. Las personas que lo miraban boquiabiertos por su gran estatura y por sus facciones, que denotaban que venía de muy lejos; los colores y los olores; el fuerte sol y la humedad, que lo tenían transpirando en exceso y con las mejillas muy coloradas. El puerto de La Habana fue de su especial interés; ya quería que su amigo Hugo le mostrara el astillero donde se habían construido tantos barcos.

—¿Aquí viviste muchos años, mi flor? Ahora entiendo cómo influyó en tu carácter crecer en estas tierras tan ardientes —profirió mientras se abanicaba con la mano.

—Buscaremos una ropa con tejidos más livianos para ti.

—Eso sería de gran ayuda. Quiero conocer todo, hasta el último rincón. La arquitectura es fascinante.

—Los paisajes te dejarán sin aliento.

Úrsula trotaba en el amplio jardín de su casa veraniega, desde donde se escuchaba el susurro del viento y el mar. El aire estaba impregnado de una mezcla de aroma marino, hierba húmeda y flores. Trataba de alcanzar a sus pequeños, que corrían y reían delante de ella sin dejarse apresar, cuando unos brazos poderosos la atraparon por la cintura y todo su ser fue invadido por el efluvio de la Bergamota. Se giró entre sus brazos y unos ojos aguamarina la convencieron, una vez más, de los motivos que tenía para permanecer en La Habana y para aferrarse a su costado, aunque tuviera mil luchas que pelear. Conocía las ideas liberales de su amado esposo, las que continuaba liderando tras las sombras, y lo iba a apoyar con toda la fuerza de su corazón. También consideraba que la esclavitud era aberrante y debía cesar.

Damián estrechó a su esposa entre sus brazos y, antes de estampar sus labios sobre los de ella, fue emboscado por los dos infantes, que eran su razón de ser. Los parientes de Damián observaban contentos. Se abrazaron los cuatro ante la mirada díscola de su amigo y mentor Carlos Enrique del Alba, que también había acudido, junto con su esposa e hijos, para esperar a los distinguidos miembros de la familia Morell.

Cuando Carlos Enrique y Hugo estuvieron frente a frente, se fundieron en un abrazo de amor fraterno que ni el tiempo ni la distancia podrían hacer mermar. Y después de los mimos y los besos entre todos los presentes, las mujeres se fueron por un lado y los hombres, por otro para contar las peripecias vividas en altamar. Los tres hombres se miraron con seriedad. Damián había decidido liberar a todos sus esclavos; ya lo había empezado a hacer de forma paulatina, para no despertar la animadversión de las autoridades. Les daba el estatus de asalariados para que tuvieran cómo mantenerse; pensaba hacer lo mismo con el resto, hasta que vinieran tiempos mejores y que estos pudieran tomar las riendas de sus vidas.

Hugo compartía su forma de pensar y había venido para seguirle los pasos. Sin la propiedad de las haciendas, tener esclavos ya no tenía razón de ser; pero se negó a venderlos y, siguiendo un plan cuidadosamente detallado —urdido por Carlos Enrique del Alba—, iría emancipándolos a todos, los que serían apadrinados por Damián —el que les ofrecería empleos en las mismas haciendas—. No solo se trataba de liberarlos; eran personas que quedaban a merced de una dura vida, sin preparación para buscarse el sustento o un techo. Por eso el emplearlos y darles un sitio para vivir era la mejor forma de ayudarlos a encontrar su propio camino.

Los duques de Whitestone arribaron casi a la par que los señores Johansen. Su excelencia, la marquesa viuda de Morell, no podía de la dicha de tener a su madre y a sus hijas con ella, además de a doña Alma y a Margarita.

Las flores Morell se tomaron de las manos y caminaron hasta donde se podían ver las olas rompiéndose contra las rocas de la embravecida costa. En ese momento eran la duquesa de San Sebastián, la señora de Villavicencio, la duquesa de Whitestone y la señora Johansen; pero en sus corazones eran las mismas niñas que habían crecido juntas soñando con el amor.

Sonrieron y compartieron tantas anécdotas, durante la tarde y noche, que casi hubo que obligarlas a retirarse a sus aposentos y dejar el resto de la conversación para el siguiente día. Y es que el tiempo se detenía cuando estaban juntas, más cuando giraban a su alrededor y podían perderse en las cálidas miradas de aquellos caballeros que las habían conducido al altar y les habían robado el corazón.

Nota sobre la abolición de la esclavitud en Cuba[1]

En 1843 Joaquín de Agüero dio la libertad a sus esclavos y les dio terrenos para la labranza.

El 10 de octubre de 1868, Carlos Manuel de Céspedes, en su hacienda La Demajagua, emancipó a todos sus esclavos y los invitó a luchar contra el colonialismo.

En 1869 los insurrectos del movimiento libertador promulgaron la Constitución de Guáimaro, en la que proclamaron, en su artículo 24, que todos los habitantes de la isla eran libres.

A pesar de los esfuerzos, la esclavitud continuó disfrazada, pero Cuba no sería la misma desde entonces.

La abolición se proclamó en 1880 de manera oficial, pero tampoco significó que los esclavos serían automáticamente libres; debían indemnizar al antiguo dueño y, como no poseían los recursos, tuvieron que seguirlos sirviendo. Se instauró la ley del Patronato, en la que se establecía que serían liberados mediante sorteos o cuartas partes, de manera espaciada.

Es hasta 1886, cuando se elimina la ley de Patronato, que finalmente se hace efectiva la abolición de la esclavitud en la isla de Cuba.

Agradecimientos

En esta ocasión comienzo agradeciendo a mis *lectoras*, para quienes escribo con todo el corazón. Para las que me siguen en mis redes sociales y con las que comparto pasión por la literatura, bromas y amistad, sepan que no las menciono por temor a dejar a alguna fuera, lo que sería imperdonable. Aprecio infinitamente sus significativas muestras de afecto y la emoción con que leen mis libros y me expresan sus impresiones. ¡Millones de gracias a las que siempre están ahí con cada entrega de libro! Sigán contactándome en público o privado o mi grupo de autor) me da mucha alegría. Contribuyen a impulsar mis historias al comentar, reseñar, compartir y lo aprecio demasiado. De igual modo les agradezco por reseñar, dejar estrellas o comentarios en las plataformas de libros, no solo dan visibilidad a mi obra, sino que me ayudan a enamorar otros corazones.

Muchas gracias a mi familia a mi madre, mi esposo, mi hijo, mi padre y mis hermanos por animarme a seguir construyendo historias. A mi prima Janette, a mis tíos Marlene y Alberto, a todos mis primos y tíos. Así como a mi red de queridos amigos.

Mil gracias a todo el equipo de Selecta, Penguin Random House, Grupo Editorial, que colabora en labores de corrección, distribución, promoción, entre otros. En especial a mi apreciada editora Lola Gude por su apoyo, amabilidad, confianza e impulso. A María Nevers por los consejos para escritoras, así como a Ale Samaniego en el área de Comunicación. Gracias a la comunidad de Selecta por tan hermoso trabajo.

Gracias a Maricela Gutiérrez, China Yanly, Rotze Mardini, Kris O’Coneill por compartir sus conocimientos y habilidades sobre escritura, diseño y marketing que me ayudan a impulsar mi carrera; y por las risas que le dan sabor a la vida. Mi agradecimiento para mis estimadas Cecilia Pérez y Gaby Rodríguez Crucitta del grupo Divinas Lectoras por impulsar mis libros y acercarlos a mis lectoras. Gracias a mis queridas Marisa Maverick, Genne L. Paris por el apoyo y la energía que me comparten. A mi queridísima Roxy González por ayudarme a administrar mi grupo de Facebook. Para mi querida Calu Amor por compartir mis novelas y regalarme bellos artes.

Muchísimas gracias a bloggers y administradores de grupos dedicados a la lectura que me colaboran haciendo reseñas de mis libros: Evelyn Cuellar, Flor Morales de Book Imperial, Aura Lectora, Claudia González de La magia de los libros, Vanessa Velarde, María Arribas, Liliana Ezcurra, Diana O. Echeverri, Nanda Carmesí, Con_un_vino, novela crush, Debbie Méndez, Happy Bookaholics Mx, Locas X la lectura romántica, Seducción entre líneas).

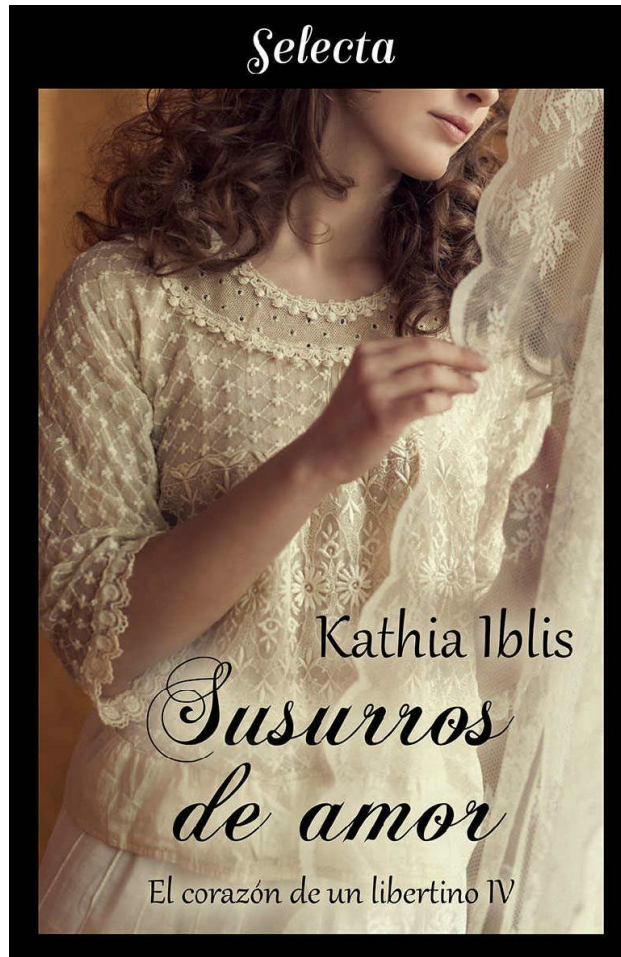
A Románticas-Novelas con corazón, administradoras e integrantes, porque sigamos creciendo y trabajando a la par por nuestros sueños (Indhira Jacobo, Yamila Bianqueri, Isabella Abad, Lina Perozo Altamar, Cristina Brenes, Paula Guzmán, Miriam Mesa, Jor Kyle, Kasandra Finol, Jull Dawson, Lorena Di Rado y todas).

A todos los que han seguido Amor Amor de inicio a fin. ¡Gracias!

Nota de autora

Todos los libros de esta serie son autoconclusivos y se pueden leer de manera independiente.

Si te ha gustado
El deseo de una flor
te recomendamos comenzar a leer
Susurros de amor
de *Kathia Iblis*



Prólogo

Nueva York

Vispera de Año Nuevo, 1869

—Papá...

—Ni una palabra. De ninguna de las tres —advirtió el hombre mientras se paseaba de una punta a la otra de la habitación. Cada tanto bufaba por lo bajo y dirigía una mirada severa en dirección a sus hijas.

Bianca, sentada junto a sus dos hermanas mayores, las observaba de reojo. Había escuchado los rumores de lo que había ocurrido en el baile la noche anterior por boca de los sirvientes, pero no sabía qué tanto era verdad y qué tanto exageración.

—Papi...

—*Papi* nada. No puedo creer la falta de juicio que ambas han demostrado. Involucrarse con esos dandis... y sin siquiera pensar en las consecuencias de ello. ¿O acaso desean arruinar a su hermana menor?

—Nosotras jamás...

—Ustedes jamás y, sin embargo, las cosas ocurren. Precisamente por eso hemos tomado una decisión con su madre.

En ese momento, la mujer en cuestión, ingresó a la habitación. Su mirada severa se dirigió a sus dos hijas mayores mientras se detenía junto a su marido.

—Veo que papá ya les ha dicho algo...

—No mucho... —masculló Beatriz, la mayor de las tres.

—Yo me abstendría de soltar la lengua, jovencita. Todo esto fue obra suya... —La mujer enarcó una ceja mientras hablaba, desafiando a sus hijas a cuestionarla.

—Madre —finalmente Birdie practicante suplicó. La realidad era que no saber lo que iba a ocurrir las estaba matando a las tres.

—Visto y considerando que aquí se les ha dado demasiada libertad y piensan que pueden hacer lo que se les dé las ganas y sin que haya consecuencias por ello..., la próxima temporada será en Inglaterra.

—¿Qué?!

—Así es, jovencitas. A ver si un poco de los buenos modales de las debutantes inglesas se les contagia —declaró la dama con decisión—. Partiremos poco antes de que se inicie la temporada. Por supuesto que se diseñará todo un guardarropa nuevo a cada una. La señora Huxley me dijo que una de sus sobrinas halló un perfecto partido mientras estaban de viaje allá... No es aristócrata pero es, aun así, un excelente partido.

—Padre, por favor —suplicó Beatriz.

—Olvidalo. Ya hemos tomado la decisión. Lo hubieras pensando mejor antes de escabullirte al balcón con semejante individuo, en especial, sabiendo que tu hermana no tardaría en seguir tu ejemplo. Gracias a Dios que Bianca estaba en casa. Claro que ella no se hubiese comportado de

esa manera...

La joven en cuestión se encogió en el asiento. Odiaba cuando su madre hacía esas comparaciones entre ella y sus hermanas. Al ser la menor, cualquiera esperaría que fuese la más alocada, pero la realidad era que a ella le gustaba estar tranquila con sus libros o haciendo otro tipo de actividades sociales. Le gustaba socializar, pero estar en un salón atestado de personas a quienes no conocía, vestida como una muñequita en una vidriera a ver quién iba a elegirla, no era su idea de diversión. Cualquiera día prefería una *soirée* en casa de alguna familia amiga o un día de campo. No era que a ella le costaba sacar tema de conversación. De hecho su familia, a menudo, bromeaba con que se arrepentía de haberle enseñado a hablar porque, una vez que empezó a hacerlo, jamás se detuvo.

—Madre, ¿no podemos viajar a visitar a la tía Greta en Boston?

—¿Para que vuelvan loca a mi hermana? Olvídenlo. Ya bastante tiene con sus primas. Sin mencionar que, si a ustedes les va bien, puede ser que viajen luego a visitarnos.

—Madre, nosotros no somos de la nobleza... somos nuevos ricos. ¿Qué te hace creer que nos dejarán ingresar en su círculo social?

—Su padre se va a hacer cargo de ello. Es lo bueno del avance del progreso... Ellos no van a poder sobrevivir para siempre de sus encumbrados apellidos, necesitan dinero para mantener sus estilos y ahí es donde ustedes entran, niñas. Con sus más que cuantiosas dotes y la fábrica de su padre, en poco tiempo, van a tener más pretendientes de los que creen.

—Qué mortificante...

—Como si fuésemos yeguas...

—Cuidadito, jovencita, que bien que no te quejabas de ello cuando te pavoneabas delante de la señora Winyncot y sus hijas. O cuando ciertos caballeros se peleaban por ti —declaró la dama mirando con el ceño fruncido a su hija mayor—. Y tú, Birdie, bien que eso no te molestó cuando el joven Dreyfuss te persiguió toda la temporada pasada y declaraba, a quien quisiera oírlo, que eras la mujer más bella de todas y que contigo se iba a casar.

—Madre... —Las dos jóvenes se quejaron a la vez.

—¿Tú qué opinas, Bianca? —finalmente la instó su padre observándola con detenimiento.

—Me gusta la idea de abandonar la ciudad. Nunca viajamos a ninguna parte, excepto a visitar a la tía. ¿Podremos conocer la ciudad además de buscar maridos? —Decidió ser sincera. Ella era la más joven, aún tenía tiempo para contraer matrimonio. Pero la idea de conocer una de las ciudades del Viejo Continente realmente la emocionaba.

—Por supuesto que sí, pequeña. Partirán con su madre y yo iré a visitarlas una vez empezada la temporada. —Luego volvió su atención hacia sus otras dos hijas—. ¿Entendido jovencitas? No quiero escuchar un solo escándalo o le voy a pedir a un viejo amigo mío que las albergue en su casa... en el oeste... lejos de todo y de todos.

—Sí, padre —respondieron al unísono las dos aludidas.

—Perfecto. Entonces ya está todo decidido.

Londres, 1870

—Hermanita, no puedes seguir así.

—No he hecho nada malo —declaró Bianca con el ceño fruncido mientras observaba al caballero alejarse con rapidez luego de terminado su baile.

Sabía que sus hermanas tenían razón, pero no podía evitarlo. Simplemente no servía para comportarse como una perfecta dama inglesa, desabrida u aburrida, que se lanzaba agradecida en brazos de un caballero y porque le estuviera prestando atención. Sin embargo, eso no parecía sentar muy bien en Londres, donde la mayoría de las damas parecían comportarse como pacatas reprimidas.

Suspiró y observó el salón hasta que su mirada se detuvo en un grupo de jóvenes que, sentadas en un rincón, parecían ser evitadas por los caballeros presentes, a pesar de que no lograba comprender del todo la razón. A su manera, todas tenían algo que llamaba la atención, aunque también las hacía destacar del resto... y quizás ese era el problema.

Observó de reojo a sus dos hermanas mayores y, sin decirles, comenzó a caminar en dirección al grupo de desconocidas.

—¡Bianca!

—¡Regresa aquí!

—No. Estoy harta de que todos nos traten como si fuéramos portadoras de la peste bubónica. Si no podemos atraer la atención de ningún caballero, entonces al menos le voy a sacar provecho a esto y voy a hacer amigas.

Con cierta renuencia, las jóvenes tardaron en seguirla, pero, cuando lo hicieron, no tardaron en encontrarse enfrascadas en diferentes conversaciones con las damas inglesas y descubrieron que, si bien no eran el grupo popular, bien valía la pena volverse *casi floreros* si con eso hallaban la amistad.

¿Existe un camino para llegar al corazón?



Jørgen Johansen es un rico burgués que jamás conoció sus orígenes. Su único punto de referencia es su tutor, quien se empeñó en hacerlo un hombre de bien. No sabe por qué el duque de San Sebastián, su mejor amigo, ha dejado en sus manos a su candorosa hermana con la insana premisa de que la haga feliz. Menos entiende por qué tan dulce señorita se volvió un incordio cuando terminó en sus manos.

Margarita Morell solo anhelaba casarse por amor. Su sueño se rompió en pedazos cuando su poderoso hermano se entrometió en su vida para intentar componerla. Ahora ha quedado supeditada a un hombre frío, hermético y oscuro, pero tan atrayente que se ha convertido en su pretensión más contradictoria.

Londres, Madrid y tierras escandinavas del siglo XIX serán los escenarios principales de este romance de época, donde el deseo reprimido luchará por liberarse.

Nota: todos los libros de esta serie son autoconclusivos y se pueden leer de manera independiente.

Mile Bluett nació en La Habana y actualmente vive en México con su hermosa familia. Estudió Derecho, Psicología y un master en Psicoterapia. Escribe desde la adolescencia y el amor a la literatura ha sido una constante en su vida.

Es autora Best Seller en Amazon. Ha publicado la saga *Herederos del mundo* (2016), distopía que consta de (I) *Atrévete a sentir*, (II) *Tierras Inhóspitas* y (III) *La Búsqueda del Arcoíris*. También es autora de los romances contemporáneos, *Buscándome te encontré I* (2017) y *No te dejaré escapar II* (2018). Su mayor éxito es la novela romántica de época *Amor Sublime* (2017). Sus obras han destacado en diversos Top 100 de Amazon.

La autora refiere: «Hay dos hombres en mi vida que son capaces de hacerme temblar el alma. Uno tiene los ojos color del amanecer y el otro de un tono de azul que aún no logro definir. Uno es mi esposo y el otro mi hijo».

«Soy una mujer orgullosa de serlo. Pienso que antes de dar un paso hacia atrás hay que dar dos hacia delante. Considero que si le pusiéramos el mismo énfasis a la inteligencia emocional que a la adquisición de conocimientos, seríamos más felices y el mundo sería menos cruel».

«Amo el agua, la cama y mi laptop. El agua porque repara y nutre cada célula de mi cuerpo, la cama porque tiene múltiples usos imprescindibles para amanecer con una sonrisa y mi laptop porque es ahí donde sucede la magia».

Edición en formato digital: enero de 2019

© 2019, Mile Bluett

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17616-37-3

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

NOTAS

Nota sobre la abolición de la esclavitud en Cuba

[1] Disponible en www.ecured.cu

Índice

El deseo de una flor

Prefacio

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Epílogo

Regalo. Epílogo de la familia Morell

Nota sobre la abolición de la esclavitud en Cuba

Agradecimientos

Nota de autora

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Mile Bluett

Créditos

Notas